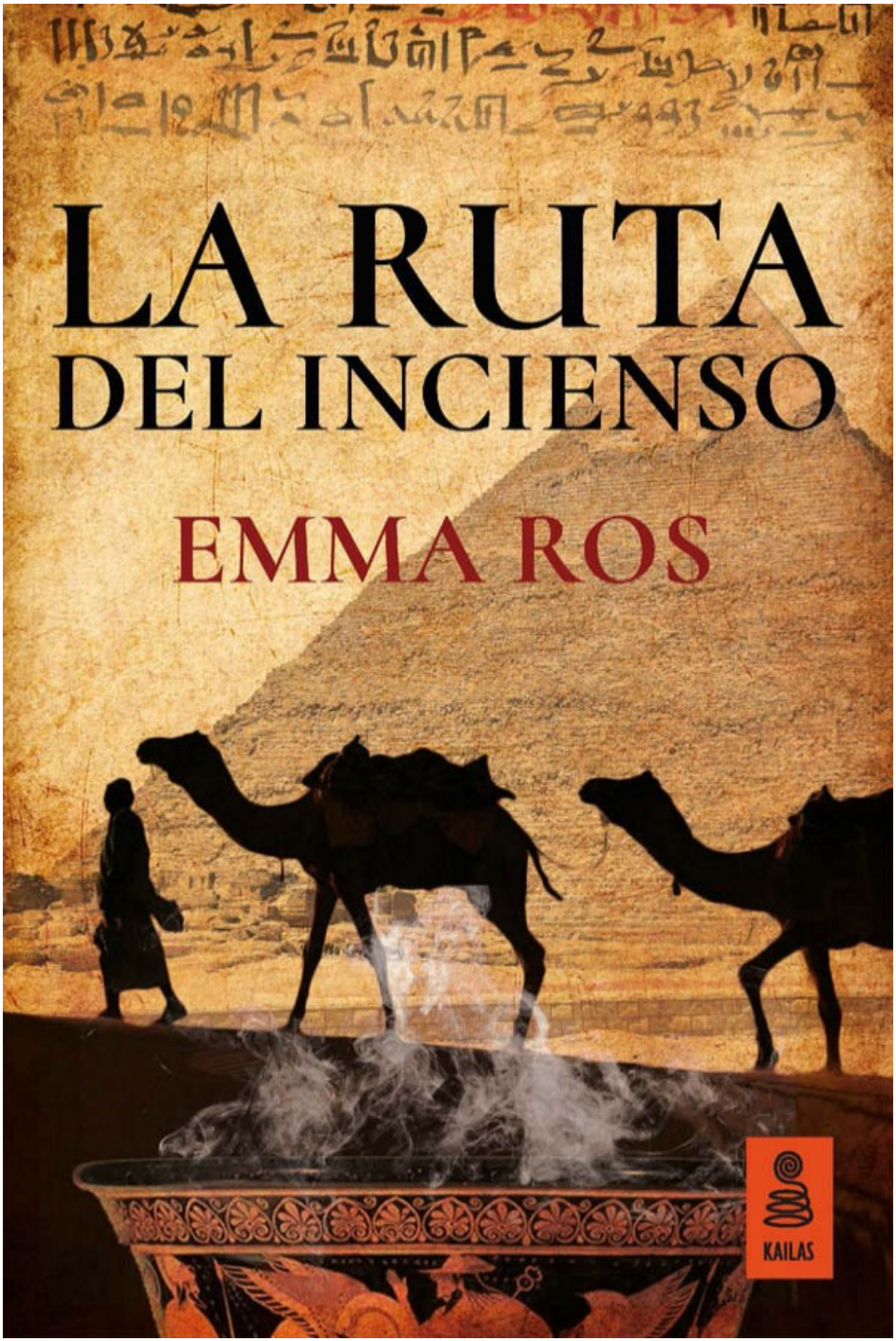
LA RUTA DEL INCIENSO

EMMA ROS



KAILAS

Los protagonistas de esta novela se ven obligados a arriesgar su vida en busca de la mirra que ha de condicionar el éxito o el fracaso de la campaña en Egipto de Alejandro Magno, el hombre más poderoso de su tiempo.

En el 332 a. C., Alejandro Magno viaja a la tierra de los faraones para liberar a su pueblo de la dominación persa. Sin embargo, allí el incienso, mercancía esencial para rituales, medicamentos, perfumes y muchos otros usos, escasea. Obtenido de la resina de determinados árboles, procedía de los actuales Yemen y Omán, así como de Somalia y Etiopía. Entre estos puntos se establecía una red comercial conocida como «la ruta del incienso».

En este contexto histórico, una mujer que lo ha perdido todo y un hombre que busca su destino se enfrentan a alianzas y traiciones, dependencias y luchas entre los pueblos más importantes de la Antigüedad, que convergen en Egipto.

Con una ambientación soberbia y una trama propia de una novela de espionaje, La ruta del incienso *se convierte en una novela histórica fascinante.*

La ruta del incienso

Emma Ros

Índice

La ruta del incienso
Faraones de Egipto mencionados en la novela
Desierto arábigo...
Nota de la autora
Glosario
La autora

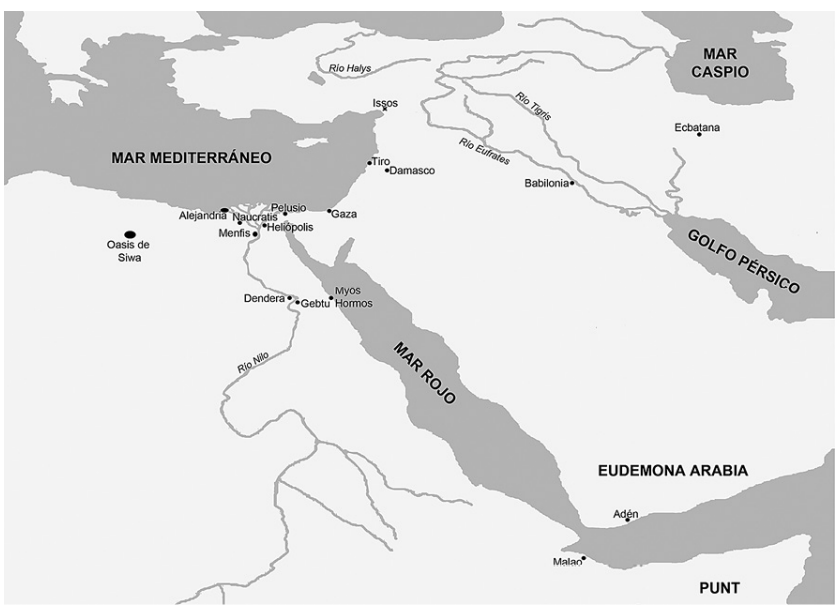
A José y Gregorio,
sin cuya paciencia y dedicación,
ni esta ni ninguna de mis novelas
hubiera sido posible.

La ruta del incienso

En la Antigüedad el incienso era una mercancía de gran valor por su uso en rituales de diversas religiones. También se utilizaba con fines medicinales y para la elaboración de perfumes. Obtenido de la resina de determinados árboles, procedía de los actuales Yemen y Omán, así como de Somalia y Etiopía.

A partir de estos puntos se establecían redes de rutas comerciales conocidas en su conjunto como la ruta del incienso. Estas podían ser terrestres, a través de la Península arábiga hacia el Imperio persa y el Mediterráneo; y también marítimas, tanto hacia la India, como hacia el mar Rojo, por donde llegaban al mar Mediterráneo y a Egipto. El olíbano y la mirra eran los inciensos esenciales de la ruta, por donde también circulaban otras materias, como especias, maderas, pieles, plumas exóticas, tejidos, etc.

La ruta del incienso nos lleva por una travesía de esta red de rutas: parte del puerto de Myos Hormos, en el mar Rojo, para introducirse en el desierto hasta llegar a Gebtu, también conocida como Coptos, en la orilla del Nilo. A partir de ahí asciende por el río y nos adentra en el Egipto del 332 a. C.



Faraones de Egipto mencionados en la novela

Nectanebo II. Faraón de la dinastía XXX, última dinastía indígena de Egipto. Reinó entre el 359 y el 343 a. C.

Artajerjes III Oco. Dos años después de subir al trono persa, vence a Nectanebo II en el 343 a. C. y recupera Egipto como satrapía del Imperio aqueménida. Inició una dura represión contra los egipcios. Murió en el 338 a. C.

Darío III Codomano. Último faraón persa de Egipto y último rey de la dinastía Aqueménida. En el 334 a. C. aplastó una nueva sublevación egipcia. Perdió la satrapía del Nilo frente a Alejandro Magno en el 332 a. C. Reinó en el Imperio persa hasta su derrota final, en el 330 a. C.

Alejandro III de Macedonia (Alejandro Magno). Rey de Macedonia que en el 332 a. C. recibe Egipto de la mano del sátrapa persa Mazaces. En el 335 a. C., la Liga de Corinto encarga a Alejandro Magno una expedición contra el Imperio persa, pero no necesariamente para hacerse con su territorio. Los conquistadores, tanto persas como macedonios, identificaban el espacio político con el espacio comercial y productivo, de ahí que un aspecto importante de la expedición encargada a Alejandro fuera reabrir las rutas comerciales.

Con este objetivo, Alejandro parte hacia Asia Menor. Tras alguna batalla previa, en el 333 a. C. se enfrenta a Darío III en Issos. El rey persa se ve obligado a huir para salvar la vida ante la clara derrota y, en Damasco, Parmenión, general macedonio, se hace con el tesoro real y la familia del monarca enemigo. En el 332 a. C. las fuerzas macedonias asedian Tiro (tal y como menciona la novela). Durante este asedio, y con el objetivo de recuperar a su familia, Darío ofrece un tratado de paz que Alejandro rechaza. Tras tomar Tiro, Alejandro se dirige a Gaza, que resiste a un asedio de dos meses. Con Gaza bajo control macedonio, Alejandro se dispone a cubrirse la retaguardia y va hacia Egipto.

Después de siete días de marcha, en diciembre del 332 a. C. llega a Pelusio, donde le recibe el sátrapa de Egipto, Mazaces, y el oficial persa Amminapes. Considerado un libertador por los egipcios, Alejandro desciende por el Nilo hasta Heliópolis. Aunque no hay evidencias de ceremonia de coronación, es posible que en esta ciudad acepte el título de faraón, pues a partir de ahí los sacerdotes se refieren a él como «Horus, el protector de Egipto, rey del Alto y Bajo Egipto, amado de Amón, elegido de Ra, hijo de Ra, Alejandro».

De Heliópolis va a Menfis, donde ofrece sacrificios a Apis, con lo que se gana el respeto de nobles y sacerdotes pues obra como un auténtico faraón, descendiente de los dioses. A la vez, se celebra una fiesta al estilo helénico, con certámenes deportivos y musicales.

En el 331 a. C. Alejandro deja Menfis y sube por el río, visitando antiguos puestos griegos, como Naucratis, primera colonia comercial griega ubicada en el Nilo. Sigue su avance hasta llegar cerca de un poblado llamado Rakotis. Frente a la isla de Faros decide fundar una ciudad griega, Alejandría, demarcando los límites con el ceremonial correspondiente. En marzo del 331 a. C. visita el oasis de Siwa.

La ruta del incienso recrea el recorrido de Alejandro Magno desde Gaza hasta Siwa. Fuentes históricas consideran que su visita al oráculo de Amón-Ra en el oasis marca sus acciones futuras.

Algo más tarde, en abril del 331 a. C., Alejandro está de regreso en Menfis cuando recibe noticia de que Somaria (en el actual Israel) se ha sublevado. Abandona entonces Egipto para no regresar con vida. Su tumba aún se busca en el reino del Nilo.

Desierto arábigo, entre Myos Hormos y Gebtu, 332 a. C.

Un aroma dulce envolvía la oscuridad. Lo conocía muy bien. Era el perfume de su niñez, el de su tierra. Tan reconfortante como aquella mano oscura y fuerte que la guiaba hacia los árboles de los que emanaba la mirra. Pero algo de la serenidad de su infancia había cambiado. No conseguía descubrir qué era. Y necesitaba saberlo, porque le dolía, la apenaba, la enfurecía. ¿Qué había pasado? El perfume de la mirra era el mismo. Lo reconocería en cualquier lugar, pero ahora espesaba su aliento y brotaba de un árbol solitario, azotado por un vendaval que arremolinaba la arena y tapaba el sol. La angustia se apoderó de ella. No podía tragar saliva. El viento le resecaba la boca. Vio su propia mano temblorosa alzarse para tocar la aromática resina. Fresca y densa, manchó sus dedos. ¿Por qué tenía aquel color rojizo? Espantada, vio como el árbol se transformaba en un hombre que caía desplomado. El hedor de la sangre lo impregnaba todo. Se arrastró contra el viento, siguiendo el contorno de aquel cuerpo amortajado. Llegó a la cabeza y descubrió su cara. Al reconocerla, un hondo alarido la desgarró por dentro, pero el grito no salió de entre sus labios porque no podía respirar.

Se asfixiaba. De pronto, el cadáver, la mirra, el viento… Todo desapareció. No podía moverse, estaba atrapada, enterrada entre la arena y la oscuridad. ¿O era ella la amortajada? A lo lejos oyó gritos. Sintió el tacto de algo húmedo. Alguien tiraba de su hombro a la vez que la arena pugnaba por entrar en su boca, protegida por la tela que le cubría el rostro. El sol irrumpió en sus ojos, aún cerrados. Una mano temblorosa le destapó la cara y un aire abrasador entró con fuerza en su cuerpo, que, agradecido, se convulsionó con brusquedad.

—¡Asenet, por todos los dioses, despierta!

Reconoció su nombre. Abrió los ojos y frente a ella se dibujó la faz de un anciano. Oscurecidas por el *khol* que protegía sus ojos, unas silenciosas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Pero a su alrededor, lamentos y sollozos se entremezclaban con gritos y berridos… Y ningún olor, ninguno de los que la habían acompañado en aquel viaje: ni mirra ni olíbano, ni canela ni nuez moscada, ni paños de lana ni cuero. Nada. La angustia atenazó su garganta y luchó por salir de aquella arena que oprimía su cuerpo. Pero de pronto, el reclamo de un milano, estridente y airado, la sumió en el desamparo. El ave empezó a trazar círculos cerca de ellos en busca de carroña. El anciano miró al cielo y se volvió hacia la joven con una sonrisa. Tiró de ella para acabar de desenterrar la parte superior de su cuerpo, la abrazó y la meció mientras repetía:

—¡Isis te ha protegido! El milano es una señal. Gracias Gran Maga, Diosa

Madre, por no llevártela. ¡Oh, gracias!

Asenet respondió a su abrazo, pero el olor a alheña de la peluca del anciano le hizo girar la cabeza. Entonces vio la desolación que solo había percibido como un alboroto confuso. La angustia del sueño que la había atrapado mientras yacía enterrada afloró de nuevo y la sorprendió convertida en un nombre: Badru.

* * *

Mudads sintió que el delicado cuerpo de la joven se separaba del suyo y le apesadumbró que el abrazo fuera tan breve, pero no la detuvo. La ayudó a desenterrar las piernas, aún turbado por el miedo de haberla perdido. Asenet se levantó y se sacudió la arena que cubría su vestido de lino mientras el anciano la observaba temeroso. Aunque erguida, parecía desorientada. El polvo que cubría su piel de ébano no conseguía ocultar la elegancia y el aplomo que había mostrado desde niña. Pero los finos rasgos de su rostro, aquellos pómulos y el grácil mentón nacidos para alegrar el alma con su sonrisa, parecían ahora cincelados en piedra, duros e inhóspitos. Y sus ojos, castaños como la mirra, cálidos como su aroma, eran el reflejo del horror.

Asenet miró a su alrededor y, sobrecogida, se llevó las manos a la cabeza. Su pelo negro le devolvió el tacto familiar de sus cortos rizos, ajenos a todo lo que había sucedido. Pero allí estaba. Aunque no pudiera creerlo, allí estaba y entendía lo que veía, pero ¿las consecuencias? La calima apenas dejaba distinguir el horizonte y parecía que la calma del desierto iba de la mano de su alma yerma. Pero alrededor de ellos se vislumbraba su naturaleza viva e implacable. De la caravana que saliera de Myos Hormos apenas quedaban un centenar de camellos, algunos tumbados, otros deambulando, la mayoría berreando su nerviosismo. No eran los únicos. Entre cajas y bolsas de mercancías semienterradas, había hombres que vagabundeaban: unos con la mirada perdida, otros buscando con ansiedad, todos gimiendo o lamentándose. Y en el suelo también los había, y pedían ayuda, en egipcio, en griego, en persa… Otros simplemente lloraban arrodillados al lado de alguno de los cadáveres que yacían en la arena. Sobre ellos, los buitres volaban en círculos, y los hombres del jefe de la caravana apremiaban a los camelleros para que, como había hecho Mudads por ella, cavaran y desenterraran. La mirada de Asenet recorrió con avidez todos aquellos rostros, vivos y muertos, pero no vio el vigoroso cuerpo de Badru ni reconoció ningún resto de su carga. Se sentía desorientada, indecisa entre la esperanza y el desconsuelo.

—¿Y el camello? ¿Por qué no te protegiste tras él?

Intentando asimilar lo que veía, Asenet miró al angustiado anciano. La pregunta rebotaba como un eco en su cabeza. ¿Lo había hecho? Las imágenes pugnaban por aflorar a su mente, como si ellas mismas también lucharan por desenterrarse. Cuando la tormenta de arena los alcanzó, había ordenado al camello tumbarse. Acurrucada junto a él, se había cubierto la cabeza con el paño

humedecido que debía proteger su rostro. Pero algo la hizo salir de su precario refugio.

—Nos atacaron —respondió de pronto la joven—. Un grupo de jinetes. Los…

—¿En una tormenta de arena, Asenet? Es imposible. Verías a los que se dispersaron. La caravana se ha debido partir. Hemos perdido a muchos… —Mudads bajó la mirada—. O quizá somos nosotros los perdidos.

Entonces Asenet lo vio por detrás del anciano. Un camello se resistía a que le ataran las patas delanteras. En su agitación, un polvo índigo intenso escapaba de dos sacos de cáñamo que el animal aún llevaba sobre el lomo, dos sacos que ella misma había atado apenas una semana atrás.

Corrió hacia el camellero sin prestar más atención a Mudads.

—¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba el camello?

Ahora sus sentimientos se agolpaban en forma de angustia. El mozo señaló al este, pero no le dio tiempo a responder nada más, pues Asenet vio el rastro de polvo azul y lo siguió. Se arrodilló donde empezaba y cavó, a ciegas, con furia y desesperación. Cuando la tormenta los alcanzó, no estaba sola. Él había intentado que ella no saliera, pero había oído aquellos relinchos. ¿Caballos? Asenet le había ordenado que aguardara tras el camello. Y sin embargo, ahora el animal estaba en pie. ¿Por qué él no? De pronto, no solo ella cavaba con las manos. Mudads la ayudaba arrodillado a su lado. Dieron con un brazo inerte. Asenet no dejaba de repetirse que el camello debería haberlo protegido. Jamás se levantaban en una tormenta de arena. Y el cuerpo se encontraba donde debió estar tumbado el camello. Pero si era así, ¿por qué había acabado enterrado? Siguieron cavando y apareció el rostro. El trapo que debía proteger su boca vencido por una arena teñida de rojo y, por debajo, su cuello degollado.

—¡Por Horus! —exclamó el anciano.

Asenet acarició la mejilla del cadáver. Todavía estaba caliente, pero ella se sentía helada, y aun así sus labios murmuraron desolados:

—Oh, Matsimela, mi maestro…

—¿Tu maestro? —interrumpió Mudads con ironía.

Asenet le dirigió una mirada dura y dolida. Matsimela era lo único que le quedaba, puro como el olor de la mirra de su infancia, y también lo habían asesinado. Aquel anciano, en cambio… Hacía años que no lo había visto. ¿Qué derecho tenía a entrometerse?

—Mi señor Mudads, hay… ¿otro? —exclamó de pronto un hombre a sus espaldas.

La joven se giró y reconoció el rostro lleno de cicatrices del mayordomo del anciano.

—¿Qué sucede, Abasi?

—No es el único. Hay otros asesinados. Han robado, a usted no, mi señor, pero sí a los muertos.

Pero no a todos. A Matsimela no le habían quitado nada. El índigo aún estaba allí. Mudads se puso de pie y algo brilló en el lugar donde el anciano había estado

arrodillado. Asenet estiró la mano y sacó de entre la arena una empuñadura repujada en plata, ricamente decorada con pedrería persa, seguida de la hoja curva de dos filos de una daga ensangrentada. Por un instante evocó los ojos de Badru, oscuros y brillantes, rendidos cuando ella dejó que sus dedos le acariciaran los labios con aquel delicado ungüento.

—¿Y el olíbano? ¿La mirra? ¿También los han robado? —preguntó la joven con un estallido de rabia que ocultaba su dolor y su miedo—. ¿Han encontrado el cadáver de Badru?

Fue entre las manos de él. Allí había visto aquella daga la noche anterior.

1

Gaza, meses antes de la tormenta de arena

El cansancio de la batalla no parecía pesar sobre sus hombros. Joven y fuerte, con la armadura ensangrentada y la túnica sucia por el polvo, Filotas aparentaba seguridad al marcharse rodeado por el resto del escuadrón calle arriba, entre muros de adobe caídos durante la lucha y casuchas desportilladas por el tiempo. Sin embargo, Leandro conocía demasiado bien a su primo y en los pasos que lo alejaban adivinaba la ansiedad. Le había dispensado de acompañarle: «Disfruta de la victoria», le había dicho. Pero Leandro aún mantenía la tensión en todos los músculos de su cuerpo y alzó la mirada en busca de tranquilidad. Era un día radiante y claro. El polvo, levantado por los proyectiles de las catapultas que acabaron abriendo brecha en las murallas, aún flotaba en el aire y se le pegaba a la piel sudorosa. Pero el azul del cielo era intenso, y las gaviotas lo sobrevolaban saboreando su libertad. Un día hermoso, debía admitirlo, mas en su mente solo había inquietud por Alejandro, el rey de Macedonia.

Durante los dos meses que había durado el asedio a Gaza, la defensa aguerrida de sus habitantes les sorprendió con una salida extramuros que acabó con el rey herido en el hombro. Entonces Leandro recordó las palabras del padre de Filotas, el general Parmenión, tras la batalla de Issos: «Sin heredero y tan lejos de casa, no debería arriesgar tanto. Las consecuencias serían funestas para Macedonia». Pero Alejandro era descendiente de Heracles y no entendía de riesgos, solo le importaba el valor. Se había rehecho de aquella herida. Y ahora había vuelto a pasar. Tras la entrada de los hipaspistas a la ciudad, el rey había recibido otra herida en la pierna. El rumor corrió a toda velocidad, y el propio Alejandro no lo había intentado ocultar un rato antes, cuando, aniquilados los defensores, apareció ante sus hombres para darles rienda suelta en la toma de prisioneros. Sin embargo, la marcha precipitada de Filotas, su comandante, su primo y, a la vez, su misión, le hacía temer que el daño fuera mayor de lo esperado.

Exhausto, Leandro se sentó junto a las paredes de una casa en ruinas. Enfundó la espada en el talabarte que colgaba de su hombro izquierdo y se quitó el yelmo, que solo dejaba al descubierto las orejas, los ojos y la boca. La piel con la que estaba forrado hedía a sudor y la brisa le refrescó el rostro. Sonrió con nostalgia al ver el penacho que coronaba el yelmo y enseguida lo sacudió para quitarle el

polvo. Estaba elaborado con la crin del caballo con el que aprendió a montar, cuando soñaba con ser lo que ahora era, todo un Compañero de la Caballería de Macedonia. Lo dejó a un lado mientras recordaba con cariño cómo su padre lo había hecho guardar en cuanto el animal falleció. ¿Qué pensaría ahora de todo aquello? ¿Estaría orgulloso? De aquella batalla, sí, seguro, no había sido como Tiro.

Los gritos hacía rato que habían cesado. Ya no debía quedar ni un defensor de Gaza vivo, él mismo se había desahogado con rabia y la sangre manchaba la túnica que asomaba por debajo de su armadura corta. A aquellas alturas, quien hubiera querido saciar sus apetitos sexuales por la fuerza, también había acabado ya. Él no era de aquellos. Gozaba con la seducción, y la venganza bruta le repugnaba. Se sentía soldado para cumplir órdenes, jefe de escuadrón para darlas, y guerrero para gloria de la diosa Atenea, más que para el dios Ares, aunque implorase su ayuda en la lucha.

Con agradecimiento a los dioses por haber salido indemne una vez más, se revolvió el pelo negro empapado por el sudor. Entre el murmullo del oleaje que quedaba a sus espaldas, Leandro oyó tenues gemidos y llantos contenidos que se aproximaban. Pronto apareció un escuadrón de Compañeros de a Pie que custodiaba a un grupo de mujeres y niños, polvorientos y asustados. A Leandro le hubiera gustado decirles que lo peor había pasado, que ahora les esperaba una apacible vida de esclavos. Pero se limitó levantarse para recibir erguido el saludo de los soldados macedonios, mientras observaba el buen estado de sus prisioneros. No se les veía demacrados tras un asedio de dos meses. Sin duda, Batis, el que fuera comandante de Gaza, se había aprovisionado bien para resistir. Pero, a pesar de tener asegurado el sustento para su gente mientras los macedonios pasaban sed, a pesar de reforzar sus murallas y de la ferocidad de sus hombres, no había previsto el ingenio y la obstinación de Alejandro. La misma arena que les dificultó acercar las torres de asalto se había vuelto una aliada a la hora de cavar túneles bajo la muralla, y el armamento utilizado en Tiro, que había llegado en barco, hizo el resto. ¿Cómo no se habían dado cuenta en Gaza que era imposible resistirse al gran rey macedonio? Hacía ya casi tres años que partieran de su hogar y las tropas de Alejandro habían pasado por Frigia y Lidia sin resistencia tras la aplastante victoria en el Gránico. Y nadie había sufrido. ¿Acaso no se daban cuenta que resistirse era peor? ¿Que aquella guerra en verdad no iba con ellos? ¿Que era contra los persas, y que la estrategia se basaba en cortar el suministro a la flota del rey Darío en el Mediterráneo?

Leandro suspiró, se sentó de nuevo y miró a su alrededor. Cerca de las murallas casi todo estaba en ruinas y algunas mujeres eran obligadas a recoger los cadáveres de los hombres muertos en las estrechas callejuelas. La sangre se veía oscura, tan reseca como sentía Leandro su alma. ¿Qué iban a saber aquellas pobres gentes de estrategia militar? El único responsable de aquella situación era Batis por su terquedad. Podría haberse rendido desde el principio y, con aceptar una guarnición macedonia en la ciudad, todos sus habitantes hubieran seguido con sus vidas. Sin

embargo, Leandro sacudió la cabeza. «La lealtad también es ser crítico, sobrino». Las palabras de su tío Parmenión resonaron en su interior. No, toda la culpa no era de Batis. ¿Por qué estaban allí, en Gaza? La flota persa ya no representaba ningún peligro y, si tras la batalla de Issos hubieran perseguido a Darío, con todo el ejército enemigo en huida desordenada, la victoria hubiera sido total, se habría acabado la guerra, las rutas comerciales de Persia al Peloponeso estarían aseguradas. E incluso podrían haberle dispensado de su servicio y él hubiera llegado a tiempo al funeral de su padre.

Al evocarlo, el dolor afloró a su pecho y le obligó a ponerse de nuevo en pie. Era aquello lo que resecaba su alma, no la guerra, no la victoria. Aún no se hacía a la idea de no volverlo a ver y, a la vez, era tan real: estaba muerto, su alma libre, lejos de la esclavitud de Hades. Pero aquello no le consolaba, al contrario. Leandro recogió su yelmo y enfiló la callejuela con súbita ansiedad por dirigirse al mar. Un baño, sacudirse todo aquel polvo, le ayudaría. Sin embargo, se detuvo cuando oyó la penetrante llamada del *salpinx* desde el centro de la ciudad y un escalofrío le recorrió la espalda. Alejandro, su herida…

El temor le hizo correr. Su mente se veía abrumada por los recuerdos, cuando en Cilicia unas fiebres atacaron al rey hasta el punto de temer por su vida. El pesar sincero de Hefestión, el favorito de Alejandro, cerrando filas junto a la guardia real en la puerta de la alcoba, contrastaba con las miradas de preocupación, pero también de recelo entre los generales. Pérdicas, Ptolomeo, el propio Parmenión… La tensión se podía cortar entre ellos y los augurios de intrigas se mascaban en el ambiente hasta tal punto que Hárpalo, el tesorero del rey, huyó atemorizado por el enfrentamiento que se sucedería si perecía Alejandro. ¿Y si había pasado ya? ¿Y si había empeorado la herida en la pierna? ¡Y él había dejado marchar solo a Filotas, cuando justamente Parmenión le había pedido protegerlo!

Leandro al fin alcanzó la plaza donde se erigía el palacio principal de Gaza. Los soldados empezaban a congregarse al pie de la escalinata y, bajo una columna, un hipaspista dejó de tocar el *salpinx*, pero en la cabeza de Leandro seguía retumbando el sonido de la trompa. Intentó abrirse camino entre los hombres, que al ver que era un Compañero de Caballería de rango, le abrieron paso. Entonces salieron los altos mandos del palacio y, en cuanto reconoció el rostro de Filotas, sonriente y relajado, con la túnica limpia y la armadura reluciente, el alivio lo invadió hasta tal punto que las piernas le temblaron levemente. El comandante de los Compañeros de Caballería descendió hacia la base de las escalinatas, dejando arriba a los más altos generales, y miró hacia la multitud. Su sonrisa se agrandó al reconocer a Leandro y le hizo una señal para que se acercara. Este avanzó entre un par de hileras de hombres, hasta que se topó con unos hipaspistas que le cerraban el paso con las *sarissae* cruzadas. Solo entonces se dio cuenta de que entre las escalinatas y el ejército había un espacio acordonado. En el centro, un caballo atado a un carro aguardaba, y Leandro frunció el ceño, extrañado.

Filotas descendió hasta el pie de las escaleras y se aproximó a él para ordenar al soldado que lo dejara pasar.

—Si hubiera sabido lo que nos iban a decir, no te hubiera dejado atrás cuando me llamaron —le dijo a modo de disculpa mientras volvían al lugar que Filotas había ocupado.

Leandro se situó tras él, ambos mirando hacia el espacio donde aguardaba el carro.

—¿Y qué es lo que te han dicho?

Sin girarse, Filotas respondió:

—Ahora ya no vale la pena que te lo cuente. Solo tienes que mirar. Alejandro no solo desciende de Heracles, sino que parece que quiera emular a Aquiles.

—¿A qué te refieres?

Filotas se volvió hacia él y, con una mirada risueña, preguntó:

—¿No te acuerdas de la *Ilíada*?

Luego se giró de nuevo con tranquilidad, a pesar de que los tambores ya anunciaban su llegada. Ambos miraron hacia la puerta principal del palacio. Alejandro, rey de Macedonia, apareció con su armadura dorada y la capa ondeando al viento. Una ovación recorrió la plaza y se extendió por las callejuelas mientras él se acercaba al borde de la escalinata. Su cabellera castaña relucía, como si no hubiera sudado en la lucha, y la túnica casi le llegaba a la rodilla, de modo que la venda de su herida quedaba oculta. Su bello rostro, que parecía cincelado por las prodigiosas manos de Praxíteles, mostraba una expresión relajada, a la vez que adusta. Al alzar un brazo, la ovación cesó de golpe, e incluso el murmullo del mar parecía aguardar expectante. Pero Alejandro no dijo nada. Solo hizo una señal a su izquierda y, custodiado por dos Compañeros de a Pie, avanzó desde la esquina de palacio un hombre de espesa barba negra, ataviado con unos pantalones ensangrentados y una túnica rasgada que dejaba ver su velludo pecho atezado.

—He aquí a Batis, comandante que se negó a rendir Gaza ante nuestras fuerzas —tronó Alejandro.

Leandro se extrañó al ver aquel trato a un alto cargo, aun vencido. ¡Estaba custodiado por dos hombres de la tropa más baja! Si le iban a ejecutar, ¿no merecía algo más de dignidad? Sin embargo, al ejército le gustó aquello, pues otra ovación emergió de entre los soldados, y esta vez Alejandro se permitió sonreír. Filotas se giró un instante hacia él y arqueó las cejas, divertido, como si adivinara los pensamientos de Leandro. Luego le dio la espalda en cuanto Alejandro reclamó de nuevo silencio.

—¡Qué sepan todos los pueblos de estas tierras qué ocurre cuando se resisten a la gran Macedonia! —gritó Alejandro.

Entonces hizo otra señal, esta vez un leve movimiento de cabeza, y los dos soldados tiraron a Batis al suelo. Este cayó bocabajo e inmediatamente intentó levantarse, pero uno de sus custodios le puso el pie sobre la espalda, mientras el otro dejaba su *sarissa* apoyada en el carro y, alzando los brazos, mostraba al público una piqueta y un martillo. Luego se volvió hacia Alejandro, este asintió y el soldado se arrodilló ante los pies del prisionero. Al primer golpe de martillo le siguió un alarido atroz, y a cada martillazo, otro y otro, mientras los soldados

jaleaban. La mayoría no veía que estaban agujereando el talón de aquel hombre, pero poco les importaba, ebrios por el dolor del enemigo. La tarea continuó hasta que los dos talones de Batis fueron agujereados. A aquellas alturas, el hombre se había desmayado. Pero el soldado que lo había sujetado con el pie lo reanimó, mientras el otro tomaba del carro unas cadenas. Solo entonces Leandro entendió lo que iba a suceder. Cuando Aquiles venció a Héctor fuera de las murallas de Troya, lo ató a su carro y lo arrastró por el campo de batalla durante nueve días.

—Pero Héctor estaba muerto —murmuró Leandro, atónito.

Filotas retrocedió un poco y le dio una palmada en la espalda. Los soldados ya habían hecho pasar las cadenas, entre gritos, por los agujeros de los talones de Batis, y Alejandro ordenó:

—Arrastradlo hasta que muera.

Los soldados, vociferando, enseguida abrieron paso.

* * *

La agonía como fiesta. Leandro no se sentía de humor para aquello. Cabizbajo, cruzó las murallas de Gaza, donde las torres de asalto permanecían como advertencia muda del poder macedónico, y se dirigió hacia la playa. El campamento se extendía por detrás, en una disposición ordenada de tiendas con aire espectral. La mayoría de los comerciantes que seguían al ejército habían entrado a la ciudad para hacer negocio con la fiesta y prácticamente no había tropas fuera. Solo en los puestos de guardia vigilaban mercenarios de Etolia y Arcadia, que habían luchado sobre todo bajo el mando de Parmenión. A ellos no parecía importarles tanto la gloria como el botín, dada la pobreza de sus regiones de origen, y sus rostros permanecían indiferentes a la jarana procedente de la ciudad conquistada. Los utileros empezaban a recoger la imponente tienda circular del rey, y desde el extremo del campamento le llegaban los relinchos de los más de dos mil caballos del ejército, cuyo olor, esparcido por la brisa, lo impregnaba todo.

Leandro enseguida desechó la idea de volver a su tienda y se encaminó hacia la playa, aunque sin la premura que le había provocado antes el dolor por la muerte de su padre. Las olas lamían la arena como una amante sosegada por las pasiones satisfechas y, ante un horizonte limpio, Leandro se sentó. Depositó el casco a su lado y llevó las manos a los cordones que sujetaban las grebas. Pero apenas empezó a desatarlas, los ladridos de una jauría de perros salvajes le hicieron alzar la cabeza. Estaban al otro extremo de la larga playa, peleando por los restos de un cadáver que devolvía el mar. Mas no distinguió si era del ejército macedonio o de su enemigo. De hecho, sus ojos se nublaron por el recuerdo y, de pronto, toda la longitud de la playa se dibujó en su mente poblada de cuerpos crucificados, muchos, dos mil le habían dicho. Demasiados. Tras el asedio a Tiro, que se había prolongado más de siete meses, habían matado a unos ocho mil hombres. Según el secretario de su sección, habían capturado a treinta mil prisioneros, que fueron

vendidos como esclavos. Pero el mensaje que quería mandar Alejandro a todos los pueblos de aquellas tierras iba más allá y por eso había ordenado crucificar en la playa a dos mil guerreros tirios. En su momento aguantó la mirada porque estaba con su primo, y su tío Parmenión ya le había encargado la misión de mantenerse cerca de él. Pero le repugnó el penetrante olor a heces y orín de aquellos cuerpos agonizantes, algunos sin fuerza para gemir, otros despertando con un alarido de horror cuando alguno de los buitres que se habían arremolinado en los cielos descendía para atacarlos... Pero ahora no tenía por qué mirar, no tenía por qué ver. Allí no estaban. Leandro sacudió la cabeza y se apresuró a quitarse las grebas. De pronto, se sentía sucio. ¿Acaso prefería el sufrimiento de Batis, al fin y al cabo, un solo hombre, al de aquellos dos mil que, después de todo, en su mayoría como él, cumplían órdenes.

—Sabía que a ti también te parecería excesivo —le sorprendió la voz de Filotas. Este se sentó a su lado y le pasó un odre con vino—. Bebe un poco, te sentará bien.

Era un vino áspero, sin aromatizar, al que apenas le habían añadido agua. Devolvió el odre a su primo mientras le confesaba:

—Jamás pensé que diría esto, pero estoy cansado de tanta sangre. No me importa la de la batalla, son ellos o nosotros. Pero así…

—Así se exhibe Alejandro —Filotas le rodeó los hombros con el brazo y añadió—: De todos modos, creo que tu ánimo sombrío se debe a la muerte de tu padre.

—Eso pensaba yo. Pero no puedo quitarme lo de Tiro de la cabeza. ¿Qué necesidad había? De hecho, la Liga de Corinto encargó a Alejandro liberar las ciudades del dominio persa y asegurar las rutas comerciales. ¿Acaso no está hecho ya?

—Bueno, lo de liberar las ciudades helénicas, sí, pero en lo de las rutas, debo admitir que era necesario tomar Gaza. Aquí viene a parar el incienso de Eudemona Arabia desde el mar Rojo y sale al Mediterráneo. Tendrías que ver la cantidad que se ha encontrado en la ciudad. Alejandro va a mandar quinientos talentos de olíbano y cien de mirra a Leónidas, el que fuera su profesor. —Filotas dio un trago al vino y añadió con amargura—. Al parecer, le reñía por quemar demasiado.

—Entonces, después de esto nos vamos a casa.

Filotas soltó una carcajada y le tendió de nuevo el odre de vino.

—Bebe, querido primo. Tú llevas más tiempo en el ejército que yo y deberías saber que no nos vamos. Aún no.

Leandro dio un sorbo, pero el vino le supo tan amargo como sus pensamientos y lo escupió, enfadado.

—¿Hasta que acabe con Darío? He pasado mucho tiempo con tu padre, antes de que llegara Alejandro a esta campaña. Y te puedo asegurar que coincido con él en que es insensato tanto riesgo. ¿Qué pasará con Macedonia si muere sin descendencia? ¡Ni siquiera ha tomado esposa!

Filotas miró a su primo. Era mayor que él, con la piel curtida por el sol y la

guerra, el mentón firme, perfectamente rasurado, y el cabello recortado como si aún estuviera en Pellas. Había recibido la mejor educación, como él, y era un jefe de escuadrón ejemplar. Su padre, el gran Parmenión, confiaba completamente en él, y no porque fuera su sobrino, sino porque se lo había ganado. Pero sus profundos ojos oscuros lo decían todo: era demasiado honesto, y esto no le permitiría ascender mucho más.

—No estamos aquí por Macedonia, sino por la gloria del rey… —dijo Filotas sombrío—, y por la nuestra, claro.

Esa vez Leandro bebió y tragó. No estaba cumpliendo con la misión que le encargara Parmenión durante el asedio a Tiro. En lugar de cuidar de Filotas, estaba sucediendo lo contrario.

—¿Y adónde conduce ahora el camino a la gloria? —preguntó con amargura.

—A Egipto. Mi padre dice que así cubrimos la retaguardia. Yo pienso que damos demasiado tiempo a los persas para que se recompongan. Pero los dioses dirán —Filotas se desabrochó las hebillas que unían pectoral y espalda de su coraza y la dejó caer al suelo. Luego sonrió y añadió—: Estoy seguro de que querías quitarte el polvo de la batalla con un baño, ¿no? ¿Vamos?

Filotas se puso en pie, se quitó la túnica y se adentró en el mar. Antes de seguirlo, Leandro se detuvo un momento para contemplar la belleza de aquel cuerpo que se alejaba.

2

Myos Hormos, una semana antes de la tormenta de arena

El oleaje había quedado fuera y lamía el espigón que cerraba el puerto con la persistencia inquebrantable de quien conoce su camino a pesar de los obstáculos. Un montículo de piedras pulido por las pisadas y el agua conformaba el muelle elevado sobre el mar. Tras atracar, la cubierta se convirtió en un hervidero de remeros sudorosos que se arremolinaban alrededor de la carga, y Asenet sintió cómo de pronto alguien se aferraba a sus piernas en un fuerte abrazo. Agazapada a sus pies, temblorosa, Mandisa ocultaba el rostro entre los pliegues de su vestido. Le resultaba imposible calcular qué edad tenía, quizá algo más de dieciséis años, pero parecía una cría de gacela asustada que no tiene dónde huir y busca la seguridad de la madre ante el acecho del licaón.

Asenet se resistió a pensar en lo que habían hecho a la pobre muchacha antes de que la rescataran, pues temió que la asediara la imagen de su propia hermana, violada y asesinada durante el ataque. Al fin y al cabo, Mandisa era afortunada. El encarnizamiento había sido con la corte, y ella, antigua doncella de palacio ya casada, vivía en la aldea. Sin embargo, no podía evitar sentirse dolida por el sufrimiento de la joven. Le acarició el cabello, tan corto como el suyo, como el de todas las mujeres de su pueblo. La muchacha relajó su abrazo y Asenet pudo desprenderse para agacharse junto a ella. Ya no quedaba ni rastro de la hinchazón en sus mejillas y el corte en su prominente labio inferior había sanado, pero la nariz había quedado torcida y los golpes que recibiera seguían hiriendo su alma. Asenet se preguntaba si le dolía más el recuerdo de su tortura física o la conciencia de sus pérdidas, pero Mandisa no había dicho palabra en todo el viaje a lo largo del mar Rojo, y Asenet tampoco esperaba que lo hiciera ahora.

—No pasa nada, no te harán nada —le susurró con ternura—. Esos hombres solo se disponen a descargar. Vamos, dame la mano.

Con la mirada perdida, Mandisa se dejó coger la mano y siguió la invitación de Asenet de ponerse en pie. Dos marineros ya habían bajado el resistente madero que servía de puente. Apenas se balanceó cuando Matsimela lo cruzó el primero, imponente con la túnica de amplias mangas, ribeteada en un azul intenso y ceñida por un cinturón del mismo color. Luego descendió Asenet, con Mandisa de la mano, y al pisar el muelle, sintió ese leve mareo que le producía siempre el

reencuentro con la tierra firme.

Al cabo de un rato, los fardos de pieles que habían sacado de los almacenes de palacio se apilaban a sus pies, con los dos únicos mozos rescatados de la aldea a la espera de órdenes junto a ellos. Adio y Kosei, expectantes, miraron a Asenet, y esta se sintió algo irritada. Deberían haberse acostumbrado a la nueva situación. Ya no era la heredera del noble Donkor, por lo menos, no en público. Los remeros seguían descargando las mercancías del barco, sobre todo maderas exóticas y especias de más allá del golfo de Adén. Asenet miró a Matsimela arqueando las cejas para que ejerciera su papel, no en vano parecía un gran señor kushita de regios hombros, y al percibir la expresión de la joven, este dijo con voz autoritaria:

—Nos esperaréis aquí, vigilando la carga, y cuidaréis de Mandisa. Asenet, acompáñame.

Sin esperar respuesta, se volvió y empezó a caminar por el muelle. La joven se desprendió suavemente de la mano de Mandisa, que se dejó sentar sobre los fardos de pieles. Pero en cuanto Asenet se giró para seguir a Matsimela, la muchacha la agarró del brazo con una fuerza inusitada y el pánico reflejado en sus ojos.

—También te han vendido —tartamudeó en voz baja—, también a ti, la elegida de la diosa de la mirra.

Al oír aquello, Asenet sintió que un escalofrío le recorría la espalada. Eran las primeras palabras de Mandisa en tanto tiempo… Sin embargo, la hirieron, y en ese momento ella se convirtió en la gacela asustada. Jamás había sido la elegida. Todo formaba parte de una argucia de su padre para justificar su decisión. Sin embargo, ya no podía enfadarse con él por ello. ¡Cuánto tiempo perdido en recriminaciones! Se volvió hacia la muchacha.

—Es Matsimela. Voy a ir con él. Va disfrazado, eso es todo. Ni a mí me han vendido ni a ti te volverán a vender, te lo aseguro.

—A mi niño lo vendieron.

Asenet contuvo las lágrimas, abrazó a la muchacha y le dio un beso en la frente. Luego apartó la vista y se volvió para seguir a Matsimela. Serpenteando entre porteadores y comerciantes, tuvo que apresurarse, pues el andar del hombre era enérgico a pesar de su edad, y ya se había adelantado bastante. Las horas de sol no lograban arrugar el rostro de Matsimela, y ni su piel ni su pelo negro dejaban traslucir los años que en verdad tenía. Sin embargo, ella lo conocía desde niña. Había sido su maestro entre los jardines de palacio y los árboles de mirra, e imaginaba que debía de ser mayor que su padre. De nuevo, el recuerdo la invadió y la visión de aquel puerto, bordeado de almacenes, crepitante de actividad entre animales de carga, esclavos, pescadores y barcos fondeados, se enturbió. Seguía a Matsimela por su aroma, aquel que siempre le recordaba a una hoguera recién prendida, pero en realidad solo podía ver el cadáver de su padre, decapitado tras el ataque, y cada paso por aquel muelle extraño le devolvía el recuerdo de la ansiedad que la invadió al no hallar su cabeza. Pisaba ya la arena de la playa cuando sintió la necesidad de detenerse. Respiró profundamente aquel aire preñado de olores dispersos y con la mirada buscó un punto de fuga más allá del ajetreado puerto, por

encima de las amontonadas casas de Myos Hormos.

—¿Estás cansada? —le preguntó Matsimela, deteniendo sus pasos.

—No —mintió la joven.

El hombre reconoció el pesar en los ojos de Asenet, grandes, de un pardo claro, como la mirra seca. Hacía tiempo ya que la niña demasiado alta, demasiado flaca y demasiado avezada que lo volvía loco con sus escapadas de palacio se había convertido en una hermosa joven de fina cintura y rotundas caderas, aunque ahora apenas se adivinaban bajo aquella tosca vestimenta. Había pasado mucho tiempo viéndola crecer para que pudiera engañarle. Al fin y al cabo, él había descubierto su valioso don, aquel olfato prodigioso que ante su pueblo la había dotado de un halo divino. Aquello había permitido que su padre la convirtiera en la heredera de su poder. Sabía que no le estaba permitido, dada la diferencia de su posición social, pero la quería, no podía evitarlo.

—Para hacer lo que voy a hacer, no te necesito. ¿Por qué no descansas y me esperas aquí?

Ella asintió con un suspiro. A él le hubiera gustado abrazarla para reconfortarla del viaje forzado que los había llevado hasta allí, pero se volvió y reanudó su camino. Asenet lo vio dirigirse hacia la muchedumbre que recorría los almacenes y, cuando lo perdió, miró hacia la playa en un intento de sacudirse aquel dolor que aprisionaba su pecho. Pero era un puerto más de arena sucia y revuelta, aunque, a diferencia de otros sitios, allí las fragancias eran más fuertes e incluso había algunas desconocidas para ella.

Llevaban un largo recorrido por el mar Rojo, y Myos Hormos era prácticamente la última oportunidad de hallar la mirra que buscaban. No una mirra cualquiera de Eudemona Arabia o de su Punt natal, sino la que sustentaba a su gente, alrededor de la cual giraba la vida de su pueblo. La diosa de la mirra siempre les había favorecido gracias al respeto que profesaban por los árboles de la que brotaba y la naturaleza que los rodeaba. Ella dominaba sobre espíritus de animales tan poderosos como el león, tan majestuosos como la jirafa, tan burlescos y peligrosos como la hiena. Ella había hecho posible la aldea y la construcción del palacio en medio de sus dominios. Pero, con el ataque, la diosa había desaparecido de su tierra y de su corazón, y solo aquel viaje podía devolverle algo de fe en su poder benefactor.

Desde niña Asenet había sabido que la mirra era un bien codiciado que se utilizaba para adorar en grandes templos de piedra a dioses griegos, persas, egipcios... Incluso en el reino del Nilo se empleaba para perfumar a hombres y mujeres, para sanar a los vivos y para preparar el viaje de los muertos hacia el más allá. Matsimela se lo había contado durante sus lecciones. Solo con aquellas historias fantásticas lograba mantenerla sentada para aprender egipcio. Y ella se había sentido especial por ser la mano que hacía brotar las lágrimas de los árboles. Tardó muchos años en comprender que, en verdad, debía temer aquella codicia que despertaba la mirra. Su padre solo trataba con unos pocos comerciantes de confianza para proteger así a su pueblo. Cada una de las tres cosechas del año

estaba asignada a uno de ellos, que venía a buscarla con su caravana de camellos.

Pero los que aparecieron la última vez llegaron a caballo sin avisar. Ella, siempre acompañada de Matsimela, revisaba los árboles más alejados de la aldea mientras Adio y Kosei apuraban la recolección de la resina. Aparecieron al galope, envueltos en la polvareda que levantaban sobre la reseca sabana. Asenet se lanzó a la carrera, presa de un terror súbito que la acercaba a los gritos y lamentos que se mezclaban con la algarabía de pájaros espantados que levantaban el vuelo. Pero, al llegar, Matsimela la obligó a esconderse entre los arbustos. Habían tomado el palacio. Los cadáveres de la guardia de su padre colgaban doblados sobre la muralla. La puerta no llegó a cerrarse jamás. Los aldeanos habían sido apresados, y unos hombres ataviados con túnicas cortas y armados con jabalinas y espadas les ataban los tobillos. Obedecían las órdenes de alguien con una voz profunda, ronca, en un idioma que ella desconocía. Griego, le había dicho Matsimela. Él no entendía lo que decían, pero sabía reconocerlo. En su Egipto natal, la ciudad de Naucratis estaba llena de ellos, y su antiguo amo hacía allí muchos negocios.

El tiempo se le hizo eterno mientras cargaban la mirra. Los buitres aguardaban en el cielo y Asenet incluso oyó alguna hiena a su espalda. Cuando por fin se marcharon, se levantó y la desolación se desveló ante sus ojos: los cadáveres de los más ancianos, degollados, los de los jóvenes que se habían resistido, con miembros amputados o las tripas desparramadas y, al entrar en los jardines de palacio, incluso vio al hijo del mayordomo ensartado en una jabalina. El ataque fue atroz, y la mirra había sido el motivo. Era lo único que se habían llevado, junto a los jóvenes aldeanos que no se habían resistido. En el palacio, todos habían muerto.

Por eso, encontrar la mirra delataría a los asesinos de su pueblo. El deseo de venganza fue lo que despertó a Asenet del vacío en el que se había sumido. Se dirigió al sur, al puerto de Malao, en busca de los comerciantes que venían a comprar a su aldea durante los últimos años. ¿Quién más podía saber el lugar donde se almacenaba la mirra? Incluso se habían llevado la que quedaba para honrar a la diosa, aunque ellos no lo hacían en grandes templos, solo en un altar de piedra labrada bajo un árbol nudoso y viejo que encarnaba a la deidad.

Pero en Malao descubrieron que los comerciantes habían sido asesinados. En ambos casos, sus cuerpos fueron encontrados sin cabeza, al igual que el de su padre. Había una conexión, pero ¿cómo hallar a los ladrones? La única opción era seguir la ruta del incienso mar Rojo arriba. Mas solo encontraron a Mandisa en un mercado de esclavos, pasado ya el golfo de Adén, donde los compradores se reían de su maltrecho cuerpo en cuanto oían el precio. No se cruzaron con ningún otro superviviente de la aldea. Y no obtuvieron ni rastro de la mirra.

Por eso a menudo Asenet dudaba del acierto de aquella decisión. Cuando cumplió lo catorce años y su padre la proclamó su heredera delante de todos sus súbditos, fue fácil aceptar su posición futura. Era hija de noble, estaba preparada y había luchado por ganarse aquel honor. Al final, su pueblo la aceptó porque la consideraban la elegida de la diosa de la mirra. Su padre alimentó aquella idea y a ella le molestó en su momento. Pero Matsimela la convenció de que para poner a

una mujer en un puesto de hombres, era la única opción que le quedaba a Donkor. Y para Asenet, lo importante era resarcir a su padre por la pérdida del único hijo varón. Pero habían pasado seis años de aquello y en ese momento se sentía abrumada por el peso del deber para los que habían perecido. Aunque su olfato pudiera percibir la proximidad de leonas famélicas, de lluvias torrenciales o del escarabajo que atacaba a los árboles, ella siempre supo que no era ninguna elegida. Temía no estar preparada.

¿Y si habían transportado la mirra hacia la costa del otro lado? Matsimela afirmaba que, aun así, siempre habría quedado algún rastro del cargamento, pues en cada puerto se producían intercambios. El extraordinario olfato de Asenet sin duda hubiera reconocido sin dificultad una lágrima de sus tierras. Para ella era más dulce, de finos matices, muy diferente a la arábiga. Pero solo habían hallado pequeñas cantidades de mirra arábiga. Por ello la joven temía haber perdido el tiempo.

De pronto, pensó que el tiempo lo perdía allí parada y se arrepintió de no haber seguido a su antiguo maestro. Al fin y al cabo, aunque él viajara disfrazado de gran comerciante e hiciera pasar al resto por sus esclavos, ella era la que estaba al mando. Asenet sintió la necesidad de hacer algo útil y deambuló entre los fardos que aguardaban en la arena. Los aromas acudieron enseguida. Los había intensos, empalagosos, sutiles y húmedos. Pero ninguno era el que buscaba. ¿Ninguno? Por su lado pasó una hilera de porteadores, todos ellos con sacos a la cabeza. Eran resinas perfumadas.

* * *

Pensó que su misión quedaría resuelta en Gebtu, pero no había sido así. Con el polvo del camino pegado aún a sus sandalias, agotado y sin tiempo para descansar, Badru intentaba acortar su trayecto atravesando el mercado. Pero el fuerte aroma de las especias empalagaba su olfato, y se escabulló entre las callejuelas bordeadas de casas de adobe, donde el olor del pan reciente se mezclaba con el de la cerveza. Aguardó impaciente el paso de un rebaño de cabras y retomó su camino hacia el mar, que ya se divisaba al fondo.

Había conseguido una dirección concreta, pero eso no le tranquilizaba demasiado. Myos Hormos era una ciudad portuaria a la que llegaban mercancías de tierras lejanas, tal y como había comprobado en el mercado: exóticas plumas, finas telas, ébano sin tallar… Pero aquí la escasez de incienso llamaba incluso más la atención que en Menfis o Gebtu, porque las tierras de donde procedía estaban más cercanas. Necesitaba más, mucho más. Y no podía fracasar, pues sería fallar a sus dioses. Su maestro había confiado en él, a pesar de las reticencias del sumo sacerdote, y pensaba demostrar que era un digno siervo de Nefertum. Aunque lejos del Nilo, al fin y al cabo estaba en las tierras del Este, los dominios del señor de los perfumes.

Alcanzó el final de la calle y el mar se abrió ante sus ojos, y a pesar de que era la primera vez que lo veía, no le impresionó. Las gaviotas le resultaron estridentes, incluso grotescas en comparación con los elegantes ibis del Nilo, y el intenso olor a pescado y sudor le hicieron fruncir el ceño. Dobló a la derecha por la playa y se dirigió hacia el muelle, hasta el primer almacén, el que quedaba más alejado del espigón. Pasó entre un grupo de camellos que aguardaba en la puerta, esquivando a los porteadores y los sacos de cáñamo que, podía olerlo, solo contenían canela. Llegó a la entrada del edificio y preguntó a un mozo por su señor.

—Vengo de parte de Naveed —puntualizó Badru, tal y como le habían indicado en el mercado.

El mozo se irguió y enseguida lo condujo hacia el interior del almacén. Las paredes de la entrada estaban cubiertas por estantes con recipientes de cristales coloreados y alabastrones de Naucratis, como los que empleaba él mismo para guardar los delicados perfumes que elaboraban en el taller de Menfis. A pesar de que estos venían de las tierras del Nilo, al avanzar se vio rodeado de vasijas de especias procedentes de más allá del puerto de Adén y sacas de índigo en polvo de diferentes tonos. Sabía que este tinte venía de lo que los griegos llamaban Eudemona Arabia, la misma tierra de donde procedía el olíbano y en la que también había mirra, aunque no los hubiera visto en el almacén.

El reflejo de la luz de la entrada se atenuó y el lugar quedó en una penumbra iluminada por sencillas lámparas de aceite repartidas por las paredes. Un escuálido escriba de rostro arrugado, ataviado tan solo con el *shenti,* anotaba sobre un papiro, atendiendo a las órdenes de su señor. Antes de llegar a ellos, el mozo pidió a Badru que aguardara un instante y se acercó. Pero aun desde allí, podía oír las voces algo crispadas. Al parecer, el escriba se negaba a seguir las instrucciones de su señor. Badru distinguió claramente la palabra tributos y pensó que también allí, como en el valle del Nilo, se amañaban las cuentas.

En cuanto el mozo le informó de su presencia, el señor lo mandó a la entrada junto al escriba y se acercó a Badru. Entonces este pudo observar que, a pesar de ir perfectamente rasurado, su barba era cerrada y le faltaba la oreja izquierda.

—Así que le envía Naveed. No me había recomendado antes a ningún egipcio —le dijo sin más preámbulos.

—No será usted el único amigo egipcio del persa —respondió Badru algo molesto—. ¿Es posible comprar incienso?

—¿Él no tenía suficiente?

—Me aguardan diez camellos.

—Difícil, en los tiempos que corren. Pero está de suerte.

* * *

Matsimela se detuvo mientras el grupo de camellos despejaba la entrada y se alejaba del puerto. En la puerta del almacén, un mozo ajustaba las pesas de cobre

en una de las bandejas de una enorme balanza. En la otra había unas sacas de índigo que el viejo escriba observaba sentado con el papiro sobre las piernas y el cálamo en la mano. Al advertir la presencia de Matsimela, se puso de pie. Lo recibió con un saludo amistoso y una expresión risueña que acentuó las arrugas de su rostro, y enseguida le indicó dónde estaba su señor.

Matsimela entró en el almacén sin poder evitar cierta complacencia ante las alabanzas del escriba por su elegante vestimenta, pero en la penumbra recordó por qué estaba allí y su rostro se ensombreció. Le dolía aquella situación. Había llegado a la corte de Donkor como esclavo de Mudads, un acaudalado comerciante de Menfis. Y le hirió profundamente convertirse en un regalo, después de que su patrón, al que consideraba su amigo, le hiciera creer que pronto podría comprar su libertad. Pero Donkor jamás hizo valer sus derechos como amo y le ofreció enseñar a sus hijos todo cuanto supiera de Egipto. Asenet le curó de todo un duro pasado y así Matsimela encontró por primera vez algo parecido a un hogar. El hombre reprimió un suspiro. De aquello ya no quedaba más que Asenet y su necesidad de protegerla, servirla y amarla. Por ello ahora debía centrarse y recurrir a algunas de las cosas que había aprendido en su vida anterior.

Al fondo reconoció a Chisise, que aproximaba su única oreja a un hombre, probablemente para escuchar el precio que le ofrecía por las sacas de mirra que tenían ante sí. Había llegado el momento de comprobar si el plan funcionaba, si podía pasar por un verdadero comerciante, pues Chisise lo había conocido como esclavo de Mudads. Matsimela pisó con fuerza, buscando una seguridad en sí mismo de la que dudaba.

—¡Vaya! Cuánto has prosperado —exclamó el comerciante en cuanto lo vio. Y dirigiéndose a su acompañante, añadió—: Disculpe, Badru, es un viejo conocido.

El otro hombre lo miró con expresión cansada. Aun así, Matsimela quedó impresionado por su belleza. A través de su fina túnica de lino se intuía un cuerpo estilizado que contrastaba con sus rasgos amplios y aquel mentón duro, cuadrado. Su piel morena, que se veía suave y bien cuidada por abundantes ungüentos, le recordó un tiempo en que él también había tenido aquel aspecto. Sus ojos, grandes y oscuros, desprendían un brillo dulce, casi inocente, aunque seguro que debía sobrepasar ya los veinte años. El joven se inclinó y se tocó la rodilla con el revés de la mano derecha, por lo que Matsimela lo reconoció como egipcio y respondió al formal saludo de igual modo, luchando por disipar los recuerdos que había despertado aquel desconocido.

—¿Me traes algo? —preguntó contento el comerciante—. Según Mudads, te quedaste en las tierras de Punt, donde fluye la mirra. Y el señor Badru se llevaría más, estoy seguro.

—Dejé las tierras de Punt por Napata, en el reino de Kush. La verdad es que venía más bien a comprar —aseguró Matsimela.

—¡Vaya! La cosa entonces está peor de lo que pensaba —comentó Chisise frotándose las manos—. ¿Olíbano? De eso me queda.

—Pero también vendido —aseveró Badru.

La voz sonó rotunda, muy diferente a lo que transmitían sus ojos.

—Eso seguro. Aunque si a Matsimela le interesa, y el mercado está igual que con la mirra, viejo amigo —advirtió el comerciante mirando al recién llegado—, se lo llevará el que mejor precio me ofrezca. ¿Llamo a unos mozos para que me lo traigan?

Matsimela observó la tensión en Badru. No le interesaba el olíbano, pero aun así, asintió. Necesitaba tiempo. Chisise se disculpó y se retiró en busca de los mozos y de la mercancía. Entonces Matsimela aprovechó para acercarse a la mirra que había comprado el egipcio. Debía centrarse. Eso era lo que debía hacer. Tomó una de las piedras y se la acercó a la nariz para absorber su aroma.

—Me la voy a llevar a Gebtu en la próxima caravana que salga. No está en venta —aseveró el joven, cortante, a sus espaldas.

Matsimela sonrió. Se esforzaba por parecer duro. Lo sabía. Tomó otra piedra y repitió la operación mientras respondía.

—Tranquilo, no se la quitaré. —Por el aroma quizá era la que buscaba, pero el color…—. No sabía que fuese tan difícil encontrar mirra aquí, en Myos Hormos.

—Me temo que es difícil encontrarla en cualquier parte. Por lo menos, en cantidades considerables —respondió Badru algo desconcertado. Si aquel hombre era un comerciante, ¿cómo podía ser que no lo supiera ya? Kush y Egipto estaban directamente conectados por el Nilo y se tenía que haber encontrado con los mismos problemas que él.

Matsimela, entre tanto, miraba las diferentes sacas e incluso, en algunas, removía la mercancía, lo cual ponía nervioso a Badru.

—No todas son de la misma cosecha —observó. Tomó una piedra más oscura que el resto y olió de nuevo—. Quizá usted tenga razón sobre la dificultad para encontrarla en grandes cantidades. Este cargamento parece estar formado de pequeñas sobras de diferentes procedencias.

—¿Sobras? —exclamó Badru—. No hay sobras en esta clase de mercancía y las lágrimas son de excelente calidad, todas opacas y…

—No se enfade, hombre —le interrumpió Matsimela volviéndose hacia él. Sí, era hermoso. No merecía que lo engañaran. Se apoyó en las sacas y añadió con una sonrisa—: Yo de usted revisaría el fondo para comprobar que son del mismo tamaño.

Aunque no era un comentario malintencionado, Badru se sintió insultado. El aroma lo determinaba todo. Solo el aroma y el peso contaban para él.

—Esto se empleará para honrar a los dioses del Nilo y para embalsamar, y para elaborar aceites y perfumes y diluir la tinta de los escribas. Me da igual si las piedras son uniformes o no.

—Lo veo convencido.

—Por supuesto, yo…

—Señores, el olíbano —interrumpió Chisise seguido por dos esclavos con sendas sacas—. Y hay más, no se preocupen.

Matsimela sonrió y se metió con disimulo algunas rocas entre los pliegues de la

túnica. Lo que quería obtener de aquel lugar ya lo tenía. Sin embargo, solo Asenet podía comprobar si habían dado con algún resto de la mirra de sus tierras. Y si no era así, no le convenía marcharse y defraudar las expectativas de Chisise, pues lo podía volver a necesitar. Por ello se quedó para regatear junto a aquel joven egipcio, aunque le inquietara.

* * *

Con los *shentis* sucios y harapientos, la piel de los esclavos relucía al sol húmeda por el sudor. Pero, a pesar de sus musculosos brazos, se les marcaban las costillas en el torso descubierto, y Asenet no pudo evitar examinar los rostros por si reconocía a alguno de sus súbditos. Lo había hecho en todos los puertos que habían recorrido, siempre con la misma ansiedad. Y se encontró con la misma decepción. Le costaba renunciar a la esperanza, aunque sabía que había pasado demasiado tiempo y ya estarían vendidos, en campos, en casas o remando, si es que estaban vivos.

Además, los fardos que portaban y que habían llamado su atención por el aroma solo contenían olíbano. Los esclavos los depositaron en una barca que ya aguardaba para llevárselos a un barco más grande. Y esto extrañó a Asenet. Matsimela le habían explicado que el incienso procedía de Eudemona Arabia. Este era el lugar de partida de olíbano y mirra arábiga por tierra hacia Persia. También subía por el mar Rojo, junto a la mirra de Punt, repartiéndose por diferentes puertos hasta Myos Hormos. Desde allí, una parte seguía hasta Egipto atravesando el desierto, pues era la ruta más corta. La otra parte no llegaba a bajar del barco y seguía ascendiendo hasta Pelusio o Gaza, por donde también entraba al Nilo o bien iba en dirección a lejanas tierras mediterráneas. Por ello le pareció un sinsentido aquel cargamento tan grande de olíbano. ¿Dónde lo llevaban?

De pronto, un estruendo seguido de increpaciones interrumpió sus pensamientos, y se volvió. Un capataz azotaba con el látigo a un porteador que había caído al suelo. Asenet dio un paso hacia delante, con los puños cerrados. Pero enseguida se frenó. Allí no era la heredera de Donkor, ni siquiera la elegida de la diosa de la mirra. Viajaba haciéndose pasar por una esclava y no podía hacer nada por evitar aquello. Solo podía preguntarse con pesar si estarían tratando así a los súbditos de sus tierras. Hasta que aquel aroma la envolvió. Elegante y enérgico, reconfortante y doloroso. Era mirra. El fardo no se había roto y el porteador desfilaba frente a Asenet seguido por más compañeros. Todos con la misma resina.

Sabía que la mirra viajaba en la misma ruta que el olíbano y se fijó en el barco fondeado al que iban a parar las sacas. Era grande, de unos cincuenta remeros. La joven temió verse de nuevo sobre una cubierta tambaleante, pendiente de las miradas de pánico de Mandisa y de los mareos de Adio y Kosei. Además, debía atender a Matsimela, que soportaba con mirada avergonzada cómo ella le servía comida y lo abanicaba cuando los vientos no eran propicios. Pero era posible que

no les quedara otra opción. Aunque aquella mirra era algo menos dulce, la embarcaban como el olíbano. No iba hacia Egipto, sino que la estaban desviando hacia otro lugar, donde probablemente también habría llegado la que fue robada de palacio.

—¡Asenet, por fin! —oyó a sus espaldas—. Te he estado buscando en el otro extremo del puerto y estabas justo aquí al lado. ¡Me estaba asustando!

Asenet se volvió hacia Matsimela y observó que había empalidecido. Le acarició el rostro con ternura y sus ojos atemorizados recuperaron algo de su brillo. Desde que partieron, el hombre seguro que la había criado se había desvanecido para dar lugar a aquel otro que combinaba un actitud protectora con una acuciante necesidad de que ella lo protegiera.

—He encontrado algo, pero parece que hay problemas con el suministro de mirra —dijo Matsimela en cuanto la joven retiró la mano—. Incluso es más grave aquí que en otros puertos.

Asenet señaló la embarcación que había estado observando.

—Justamente allí es donde más hay. Todas esas van llenas de incienso.

—¿Y ninguna era la mirra de…?

—No —le interrumpió Asenet.

—No lo entiendo. Me han dicho que en Menfis y en Gebtu hay escasez. Harían gran negocio si fueran a Egipto. Todo esto es muy extraño. No sé si lo que está sucediendo solo atañe a nuestra mirra.

—Yo tampoco lo creo. Quien nos atacó sabía que había escasez, por lo menos a esta orilla del mar Rojo. Pero ¿por qué matar? Podían habernos robado sin más. Y sin embargo, había ensañamiento, quizá algo personal…

—O no querían que se supiera que era mirra robada.

Asenet bajó la mirada, pensativa, mientras Matsimela metía las manos entre los pliegues de su túnica. ¿Acaso en aquellos puertos los comerciantes preguntaban sobre el origen de la mirra? No, simplemente la intercambiaban por plata o cobre o por otras mercancías. Importaba el peso y la calidad. La joven sentía que algo se les escapaba. Además, lo que le había dicho Matsimela acerca de la escasez en Egipto le llamaba la atención, dado los muchos usos que allí daban a la mirra. La empleaban incluso para aquella extraña costumbre de momificar a los difuntos. La voz del hombre la sacó de sus pensamientos.

—Esto es lo único que por color y opacidad se ajusta a lo nuestro —explicó él extendiendo sus manos para mostrar las lágrimas que había hurtado de las sacas de Badru.

A la joven se le iluminaron de pronto los ojos y directamente tomó dos, aunque por color todas eran muy similares. Ella no necesitó acercárselas a la nariz como él había hecho, simplemente las acarició y al tacto sintió que la esperanza se agitaba en su corazón abatido.

—¿Y las demás? —preguntó Matsimela acariciándole el hombro con la mano.

La mirada de Asenet cayó, entristecida, mientras sentía que sus propias lágrimas pugnaban por brotar de los ojos al negar con la cabeza. Matsimela suspiró

con resignación.

—Entonces Chisise está haciendo lo que imaginaba. Va hurtando de diferentes cargas para ahorrarse pagar tributos —concluyó.

—Eso es igual. Algunas de las que van en el barco son de la misma cosecha que las que has traído. Las reconozco por el olor. Pero esta es la nuestra —aseveró Asenet apretando las lágrimas de mirra entre sus manos, como si se le fueran a escapar—. ¿Sabes de qué fardo la sacaste? Puede estar toda dispersa entre la mirra que hurta. Al ser robada, quedaría escondida.

Matsimela se volvió y vio que unos camellos se habían detenido delante del almacén. Distinguió al joven egipcio supervisando su carga. Desde luego, podía ser, Asenet tenía razón.

—Y si la han escondido, es posible que no solo sea una cuestión de tributos —murmuró el hombre como si pensara en voz alta—. Alguien la ha encargado. Alguien que sabía que se están desviando las resinas perfumadas para que no lleguen a Egipto y que va a sacar muchos beneficios en Gebtu.

—Iremos primero al mercado de la ciudad para asegurarnos de que no hay más piezas sueltas de esta mirra —sentenció Asenet—. Y en ese caso, seguiremos la única pista que hemos encontrado hasta ahora.

—Asenet, ¿estás dispuesta a continuar con esto? La travesía por el mar Rojo ha sido un paseo. Pero ahora hemos de adentrarnos en el desierto. Y te digo por experiencia que los peligros…

La joven acercó un dedo a sus labios para acallarlo. No quería oírlo. Tenía una deuda con los suyos. Y por fin habían encontrado un rastro.

3

Una luz mortecina anunciaba la salida del sol. Pronto, la capa que ahora colgaba a su espalda le sería indispensable para proteger los brazos y la piel que dejaba al descubierto el escote de su vestido. Asenet apenas vislumbraba el horizonte de arena rojiza que se extendía más allá de los centenares de camellos reunidos a las afueras de la ciudad. Inquietos, levantaban polvo y acallaban a los gallos con sus incansables berreos, como si percibieran cierta tensión en la actividad a su alrededor. La mayoría de los comerciantes aún no había llegado, aprovechando sin duda el pan reciente y la cerveza fresca del último desayuno, una de las comodidades que ofrecía Myos Hormos. Pero los mozos, que habían dormido al abrigo de los cuerpos de los animales, hacía rato que se habían levantado y se repartían los turnos para abrevar a los camellos.

Adio y Kosei jamás habían visto tantos juntos, pero solo debían hacerse cargo de seis y, superada la sorpresa inicial, supieron hacerse sitio en el gran abrevadero. Negros y más altos que la mayoría de los mozos, ya volvían con dos de las bestias, abriéndose paso como podían. Al llegar a la altura de Asenet, los hicieron sentar y eligieron a otros dos para repetir la operación. Entonces la joven se volvió hacia los sacos de índigo y los fardos que les quedaban con algunas pieles de jirafa y antílope. Al lado de estas aguardaba Mandisa, sentada, con las piernas encogidas. La mirada entre absorta y aterrada que tenía durante el viaje por mar había desaparecido, pero ahora sus ojos mostraban una expresión sombría y seguía sumida en el silencio. Asenet imaginó su mente perdida en los recovecos de sus recuerdos y entendió que distraerla la ayudaría. Por ello, colocó hacia atrás el zurrón que colgaba cruzado de su hombro, se acercó a ella, agarró una de las pesadas sacas de índigo por un extremo y preguntó:

—¿Me ayudas a cargar?

La muchacha la miró, asintió y se puso en pie. Se agachó para agarrar la saca por el otro extremo y entre las dos la llevaron hacia uno de los camellos. Aunque Asenet sabía que el índigo tenía un gran valor como tinte, no pudo evitar una sensación de pérdida por haberse desprendido de las pieles de buey y de cabra que les quedaban. Matsimela había insistido en intercambiarlas por una tienda, aperos y provisiones para el desierto, además del polvo azul. «Esas pieles son fáciles de encontrar. Nadie emprende una travesía por el desierto con semejante carga», había dicho. Pero aquella carga era en verdad parte de lo que su padre atesoraba a cambio de la mirra que vendían, representaba la riqueza de su pueblo, su futuro.

Cuando tras el ataque Asenet consiguió sobreponerse, lo primero que hizo fue cogerlas todas, incluidas las de jirafa, antílope y leopardo, pues las necesitarían para emprender el viaje y hallar a los asesinos. Con ellas habían pagado comida, barcos y la compra de Mandisa, pero ahora que quedaban apenas unas pocas, aunque fueran las más valiosas, sentía que su hogar se desvanecía con ellas. En el mercado no habían hallado ningún otro rastro de su mirra, y Matsimela había partido con las últimas pieles de buey para intentar hacer un intercambio antes de que partiera la caravana. ¿Y si se las hubieran quedado? Desechó la idea. Las pieles no le devolverían lo que había perdido. Asenet sujetó la saca de índigo mientras Mandisa la ataba al arnés de carga con cuerdas de cáñamo.

—Una suerte ser la elegida. Hiciste bien en no dejar que te casaran. Ahora no tienes hijos.

Mandisa había hablado y, aunque a Asenet no le gustó oír lo que decía, se alegraba de la recuperación de la muchacha. Pero no pudo evitar un deje de amargura cuando respondió:

—Mi padre no pensaría lo mismo.

—Ahora sí que lo pensaría. Lo sé. Soy como él y tu madre: he perdido a un hijo. Cuando murió tu hermano Dakarai de aquella manera…

Mandisa enmudeció de pronto, perdida de nuevo, y esta vez Asenet no tuvo fuerzas para continuar la conversación. Dakarai hubiera sido el auténtico heredero de su padre, pues era el primogénito. Asenet aún lo echaba de menos. Y ahora era ella la que necesitaba imperiosamente dejar de pensar. Por lo menos, en aquello. Los espíritus de la sabana podían ser tan generosos como crueles.

—¡Mi señora! —oyó a sus espaldas—. Deja eso, lo haremos nosotros.

Asenet se giró y clavó una mirada fría en Adio, que se apresuraba hacia ella alarmado, mientras Kosei se hacía cargo de los dos camellos que habían acabado de abrevar.

—Has gritado —masculló cuando el joven llegó a su lado. Este bajó la cabeza, dándose cuenta de pronto de su error. Ella miró a su alrededor. Nadie parecía haberse percatado—. No pasa nada, pero déjame llevar la saca. Mandisa, ¿me ayudas?

Esta asintió y agarró de un extremo. Mas no llegaron ni a levantarla cuando Asenet vio que Matsimela se acercaba con las manos vacías. Hizo una señal a Mandisa, y ambas dejaron la saca.

—Necesito un camello, si puede ser, que ya haya bebido —dijo el hombre.

Kosei le tendió las riendas de uno de los animales y él, enérgico, las tomó. Sin mediar palabra, se volvió. Actuaba como si fuera el señor, como debía ser, pero aun así, Asenet lo detuvo y, al amparo del camello, alejados de miradas indiscretas, inquirió:

—¿Y las pieles?

—Las he dejado en el almacén de Chisise —aseveró casi en un susurro—. No le queda índigo, pero nos dará un buen saco de especias por ellas. Me aseguró que las tendría listas a primera hora de la mañana.

—Te acompaño —Asenet lo sintió como un impulso. Quizá quedara algún rastro de la mirra que buscaban en aquel almacén. No podía quedarse paralizada como tras el ataque, no ahora que por fin tenían una pista.

Matsimela asintió, aunque ella adivinó cierta reticencia en su expresión, como cuando de niña pretendía subir a alguna acacia para ver si conseguía divisar jirafas en lontananza. «Tu padre me matará si sabe que has escapado», le decía. Pero esta vez no articuló palabra, simplemente se limitó a ofrecerle las riendas del camello y se adelantó mientras daba órdenes para que la carga estuviera lista a su regreso.

* * *

Desde aquella esquina donde estaba apostado el egipcio, las paredes de adobe de la casa que vigilaba desprendían destellos rojizos con las primeras luces del amanecer. Protegida por unas austeras murallas, era una buena villa, alquilada por un comerciante de paso, que ahorraba sus ganancias para volver a Persépolis y construirse allí un buen palacio. Eso se ajustaba a lo que al vigilante le habían encargado: que hicieran dinero los persas con la pequeña porción del incienso que dejaran circular hacia el Nilo, sin embargo…

El vigía dio un paso hacia atrás en cuanto la puerta se abrió. Precedido por dos mozos que conducían sendos borricos con las alforjas bien cargadas, apareció un persa ataviado con una llamativa saya en tonos verdes, la tiara amarilla con la punta doblada que simbolizaba la sumisión al rey Darío y los pantalones a juego. A pesar de las órdenes recibidas, debería haber desconfiado de un persa, y ahora, por no hacer caso a su intuición, ahí estaba, al acecho en una esquina, con su hombre de confianza tras él.

Cuando el comerciante pasó ante ellos, salió de su escondrijo y, en tono amable, saludó:

—Estimado Naveed, ¡qué madrugador!

El hombre se volvió y le sonrió mientras respondía:

—Solo así el negocio es próspero. Pero ¿cómo por aquí? Te hacía fuera ya.

—Tenía asuntos que resolver antes de marcharme. Y precisamente contigo.

Naveed asintió y ordenó a los mozos que continuaran hacia el mercado.

—Tú dirás. ¿En qué puedo ayudarte, amigo?

—El resto de los vendedores ya han acabado con el incienso que os proporcionamos. No era tanto, y su escasez le da aún más valor, por lo que se lo quitan de las manos. En cambio, a ti… ¡Qué curioso! Aún te queda.

A Naveed le molestó aquel tono de superioridad. Aunque los tratos con él le hubieran reportado beneficios, solo era un egipcio y, por más que las noticias después de la derrota de Issos corrieran mar Rojo abajo, las tierras del Nilo seguían siendo una satrapía del Imperio persa. Por ello, respondió irritado:

—Habrán vendido al por mayor. Entre los comerciantes de la caravana que sale hoy era muy buscado. Yo te daré tu parte en cuanto acabe con todo.

De pronto, el persa vio salir de una esquina a un hombre que, ataviado con un *shenti,* mostraba su torso descubierto y lleno de viejas cicatrices. Cuando se situó tras su señor, Naveed observó que portaba un hacha de combate en la mano derecha.

—Ese no era el trato —replicó el egipcio—. Solo mi partida de camellos debía transportar incienso en esa caravana, lo cual no es así, según me han informado.

—No es culpa mía. Díselo a los demás.

—¿Acaso crees que nadie controla el trato que hicimos? Según mis cuentas, ya deberías haber acabado con tus existencias hasta que te dejemos vender lo de la siguiente cosecha, pues el resto sale hacia tu querida Persia. ¿De dónde lo sacas, Naveed?

—Me he administrado mejor, eso es todo.

El egipcio se acercó mientras su secuaz, en un movimiento rápido, se colocaba tras el persa.

—No querrás poner a prueba mi paciencia. Verás, es sencillo. Solo puede salir de los almacenes del puerto. Necesito un nombre y no me gustaría que mi amigo empleara su destreza con el hacha para conseguirlo.

* * *

Era demasiado temprano para él, pero aquella mañana estaba contento. Con una lámpara de aceite encendida, Chisise abrió la puerta y aspiró el frescor con avidez. No podía tardar mucho, pues el sol despuntaba ya. Podría haber mandado a sus sirvientes que atendieran a Matsimela, pero sentía curiosidad. Desde que Mudads lo dejara en Punt no lo había vuelto a ver. Y de pronto, ¿el antiguo esclavo volvía hecho un comerciante? Quizá a solas se animara a hablar. Sonrió. Él también había empezado desde abajo.

Quedaban muy lejos aquellas tierras que le había otorgado el faraón Nectanebo II cuando acabó su etapa en el ejército. No fue un mal soberano y por lo menos era egipcio. Se ocupó de sus tareas y construyó un gran templo dedicado a Isis, aunque la Diosa Madre no impidió su derrota ante los persas. Sin embargo, aquel Artajerjes III… Habían pasado ya más de diez años desde que se hiciera con Egipto. Pero, ¡por todos los dioses!, mató al buey, el *ba* del gran Apis, y no contento con ello, saqueó los templos. Estaba claro que aquellos persas que se proclamaban faraones iban a traer el caos al Nilo. Por eso, en cuanto llegaron, Chisise se deshizo de sus tierras y se vino a Myos Hormos. Empezó desde abajo, también con pieles. Pero Matsimela, ¿de dónde había sacado aquella cantidad? Eran demasiadas, valiosas y de muy buena calidad. ¡Ah, si hubiera podido hacerse con las de jirafa!

Chisise miró hacia la playa, desde donde los pescadores partían ya en sus pequeñas barcas. En el puerto aún no había despertado la actividad, y solo se oía la voz del capitán de un único barco que salía ya con las eficaces maniobras de sus

cincuenta remeros. En cuanto la caravana de camellos también se fuera, no tendría que preocuparse más. Aunque probablemente sus ganancias hubieran sido mayores con Naveed, que por la escasez podía aumentar el precio, estaba contento de haberse sacado el incienso de encima y, además, no tenía que compartir los beneficios con nadie, y menos con un persa. Escupió al suelo y se volvió hacia el interior. Ya entraría Matsimela por sí solo. Aún no había desayunado y le apetecía un buen cuenco de cerveza espesa.

Tomó una lámpara de aceite y deslizó sus pasos entre los alabastrones y los tarros de vidrio, de colorido tenue con la vaga luz del amanecer que llegaba al almacén. Este se veía algo vacío, pero aquella mañana se esperaba un barco con maderas exóticas. Y quizá llegaría algo de incienso, aunque calculaba que de la última cosecha no podía quedar mucho en circulación, por lo menos en aquella orilla del mar Rojo. Mejor, pues la escasez impediría que se percataran de sus tejemanejes. Con las siguientes cargas haría lo mismo: sustraería su parte. Pero si venían muy seguidas o en grandes cantidades, como la última vez, podía llamar la atención y no le interesaba.

—Estimado Chisise, ¡qué madrugador! —tronó de pronto una voz a sus espaldas.

El comerciante se volvió y reconoció al hombre del *shenti.* Un escalofrío le recorrió la espalda al ver que portaba el hacha.

—Mi señor sabe lo de tus robos, a él y a sus amigos. Y ese no era el plan. Quizá no importaría tanto si lo hubieras enviado fuera de Egipto… Se te dio un buen pago extra por tus servicios: la mirra y el olíbano de tu almacén debían salir hacia la otra orilla del mar. Los demás almacenes han cumplido. Pero como sabías que el Nilo andaría escaso, has visto negocio y la codicia te ha superado, ¿eh?

El hombre dio un paso hacia Chisise y este, en un acto reflejo, le tiró la lámpara de aceite a la cara y corrió hacia el interior. Aún conservaba el sable de su época en el ejército. Pero estaba mayor. Sintió cómo el hombre se abalanzaba sobre él. Ambos cayeron al suelo. El comerciante bocabajo, el atacante sobre su espalda. En un acto desesperado, Chisise alargó un brazo para intentar derribar las estanterías repletas de tarros, pero el hacha se elevó y un aullido se le escapó cuando esta cayó y le cortó la mano. El atacante supo entonces que ya no podría disfrutar más. Su señor le había ordenado que fuera discreto. Se alzó y, con un movimiento rápido, segó la cabeza de Chisise. Luego, raudo, tomó una de las sacas que había por el suelo y la metió dentro. Su señor no quería que reviviera en el otro mundo y así no podrían momificarlo para ello. A grandes zancadas avanzó hacia la salida, pero oyó voces cerca de la puerta y decidió retroceder. Con el cadáver aún sangrante, apagó las lámparas de aceite de las paredes y se resguardó en la oscuridad del fondo.

* * *

Matsimela se sintió molesto al comprobar que nadie le aguardaba en la entrada.

Pero entonces oyeron aquel grito y Asenet se precipitó hacia el interior del almacén, al tiempo que se llevaba la mano al zurrón. El hombre se apresuró a seguirla y enseguida agarró a la joven de la capa que colgaba a su espalda. Ella se volvió airada y él se llevó un dedo a los labios. Sabía que Asenet no se marcharía sin averiguar qué sucedía. Siempre había sido así, incluso antes de la muerte de su hermano. Más de una vez la había seguido entre la maleza cuando de niña escapaba persiguiendo algún olor, incluidos los de animales muertos que atraían a hienas o, peor, a leonas hambrientas. Y tras la muerte de Dakarai, al contrario de lo que cabía pensar, Asenet empezó a actuar con mayor temeridad. Matsimela era consciente de que si pudo detenerla durante el ataque fue porque la pilló por sorpresa. Pero en aquel momento, al ver la mirada del hombre, ella pareció entrar en razón. Asenet sacó la daga de su zurrón y avanzó con sigilo.

Mas, de pronto, un olor la hizo detenerse bruscamente. Acudieron de nuevo las imágenes que la asediaban desde el inicio de aquel viaje, siempre impregnadas de sangre, de su hedor y su color. Se sintió incapaz de dar un paso, pero Matsimela supo leer sus sensaciones, como siempre. Se adelantó y avanzaron un poco más envueltos en un denso silencio. Entonces fue él quien se detuvo.

—¡Chisise! —exclamó.

El olor a sangre era ahora penetrante y Asenet sintió arcadas, pero aun así, se asomó por detrás de la amplia espalda de Matsimela. Se llevó las manos a la boca para ahogar un grito. La imagen de su padre decapitado se precipitó a la mente de la joven.

—Tenemos que avisar a alguien en la casa —la apremió Matsimela dando un paso adelante.

Asenet volvió a la realidad y lo sujetó del brazo:

—Ni se te ocurra. Nos descubrirían. ¿Y si te acusan?

En el fondo oscuro oyeron ruidos. ¿Había alguien? Quizá ya estaban perdidos. Apareció un gato y empezó a beber de la sangre fresca que había en el suelo.

—Vámonos ya —susurró ella.

Sin esperar, dio media vuelta y Matsimela la siguió a toda prisa.

* * *

Su hombre de confianza llegó apresurado y le informó.

—Todo listo, mi señor.

Badru sonrió. El jefe de la caravana que los guiaría hacia Gebtu había iniciado la marcha y, en lontananza, ya se perfilaba una larga hilera formada por al menos un par de centenares de camellos que avanzaban hacia el horizonte, mientras unos pasos por delante de él se amontonaban aún cual rebaño. Los hombres del guía iban y venían, supervisando la salida, pues todavía quedaban muchos comerciantes con animales cargados a las afueras de la ciudad, preparándose como él para emprender el camino. Sus camellos eran de la mejor calidad, pero aún mejor era su

carga, y se sentía orgulloso de haber cumplido con su misión. Había pagado mucho, pero era mejor que esperar a que llegara la mercancía a Gebtu, donde, dada la escasez, quizá ni hubiera salido del templo de Min o, desde luego, no en aquellas cantidades.

Estaba convencido de que debía ser el único que solo llevaba mirra y olíbano entre sus mercancías. No le habían pasado desapercibidos los comentarios de otros comerciantes, que ya se habían dado cuenta de lo que portaba, y se alegraba de haber comprado armas para sus mozos. Montó al camello sin más ayuda que la experiencia adquirida en el viaje de ida y cruzó las piernas por delante de la giba. El jefe de sus camelleros le tendió las bridas. Badru aguardó a que este le indicara que estaba listo. Un grupo de jóvenes, algunas con tatuajes de la diosa Batset, le observaban entre risas y comentarios. Él sonrió y pareció animarlas, hasta que un hombre, con cierta brusquedad, les ordenó taparse. Luego se volvió al joven:

—Si gusta, esta noche cuando acampemos…

Badru debía reconocer que echaba de menos compartir el lecho con una mujer, pero tras ser aceptado por su maestro, había dejado de visitar los burdeles de Menfis y pocas veces había ido a las «casas de cerveza» buscando un encuentro. Siempre había conseguido seducir a alguna mujer con la que desahogar la pasión. No rompería ahora aquella costumbre, no pagaría por el sexo. Así que decidió dejar de mirar en aquella dirección para evitar problemas. No quería llamar más la atención.

Se cubrió cabeza, nariz y boca con el manto de lino que llevaba sobre los hombros. El paño de barbilla hubiera resultado más ligero para protegerse del sol del desierto, pero las costumbres persas no eran bien vistas entre muchos egipcios. Oyó que su hombre de confianza daba la señal a sus camelleros, que iniciaron el paso. Entonces Badru la vio y levantó la mano. Su comitiva se detuvo a la espera de sus órdenes. Pero él solo tenía ojos para aquella mujer que, apresurada, caminaba en medio de la agitación como si el resto de la caravana no existiera. Sus ojos, de un marrón fulgurante, destacaban en aquel rostro de piel negra que relucía con el incipiente sol. Era alta, no como las menudas mujeres egipcias, y Badru imaginó el sudor que perlaba la frente de la joven humedeciendo también su cuerpo bajo aquel vestido que, aun sin formas, no disimulaba unos pechos generosos. Su expresión parecía demudada, su labios carnosos fruncidos. Pero sus rasgos eran estilizados y estaba seguro de que podían suavizarse con una sonrisa. A él se le ocurría cómo hacerla sonreír, solo necesitaba sus largas piernas descubiertas.

La joven se detuvo ante un grupo de camellos guardados por dos mozos y una muchacha. Un señor kushita ordenó a uno de ellos que dispusiera una manta sobre uno de los animales. Durante un momento hubo una pequeña riña. El hombre quería hacerla subir al camello que no portaba carga, pero ella rehusaba. Badru dudó. Aquella mujer vestía como una sirvienta y, sin embargo, sus gestos eran delicados y a la vez seguros, y parecía despertar tal respeto en aquel pequeño grupo que su belleza natural desprendía aún mayor atractivo. Con ayuda de un mozo, la

mujer acabó subiendo al camello que ella eligió, uno de los que parecían portar provisiones para la travesía. Badru se preguntó quién era. Su esposa no, pues no llevaría aquella ropa raída. ¿Acaso su concubina? Poco le importaba. Vio cómo aquella comitiva se ponía en marcha y dio la orden para salir. La caravana era enorme y quería asegurarse de viajar cerca de ella.

4

A sus espaldas, el sol poniente dejaba un tono violáceo en el horizonte. Por delante, a los lejos, los camellos se agrupaban a los pies de una meseta de laderas pedregosas. Cuando la comitiva de Asenet alcanzó el lugar señalado para acampar, ya se habían montado las primeras tiendas. Se quitó la capa que le cubría la cabeza y el rostro. A pesar de dejar solo sus ojos al descubierto durante el camino, el polvo se adhería a su piel mostrando el poder del desierto: aparentemente quieto y yermo, deslizaba su mano para apoderarse de quien se adentraba en él. Aun así, al bajar del camello, percibió el entumecimiento dolorido de su cuerpo con agradecimiento, pues ahuyentaba las imágenes que la habían perseguido hasta el momento. Cuando Matsimela quiso advertirle de los peligros de la travesía, no pensó que el mayor de ellos fuera todo aquel tiempo en el que las ideas vagaban sin control. Se apoderaban del pensamiento de igual manera que la aridez agrietaba sus labios y el aire resecaba su aliento. La joven se llevó la mano al zurrón y sacó una de las lágrimas de mirra que le había traído Matsimela. Se la acercó a la nariz, cerró los ojos y absorbió su aroma, y con él cierta seguridad en sus decisiones. El asesinato de Chisise y el de su padre estaban conectados, como el de los comerciantes de Malao, todos decapitados, y aquella mirra era la única pista que tenían.

Los camellos pastaban entre las escasas briznas de hierba reseca. A su alrededor, tiendas montadas y a medio montar, blancas o coloreadas, circulares, triangulares, o toldos amarrados a dos palos dejaban entrever las intrincadas callejuelas de un poblado bullicioso que invadía el silencio en tantos idiomas diferentes como había oído en los puertos del mar Rojo. De pronto, Asenet fue consciente de las dimensiones de aquella caravana y temió no encontrar al comerciante que portaba la mirra. Pero aquel enorme poblado ofrecía una ventaja respecto a cualquier ciudad a las orillas del mar. Nadie se iría de allí. Al día siguiente todo se recogería, y las mismas personas viajarían juntas hasta Gebtu. Contaba, al menos, con siete días.

Entonces Asenet tuvo aquella sensación. Le había pasado más de una vez cuando iban a recolectar mirra. Hacía una incisión en el árbol, la resina empezaba a aflorar y, mientras esperaba a que se secara para poder recogerla, se le erizaba la piel, el temor se agitaba en su estómago y se sabía observada. La brisa entonces le confirmaba si era un guepardo vigilante, un león solitario o una hiena al acecho. Advertir al resto de recolectores había permitido a su padre convertirla en la elegida. Si cuando Dakarai subió a aquel árbol ella hubiera percibido el peligro…

Pero allí, en medio del desierto, con la noche anunciando su inminente llegada, no había brisa ni aroma, y se sentía fuera de su elemento. Aun así, se volvió hacia donde le indicaba la intuición y lo vio. La observaba con descaro, sentado sobre uno de sus sacos. El pelo, tan corto como el de ella, enmarcaba un rostro atezado, y le sorprendió su belleza. Sus ojos se cruzaron, el hombre sonrió e incluso alzó el cuenco que tenía entre las manos a modo de saludo. No había rasgo alguno de lascivia en su gesto, no como los que había observado en más de un visitante de la corte. Fue un gesto tan amistoso y natural que ella le devolvió la sonrisa de igual forma, sin apenas darse cuenta. Hasta que recordó que aquel joven era Badru. No lo recordaba así cuando Matsimela lo señaló a la puerta del almacén de Myos Hormos. ¿Sería la distancia desde la que lo observó? De pronto, apartó la mirada con las mejillas encendidas por el rubor.

Entonces Asenet se topó con el rostro de Matsimela, que, adusto, lo había observado todo. El hombre saludó a Badru con la mano, aunque sin cambiar de expresión, y siguió clavando el palo de la tienda que les serviría de refugio. Mandisa disponía las pieles en el suelo sobre el que se alzaría, mientras Adio y Kosei descargaban aún los camellos. Asenet se dio cuenta de que no estaba actuando como la esclava que se suponía era. Eso sin duda llamaba la atención. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que Badru no era el único que se había fijado en ella. A la puerta de otra tienda, un persa de espesa barba se quitó la tiara para descubrirse con sonrisa burlona, y un poco más allá, un muchacho griego de cabello ondulado y túnica corta giró la cabeza azorado para evitar que lo pillara recorriéndola con los ojos.

¿Ella había provocado aquello? Se sintió culpable, porque solo los señores descansaban. El resto del campamento se agitaba para recibir la noche: cargas aseguradas, viandas y abrigo, camellos con las patas delanteras atadas… Había mucho que hacer. Se acercó apresurada a Matsimela para susurrarle a la espalda:

—No me has asignado ninguna tarea…

Él se volvió.

—Pensé que estarías cansada.

—No quiero llamar la atención.

Asenet aguardó con sus ojos clavados en él. Aunque por los puertos había simulado ser el señor, Matsimela jamás le había dado órdenes y era Asenet quien asumía su papel servil y se asignaba las tareas. En los barcos, las miradas de remeros y marineros se podían controlar, y ella parecía una esclava que se adelantaba a las necesidades de su señor, pero en la caravana, Matsimela debía mostrarse más contundente. De soslayo observó que Badru seguía la escena, por lo que, sin esperar más, se volvió hacia los mozos para ayudarlos en su tarea. Tomó uno de los fardos que colgaban del lomo de un camello, pero no lo había empezado a bajar cuando Matsimela la interrumpió:

—Deja eso y ve a recoger excrementos de camello. Los necesitaremos para hacer fuego. Kosei te acompañará mientras Adio descarga.

El muchacho frunció el ceño y se quejó:

—Lo del fuego es cosa de mujeres. Puede ir Mandisa.

Sin dejar de mirar a Asenet, Matsimela se acercó a Kosei mientras decía en voz alta:

—Soy el señor y te lo ordeno. —Y ya frente a él, a pesar de la actitud amenazante de su cuerpo, añadió conciliador—: Muchos hombres la miran, me he dado cuenta, y es tu señora. ¿Qué harán cuando la vean sola entre las tiendas? Tu deber...

—Si es por eso, me puedo proteger yo, lo sabes de sobra —interrumpió Asenet sin moverse.

—No tienes ni idea de lo que te puede hacer un hombre —escupió Matsimela con resentimiento.

—Lo sé muy bien —replicó Asenet con sequedad—. Lo supe cuando encontré el cuerpo de mi hermana.

Matsimela bajó la mirada. No le dolían tanto las palabras de la joven como el recuerdo. Pero precisamente por ello no se amilanó. Clavó sus ojos en ella y con firmeza replicó:

—Por eso. Eres mi esclava, una propiedad. Te podrían hacer cualquier cosa y un pago me tendría que valer como compensación. Así que, Kosei, acompaña a Asenet. Y daos prisa. Tenéis que regresar antes de que anochezca.

* * *

Matsimela vio que Badru saltaba de la saca en la que estaba sentado en cuanto Asenet empezó a andar. La expresión de aquel joven le hizo pensar que ella le había sonreído. Lo había visto muchas veces en palacio e incluso entre los muchachos del poblado. Sucedía cuando ella traspasaba las normas de cortesía y sonreía de verdad, dando rienda suelta a lo que sentía. A Matsimela incluso le vino a la mente el encandilamiento que había despertado Asenet en aquel otro rostro que siempre recordaba con amargura. Por ello, el antiguo maestro se mantuvo expectante, pero el egipcio se detuvo al ver que Kosei la seguía. Aquel joven era peligroso, demasiado encantador. Solo cuando Badru se sentó de nuevo sobre la saca, Matsimela se volvió y siguió clavando otra estaca. Los golpes le ayudaban a descargar la sensación de rabia que se había apoderado de él.

Sabía que había herido a Asenet al poner en duda su capacidad de protegerse a sí misma, pues manejaba jabalina, daga y arco como los mejores hombres de la guardia de Donkor, y se había esforzado más que cualquiera para que su padre viera que podía guiar a su propio pueblo. Pero intuía que ella seguía pensando que Donkor había claudicado porque había encontrado en las supersticiones la estrategia perfecta. Y ahora Matsimela se arrepentía. Había actuado como lo hubiera hecho su padre. ¿Y qué derecho tenía?

Golpeó la estaca con furia. Obedecer era fácil; pero pensar, ser libre… Quizá jamás lo había conseguido y todo, desde que Mudads lo dejó en las tierras de Punt,

había sido un espejismo. Matsimela aún recordaba el día en que su madre se había vendido, junto al hijo que le quedaba, como esclava. Pero si hubo un tiempo en que le guardó rencor por ello, ahora la entendía. Sentía el dolor, el temor que ella había padecido cuando, tras la muerte de su padre, sufrieron el hambre que se llevó a su hermana al otro mundo. Y ahora reconocía en sí mismo esa imperiosa necesidad de protección. Y no solo por no fallar a Donkor, el único hombre que cumplió con su palabra de libertad. Sino porque Asenet era lo más cercano a una hija que tendría jamás.

—Has hecho bien —musitó una voz. El hombre se encontró con los enormes ojos de Mandisa, entristecidos—. Ella se crio casi como un muchacho, y cuando rehusó casarse, se convirtió en algo más allá de una mujer. Sus dones son especiales, pero aquí no lo saben.

—Y a ti, Mandisa, ¿qué te hicieron?

La muchacha bajó la mirada y acarició la piel de antílope que tenía a sus pies.

—Tú has sido esclavo. Cuando llegaste al pueblo, pensamos que te quedabas porque querías, no entendíamos qué era un esclavo. Sabíamos que los cazadores de la sabana eran atacados y los prisioneros vendidos en Malao. Pero a nosotros la diosa de la mirra nos daba una casa y nos protegía. Eso decía siempre Donkor. Ahora sé qué es ser un esclavo. —La muchacha de pronto lo miró con desesperación—. ¿Estará bien mi niño, Matsimela?

Él apretó los labios y asintió, pero no pudo decir más. Se volvió para ocultar su rostro. No tenía un mal recuerdo de su infancia, pero todo se torció después, cuando su primer amo falleció y fue vendido de nuevo. En cambio, el hijo de Mandisa era tan pequeño… Podría responderle que quizá estuviera camino de Persia, e incluso con suerte allí lo castraran para venderlo más caro y acabar sirviendo en algún palacio como guarda de un harén. Pero ella no lo entendería como suerte. Y sin embargo, Matsimela lo había deseado para sí mismo cuando oyó por primera vez hablar de los eunucos persas, durante la época en que sirvió en el burdel, antes de que lo rescatara Mudads. Quizá la vida le habría sido más fácil si hubiera perdido sus genitales en lugar de entregar su cuerpo de aquella forma.

—Hola, mi buen señor kushita —le dijo de pronto un hombre a sus espaldas—. Es raro encontrar a otro hombre de mi tierra. ¿Vas a Napata o a Meroe?

Matsimela se volvió y se encontró a un hombre espigado, con una amplia sonrisa que mostraba sus escasos dientes.

—Menfis —respondió.

—Largo camino te aguarda. Yo hace años que solo llego hasta Gebtu y luego envío las mercancías hacia Kush. —El hombre miró los bultos que Adio ya había descargado—. Mucho índigo y pocos esclavos. Aún no tienes ni montada la tienda... Pero te podría proporcionar, ¿qué?, dos, incluso tres hombres fuertes, bien formados ya.

—¿A cambio de qué? —preguntó Matsimela sin mostrar interés.

—De tu mejor mercancía, desde luego: la chica.

En un acto reflejo, Matsimela miró a Mandisa, que se cubrió la cabeza con la

capa para ocultarse.

—Esa no, querido amigo. La que se ha ido. Es un buen trato, ¿no? Te ahorraría trabajo y aún te quedaría esta para tu solaz.

—No está en venta.

El hombre sonrió.

—Todo en la caravana está en venta. Y demasiados ojos la han visto ya. —Se volvió y, mientras se alejaba, añadió—: Si cambias de opinión, recuerda que estoy dispuesto a negociar. Los dos venimos de Kush, y ella sería un buen regalo para el hijo de la reina Candance.

Matsimela suspiró mientras el hombre se alejaba. Badru, cerca de ellos, había estado pendiente, y ahora disponía a un hombre armado para guardar su preciada carga. Pero ¿qué llevaba él? ¿Una daga en su bolsa, como Asenet? Ya se habían fijado en ella y era la primera noche. ¿Bastaría para protegerla?

* * *

Había llegado con el final de la caravana y aún estaban montando su confortable tienda, pero el fuego ya ardía con vigor. Acomodado en sus cojines, con la silla del camello como respaldo, el queso sudaba entre sus manos, mientras uno de sus sirvientes amasaba harina con agua para cocer pan ácimo. Aún tardaría un rato, así que Mudads cortó un trozo de queso y ordenó que le dieran unos dátiles para acompañarlo. En su Menfis natal no estaba bien vista su prominente barriga, pero, a su edad, hacía mucho que había perdido interés por su aspecto y comió con gusto. Atrás había quedado la época en que intentaba parecer más joven, ser más esbelto y atractivo. A pesar del cortejo, se vio privado de su amada e intentar recuperarla había resultado un fracaso. Pero, por lo menos, había obtenido otra compensación entre la carga que portaban sus camellos. Y además, tras despachar sus asuntos en Myos Hormos, el viejo Mudads sabía que al menos uno de sus sueños se cumpliría de regreso a Menfis: un influyente puesto le aguardaba. Por ello se alegraba de haber hecho aquel viaje. Sería su última caravana. A partir de ahora se encargaría Abasi. Estaba bien ser rico, y debía recompensar a los leales para mantener la riqueza. Aún más con los inciertos tiempos que se avecinaban. ¿Cómo sería aquel Alejandro de Macedonia que decían que había tomado Gaza, a las puertas de Egipto?

Atardecía y el paisaje salpicado de pequeñas colinas yermas se teñía de aquel tono anaranjado tan intenso en el desierto. Cuando el ojo de Horus ya asomaba, algunos sirvientes y esclavos de otros grupos aparecieron para recolectar las heces de los camellos que ya se habían secado. No estaba tan mal haber llegado tarde a la salida y quedarse en la cola de la caravana. El bullicio era menor, como en su casa a las afueras de Menfis. Sin embargo, al día siguiente debían madrugar para adelantar algunos puestos, pues no quería quedar al descubierto cuando entraran en las arenas.El sirviente colocaba la masa de pan sobre las piedras calientes, cuando,

de pronto, el viejo Mudads se incorporó incrédulo. Su mirada seguía la figura de una esbelta joven que cargaba con un cesto junto a un muchacho. Más sorprendente aún fue que se agachara para recoger las heces. ¿Y aquel atuendo? Llevaba una capa raída sobre un vestido sucio y basto. Pero, por encima de todo ello, destacaba la perfección de sus rasgos, la delicadeza de su piel y la belleza de aquellos ojos inconfundibles. Mudads dejó el queso y los dátiles a un lado e hizo ademán de levantarse, pero las manos grasientas resbalaron sobre la silla y entonces dudó. ¿Qué hacía ella allí? Y aún más: ¿por qué con trabajos propios de una esclava?

—Abasi. —Hizo un gesto y este acudió enseguida—. ¿Has visto a esa joven?

—Sí, todo el mundo habla de ella. Algunos dicen que es una princesa...

—Síguela. Quiero saber con quién está. Y sé discreto.

* * *

No era noche cerrada, pero el dios Atum ya se dirigía al inframundo y las estrellas donde moran los dioses anunciaban su brillo. Sin embargo, excepto Badru, que seguía sentado sobre la saca, apenas nadie se mostraba contemplativo ante su poder crepuscular. Los camelleros se acomodaban entre los cuerpos de los animales y los fuegos nacían para ahuyentar el frío que emergía tras el abandono de Ra. Era la primera noche al raso y los comerciantes lo celebraban bebiendo cerveza con despreocupación. Los aromas de pan, cebollas, ajo y pescado en salmuera se elevaban por encima de las tiendas, que ya se habían apoderado de todo el paisaje.

De los alrededores de las coloridas tiendas de las prostitutas fluían sugerentes cantos al compás de los crótalos. Las muchachas los llevaban en los dedos mientras danzaban para sus clientes, en su mayoría comerciantes que no podían permitirse una concubina. Badru imaginó el torso desnudo y las manos delicadas de la mujer que, con la lira, acompañaba aquella música. Pero pronto, los senos morenos de la intérprete que evocaba se tornaron de ébano, como la piel de la joven que había viajado por delante de él durante toda la jornada, y suspiró asustado.

—Asenet —susurró. Había oído el nombre. Por lo menos tenía eso.

Había sido incapaz de decirle nada y aún estaba sorprendido. Su maestro siempre había apreciado el encanto natural con el que se adelantaba a los deseos de las damas que se acercaban al templo para comprar perfumes. Pero con ella se había quedado paralizado. Y no era por el muchacho que la seguía, ni por aquellos ojos grandes en forma de exquisitas almendras, ni por sus gestos pausados y seguros que la dotaban de una particular elegancia. Badru estaba seguro de que la culpa era de su sonrisa. Viva y luminosa, le parecía el reflejo de un alma inquieta y curiosa ante la vida. Pero resultaba aún más atrayente porque poco antes había observado su rostro preso de una misteriosa gravedad. Ahora, solo rememorar su sonrisa le despertaba un intenso deseo de besarla. Y él aguardaba, y ella no volvía.

Cerca, el comerciante kushita con el que viajaba Asenet caminaba alrededor de su tienda en busca de guaridas de escorpiones. Cuando hallaba una, el camellero y la otra chica que lo acompañaban tiraban agua y, entre los tres, pisoteaban a los animales que salían de la tierra. Los mozos de Badru hacía mucho que lo habían hecho por él y su fuego ya crepitaba. El tal Matsimela iba retrasado, debía de ser un comerciante humilde y, sin embargo, la tenía a ella y había rehusado venderla.

Estos pensamientos se desvanecieron en cuanto distinguió la silueta de la joven. A su lado, el chico era quien portaba el cesto y, al contrario de cuando recibió la orden, sonreía. Aunque evitaba la mirada de Asenet, charlaban distendidos y parecían regresar de un paseo, en lugar de haber cumplido con una tarea desagradable.

Badru advirtió que la gravedad de su rostro había desaparecido y, admirado, vio cómo los movimientos de sus manos, amplios y expresivos, realzaban su serena belleza. Hasta él llegaron sus voces en una lengua que no era ni egipcio, ni persa, ni el griego que Badru dominaba ni ninguna otra que él reconociera. Hasta que Asenet dijo:

—Sé que no te gusta el egipcio, pero lo necesitaremos y debes mejorarlo. —El chico se encogió de hombros y ella prosiguió con una sonrisa—: ¡Así que el fuego es cosa de mujeres! Pero no puedo llevar la carga que lo alimenta. O sea que, según tú, no soy una mujer, ¿eh?

—Eres mucho más: el espíritu de la mirra. Y no puedes llevar algo tan… ¿apestoso?

Badru sintió que se le aceleraba el corazón con la risa de la joven. El muchacho insistía en su idioma natal, y de pronto, ella volvió la mirada hacia el egipcio. La risa cesó. Badru sonrió y, a la vez, se sintió estúpido. ¿Había roto aquel delicioso momento? Asenet esta vez no respondió, sino que se giró de nuevo, dio una palmada en la espalda al muchacho y él se adelantó. Al quedarse rezagada, Badru dejó atrás sus dudas y saltó decidido de la saca. Miró hacia la tienda de Matsimela. El kushita no estaba a la vista, así que se acercó a ella.

—Mi nombre es Badru y somos vecinos en este poblado improvisado.

—Eso parece… Por lo menos esta noche —respondió ella.

Al verla sonreír de nuevo y sentir sus ojos en él, tan cercanos, Badru se sintió paralizado de nuevo. Ella reemprendió sus pasos. Él la siguió. Tenía que hallar la manera de seguir la conversación, pero no sabía qué decir. ¿Qué le estaba pasando? Se aferró a lo que pudo.

—He oído que hablabais una lengua… ¿De dónde eres?

Asenet se detuvo y él se sintió aliviado, aunque los ojos de la joven parecían escrutar su rostro, graves de nuevo, como si sopesara la respuesta. Al fin, ella respondió:

—De las tierras de Punt.

—«Me volví hacia el amanecer y creé algo maravilloso. Formé las tierras de Punt con toda la fragancia de sus flores».

—Hermoso… ¿Así que tú creaste Punt*?* —preguntó ella de nuevo sonriente.

Badru notó el rubor aflorando a sus mejillas y se apresuró a responder.

—No, no… Solo citaba al dios Amón-Ra.

—¿Un dios egipcio? ¡Vaya! Sí que llega lejos la influencia de los dioses del Nilo.

—¿Y en qué crees tú? Oí a tu compañero algo sobre el espíritu de la mirra…

—Era lo que sustentaba a mi pueblo —respondió ella con añoranza—, como vuestro río os sustenta a vosotros.

Badru miró hacia el campamento de Asenet. La hoguera ya llameaba y la otra muchacha preparaba la cena. Dentro de la tienda tenuemente iluminada podía distinguir la silueta de Matsimela. Estuvo tentado de preguntarle cómo la había conseguido aquel kushita, pero calló por miedo a ofenderla.

—Yo te puedo dar una lágrima de mirra, para que recuerdes tu hogar —dijo de pronto, sin apenas darse cuenta de que hablaba en voz alta—. Seguro que allí eras una princesa.

Ella lo miró con cierta sorpresa y él vio en su expresión un halo que endulzaba sus rasgos e iluminaba sus ojos. ¿Emoción? Sin pensarlo, Badru corrió hasta una de sus sacas. Escogió una lágrima de mirra y regresó junto a Asenet. Se la ofreció. Se rozaron sus manos y él sintió que se le erizaba la piel. Pero de pronto, el hechizo se rompió. Asenet, con la decepción en su rostro, le devolvió la lágrima:

—Gracias, pero no puedo aceptarlo. Esto vale mucho y a mi amo no le agradará que reciba regalos de un desconocido.

—Lo entiendo —balbuceó el joven evitando su mirada. Y luego añadió a toda velocidad—, es cierto que soy el único que lleva incienso en esta caravana, pero no es para mí. He de llegar a Menfis por mi maestro. Él me lo ha encargado y fallarle es fallar a los dioses. Yo solo soy un humilde sacerdote de Nefertum que aspira a conocer la magia de los perfumes.

Asenet miró hacia su tienda, desde cuya puerta Matsimela observaba, y respondió:

—Debo irme.

—¿Te volveré a ver?

Ella sonrió:

—Somos vecinos, ¿no?

* * *

La mirada de Badru la seguía. Asenet lo veía reflejado en la expresión adusta de su antiguo maestro, pero, a pesar de ello, no borró la sonrisa con la que había dejado al egipcio. El joven tenía unas largas pestañas que, junto con sus labios sonrientes, suavizaban la dureza de su mentón. Además, parecía ingenuo, indeciso como un chiquillo, desarmado ante sus ojos. Estaba acostumbrada a que intentaran conquistarla, pero de manera burda, como los jóvenes leones que luchan por las leonas de un territorio. Sin embargo, que intentara agradarla le resultaba halagador.

—¿Te ha hecho algo? —preguntó Matsimela en cuanto llegó—. Debes tener cuidado, no sabemos quién es.

—En verdad, ahora sí —respondió Asenet deteniéndose frente a él—. Pero está bien que te muestres tan serio. Resultas más convincente.

A Matsimela se le escapó una sonrisa.

—No lo estropees ahora —añadió ella.

El hombre se esforzó por recuperar una expresión grave.

—¿Y quién es?

—Sacerdote de… Dijo Nefertum. Y se dirige a Menfis.

—El dios de los perfumes. Eso puede ser. Pero ¿qué hace aquí un sacerdote de Menfis? El incienso les llega al mismísimo puerto del templo de Ptah.

—Por lo que averiguamos en Myos Hormos, sabemos que en el Nilo hay escasez. Ha venido prácticamente hasta la fuente para no decepcionar a su maestro.

—La cuestión es, Asenet, dónde estaba esa fuente. Los sacerdotes de Egipto son muy poderosos y tienen mercenarios griegos a su alcance, eso sin duda.

—¿Quieres decir que pudo encargar el ataque a nuestras tierras para…?

—No sé si él o su maestro. Pero parte de nuestra mirra está en esas sacas.

—Mezclada, como dijiste. Me trajo una lágrima de mirra arábiga. Debe ser mucha la carestía si los sacerdotes llegan a tales extremos.

—Piensa en lo que te enseñé. Sin mirra para embalsamar o para los ritos sagrados, el caos podría caer sobre Egipto. El pueblo se podría sublevar. Solo te pido prudencia, Asenet.

Ella asintió, aunque en el fondo, y desconociendo el motivo, se sentía irritada por aquella conversación. Bajó la mirada. Necesitaba centrarse en lo que sabía. Tuvieron noticias de la guerra entre persas y macedonios en los puertos del mar Rojo. En Myos Hormos ella misma había visto que el incienso, incluida la mirra arábiga, partían de nuevo hacia Arabia, y quizá aquella guerra tuviera relación con la carencia en Egipto. ¿Podía haber bloqueado la ruta comercial? Según habían oído, la guerra estaba en el norte, cosa que no debería influir a aquellas alturas del mar Rojo ni a la ruta por tierra que habían tomado. De hecho, lo lógico sería que el incienso se concentrara en el camino por el desierto hacia Gebtu para llegar al Nilo sin pasar por las zonas en guerra. Sin embargo, Badru le había confirmado que era el único en aquella enorme caravana que llevaba olíbano y mirra, y ella sabía que procedía del almacén de Chisise. Decapitado, como los comerciantes de Malao, como su propio padre. Y sin embargo, por mucho poder que tuvieran los sacerdotes del Nilo, las tierras de Punt eran extensas, la mirra su riqueza principal. ¿Por qué entonces atacaron su palacio en concreto? Algo no concordaba, aunque Asenet recordó las palabras del dios Amón-Ra que él le había recitado: los egipcios creían que sus dioses habían creado Punt. Era posible que Badru supiera algo al respecto, aunque la idea le molestaba. Puso una mano sobre el fuerte brazo de Matsimela y afirmó:

—Seré prudente, pero me tendré que acercar a él para obtener más información.

Matsimela asintió mientras ella deslizaba su mano en una leve y rápida caricia. Luego se volvió, pensativa, hacia el campamento de Badru. Este se había sentado frente al fuego y se calentaba las manos, aparentemente ajeno a ellos. ¿Podía ser? En sus reacciones había sido tan encantador que le parecía imposible. Y a pesar del hombre armado a sus espaldas que guardaba la carga, le parecía tan inofensivo… Matsimela se retiró hacia la hoguera y Asenet vio que Badru le dirigía una amplia sonrisa. Ella, inconsciente, se la devolvió, pero en cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se giró y mudó el rostro. De pronto comprendió que el interés del joven no solo la había halagado.

5

—Estás temblando —susurró Asenet con cautela.

Mandisa miraba hacia la oscuridad de aquella noche sin luna. Con las manos recogidas a la altura de su pecho, respiraba con dificultad. Apenas pareció darse cuenta cuando Asenet le puso una piel de antílope sobre los hombros. Tras ellas, la hoguera crepitaba sin conseguir ahuyentar el frío que los envolvía. El resto del grupo se mantenía a su alrededor, aferrado a los recuerdos que evocaba el relato de Kosei, mientras el campamento comenzaba a acallarse.

—Está aquí, he visto su sombra —dijo Mandisa.

Asenet apretó los labios, preocupada. Llevaban ya cinco días de viaje, y las largas travesías por aquel desierto poblado de dunas cambiantes y vastos silencios los enfrentaban a las ausencias con desgarradora crueldad. Cada uno había hallado su refugio, pero el de Mandisa le parecía en extremo peligroso. Asenet le acarició la espalda y dijo con dulzura:

—Ahí fuera no hay nada, querida. Y si te quedas aquí, te vas a helar.

—No me crees, ¿verdad? —respondió la muchacha volviéndose hacia ella. Su cara reflejaba miedo—. El espíritu de la noche está ahí. Siempre está ahí, desde la primera. Se esconde entre las tiendas. Pero lo he visto. Tiene forma de hombre, alto, fuerte, y nos vigila.

—Lo sé, lo sé —Asenet la sujetó por los hombros—. Pero no te hará nada. Ven junto a la hoguera.

—¿No lo entiendes? Quiero que me lleve con él. Así estaré con mi pequeño.

—Lo hará cuando llegue el momento, pero no es ahora. Anda, vamos.

Asenet sabía que no podía sacar a Mandisa de aquella fantasía sin que enloqueciera aún más. Ya lo había intentado. La tomó del brazo y la muchacha se dejó llevar. Se reunieron con el grupo y la hizo sentar a su lado. La voz de Kosei relataba la historia del nacimiento de su pueblo gracias a la diosa de la mirra, pero la muchacha permanecía con la mirada perdida en algún punto de las llamas.

—Tendremos que hacer guardia por la noche —susurró Asenet a Matsimela, que estaba junto a ella.

—Otra vez lo del espíritu de la noche.

—Temo que salga de la tienda y empiece a caminar en la oscuridad. Se perdería.

—Organizaré los turnos.

—Yo haré el primero —dijo ella.

Matsimela miró hacia la hoguera de Badru. El egipcio estaba frente al fuego, tapado con una manta y con la mirada perdida en las estrellas. La esperaba, como las tres noches anteriores.

—¿Es por él?

Asenet no respondió. Le costaba reconocer que el joven egipcio se había convertido en su refugio. Cada noche había simulado escapar a la vigilancia de Matsimela para visitarlo. Su propósito era la mirra. Pero no había podido acercarse aún a las sacas y, la verdad, no le pesaba. Se dejaba envolver por las palabras de Badru, a través de las cuales podía mirar hacia delante, libre de la sepultura en que se había convertido su propio pasado. Sentía que él paliaba el temor de seguir viviendo carente de todo aquello que amó. Siempre empezaba intentando obtener más información sobre qué le había llevado a Myos Hormos, y al final se hallaba inmersa en una espiral de confesiones mutuas. Él adoraba la exuberancia del valle del Nilo entre desiertos como ella la sabana y los terrenos pedregosos y áridos sobre los que crecían los árboles de mirra; él había desafiado a su padre para entregarse a Nefertum como ella lo había hecho para convertirse en la heredera de sus tierras; ambos se habían quedado sin su aprobación, ambos habían emprendido caminos para los que no fueron criados, y solo una cosa les distanciaba: él tenía a sus dioses, fuertes y poderosos, ella había perdido a la diosa de la mirra.

Asenet no pudo evitar el dolor cuando la historia de Kosei acabó con la primera lágrima de mirra aflorando del tronco del árbol como regalo para su pueblo. Ladeó la cabeza hacia el campamento de Badru, que permanecía con la mirada perdida, y supo qué pasaba por su mente. La joven se levantó y se apresuró a recoger los cuencos que habían quedado tras la cena. Nadie se interpuso. Al fin, parecían haberse acostumbrado a la situación. Ella ayudaba como cualquier otro. Adio y Kosei se acomodaron entre el calor de los camellos, mientras Mandisa entraba a la tienda con una lámpara de aceite entre las manos. Matsimela debía seguirla, pero no se movió.

—¿No deberías entrar ya a la tienda? —le preguntó Asenet sin alterar su gesto ni mirarlo—. No puedo alejarme mientras estés aquí.

Él se puso en pie y se acercó a la joven. Ella solo se volvió cuando le puso una mano en el hombro.

—Anoche te lo dejaste —le dijo tendiéndole el zurrón que ella llevaba siempre encima durante el viaje.

—¿Y si pregunta qué hay dentro? Lo dejé a propósito.

—Dentro está tu daga, y me prometiste ser prudente —replicó Matsimela—. Ni siquiera sabemos lo que transporta el fardo de su camello, ese al que no deja que nadie se acerque.

—No es un peligro. Lo guarda siempre en la tienda.

Matsimela agitó el zurrón ante ella y la joven suspiró. Realmente no lo creía necesario. Pero él no lo entendería. Tomó la bolsa, sacó la daga y se la escondió en un costado, entre los pliegues del vestido. Solo entonces Matsimela se fue hacia la tienda. La luz de la tea del interior no tardó en apagarse. Asenet se cubrió la cabeza

con la capa y fue al encuentro del joven egipcio.

—Pensé que hoy no podrías venir, que no te dejaría sola —dijo Badru mientras abría la manta que le cubría el cuerpo, dispuesto a compartirla.

—¿Por qué? ¿Por el frío?

Él se ruborizó al ser consciente de pronto de su gesto de invitación y enseguida hizo ademán de volver a taparse. No quería que Asenet lo malinterpretara. Desde luego que le gustaría compartir el lecho con ella, pero lo que más deseaba era tenerla cerca y no quería estropearlo. Para su sorpresa, la joven se agachó a su lado y frenó su mano. Se sentó junto a él y ambos quedaron tapados por la manta. Asenet sentía la funda de la daga en un costado y, en el otro, el calor que desprendía el cuerpo de Badru y aquel aroma de su piel, dulce y áspero a la vez, con una brizna de mirra y toda la fuerza de la madera recién cortada, aún verde y fresca.

—No por el frío, sino por lo que ocurre —puntualizó él—. La gente no está para fiestas, ni las prostitutas han tenido trabajo esta noche. Muchos empiezan a dudar del guía de la caravana.

—¿Ya? —se sorprendió ella—. Si no hemos llegado hoy al pozo, llegaremos mañana.

—Pero el guía no ha cumplido y quizá nos hayamos desviado. En el desierto puede ser mortal. Los camellos aguantan la sed, pero necesitan beber cada cuatro o cinco días. Estamos bordeando el límite. Ya ha habido discusiones. Un comerciante de Gaza demasiado nervioso, por lo que se ve. Parece que los hombres del guía han tenido que poner orden.

Asenet sonrió.

—Y yo que te creía ajeno al mundo. De día perdido en la magia de los perfumes, de noche solo pendiente de las estrellas.

Badru miró hacia el cielo, con una sonrisa soñadora en los labios.

—Sin luna son espectaculares, ¿no te parece? En el viaje de ida no pude apreciarlas así. Se puede sentir el verdadero poder de los dioses. Mira —dijo señalando un punto en el cielo—, allí está el hogar del temible Seth, dios del desierto, y aquel grupo de estrellas son la morada de Osiris, el dios que renace cuando la crecida del Nilo se retira y nos da su riqueza. Y dentro del grupo, la estrella más brillante es Sotis, donde mora la diosa Isis, la Gran Maga guardiana de los muertos.

—¿Guardiana de los muertos? La primera vez que lo oí me pareció extraño y nunca lo he entendido —le interrumpió Asenet con una sonrisa—. ¿Por qué iban a necesitar a nadie que los guarde, si están muertos?

—Hay que cuidar el cuerpo para que renazcan en la otra vida.

—Ya, me encantaría que fuera verdad. Supondría que a los muertos te los puedes encontrar después, cuando mueras, porque renacen, ¿no? —dijo ella con melancolía

Él la miró, sorprendido. No era una creencia, sino la realidad, por lo que preguntó:

—¿Y qué crees tú que sucede tras la muerte?

—Que mi espíritu se convertirá en el perfume que seguirá brotando de los árboles de la mirra. Y eso espero que suceda a pesar de estar tan lejos de mi hogar.

—Pero ¿qué parte del espíritu? ¿El *Ka,* el *Ba…*?

Asenet sonrió. Badru le parecía tan dulce con aquel ceño fruncido por la incomprensión.

—Creo que los egipcios os complicáis demasiado. ¿Eso es lo que te enseñan para ser sacerdote? El señor Matsimela me dijo que muchos sacerdotes heredan el cargo de sus padres.

—No fue mi caso, te lo aseguro. Tuve que luchar por mi puesto al servicio de Nefertum. De hecho, aún lo hago.

—¿Por eso es tan importante tu misión de llevar el incienso hasta Menfis?

Al instante, Asenet se arrepintió de haber sido tan directa. La había hecho sin pensar, como se sucedían las conversaciones con Badru, pero sabía que detrás podía estar la clave que la había llevado a acercarse a él. El joven egipcio murmuró cabizbajo:

—No sabes cuánto. Mi maestro ha arriesgado mucho por mí, se lo debo.

Lejos de alertarla, el tono entristecido de Badru la conmovió. Sin darse cuenta, le acarició el cabello mientras preguntaba con dulzura:

—¿Arriesgar? ¿En qué sentido? ¿Te dijo él que llegaras hasta Myos Hormos?

Badru suspiró y se revolvió incómodo, con expresión de pesar. Asenet pensó que quizá fuera su maestro quien estaba detrás de todo, pues Badru sabía algo que no quería contar. ¿Se sentía decepcionado, culpable? El egipcio la miró y, de pronto, dijo:

—Tengo algo para ti. —De debajo de la manta sacó un frasco pequeño de arcilla y se lo tendió mientras añadía—: Es un ungüento para los labios.

—No lo entiendo —dijo ella intentado ocultar el verdadero motivo de su desconcierto. Aquel cambio de tema solo confirmaba sus sospechas.

—Te los protegerá del sol, así no se te agrietarán. No vale tanto como la mirra, y te será fácil de esconder. Matsimela no podrá decirte nada.

Ella lo tomó con una sonrisa. Le reconfortaba verlo alegre de nuevo. Él no había cometido ningún crimen y, en todo caso, intentaba ser leal.

—¿Y qué hago ahora? —preguntó Asenet tras quitar la pequeña pieza de cuero que cubría el frasco.

Badru metió el dedo meñique en el tarro y respondió

— Te lo tienes que aplicar por encima. Mira, así.

El dedo de Badru se deslizó por los labios de Asenet con dulzura y ella notó el frescor del ungüento y el calor de su tacto. Jamás la habían tratado con tal delicadeza. En la corte, los hombres le habían procurado atenciones para respaldar a la elegida o para poseer las tierras de su padre a través del matrimonio. Pero Badru no pretendía nada. Sus ojos eran cálidos; su expresión, la misma que cuando miraba a las estrellas. Asenet notó que un hormigueo recorría su piel. De pronto, en su mente surgió la voz de Matsimela recordándole el fardo al que no dejaba que

nadie se acercara y que, en verdad, no sabían quién era aquel egipcio. Pero se convirtió en un distante eco incomprensible cuando sus labios se encontraron con los de Badru. Entonces solo quedó su sabor y el silencio del desierto.

* * *

Tras la cena, Mudads entró en su tienda. Hubiese preferido aguardar junto al fuego, pero debía ser discreto. La lana le parecía burda, pero le agradaba su calidez y, arropado ante la débil llama de una tea, sorbía despacio la tisana caliente con su ácido sabor a hibisco. Las conversaciones y la música habían cesado temprano aquella noche. El guía quería asegurarse de que no habría más tensiones y los hombres del jefe de la caravana, en lugar de controlar el perímetro del campamento, paseaban vigilantes entre tiendas y refugios. Todo esto le ponía muy nervioso.

Ya no estaba en la última línea de tiendas, como la primera noche, pero se había mantenido alejado del centro de la caravana, donde sabía que viajaban Matsimela y ella. No lograba entender qué había sucedido, y hasta que no lo descubriera, no se haría notar. Conoció a Matsimela cuando era un joven esclavo, alto y apuesto, una de las joyas del burdel. Se había criado en una buena casa donde, de niño, había aprendido a tocar la lira para entretener a la familia de su amo. En el lupanar, esa cualidad era apreciada, y solía estar en el salón, acompañando los crótalos de las bailarinas que se ofrecían a los clientes. Había que mostrarlo, pero con discreción. Matsimela era el manjar de los griegos y persas que habían quedado en Menfis tras la subida al trono de Nectanebo. Pero también satisfacía los deseos ocultos de muchos egipcios, más discretos. En el valle del Nilo, hacer el papel de la mujer era denigrarse. Pero Mudads estaba seguro de que el deseo latía en aquellos que miraban con admiración los completos atributos del joven Matsimela.

Mudads lo estuvo observando mucho tiempo. Aquel muchacho podía ser una buena inversión. Se fijó en los clientes del joven cuando él iba a gozar de los placeres que su esposa ya no le brindaba. El comerciante podía haberse costeado concubinas, pero en los burdeles hallaba las preciosidades de ébano que tanto le agradaban mucho más baratas, además de recopilar interesante información para sus negocios. Aún recordaba cómo Matsimela se ponía nervioso cuando lo miraba fijamente, hasta que dejó claro que su interés no era sexual. Y por ello no se alejó cuando una noche lo halló en el jardín, desnudo, llorando, con el labio partido, un ojo hinchado y limpiándose el pecho manchado de semen con el agua del estanque. Era la oportunidad que había estado esperando. Aún años después, en aquella tienda en medio del desierto oriental, Mudads recordaba la escena.

—Te podría ayudar —se ofreció. Las palabras volvían a su mente con claridad —. Te podría comprar y te dedicarías al comercio.

—Mi ama no me venderá —respondió el joven Matsimela enjugándose las

lágrimas—. Sé que ya ha tenido ofertas.

—Cierto, de un persa que solo solicita tus servicios y los de nadie más… Pero podemos deshacernos de él y te aseguro que, después de eso, tu ama aceptará mi propuesta.

El plan era perfecto. El persa era un comerciante maduro, con la piel atezada por las largas travesías al sol, que hacía la competencia a Mudads en el campo del olíbano. Aquel lo conseguía a un buen precio pues lo compraba antes de que hubiera cruzado el mar Rojo y luego lo vendía en Egipto con un tributo menor, gracias a la complicidad de los funcionarios a quienes sobornaba. Sabía que si lo pillaban se vería sometido a los jueces persas, no a los egipcios. El joven podía ayudarle a deshacerse de él sin tan siquiera saberlo. A Matsimela no le agradó la proposición, pero no lo rechazó. El esclavo hizo creer al persa que quería verlo fuera del burdel, que estaba enamorado. La hora estaba pactada. También la oscura esquina de Menfis donde el joven Matsimela provocó la pasión del comerciante. Tras unos cuantos besos impetuosos, sobreexcitados por el ardor de la clandestinidad, Matsimela recorrió su torso con la boca y el persa no le puso ningún impedimento cuando le bajó los pantalones. Matsimela entonces le dio vuelta, lo invitó a inclinarse. El hombre reía al creerlo arrastrado por la pasión y se le escapó un gemido gozoso cuando el joven esclavo lo penetró. Pronto los descubrieron. Eran un par de importantes clientes del persa y tres sacerdotes de Nefertum que solían aceptar sus sobornos. La deshonra llevó al comerciante a la ruina. Y Mudads cumplió con su palabra.

Saboreó la infusión de hibisco con una sonrisa al recordar la ingenuidad inicial de Matsimela. La lealtad de su nuevo esclavo fue gratuita. Solo tuvo que eliminar las humillaciones de su vida. No le obligó a participar en ninguna trampa más para sus competidores, lo puso a prueba como mozo de carga, jamás se quejó, y con los años, tuvo en él a un esclavo personal incorruptible y eficaz. Le enseñó las tareas de administración, agrandó su mundo llevándoselo con él en caravanas pobladas por gentes de Kush, del mar Egeo, de Fenicia y de tierras que el joven Matsimela jamás se había imaginado que existieran. Aumentó el valor del esclavo hasta tal punto que Mudads había pensado en confiar enteramente en él como capataz de las caravanas el día que se retirara de las travesías. Entonces surgió el problema: el esclavo aspiraba a comprar su libertad. El amo le dejó creer que podría. Hasta que Matsimela se dio cuenta de que su aprendizaje lo convertía en una materia más cara y preciada, y que con sus ganancias como esclavo jamás conseguiría pagar su valor. Mudads entonces reconoció en la mirada al hombre en que se había convertido aquel muchacho desconfiado del burdel. Era el momento de un cambio, antes de que el resentimiento dejara de hacerlo útil.

No lo vendió. Sabía demasiado de su negocio y no quería que cayera en manos de la competencia. Lo regaló a Donkor. Desde que el rey persa Artajerjes III se hiciera con el reino del Nilo, sus negocios se habían complicado, debía pagar más impuestos que los comerciantes persas y le resultaba difícil sobornar a los funcionarios. Por ello, le resultaba más rentable intentar conseguir la mirra

directamente del lugar donde brotaba. La de las tierras de Donkor era, además, de una calidad excepcional. Tuvo que compartirla con otro comerciante de Malao que ya le compraba una de las tres cosechas anuales. Este lo presentó, pues Donkor era muy desconfiado. Matsimela fue de nuevo una buena inversión para cultivar una interesada amistad que, al final, propició que se librara del comerciante de Malao. Sin embargo, el esclavo no se mostró agradecido con él. Y mucho menos cuando más lo necesitaba. Era cierto que Matsimela ya llevaba años viviendo en aquella corte de Punt cuando todo sucedió, pero Mudads estaba seguro de haber sido traicionado y, por ello, Donkor le pidió que no volviera más. Se había vengado de su antiguo amo.

Y ahora viajaba en aquella caravana, como un comerciante libre, aprovechándose de los conocimientos que le diera Mudads. Y lo peor: Asenet, la hija de Donkor, era su esclava. ¿Cómo lo había conseguido? ¿En qué se había convertido Matsimela? Mudads dio un nuevo sorbo a la tisana de hibisco. Se estaba quedando fría. La dejó a un lado con desagrado y, al fin, la robusta e inconfundible silueta de Abasi se dibujó en la puerta de la tienda. Con él había salido ganando. Era mucho más versátil que Matsimela en los trabajos que podía encargarle. El esclavo entró sin pedir permiso.

—¿Y bien? —le preguntó Mudads.

—El kushita lo sabe. Lo he visto salir a la puerta de la tienda cuando ella ya se había ido con el egipcio. No ha encendido lámpara alguna, observaba a escondidas. Pero tampoco los ha interrumpido. No parece un señor muy posesivo.

—Conocí a Matsimela hace mucho. No es posesivo, pero sí perspicaz. Trama algo, de eso estoy seguro.

—Pero por muy bella que sea esa esclava, no vale ni uno de los sacos de olíbano que lleva Badru.

Mudads sonrió y preguntó:

—¿Se han metido en la tienda juntos?

—No. Pero esta vez se han besado. Luego ella se ha ido enseguida.

Mudads asintió, serio. ¿Podía estar usándola para seducirlo y hacerse con la preciada carga del egipcio? Al fin y al cabo, Matsimela sabía mucho sobre el poder de la seducción y el sexo. Mudads tomó una decisión. Era momento de recurrir a ello. De su manto sacó un papiro plegado. Lo había escrito la misma noche en que vio a Asenet recogiendo heces de camello. Se lo tendió a su mayordomo.

—Que uno de tus chicos entregue esto.

—¿No prefiere que lo haga yo mismo?

—Quiero que los sigas vigilando…, hasta que llegue el momento de descubrirme.

6

La noche se diluía entre las luces grisáceas que precedían al nuevo sol, pero el frío persistía y Asenet sentía las manos entumecidas tras recoger el pequeño campamento. Se puso una piel por encima de la capa y se acercó a su montura. Una larga hilera de camellos ya enfilaba el camino encabezada por el guía de la caravana, pero alrededor de la joven aún se oían las órdenes apresuradas de los comerciantes y los gritos de los camelleros. Los animales bramaban con más fuerza de lo habitual, pues no habían podido pastar y la sed empezaba a hacerles mella. Conscientes de ello, los hombres del guía supervisaban con mayor cuidado la salida, ya que todos sabían que una vez en hilera no cambiarían la posición y, aquella mañana, todos parecían tener mucha prisa por salir y ocupar un buen lugar cuando se arribara al pozo.

Ya junto a su camello, Asenet percibió de nuevo las miradas de aquellos que les pasaban por delante y se cubrió la cabeza. A lo largo de la travesía en el desierto había aprendido que así, por lo menos, evitaba que intentaran llamar su atención, ya fuera con halagos u ofertas de regalos. Mandisa pasaba por detrás de ella cuando Asenet hizo levantar al animal:

—Lo intentas, pero no lo pareces —murmuró la muchacha a sus espaldas—. Todos saben la verdad.

Desconcertada, Asenet se volvió. Mandisa pasaba de largo, y quizá hubiera sido mejor ignorarla, pero aún tenía momentos de lucidez, por lo que la sujetó del brazo y preguntó:

—¿De qué hablas?

—Jamás parecerás una sirvienta, mucho menos una esclava. Yo era la doncella de tu hermana, sé cómo van estas cosas. No basta con trabajar y taparse la cabeza. Se trata de ser invisible, sin ojos, sin oídos, aunque siempre atenta por si te requieren. Todo el campamento sabe que eres una princesa.

—Pero Matsimela está al mando.

Mandisa sonrió con la ironía reflejada en sus ojos y dijo:

—No te preocupes, tu padre estaría orgulloso, porque para eso te crio. —De pronto, se le nubló la mirada y su expresión se llenó de pavor. Puso las manos sobre los hombros de Asenet y añadió con voz temblorosa—: Es eso lo que busca el espíritu de la noche: a ti. «La mentira se desnuda bajo las estrellas». La canción lo dice, si no te desnudas, él te desgarrará y te llevará con las leonas.

Asenet la apartó y la cogió de las manos con fuerza. La muchacha no se quejó.

Su mirada extraviada se humedecía.

—Cálmate, mírame a los ojos. Es de día. Y estamos en el desierto. Nuestro espíritu mora en la sabana.

—Nos ha seguido, lo sé. Lo he visto.

—Entonces vamos a huir de él, ¿de acuerdo? Sube a tu camello, anda, ve.

Mandisa asintió y se volvió hacia su montura, por delante de la de Adio, que aún estaba intentando encajar la tienda plegada sobre el lomo del animal. Asenet había conseguido controlar la situación, pero eso no la aliviaba. Mandisa podía estallar en cualquier momento. La joven miró a su alrededor. Nadie se había fijado especialmente. Solo una persona las observaba: Badru, ya sobre su montura, pero sin avanzar. Hacía rato que el egipcio había cargado su fardo especial, el que escondía en su tienda, y sus hombres no habían tardado en desmontar el campamento y tenerlo todo listo. Ella no pudo evitar una sonrisa al saber que la aguardaba. La noche anterior, aquel beso… Volvió a sentirlo en su boca, seguido del mismo miedo que la llevó de regreso a su tienda. La sonrisa se borró de su rostro y tomó las riendas de su camello. Le sudaban las manos y el corazón le latía tan fuerte que parecía un martillo en su pecho. ¿Qué le pasaba? Cuando estaba a punto de encaramarse al animal, la mano de Matsimela en su hombro la frenó.

—No te estarás desviando, ¿verdad? —preguntó él—. Sé que no me incumbe, pero vi lo del beso y eso…

—Eso es una estrategia —le interrumpió Asenet. No podía confesarle la verdad, porque ni ella misma la entendía—. He de acercarme a la mirra y me conviene que sus vigías armados me vean como una mujer inofensiva y seducida por su jefe.

—¿Estás segura de que podrás controlar la situación? —Matsimela sabía de lo que eran capaces los hombres cuando se les ponía la miel en los labios y luego no se atendía a sus deseos—. No creo que esa sea la forma, no para ti.

Ella bajó la cabeza, avergonzada. Él tenía razón. Y además, ¿en qué lugar dejaba aquello a Badru? Algo especial estaba sucediendo entre los dos y sus palabras lo ensuciaban, tanto como la culpa por desear esconderse entre sus brazos y olvidar todo aquello que había perdido.

Ante el atribulado silencio de la joven, Matsimela le puso la mano en la barbilla y la invitó a elevar el rostro. Podía engañarse a sí misma, pero no a él.

—¿Ya has perdido el control?

—No es un peligro, Matsimela.

—Tampoco lo eran las acacias a las que os encaramabais de pequeños.

—¡Eso no es justo! —murmuró Asenet, aturdida por aquellas palabras.

—No lo digo para herirte. Sabes que eres lo único que tengo. No soportaría que te picara una serpiente.

Matsimela se volvió hacia su camello, incapaz de ver cómo las lágrimas se agolpaban en los ojos de Asenet. Ella apoyó al cabeza en el costado del camello, la mirada en la arena, escurridiza y reseca. Aquella vez se habían confiado demasiado. A pesar de su linaje, no dejaban de ser dos mocosos molestos y las

murallas no eran su sitio. Por eso se escurrían fuera de palacio, y las acacias se convertían en su torre de vigilancia. En sus juegos, debían proteger las colinas áridas y pedregosas sobre las que se alzaban los árboles de mirra, y los enemigos imaginarios se escondían entre las hierbas amarillentas y los arbustos leñosos. Antílopes, jirafas, cebras… Cualquiera podía ser el blanco de sus juegos. Pero el enemigo real aguardaba enroscado en una rama. Asenet revivió cómo el cuerpo de Dakarai caía del árbol, la piel cenicienta, jadeante y sudoroso. Se limpió las lágrimas con las manos y ladeó la cabeza. Badru aún aguardaba. Sí, se habían confiado demasiado.

* * *

El sol parecía descargar su ira sobre la larga caravana que avanzaba silenciosa por las arenas inmóviles. Había pasado el mediodía y el caminar de los animales era cada vez más lento. Los cerca de dos mil doscientos *deben* que cargaba cada uno se hacían más pesados a cada paso y, tras doce *iteru* de marcha desde que salieran de Myos Hormos, seguían sin llegar al pozo. Algunos jinetes descargaban su miedo o su frustración fustigándolos, pero los camellos ya ni malgastaban energías en bramidos, y Badru se limitaba a azuzar al suyo cuando el paso era tan lento que parecía querer detenerse. El retraso bastaba para que todos los recelos recayeran sobre el jefe de la caravana, el guía de su subsistencia, que en un intento de apaciguar los ánimos, había anunciado que al final de la jornada arribarían a un oasis. Quizá fuera su modo de disimular que se habían desviado, pero solo la estrella guía de la noche podía decirlo a aquel que la entendiera.

Badru permanecía con la vista posada en Asenet, erguida, majestuosa sobre su montura, mientras él se sentía tan decaído como su animal. Ella le había hablado de su tierra y había dejado entrever, con añoranza más que con arrepentimiento, la decepción constante que suponía para su madre, las burlas de su hermana, los conflictos con su padre… Pero después de huir de aquel modo tras el beso, Badru se preguntaba quién era ella en realidad. Los rumores de su alta cuna debían ser verdad, de eso no tenía duda, aunque ella no lo hubiera confesado. Se notaba en cómo hablaba, en cómo miraba y desafiaba al mundo… Y aun así, de pronto, se daba cuenta de que sabía mucho de Asenet, pero poco de su vida. Las confesiones habían sido íntimas, siempre en torno a los sentimientos, pero sobre hechos imprecisos. Mas, ¿cómo recriminárselo si él había hecho lo mismo?

El sumo sacerdote de Nefertum había desconfiado de él desde que se puso al servicio del dios, y desde el principio le dejó claro que si tenía un hueco en el taller era por el empeño que había puesto Teremun, el más sabio conocedor de la magia de los perfumes. «Él te ama como al hijo que perdió, pero no voy a dejar que te aproveches de ello, porque sé quién eres en realidad», le había amenazado. Siempre lo notó vigilante a sus espaldas, pero Badru jamás se amedrentó, siguió con su propósito y vio una oportunidad en la expedición para conseguir olíbano y

mirra. Su maestro lo defendió como el mejor candidato para viajar Nilo arriba y Badru creyó que, de nuevo, solo por el empeño de Teremun había conseguido la misión. Pero eso no le hizo desfallecer, sino al contrario.

Sin embargo, al recorrer los dieciséis *nomos* que había de Menfis hasta Gebtu, puerto a puerto, sin éxito, Badru entendió que había caído en una trampa, pues supuso que el sumo sacerdote debía saber que en todas partes había la misma escasez que en Menfis. ¿Cómo podía ignorarlo? Pero lo peor era aquel temor que arrastraba desde que se percató de ello: que todo fuera una argucia del sumo sacerdote para desautorizar a Teremun, el más respetado, a pesar de carecer de autoridad formal. «Sé que harás lo necesario —le había dicho su maestro—, que Nefertum te guiará y volverás con olíbano y mirra». Por eso en Gebtu tomó una decisión arriesgada. Y gracias a ello había conseguido la mercancía. Había pensado que eso era lo más difícil y, sin embargo, allí estaba. Jamás hubiera imaginado que la falta de agua pudiera acabar con su misión. Necesitaba creer en el guía de la caravana, necesitaba volver, por el prestigio de Teremun, pero también para demostrar su valía al sumo sacerdote.

Y, desde luego, lo necesitaba por ella. Sabía que su destino también era Menfis y, por lo que había podido observar, Matsimela no la reclamaba para su lecho, aunque cuando se acercaba a ella y la tocaba, Badru sentía que su cuerpo se tensaba y la rabia y la frustración le carcomían por dentro. Como aquella mañana. La había hecho llorar. Él lo sabía, aunque ella hubiera intentado ocultar las lágrimas. Sin embargo, se daba cuenta de que a pesar de hacerla trabajar, Matsimela trataba a Asenet más como una preciada mercancía que como una esclava a su servicio. Y entonces la mente de Badru lo atacaba imaginando que el comerciante la vendería como concubina para un lecho de lujo. Debía liberarla, y solo en Menfis podría hacerlo. Estaba dispuesto incluso a recurrir a su padre si era necesario. Con esta determinación no exenta de dolor, Badru azuzó de nuevo al camello.

De pronto, a sus espaldas oyó las quejas de sus mozos y el bramido de otro animal que se acercaba a toda prisa. Se volvió y vio a un jinete ataviado al estilo persa. Llevaba un *kandy* de hilo verde a juego con sus pantalones turquesa y un paño de barbilla blanco que le envolvía cuello y cabeza. A la vanguardia de sus camellos, pretendía adelantar a la comitiva del egipcio y, en cuanto alcanzó a Badru, intentó apartarlo con su montura para hacerse sitio en la hilera tras el grupo de Asenet.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —bramó el joven sujetando las riendas para mantener a su animal en posición. Y dirigiéndose hacia sus mozos ordenó—: No les dejéis.

—¿Por qué tienes que ir tú más cerca de la cabeza que yo, egipcio? —gritó el comerciante en persa.

Badru lo entendió y captó a la perfección el matiz de desprecio con el que le habían hablado, por lo que respondió con el mismo tono:

—No te atreverás a repetir eso en la lengua del Nilo, ¿verdad?

Otros comerciantes egipcios comenzaron a abuchear al persa y, por detrás de

ellos, la caravana se detuvo, mientras la parte delantera seguía su marcha. El joven observó que Asenet se giraba, por lo que dijo conciliador:

—Vuelve a tu sitio. Es peligroso que nos separemos.

El comerciante persa, airado, bajó de su camello.

—Ni hablar —gritó aproximándose hacia él, con su numerosa cuadrilla de camelleros a pie, detrás, amenazantes. En un gesto rápido, tiró de la pierna de Badru y, mientras este caía al suelo, añadió—: Porque llevas resinas perfumadas te crees el señor, ¿verdad?

Los mozos de Badru corrieron a socorrer a su amo mientras el robusto jefe de sus camelleros miraba desafiante y sacaba el hacha de guerra que llevaba a la espalda. Pero al persa no pareció importarle, les ganaban en número, y siguió con su perorata en su idioma natal:

—Pues verás, egipcio, no eres más que una hormiguita de una satrapía, una de las muchas de nuestro gran imperio. Y tus impuestos irán a mi rey, el gran Darío. Pueden ser más o menos, e incluso se te puede requisar todo. Solo tengo que hablar con Arash de Ecbatana. Seguro que has oído hablar de él. Tú decides.

Badru logró ponerse en pie, a pesar de un dolor punzante en su hombro derecho, y miró con inquietud hacia el único fardo que llevaba sobre su camello. Al verlo intacto, se sintió aliviado. La parte delantera de la caravana también se había detenido mientras, tras el joven, se habían reunido algunos mozos enviados por los comerciantes egipcios más cercanos por si había que medir fuerzas. Los que provenían de más allá del mar Rojo y los del Mediterráneo se mantenían al margen. Badru, indignado, se acercó al persa hasta prácticamente pisarlo, se quitó el paño que le protegía cabeza y rostro del sol y, en su idioma, solo para sus oídos, aseveró con dureza:

—Sí, yo decido.

Al reconocer la cara del joven, el persa dio un paso hacia atrás.

—¿Qué sucede aquí? —se elevó de pronto una voz autoritaria.

El grupo de hombres a pie abrió paso al jefe de la caravana, erguido sobre su camello, y Badru respondió en egipcio:

—Nada. Los nervios por llegar al oasis. Pero mi amigo ya volvía a su sitio, ¿verdad?

El persa asintió. Era mejor no buscarse enemigos poderosos.

* * *

Cinco jornadas desde que partieran de Myos Hormos persiguiendo a cierta distancia aquella larga caravana, y ya hacía tres que el desierto se había tornado arenoso y el terreno era demasiado llano. No le gustaba. Sobrepasadas las dunas, sus hombres quedaban al descubierto y la marcha era lenta. El jefe del escuadrón de mercenarios no echaba de menos la coraza ni las grebas propias de un buen *prodromoi,* pero sí que le molestaba aquella larga túnica que le protegía del sol.

Sudaba como jamás antes y, a pesar de la tela de hilo, la vieja herida de su pierna le escocía al contacto con la piel reseca del camello. Si les descubrían antes de tiempo, debían parecer un grupo de rezagados que buscaba unirse a la caravana y por ello montaban aquellos animales. Pero aun así, ansiaba un brioso caballo, acabar con aquella misión, volver con los auténticos soldados, a pesar de la derrota de Issos. Y aun con todas sus ansias, solo podía dar gracias por tener aquel trabajo. Era un mercenario espartano, pero sus buenos tiempos habían quedado atrás.

Había luchado con ferocidad en Issos, en la infantería mercenaria del rey Darío. Y a pesar de la mortal eficacia de la falange macedonia, a pesar de que el gran ejército persa se hallara muy estrecho en aquel pequeño campo de batalla, llegó a creer que ganarían. Después de todo, superaban al enemigo en número e incluso consiguieron romper la formación de la poderosa falange del flanco izquierdo de Alejandro y atacarla por el costado, donde las *sarissae* no eran letales. ¡Ah, pero aquel rey macedonio! Era incluso más feroz que su padre Filipo. Consiguió acercarse a Darío lo suficiente como para obligarlo a huir, y entonces empezó la desbandada del ejército persa. En el flanco donde él estaba, la falange macedonia recuperó la formación y las largas lanzas echaron atrás a los mercenarios griegos contratados por los persas. Todavía recordaba la huida desesperada, con las tropas macedonias a su espalda, matando aun con la batalla ganada. Sangre y gritos, con el polvo y el sudor nublándole la vista. Y lo peor vino cuando la propia caballería persa se retiró. Fue la última en hacerlo, pero el galope de los caballos atropellaba a cualquiera que estuviese en su camino, sin importar el bando. Entonces fue cuando vino la herida. ¡Qué absurdo! Se tiró a un lado para evitar que un caballo lo aplastara y cayó sobre la daga de un herido de su propio bando. No lo remató, no había tiempo. Solo se zafó de él. Había que huir de aquella persecución. Apenas podía caminar, pero logró unirse a los mercenarios de Amintas.

¿Por qué se había fiado de aquel macedonio al que no querían ni los suyos por traidor? ¿Por desesperación? Con el ejército persa deshecho, Amintas los condujo a Pelusio y, de allí, a Menfis, donde reclamó la satrapía de Egipto, pues el sátrapa Sábaces había perecido en Issos. Para entonces, él había conseguido un caballo y pasó a formar parte de los *prodromoi,* lo cual le dio la oportunidad de sanar su herida. Su desesperación había disminuido y no hacía falta ser todo un general para darse cuenta de lo indisciplinado de aquel ejército. Si bien era un mercenario que se vendía al mejor postor, como espartano la indisciplina le molestaba en extremo. Era una debilidad, y los persas, que mantenían el control de Egipto, también lo vieron. Los saqueos desordenados de ese ejército mercenario hicieron, además, que los propios egipcios se unieran a los persas, y no les costó acabar con Amintas y sus fuerzas. Pero, por suerte, él ya los había dejado y había encontrado un buen patrón menfita. Desde entonces había procurado por la seguridad de las caravanas comerciales procedentes del mar Rojo, como hiciera antes de la guerra para los persas en los caminos que llevaban a las más importantes ciudades del Imperio: Persépolis, Susa, Ecbatana…

Sin embargo, desde hacía un tiempo, sus instrucciones habían cambiado, y

ahora, al ver cómo la caravana se partía en dos, lo tuvo claro: estaban perdiendo una oportunidad. Pero cumplía órdenes. Así que dio la señal de alto y sus hombres se detuvieron. Su única protección era la que le habían dicho: «En el desierto, nadie mira hacia atrás». La caravana se había detenido por completo. Allí, parados, le pareció que Faetón había intentado de nuevo conducir el carro de su padre Helios sin permiso y el calor que emanaba del sol era el preludio de la tierra incendiada, con ellos como única leña. Su humor no mejoró cuando la caravana reemprendió la marcha ante sus ojos.

7

Primero apareció en el horizonte como una mancha verde entre la aridez extrema. Enturbiada por la calima, parecía una ilusión a la que los miembros de la caravana no hicieron demasiado caso, aturdidos por el aire seco e inerte que atravesaban a cada pisada de los camellos. Sin embargo, al acercarse distinguieron las copas de las palmeras, salpicadas de racimos de dátiles, y un murmullo recorrió la larga hilera. Los animales aceleraron el ritmo y los jinetes tuvieron que contener las ansias de azuzarlos al galope. Durante la travesía de ida, Badru no había parado en ningún oasis. ¿Hasta qué punto el jefe de la caravana se había extraviado? No importaba. Al final había cumplido. Desde donde estaba, podía ver cómo la cabeza de la caravana se perdía ya entre las palmeras. Pero él aún avanzaba sobre la arena, ahora salpicada de tamariscos bajos y raquíticos, y el tramo hasta alcanzar la sombra se le hacía interminable. Se sentía como cuando, de niño, anhelaba el final de las clases del mago y, sin embargo, el reloj filtraba la arena e, indolente, ignoraba sus premuras.

Al fin se encontró en un amplio camino bordeado de frondosas palmeras entre las que se veían algunas casas de adobe. Los graznidos de las vigilantes ocas y las risas de los niños lo envolvieron pronto en un recibimiento entusiasmado. Badru aspiró el aroma fresco de la vegetación, mezclado con fragancias de pan, carne asada y cerveza, y se sintió algo mareado, pero se mantuvo sobre el camello, sujetando con fuerza las riendas.

El camino llegó a un amplio palmeral desde donde se oía el murmullo de un curso de agua y los relinchos de algunos caballos. Los camellos, comerciantes y mozos que iban a la cabeza ya se arremolinaban a los pies de los árboles tras el alto ordenado por el jefe de la caravana, y cuando Badru llegó, el lugar bullía de actividad. Sin embargo, el joven egipcio no perdió de vista a Asenet y solo se detuvo cuando la vio bajar del camello. Cogió el fardo que llevaba con la delicadeza que siempre le dispensaba por su contenido especial y lo dejó donde quería que los mozos plantaran la tienda. Del suelo brotaba la hierba fresca y Badru no dudó un instante en quitarse las sandalias para disfrutar de su tacto. Miró a su alrededor con una sonrisa aliviada. En cada lugar elegido para acampar, los mozos descargaban los camellos mientras los animales que ya habían sido liberados de sus fardos pasaban hacia el abrevadero. Se oían órdenes, pero también risas, y la tensión que los había acompañado los dos últimos días había desaparecido.

Pronto, a los niños que les habían seguido se les unieron los hombres y mujeres que habitaban el oasis. Unos cargados con ocas vivas, otros arrastrando alguna cabra, algunos con hortalizas, leche, pan tierno de diferentes harinas y semillas… Y el campamento se convirtió en un mercado antes de que las tiendas estuvieran siquiera montadas. Pieles, telas, especias, plumas de aves exóticas… Los comerciantes empezaron a intercambiar sus mercancías por los manjares frescos de los que se habían visto privados desde su partida de Myos Hormos. Cerca vio cómo Asenet pesaba un *kite* del índigo de su señor y se lo tendía a una mujer cuyo colorido vestido resaltaba la hermosura de su avanzado embarazo. La mujer hizo una señal y una muchacha delgaducha se separó de un séquito de criadas y le tendió unos huevos a Asenet a cambio del índigo.

El joven egipcio miró su propia carga con desasosiego. No podía vender ni una lágrima, pero para situaciones así tenía el fardo de su camello. Debía pasar por comerciante, no por sacerdote. Lo sacó y extendió una tela sobre la hierba. Extrajo alabastrones y pequeñas vasijas de arcilla con esmalte cobrizo perfectamente selladas con cuero. Algunas aparecían con hebras adheridas de la paja que usaba para protegerlas y las limpió con sumo cuidado. Muchas no eran más que experimentos, pero nadie lo sabía, y las depositó con cuidado sobre la tela mientras la misma mujer que había comprado a Asenet se acercaba con interés. Cuando Badru vio ante él sus pies descalzos y resecos, levantó la cabeza y, con una sonrisa, explicó:

—Ungüentos y aceites, como los que usan las grandes damas del Nilo para cuidar su piel.

—Yo soy una gran dama en este oasis, primera mujer del jefe de la aldea, y ya uso leche y miel para cuidar mi piel.

—Por supuesto, salta a la vista —respondió Badru. Enseguida tomó una de las vasijas y añadió mientras se la tendía—: Pero ¿acaso huelen así? Este aceite, además, está elaborado con moringa, que alisa la piel tras dar a luz.

La mujer sonrió sin llegar a destapar el tarro y preguntó:

—¿Cuánto?

—No es barato.

Ella hizo una señal hacia el grupo de criadas que aguardaban detrás y una se acercó con un gran recipiente entre sus manos.

—Oca, en su propia grasa. Y le durará días.

—Esta noche caerá, seguro, señora. Deme dos más en sal para el viaje —respondió Badru— y, a cambio, le añadiré este perfume cuya fragancia hará que su marido la prefiera entre sus otras esposas.

El trato se cerró para alegría del joven egipcio. Sin duda, había hecho buen negocio y, tras ver a aquella dama, otras se acercaron para comprar algún perfume floral y ungüentos contra las arrugas o para proteger la piel del sol.

* * *

Matsimela se sentó a su lado con un suspiro de cansancio. La tienda estaba montada, y dentro, Mandisa disponía las pieles en el suelo, mientras Adio y Kosei abrevaban a los camellos. El fuego desprendía un aroma dulzón gracias a las palmas secas con que lo habían alimentado y las llamas se intuían ahora entre las brasas. Asenet vertió agua sobre una de las cacerolas de cerámica que habían conseguido con el comercio en la aldea, la colgó para que se calentara y no pudo evitar una sonrisa al mirar hacia Badru y su incesante actividad. Al lado de su tienda, como siempre, sus mozos habían dejado las preciadas sacas de su carga y el jefe permanecía junto a ellas, con el hacha a la espalda. Pero a nadie parecía importarle. Se sentían atraídos por los frascos. Badru se los dejaba oler a quien se acercaba, y sus gestos eran vivaces e irradiaba una alegría pura y contagiosa. Quizá sí que los perfumes eran fruto de la magia, o al menos él conseguía que lo parecieran. Asenet entendía ahora la razón del esmero especial que dedicaba al fardo de su camello. No ocultaba nada peligroso, pero sí guardaba el poder de su dios Nefertum. Para ella, sin embargo, el valor residía en que eran la obra de Badru. ¿A qué olerían? De pronto se imaginó fragancias ligeras y frescas como la sonrisa del joven, envolventes y embriagadoras como su boca…

—Lo normal sería que vendiera el incienso —observó Matsimela—. En los oasis abren las puertas a las caravanas precisamente por la posibilidad de comerciar, pues, si no, aquí solo tendrían comida y agua, pero poco más.

Asenet se obligó a salir de su ensoñación con un suspiro y cogió los huevos de oca. Con sumo cuidado los puso en el agua que ya hervía. Eran mucho más grandes que los de gallina, a los que estaba habituada en su tierra, y necesitarían más tiempo para cocerse.

—Quizá aquí no tengan escasez y no se lo hayan demandado —comentó mientras observaba cómo Badru despedía al último cliente.

—Veremos —dijo Matsimela haciendo un gesto en dirección al joven egipcio.

Asenet observó que dos hombres se aproximaban. Uno de ellos caminaba altivo, vestido con un fino *shenti* y ostentosas joyas de oro y cuentas alrededor del cuello. El otro cubría su prominente barriga con una fina túnica de lino y lucía unas extensiones de pelo natural añadidas a su cabello teñido con alheña para disimular las canas. A medida que se acercaban, sus rasgos se hicieron reconocibles y, a pesar de que ahora estaba surcado por muchas más arrugas, no tuvo duda alguna de quién era. En un acto reflejo se cubrió la cabeza con la capa y se volvió hacia Matsimela.

—Podemos tener problemas —le dijo.

* * *

Pan reciente, cerveza de trigo, un pastel relleno de dátiles, cebollas y lechuga para una buena ensalada… Badru jamás había tenido que trabajar para ganarse la vida y, satisfecho, observaba sus ganancias. Cerca, Asenet permanecía al lado de

una cacerola al fuego. Matsimela también se había procurado buenas viandas y aguardaba sentado mientras la joven cocinaba, y Badru sintió los celos hormigueando en su interior. De pronto, Asenet se cubrió la cabeza y desvió el rostro hacia su señor. El joven suspiró resignado y miró su propio campamento. Estaba listo, con el fuego encendido ya delante de su tienda. La mitad de los camellos pastaba cerca, mientras los mozos ataban las patas delanteras de los machos. El resto debían estar en el abrevadero. Badru llamó al jefe de su cuadrilla, de guardia con la carga, para que ordenara avisar a los que no estaban.

—Esta noche cenaremos todos juntos, como si de un banquete se tratara —le anunció.

El jefe asintió y, cuando se dirigía hacia los camelleros, se detuvo y miró a su señor, señalando con la cabeza en dirección a la tienda. Badru entonces vio a dos hombres que rondaban la carga. Uno de ellos, con el cuello profusamente enjoyado, se disponía a abrir una y el jefe de la cuadrilla se llevó la mano al hacha. Badru negó con la cabeza y se acercó a los visitantes.

—Disculpen. ¿Puedo ayudarles en algo?

El hombre enjoyado, que vestía un sencillo *shenti,* continuó con su tarea. Abrió una saca y extrajo una lágrima de olíbano de la misma. Badru se puso tenso. El más viejo, a todas luces un comerciante egipcio rico, le sonrió y se presentó:

—Mi nombre es Mudads y viajo en esta caravana. Me he permitido traer conmigo al jefe de este oasis, el señor Baba, muy interesado en comprar olíbano. Normalmente le sirvo yo, pero solo he podido conseguir canela. Ya sabe lo difícil que es obtener incienso en Myos Hormos.

Badru se aproximó y lo saludó con toda la formalidad, inclinándose para tocarse la rodilla con el revés de la mano derecha. Luego se irguió y tragó saliva antes de decir:

—Lo siento, señor Baba, pero no puedo proporcionárselo.

—¿Por qué? Aquí tiene mucho… —respondió el hombre con un acento áspero.

—Mas no lo puedo vender.

—Eso no tiene sentido. ¡Somos comerciantes! —intervino Mudads alzando la voz, contrariado. Algunas personas los observaron con curiosidad y el hombre casi susurró—: Y él te puede pagar bien…

—En oro —apuntilló Baba.

Badru negó con la cabeza, incómodo pero decidido. El viejo comerciante insistió:

—No sacarás más en Gebtu que aquí, joven. A saber cuándo viene la próxima caravana. Y tú eres el único con olíbano y mirra de entre todos nosotros.

—Además —intervino Baba—, por eso os dejamos entrar a nuestro oasis, para comerciar. Ganamos todos.

—En este caso, no ganaría yo, mi señor. La carga que transporto no es mía. Y me han dado orden de llevarlo todo a Menfis. ¿Qué vale más, el oro o la lealtad?

Baba asintió y estiró de la túnica de Mudads, aparentemente conforme. Sin embargo, los comerciantes más cercanos los miraban con suspicacia cuando se

retiró, y oyó cómo el jefe de la aldea se lamentaba al viejo egipcio:

—No puedo permitirme que los dioses se enfaden y nos retiren su protección. No tenemos incienso para las ceremonias…

—Ya se nos ocurrirá algo —respondió Mudads volviéndose por un instante hacia Badru.

Este, en un acto reflejo, bajó la mirada. Sabía que aquello podía suceder, por eso sus hombres iban armados. Las caravanas comerciaban con cada pueblo, pozo u oasis a su paso, y no solo por comida fresca. Así, un comerciante salía con una carga concreta de un puerto y llegaba a su destino con una más variada y valiosa, o cargado de oro o plata. Cada uno elegía, sin embargo, dónde y cómo vender, y pensó que con los perfumes y ungüentos tendría suficiente. Mas, si los rituales estaban de por medio… Por los rituales precisamente le habían encomendado aquella misión. Y por lo mismo, corría el riesgo de que el templo se lo requisara todo en Gebtu. Debería embarcar en otro lugar, pero… Miró de reojo hacia la hoguera de Asenet. ¿Sería capaz de dejar la caravana antes de llegar?

* * *

Hubiera preferido acercarse con la noche como protección, pero no sabía si el guía de la caravana tendría aún a sus hombres rondando, por mucho que Baba pudiera ofenderse. Era el jefe quien se encargaba de la seguridad de su aldea. Pero, sobre todo, no sabía lo que el joven se traía entre manos, por lo que pensó que la actividad del campamento le haría pasar inadvertido. Precisamente por ello se vio obligado a esperar, pensado que nadie se fijaría especialmente en un persa que disfrutaba de la sombra de una palmera. Cuando vio cómo el joven saludaba al jefe del oasis al estilo egipcio, no pudo evitar la sorpresa. ¿Y aquel nombre, Badru? Mudads, uno de los comerciantes más ricos de Menfis, alzó la voz, y el persa temió el estallido típico de la familia del chico, pero él respondió contenido y con aplomo. Había visto aquella actitud antes, pero en el joven parecía tan diferente… Además, iba sin barba, con el cabello muy corto, como si se lo hubiera rasurado no hacía mucho, y con aquellas prendas blancas del lino más exquisito del Nilo. ¿Cómo iba a reconocerlo con semejante disfraz? Incluso cuando, tras intentar adelantarlo en la caravana, se descubrió la cara ante él, le costó. Pero aquella mirada… Aquella mirada fiera era exactamente igual a la de su padre. Y no quería provocar su ira.

Por ello, el persa aguardó a que el viejo Mudads y Baba se alejaran. Acarició la daga entre los pliegues de su pantalón y se acercó al joven que se hacía llamar Badru. Este se había vuelto hacia su carga para cerrar una saca y, cuando estuvo cerca, el persa sacó el arma de su ropa y lo llamó:

—¿Arash?

Badru se estremeció al oír su verdadero nombre y miró de reojo a su alrededor. Nadie parecía ya pendiente de ellos. Aun así, estuvo tentado de ignorar la llamada,

pero prefirió saber a qué se enfrentaba y se giró con cautela. Conocía a aquel persa de antes de su encuentro en el desierto, lo había visto más de una vez en casa de su padre, aunque ahora su barba y su larga cabellera estaban encanecidas.

—Bahuan…

—¿Se acuerda de mí?

A modo de ofrenda, el hombre llevaba una daga con una empuñadura repujada en plata e incrustaciones de la mejor pedrería persa. Su padre había ocultado todo lo referente al único hijo de su primera esposa, por lo que el joven optó por mantener la autoridad que le daba el rango de su familia para evitar preguntas.

—Por supuesto. Pero quiero que me ignores el resto del viaje.

—Claro, solo deseo que no tome a mal nuestro último encuentro y quería ofrecerle esta daga, para que le deje claro a su padre que fue solo un malentendido.

—No es necesario.

—Arash, acéptelo como disculpa, por favor.

El joven vio que sus mozos, tras el aviso del jefe de cuadrilla, se acercaban, y les hizo una señal para que se detuvieran. Estos se cruzaron de brazos, amenazantes. A aquellas alturas, la conversación ya no pasaba desapercibida y algunos comerciantes miraban con interés al egipcio y al persa que habían detenido la caravana en medio del desierto por una disputa. El joven se apresuró a tomar la daga y, a pesar de la irritación que le producía aquella situación, la desenfundó. Mientras simulaba observar la hoja curva de doble filo, dijo conciliador:

—Gracias Bahuan, mi padre sabrá de tu buena intención. Espero que no te dirijas más a mí, pero, si no tienes más remedio, soy Badru.

El hombre se inclinó en una reverencia y se alejó. Badru suspiró aliviado y guardó la daga entre los pliegues de su túnica. Con suerte, todos pensarían que habían hecho las paces.

* * *

Cargada con la cacerola y los cuencos con los que habían bebido la cerveza, Asenet no podía evitar la fascinación ni apartar la mirada de aquellos animales. No los había visto a menudo. Las cebras pasaban en época de lluvias cerca de su casa, los asnos eran habituales en su aldea, pero caballos… Estaban al otro lado de la fuente, negros, castaños y alazanes, con las crines ondeando a cada uno de sus nerviosos movimientos. Entonces reconoció al mismo hombre que acompañaba a Mudads en su visita a Badru, y volvieron sus tribulaciones. Hacía unos cinco años que no veía al viejo comerciante egipcio. Ella ya estaba en edad casadera la última vez que él visitó la corte de Donkor e inevitablemente la reconocería si se encontraban. Siempre había sido encantador, pero ¿cuáles serían las consecuencias después de tanto tiempo? Matsimela no le había querido contar qué había sucedido. Lo único que sabía Asenet era la profunda decepción que sufrió su padre. Y por su parte, el antiguo maestro, a pesar de haber sido su esclavo, rehuía hablar de él, e

incluso pasados los años, había mostrado su desasosiego al saberlo cerca.

Tan absorta andaba Asenet que tropezó con una de las piedras que circundaba la fuente y la cacerola con los cuencos cayó al suelo, rota en mil pedazos. Se arrodilló y, mientras se afanaba en recoger las escudillas de madera, una mano manchada por los años le tendió la que había quedado más alejada. Asenet alzó la mirada y se encontró con el rostro arrugado de Mudads, cuyos ojos maquillados con *khol* la miraban tan afables como ella recordaba.

—¿Ibas a lavar los platos? Esta tarea no es propia de ti. ¿Qué ha pasado, niña? ¿Por qué te ves reducida a esto?

Asenet se puso en pie lentamente, con las escudillas entre los brazos. ¿Qué contarle? Su mente buscaba alguna respuesta que no la descubriera. Si al menos Matsimela hubiera cedido y le hubiera explicado algo más. La expresión de Mudads le traía recuerdos de los tiempos más felices de su hogar tras la muerte de Dakarai. La joven se volvió hacia la fuente y dejó los cuencos a sus pies buscando algo de tiempo.

—¿Qué ha hecho Matsimela? —insistió el anciano con voz dulce—. Porque si ahora él es un comerciante y tú su esclava, mucho han cambiado las cosas. Y yo sé cuán vengativo puede ser…

—¿Vengativo?

Los hombros de Asenet se tensaron y se volvió. Una venganza suponía una ofensa previa. La joven escrutó al viejo amo de Matsimela, pero su rostro solo había adquirido una expresión compasiva.

—Tú tampoco lo sabes, ¿verdad? —Con un suspiro melancólico, Mudads se sentó en una roca al lado de la fuente y su mirada se perdió entre las palmeras—. Si Donkor me echó de la corte para siempre fue por algo que él le dijo. He pensado tantas veces en ello... Pero no se me ocurre qué. Yo siempre fui con buenas intenciones, los tratos fueron justos y os había cogido cariño. Supongo que eso es lo que molestaba a Matsimela. No quería que yo estuviera allí. Tenía celos. Y eso que todo lo que era me lo debía.

—Bueno, quizá le recordabas su pasado de esclavo, ¿no?

El hombre se rascó la cabeza entre las extensiones de su cabello y sonrió.

—Yo lo rescaté del burdel cuando él era un muchacho. ¿Acaso te ha contado eso?

Mudads se cruzó de brazos y la miró. Asenet intentó disimular la sorpresa y el comerciante prosiguió:

—Claro que no. No era muy bonito lo que le obligaban a hacer, te lo aseguro.

Asenet, desarmada, sintió que le temblaban ligeramente las piernas y se sentó en el suelo, al otro lado de la fuente. El chorro que caía en el pilón la salpicaba ligeramente, pero no se movió. De pronto, Matsimela, el hombre con quien se había criado, quien más la consoló tras la muerte de Dakarai, se aparecía ante ella como un auténtico desconocido. Sintió una punzada en el pecho, pero no era desconfianza, sino dolor.

—Matsimela no ha hecho nada malo. Todo lo contrario —dijo con la mirada

perdida en el suelo cubierto de hierba rala.

—¿Y por qué eres su esclava?

—Solo lo simulo.

No dejaría que nadie pensara mal de Matsimela. Era injusto. Asenet sintió las lágrimas pujando por asomar a sus ojos. «No tienes ni idea de lo que puede hacer un hombre dominado por el deseo», le advirtió la primera noche en el desierto, cuando pretendía alejarse sola. Se arrepintió de la respuesta que le dio, cortante, evocando a su hermana, violada y asesinada. ¿Qué le habrían obligado a hacer a él?

—Entonces, ¿has escapado de palacio? Esta vez has ido muy lejos, ¿no crees? —Mudads dio una palmada en su regazo y continuó acelerado, como si los pensamientos se le atropellaran en la boca—. Matsimela te ha embaucado, seguro, como hizo con tu padre. ¡Tú estabas destinada a reinar! Eso me dijo Donkor. Me dijo que…

—Ya no hay palacio, ni aldea —interrumpió Asenet con la voz hueca.

Mudads calló y se levantó. Se acercó y se agachó ante ella. Las lágrimas resbalaban por las mejillas de la joven, dando un hermoso brillo a sus marcados pómulos.

—Nos atacaron. Mercenarios griegos —suspiró Asenet—. Mataron a casi todos, y ahora Matsimela me ayuda a seguir el rastro de la mirra que nos robaron.

El hombre alzó una ceja.

—¿Has hallado el rastro en esta caravana?

Ella asintió y Mudads murmuró:

—Solo un hombre lleva, ese tal Badru. —Mudads tomó las manos de la joven entre las suyas—. No te fíes de él. No se comporta como un comerciante, y algo extraño sucede con la mirra y el olíbano. Esta escasez no es normal. Asenet, podemos denunciarlo, te puedo ayudar…

Ella negó con la cabeza y miró al hombre a los ojos.

—Si quieres ayudarme, no nos descubras.

* * *

La mayoría de los caballos eran más adecuados para la carga, pero estaban bien alimentados y, aunque sin herrar, el efecto de las arenas mantenía sus cascos en perfecto estado, como si fueran animales salvajes. Pagados de antemano, tal y como le habían prometido, el dueño no regateó cuando le entregó los camellos que formaban parte del precio. Bordeando el campamento de los caravaneros entre las palmeras, el mercenario espartano sentía que no se podía quejar. Al menos, volvería a montar un caballo. Sin embargo, dudaba de las oportunidades que le depararía el futuro. No quería arriesgar. Y si la marcha se alargaba más de lo previsto, como había sucedido camino del oasis, arriesgaba la vida de sus hombres, pues los caballos no resistirían.

A pesar del retraso, todo lo demás había salido como tenían planeado. Tras la

entrada de la caravana al oasis, él y sus hombres aceleraron el paso de sus camellos y, cuando llegaron, nadie se fijó en ellos, pues el improvisado mercado los tenía ocupados. Eligieron un lugar para acampar, como si su grupo hubiera viajado con los comerciantes toda la travesía. Luego los dejarían partir, mientras sus hombres extremaban las precauciones. Había un punto indicado en el camino, pero quedaba demasiado cerca de Gebtu y no le gustaba. Sin embargo, su mente barajaba alternativas que no disgustarían a quien le había encargado aquel trabajo.

Las hogueras florecían con el crepúsculo y el aroma de los dátiles sobre su cabeza se intensificaba con el frescor que anunciaba la noche, como si tuvieran prisa por madurar. En su paseo solitario, el mercenario se agachó y tomó una rama del suelo para apoyarse al caminar. La pierna le dolía y ahora no tenía que disimularlo ante sus hombres. Debía hacer algo antes de unirse a ellos, y aquel improvisado cayado incluso le beneficiaba para pasar inadvertido.

Fuera de un grupo de coloridas tiendas pudo ver unas cuantas danzarinas que, con los senos descubiertos, agitaban sus trenzas y hacían ondular sus cuerpos al son de la lira y los crótalos. Sintió que su miembro se endurecía. Hacía mucho que no estaba con una mujer y deseó unirse al corrillo de hombres que las jaleaba mientras bebían cerveza. Sin embargo, si se lo había prohibido a sus mercenarios, él debía cumplir como el primero. Aunque algo bueno tenía el haberse fijado en las prostitutas. Eran su referencia. Ladeó la cabeza y examinó las tiendas más cercanas hasta que halló lo que buscaba.

Algunos mozos recogían los restos de la cena, mientras dos de ellos se sentaban sobre las sacas de olíbano y mirra, con sendas hachas entre las manos. Pero faltaban algunos, lo sabía, y todos portaban armas, aunque no siempre a la vista. El espartano, oculto entre las palmeras, se sentó a observar. El joven egipcio alimentaba su hoguera. Aunque la noche había caído, aún había demasiada actividad. Se arrebujó en su capa de lana. Esperaría. La orden era clara: que no lo vieran cerca de él. Entonces se dio cuenta de que no era el único que observaba a aquel comerciante.

8

La noche había caído ya en el campamento, que celebraba la abundancia del oasis. Conversaciones, risas y músicas diversas se regaban con abundante cerveza, y Asenet lo agradeció. Nadie se había dado cuenta del estallido de Mandisa, nadie excepto Badru. En el interior de la tienda, acarició la frente de la joven. No había calenturas, aunque sudaba y se estremecía mientras murmuraba con la mirada perdida en el techo:

—Cuatro ojos, cuatro ojos…

Aun así, la tisana había hecho su efecto. Por lo menos no gritaba ni se revolvía. Desconocía aquellas habilidades de Matsimela, aunque ahora se daba cuenta de que ignoraba todo acerca de su vida antes de llegar a palacio. Mas en aquella ocasión, que supiera los efectos de aquellas hierbas había sido esencial para la pobre Mandisa. Lejos de sentirse segura en el oasis, donde la vida florecía, había entrado en pánico, segura de que el espíritu de la noche les vigilaba con cuatro ojos apostados en diferentes puntos. La tuvieron que sujetar, forzarla a beber… Exhausta, la joven al fin cerró los ojos y Asenet se puso de pie con un suspiro. Esperaba que el nuevo sol le devolviera, si no la cordura, algo de sosiego.

La joven salió de la tienda. Adio y Kosei se habían refugiado ya entre los camellos, pero Matsimela estaba sentado frente al fuego con la espalda apoyada en el tronco de una palmera. Intentaba arrancar algunas notas graves de aquella flauta de caña que había conseguido de un pastor del lugar. Se parecía a la que tocaba de niño, antes de que su madre, viuda y arruinada, se vendiera a sí misma y a su hijo como esclavos. Gracias a ella convenció a los amos de que el niño, demasiado pequeño, podía serles útil como entretenimiento. Y al poco, le dieron la lira, aunque él siguió tocando la flauta por las noches, para su madre. Pero ahora sus dedos habían perdido agilidad. Con un suspiro, Matsimela dejó el instrumento a un lado.

—¿Por qué no sigues? Suena bien, mucho mejor que la algarabía de las tiendas de las prostitutas. Es donde más ruido hacen —le dijo con una sonrisa mientras se sentaba frente a él.

El hombre retomó la flauta y la joven añadió unas hojas de palma secas a la hoguera. Carente de ritmo, la melodía apenas se entreveía, pero aquel sonido tenue y desconocido le agradaba y mecía sus pensamientos. ¿Por qué no había tocado jamás Matsimela en la aldea de Punt? ¿Había sido porque algo de él se había perdido, como le sucedía a ella cuando oía las historias de Kosei? ¿Acaso ahora

intentaba reencontrarse consigo mismo? ¿Tenía algo que ver con el hecho de que Mudads estuviera en aquella misma caravana? Asenet suspiró. No le había contado nada a Matsimela de su charla con el comerciante egipcio, y sentía que tenía pendiente una conversación con él. Pero lo miraba allí, con sus rasgos entrecortados por la llama de la hoguera y sus fuertes manos, enormes y resecas, sobre el fino instrumento. A ojos de Asenet, el misterio lo envolvía, pero sabía que la seguridad que él le inspiraba no había muerto. Si hablaban, quizá se rompiera, y le daba miedo.

Asenet ladeó la cabeza y observó el campamento de Badru. Sus hombres estaban alrededor del fuego y reían, bebían cerveza y cantaban. El joven egipcio estaba entre ellos, pero mantenía una bebida caliente entre las manos y se limitaba a aplaudir los cánticos sin seguirlos. Al fin, los hombres de Badru se pusieron en pie y se fueron hacia las tiendas de las prostitutas, excepto el jefe de la cuadrilla y otro mozo, que montaron guardia junto a las sacas.

—Se ha quedado solo —observó Asenet.

El hombre miró en dirección a Badru. Aquello cada vez le gustaba menos, pero no dijo nada. Se levantó, se acercó a ella y se arrodilló a sus espaldas. Luego le tapó los ojos y le preguntó:

—¿A qué huele cuando cae la noche, salen las leonas a cazar y la diosa de la mirra descansa?

Asenet reconoció el juego y sonrió con añoranza.

—A Matsimela dormido.

Él le puso las manos sobre los hombros y le dio un beso en la mejilla, tan ruidoso como aquellos que le hacían reír de pequeña. Luego le susurró al oído con dulzura:

—Buenas noches, mi niña.

Matsimela apoyó un pie para levantarse y la joven, preocupada, lo frenó.

—¿A qué ha venido eso? ¿Estás bien?

Él esbozó una sonrisa amarga y miró hacia el campamento del egipcio.

—Quiero que recuerdes que eres un espíritu libre, Asenet. Y no son solo los hombres quienes hacen esclavos. También lo son los deseos.

Sin decir más, se fue hacia la tienda y ella se quedó con un regusto amargo. No había llegado a aquel punto. Le gustaba Badru, sí, y aquel beso había despertado una extraña necesidad de saber qué se sentía al abrazarlo. Pero las largas audiencias de su padre atendiendo gentes de su pueblo le habían enseñado a pensar en las necesidades del grupo antes que en las propias. Ahora la situación era igual. Tenía que posponer sus deseos, como cuando posponía las ansias de salir de caza. Se lo debía a la memoria de sus seres queridos, para que fluyeran con la diosa de la mirra. Decidida, aunque inquieta, Asenet se puso en pie y se acercó al joven egipcio.

Badru la recibió de nuevo bajo la manta que abrigaba sus piernas y sonrió cuando ella se sentó a su lado. El fulgor de las llamas se reflejaba en sus apacibles ojos oscuros, de pestañas largas y tupidas.

—¿Quieres un poco? —le ofreció el egipcio tendiéndole el cuenco humeante que tenía entre las manos.

Ella lo tomó y reconoció la fragancia de la canela y la nuez moscada que otros comerciantes llevaban en la caravana. Bebió. Dulce e intenso.

—Leche de cabra con especias, ¿te gusta?

Asenet asintió y dio otro sorbo. Él le rodeó los hombros con su fuerte brazo, como si fuera lo más habitual, y ella se sintió sorprendida por la familiaridad de su contacto y su aroma. Pero se recordó que no podía dejarse vencer por sus propios deseos.

—Has doblado la guardia —observó.

—Tranquila, no dirán nada a Matsimela. Me son leales y les pago muy bien.

—Me gustaría olerla.

—¿El qué?

—Tu mirra. ¿Vale tanto que no la puedes ni vender?

—Vale el favor de los dioses —respondió Badru con una sonrisa.

En verdad, ansiaba besarla de nuevo, pero sentía que la exponía demasiado a la luz de la hoguera. Aquella noche había muchos ojos despiertos. Cogió una lámpara de aceite que había cerca del fuego, la prendió, se puso en pie y le tendió la mano. Asenet dejó el cuenco a un lado, la tomó y se acercaron a las sacas, sumidas en la penumbra. A una señal, los vigías se retiraron hacia la parte trasera de la tienda. Badru le dio la lámpara a Asenet y abrió una saca. Se retiró y la joven se acercó. Al ver las lágrimas, la música y las risas se alejaron, y en su mente retumbaron los gritos y las espadas entrechocando durante el saqueo. Todo miedo a ceder al deseo desapareció, e incluso la presencia de Badru a su espalda parecía haberse desvanecido a medida que aspiraba la fragancia de la mirra. Dulce y melodiosa, carecía de la armonía de una misma cosecha. Dejó la lámpara en el suelo para no acercarla a las resinas que ardían con tanta facilidad, se adelantó y acarició las lágrimas para luego llevarse la mano a la nariz.

—Hoy sí que temí por ti, cuando él te besó —comentó Badru. De pronto Asenet podía sentir el contacto de su túnica a su espalda, pero le incomodaba—. No parecías sorprendida. Al contrario.

La joven tomó una de las lágrimas, dos, tres… Y eso solo en la superficie.

—Es mi amo —respondió ella lacónica.

—No tendría por qué serlo.

En los diez camellos que Badru llevaba había muchas más sacas de olíbano que de mirra. Más de lo que había pensado en un inicio. Su olfato le decía que había suficientes como para disimular una parte más que considerable de la mirra de su tierra. En verdad, no deseaba hablar, sino volcar la saca y examinar cada lágrima. Pero solo se hizo sitio para introducir el brazo, poco a poco, tan hondo como pudiera, y que las resinas dejaran el aroma en su piel, mientras respondía:

—No me venderá. Jamás lo haría. Me ama.

—Podríamos huir.

Asenet sacó el brazo de la saca y se volvió hacia él, más seria de lo que hubiera

deseado. ¿Huir? ¿Acaso no había estado huyendo ya a través de los sentimientos que él le despertaba?

—Yo también te amo —se explicó Badru, de pronto asustado por la gravedad que intuía en las sombras del rostro de Asenet.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

Él bajó la mirada y sacudió la cabeza.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé. Pero no puedo ir a Gebtu y esperar que todo este olíbano y esta mirra lleguen intactos a Menfis.

—¿Por qué? — Asenet dio un paso atrás, pero se quedó atrapada entre la saca y el joven—. Si las vendes, tu maestro debería de estar contento de que llegaras con riquezas. Y con lo que ganaras, podría comprar muchas más resinas secas de las que tus dioses necesitan.

—Supongo que si la guerra en el Mediterráneo acabara, nos podría llegar desde el delta del Nilo, como siempre. Pero en Gebtu había realmente un problema, cuando debería de haber sido al contrario. Por eso tuve que ir a Myos Hormos, y te aseguro que incluso allí me vi obligado a usar contactos que creía haber dejado atrás hace mucho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Asenet. De pronto sentía que le dolía el pecho. ¿Y si Matsimela tenía razón y Badru era más peligroso de lo que ella había querido creer? Chisise era un intermediario más, muerto, ¿acaso por aquellos contactos?

—Algún día te lo contaré —le dijo mientras se acercaba para tomarle las manos. Se las acercó al pecho y suplicó—: Ven conmigo. Solo te pido eso. Ven conmigo cuando me desvíe.

Ella se zafó y salió del sitio en el que había quedado atrapada. Deseaba huir en aquel mismo instante, pese a las dudas que la asediaban. Aun así, no se movió. Solo podía mirar a Badru. Necesitaba decir algo y escupió:

—¿Irme contigo? ¿Como esclava o como qué?

Él, vencido, se apoyó en la saca. No había pensado en ello. Más bien, no había querido pensarlo. Los matrimonios con mujeres de fuera no estaban bien vistos, y seguro que le costaría todo aquello por lo que tanto había luchado los últimos años. Excepto si Asenet aceptara a los dioses del Nilo. Pero ¿cómo, si ni siquiera creía en la otra vida? ¿Qué estaba dispuesto a sacrificar por ella?

Asenet sintió cómo el corazón se le aceleraba ante la expresión herida y angustiada de Badru. Le acarició el cabello y susurró:

—Debo saber quién eres.

—No puedo, no ahora —murmuró él.

No era lo que esperaba oír. ¿Por qué no le había contestado que era un sacerdote de Nefertum, como había afirmado desde el principio? Herida, se volvió, dispuesta a regresar a su tienda. No quería llorar delante de él. Le costaba creer que estuviera implicado en aquellas muertes. Pero ¿por qué, si no, iba a callar? Asenet no pudo evitar mirar atrás.

Badru se había sentado en el suelo, al lado de la lámpara. Tenía algo entre las

manos. Era una daga de empuñadura plateada, recargada de pedrería que emitía destellos rojizos. Sacudió levemente los hombros y a Asenet le pareció oír un sollozo ahogado.

* * *

Abasi encontró a Mudads sentado frente a la hoguera, con una prostituta de piel de ébano en sus faldas. En cuanto lo vio, pellizcó a la chica para que se pusiera en pie y, tendiéndole un collar de cuentas, le dijo:

—Espérame dentro de la tienda, pero solo con esto puesto, ¿eh?

La chica rio y se marchó a toda prisa. Abasi entonces se sentó al lado de su señor.

—Creo que han discutido —anunció con la mirada en la hoguera.

—¿Él ha sido agresivo con ella? —se alarmó Mudads.

Abasi negó con la cabeza y añadió:

—Sin embargo, observé algo esta tarde en el tal Badru y, en fin, he hecho mis averiguaciones. Ese sacerdote de Nefertum no es quien dice ser.

Mudads, sombrío, miró el curtido rostro de Abasi y alzó una ceja, inquisitivo:

—¿Y quién es?

—Su verdadero nombre es Arash, hijo de un noble persa de Menfis, de los que se instalaron cuando Artajerjes venció a Nectanebo. Seguro que lo conoce, mi señor.

—¿No será hijo de Arash de Ecbatana? —se sorprendió Mudads. Aquel persa era el encargado de recaudar para Darío los tributos de toda la mirra y el olíbano que entraban en Egipto.

9

El agua fría reavivó los músculos de su cuerpo mientras daba brazadas sumergido, hasta que sus pulmones no lo resistieron más. Emergió a la superficie y se estiró bocarriba, dejándose mecer por el suave oleaje. El crepúsculo teñía de plata el mar, que a aquellas horas ya había perdido su transparencia. Pero adoraba aquella sensación. Sentir su cuerpo, solo sentirlo, y todo ruido de su entorno amortiguado por su propia respiración. A pesar de que el invierno ya había caído sobre el ejército macedónico que aún permanecía en Gaza, Leandro disfrutaba de aquel baño, pues no sabía cuándo tendría otra oportunidad de repetirlo.

Las murallas habían sido reconstruidas para que la guarnición que se quedaría al cargo de su defensa pudiera guardarla y cubrir las espaldas al ejército en su próximo avance. Durante aquel tiempo, la ciudad se había repoblado con gentes traídas del interior. Alejandro se había recuperado de sus heridas y la preocupación de Leandro por su salud había desaparecido por completo, aunque las imágenes de algunas ejecuciones aún lo visitaban en sus pesadillas. Pero aquello iba a acabar. En Egipto las cosas serían diferentes, o al menos así se lo había asegurado su primo.

Miró hacia la orilla y se maldijo por sus vanas expectativas. Filotas no vendría, lo sabía. Y entonces, ¿por qué había tenido la esperanza de verlo aparecer? Disgustado, nadó con rabia de vuelta a la playa. En cuanto salió del agua, el frío le erizó la piel y, con un estremecimiento, tomó la gruesa túnica para cubrir su cuerpo. Cogió las sandalias y se encaminó al campamento.

Los pertrechos estaban listos para la partida y las provisiones cargadas en las carretas de los comerciantes que los abastecerían. Filotas había dirigido a la caballería con diligencia en sus preparativos para la marcha que se avecinaba, pero Leandro sabía que su primo aprovecharía aquella última noche en Gaza. Y su deber era asegurarse de que a la mañana siguiente estuviera en condiciones de cabalgar. Pero le irritaba sentirse como un maestro que disciplina a un pupilo díscolo. Y aquella misión que recibiera durante el asedio a Tiro con el orgullo de la confianza que depositaba en él un gran general, ahora se desvanecía. Pues más que ante un cometido asignado por sus méritos, Leandro se hallaba ante una obligación como buen sobrino, a sabiendas de que si Nicanor, hermano de Filotas, hubiera estado con la caballería en lugar de la falange, él habría recibido el encargo. Pero la decepción no le llevaría a descuidar a Filotas. Al fin y al cabo, y aun con todos sus excesos, lo amaba y lo admiraba. Su primo aspiraba a ser un gran general, como su

padre Parmenión, y desde luego tenía las cualidades de un líder.

De hecho, tal era su ansia por ascender que Leandro entró en su tienda con la esperanza de hallarlo allí, descansando antes de la salida. Pero estaba vacía, como lo había estado desde la victoria en Gaza. Y desde luego, le molestaba imaginarlo con alguna prostituta. No entendía cómo le podían agradar, tan vulgares y excesivamente maquilladas de blanco y mora, y mucho menos entendía que en las fiestas con ellas se gastara más de lo que costaban sus servicios. Con sus medios y posición, bien podía permitirse una refinada *hetera.* Pero, al fin y al cabo, las prostitutas de calle lo hacían popular entre la tropa, que no podía permitirse otra cosa y comentaba divertida los excesos de su comandante. A pesar de sentirse molesto, lo que realmente preocupaba a Leandro era con quién compartía a aquellas mujeres. ¿Acaso las compañías de las que se rodeaba Filotas podían cambiar la opinión de la tropa acerca de él?

Se quitó la ropa mojada y se vistió con la túnica corta que empleaba para montar. Se puso una gruesa capa por encima, se calzó y salió de la tienda. Ya había anochecido, la luna resplandecía en el cielo y el campamento estaba poblado de murmullos. Frente a las fogatas, los soldados de a pie preparaban sus cenas mientras que muchos hombres de la caballería, de origen noble, eran atendidos por esclavos. Leandro se dirigió a la ciudad y, al cruzar la puerta de las murallas, tomó la calle mayor, prácticamente desierta. Antes de llegar a la plaza, se detuvo delante de una puerta de madera y la empujó para entrar. Atravesó el patio silencioso. Aquella noche, por lo menos, no había signos de una gran bacanal. Solo se oían algunas risas en el salón inferior. En la puerta hacía guardia un hombre de Olinto, que fue esclavizado siendo niño cuando el rey Filipo y un joven Alejandro derrotaron a la ciudad griega. El esclavo había crecido junto a Filotas y era de su máxima confianza, por lo que conocía bien a Leandro y lo dejó pasar sin anunciar.

El silencio se hizo en cuanto entró al salón. Filotas le dio una palmada en el trasero a una de las prostitutas, que se apresuró hacia Leandro para colgarle una guirnalda de hojas medio desecha, como si el oficial entrara a un gran banquete de Pellas, mientras Filotas, con los brazos abiertos y una jarra en la mano, decía:

—Querido primo, ¿vienes a unirte a la fiesta? —Con las mejillas sonrosadas y los ojos entornados, soltó una carcajada y añadió—: Justo el último día. ¡Qué oportuno! ¿No te descalzas?

—Parece que llego tarde —respondió Leandro avanzando por el salón—, no creo que sea necesario, ¿verdad?

La mayoría de los *kline* del salón estaban vacíos, con los cojines desordenados. Solo había dos ocupados al fondo, uno por Filotas, apoyado sobre mullidos almohadones, y el otro por dos invitados que Leandro reconoció con desagrado. En las mesas apenas quedaban algunos restos de frutos secos y habas y garbanzos tostados. Pero se podían apreciar las pieles de naranja y alguna otra fruta fresca, y se olía el vino, aromatizado con canela y miel, que había fluido en abundancia.

—Pensé que esta noche te lo tomarías con más calma —señaló Leandro mientras se sentaba en el *kline* contiguo al de su primo.

—Y así ha sido, aunque no te lo creas.

—Mi buen Filotas —intervino uno de los invitados poniéndose en pie—. Si nos disculpas, nosotros nos retiramos ya.

—Por supuesto, id y descansad. Podéis llevaros a alguna de las chicas, si así lo deseáis.

—Gracias —respondió el otro invitado—. Espero que tu discreción sea total.

—Estoy borracho, pero no tanto —respondió Filotas con un guiño.

Los dos hombres saludaron a Leandro y se marcharon en compañía de una prostituta cada uno.

—Demasiado nobles para admitir que les gustan las putas de calle. Pero estamos en campaña. Qué más da, ¿no? —espetó Filotas en cuanto se fueron.

—Adrastos de Atenas y Laertes de Tebas. ¿Por qué pierdes el tiempo con mandos de esas tropas? Por mucho que pertenezcan a la Liga, han aportado tan pocos hombres que sus soldados se han tenido que mezclar con los de otras *poleis* para formar unidades. Y además, Alejandro los margina en las grandes batallas.

Filotas apuró su jarra de vino e indicó a una de las chicas que le sirviera más mientras respondía:

—¡Esto era una fiesta! —Alzó la jarra y derramó algo de vino bebiendo del chorro, como si quisiera demostrarlo. Pero al ver que Leandro se mantenía serio, dejó la jarra en la mesa y añadió—: Atenas y Tebas no dejan de ser parte de la Liga de Corinto, y hay que mantenerlos contentos. Además, es mejor cerca que conspirando, ¿no crees? Después de ser vencidos en la batalla de Queronea, cualquiera se fía de ellos.

—Precisamente por eso, no me parece oportuno que sean los últimos en abandonar una de tus fiestas. Las tropas pueden murmurar…

—Querido Leandro —sonrió Filotas—, eres un buen militar, pero no toda guerra se decide en el campo de batalla. Anda, bebe y dejemos de discutir. ¿No prefieres disfrutar de una de las chicas?

—¿Y por qué no nos retiramos a descansar?

Filotas soltó una carcajada, dejó su lecho, se sentó junto a Leandro y, mientras acariciaba su muslo, preguntó:

—¿Por eso has venido, para que nos retiremos juntos?

Leandro suspiró, hastiado:

—¡Oh, vamos! Mañana tienes que dirigir a los Compañeros de Caballería y no te sostendrás sobre el caballo.

Filotas, serio, se separó de Leandro. Hizo señales a las prostitutas que quedaban y sonrió de nuevo.

—Si no te quieres unir a la fiesta, ve tú a descansar. Yo he pagado unos servicios que aún no he cobrado por completo y los voy a disfrutar en honor a Dionisio. Nos vemos por la mañana.

* * *

Hasta el interior de la ciudad de Gaza llegaba el sonido de los relinchos de los caballos y los movimientos de las tropas, e incluso traspasaba las gruesas paredes de palacio. Frente a la ventana, Alejandro, rey de Macedonia, se dejaba atar la coraza mientras observaba las motas de polvo que iluminaba el amanecer. Revoloteaban ante él e intentó atraparlas. Cerró el puño y, al abrirlo, su mano parecía vacía, pero sonrió. Eran como la verdad. ¿Se le había escurrido de entre las manos en Pellas o no? Alejandro suspiró. Aquella angustia otra vez no. ¿Cuánto más se tendría que alejar para evitarla?

—Así no te la puedo atar bien —se quejó Hefestión, agachado a un costado suyo.

—Déjalo. Lo puede hacer uno de los esclavos.

—Pero me gusta —sonrió.

Alejandro lo miró y acarició su cabello ondulado mientras Hefestión continuaba con su tarea para ajustar bien el peto y el espaldar. Hubiera preferido ponerse una coraza de lino, más ligera y cómoda, como las que llevaban la mayoría de los soldados de infantería. Pero Hefestión le había rogado que se pusiera aquella de bronce por seguridad. Y Alejandro había cedido aquel día porque para convencerlo le recitó aquellos versos de la *Ilíada:*

¡Cría de mí! En linaje ventaja Aquiles te lleva,
mas tú eres mayor en edad, y él mejor con mucho en fuerzas:
pues, ea, tú a hablarle en sabia palabra y darle en prudencia
vía y señal, que él te ha de atender para bien y a las buenas.[1]

No en vano eran los consejos del padre de Pratroclo, compañero de Aquiles, alrededor de cuya tumba ambos corrieron desnudos cuando pasaron por Troya. ¿Dos años hacía ya de aquello? Su unión seguía tan inquebrantable como la de los héroes, y le parecía irónico que él se preocupara por su seguridad. Lo había nombrado uno de sus siete guardaespaldas por tenerlo cerca, no por sus habilidades. Hacía mucho que sabía que Hefestión era mejor estratega que guerrero, y era él quien lo protegía, manteniéndolo a su lado en batalla siempre que podía.

—Ya está —dijo irguiéndose al fin. Miró a Alejandro y preguntó—: Supongo que ya no hay marcha atrás, ¿verdad?

—No habrá resistencia, Hefestión. No se puede rechazar una satrapía como Egipto cuando te la ofrecen en bandeja.

Su amigo frunció los labios y Alejandro sonrió al adivinar sus pensamientos.

—¿Ahora opinas como Parmenión? —preguntó burlón.

—No, el valor estratégico de Egipto es claro. Pero a veces…

Hefestión se interrumpió.

—Dilo.

—A veces me da la sensación de que huyes, no sé si de la sombra de tu padre o de… Ella no estaba…

Alejandro desvió la mirada hacia la ventana, pero solo vio de nuevo el polvo bailando ante sus ojos. Olimpia no estaba en Pellas cuando él murió, cierto, pero

bien hizo matar a la última esposa de su padre después. ¿De qué era capaz su madre en verdad? El rey de Macedonia suspiró de nuevo y se volvió hacia la puerta.

—Soy del linaje de Heracles, yo no huyo, Hefestión. Es una decisión estratégica. Vamos a tomar Egipto y a engrandecer el nombre de Macedonia. Las tropas esperan.

* * *

Había sido un día largo y duro, pero Leandro no se podía quejar. ¡Por fin estaban en marcha de nuevo! Y ahora que habían dado la orden de acampar, el cansancio de sus músculos solo espoleaba su alegría ante la expectativa de lo desconocido. Por eso adoraba la vida militar. Sin embargo, al bajar del caballo sintió que le faltaba algo: la misiva en la que contárselo todo a su padre. El dolor parecía haber quedado en Gaza, pero no el vacío que su muerte había dejado. Leandro acarició la cabeza de su caballo y él mismo le quitó el manto que le cubría el lomo. Estaba totalmente húmedo por el sudor de ambos, y su pelaje apelmazado irradiaba calor, por lo que ordenó a su palafrenero que lo cepillara bien después de abrevarlo.

La marcha que Alejandro había impuesto a su ejército había sido rápida, como si tras el descanso en Gaza quisiera aprovechar el camino a Pelusio para ponerlos en forma, aunque durante esos meses muchos hombres se habían ejercitado, tanto con las espadas como en carreras con armaduras o lanzamientos de jabalina. Por eso pudieron resistir sin problemas. Durante el día, el sol de aquellas tierras áridas había sido oprimente, pero los barcos que los seguían por la orilla aseguraban el abastecimiento de agua y la disciplina de la formación se había mantenido en todo momento.

De hecho, apenas despuntó el sol, los Compañeros de a Pie ya habían formado en filas de dieciséis soldados, una tras otra, hasta sumar dieciséis hileras, que dibujaban un cuadrado perfecto, cada uno con sus heraldos y sus *salpinx* por si había que dar la alerta. Los cuadrados apenas se habían separado entre sí durante todo el recorrido de aquel día, formando bloques de nueve y diez, de modo que se podían observar las seis divisiones que componían la falange de Alejandro, de unos quince mil soldados. Los tres mil hipaspistas habían marchado en sus tres *quiliarquías,* y la infantería ligera se había quedado en la retaguardia. Los Compañeros de Caballería, alrededor de rey de Macedonia, habían marchado en sus escuadrones, al frente de uno de los cuales iba Leandro.

Por la mañana, el oficial de caballería solo padeció durante unos instantes la tensión, cuando *Bucéfalo*, el caballo de Alejandro, inconfundible por su porte y por la mancha blanca en su amplia frente, fue conducido a las puertas de la ciudad. Eso implicaba que el rey pronto saldría para dirigir la marcha, y Filotas aún no había llegado a su puesto. Leandro se maldijo por no haberlo ido a buscar en cuanto

despertó, pero después de cómo lo despidiera la noche anterior, había optado por cumplir como soldado antes que como sobrino de Parmenión para así tener su escuadrón a punto. Sin embargo, Filotas apareció justo a tiempo y, al pasar a su lado para colocarse por delante, le dijo:

—Tenías razón. La resaca me está matando.

Con aquellas palabras Leandro tuvo suficiente para ir gran parte del día pendiente de él. Aunque erguido sobre el caballo, en algún momento se tambaleó como si se fuera durmiendo por el camino. Pero no llegó a más, y esperaba que con aquello hubiera aprendido la lección y su misión se tornara lo que debía ser: proteger a Filotas, a lo sumo, en el campo de batalla.

Leandro observó cómo su palafrenero se alejaba con el caballo y se volvía hacia el campamento. En cuadrados perfectamente delimitados, como si mantuvieran la formación, los soldados de infantería montaban sus tiendas, mientras el sargento mayor de cada escuadrón repartía las raciones de agua. La tienda del rey, más grande que el resto y circular, ya estaba alzada, al igual que las de la mayoría de los Compañeros de Caballería, montadas rápidamente por esclavos. Leandro se dirigió hacia las afueras del campamento, donde los comerciantes que les habían seguido exponían sus viandas. Los soldados de a pie, con sus ingresos, solían comprar cebollas y harina para hacerse unas gachas. Pero Leandro podía permitirse adquirir unas tortas, queso de cabra y algunas aceitunas encurtidas. Luego se encaminó hacia su tienda, donde, esta vez sí, encontró a Filotas tumbado con un trapo húmedo sobre la frente. Apenas pudo disimular la risa cuando dijo:

—He traído la cena.

Depositó la comida sobre la tela que cubría el suelo, se descalzó y, mientras dejaba la espada a un lado, Filotas respondió sin moverse:

—Sí, aprovecha y ríe ahora, pero flojo. ¡Qué dolor de cabeza! Te digo que Alejandro se ha vuelto loco.

—¿Y por qué? —preguntó Leandro mientras se quitaba la armadura.

—De pronto le ha dado la prisa. Ni que nos esperara el enemigo.

—Es la resaca. Con el sol y el calor, no has podido recuperarte. —Leandro se sentó y le tendió una torta a su primo—. Anda, come y te sentirás mejor.

Filotas se incorporó y, apoyándose sobre un codo, tomó con la otra mano la comida y le dio un mordisco.

—Mmm, de miel, me encanta —se animó—. Pero no es la resaca, te lo digo en serio. Ya no pienso que Alejandro quiera emular a Aquiles, quiere superarlo.

—Llevándonos a Pelusio en una semana. No me hagas reír, Filotas. Tú mismo me has dicho que no habrá batalla en Egipto —respondió Leandro mientras partía el queso.

—Eso cree él, claro. Y ahí está la cuestión. ¿Para qué vamos a Egipto? Si quiere vencer a Darío de Persia…

—Esto ya lo hemos hablado, Filotas. Alejandro planea cubrirse la retaguardia. Egipto es una satrapía persa. Y coincido contigo en que si hubiéramos seguido a

Darío tras la derrota de Issos, todo esto hubiera acabado.

—Exacto —dijo Filotas tragando otro bocado de torta—, y ahora le dan las prisas. De eso me quejo. Mi padre capturó en Damasco a la esposa del rey persa, a su madre y a su hijo, y todo el tesoro real. ¿Por qué Alejandro no aceptó la paz que Darío le ofreció en Tiro y todos de vuelta a casa? Ya te digo yo que quiere superar a Aquiles y al mismo Heracles.

Leandro, con el cuerpo de pronto rígido, miró fijamente a su primo.

—¿Qué paz?

—¡Oh, por los Dioses! —se lamentó Filotas—. Mi padre me dijo que no contara nada.

—Y de aquí no saldrá. Soy tu primo. ¿Qué paz?

Filotas se sentó, dejó la torta y tomó el odre del agua. Bebió unos tragos y dijo:

—Mientras estábamos en Tiro, Darío le ofreció a Alejandro que se quedara para Macedonia desde el río Halis hacia Assyria y Fenicia hasta el Mediterráneo. Y los persas se quedarían del Éufrates hacia el interior.

—Lo de Gaza hubiera sido innecesario.

—Como lo es todo desde entonces.

—Y la Liga de Corinto, ¿qué ha dicho?

—Parece que Alejandro les informó de la oferta de Darío, a la vez que la rechazó.

—¿Y los generales? ¿Nadie se ha quejado?

—Claro que sí, mi padre era uno de los partidarios de aceptar la paz. Pero, como ves, aquí seguimos.

—Dándole tiempo a Darío para rearmarse y recuperar a su familia.

Filotas cogió la mano de su primo.

—¡Que esto no salga de aquí, Leandro! Si las tropas se enteran, no entenderán qué estamos haciendo.

—De hecho, ni yo lo entiendo. Si Alejandro hubiera aceptado la paz, la misión que le había encomendado la Liga estaría cumplida: liberar a las ciudades helénicas y reabrir las rutas comerciales.

—¿Comprendes ahora que me enfade con sus prisas?

Leandro asintió. También entendía otra cosa: por qué Parmenión le había encargado tener un ojo sobre su hijo. Aquella situación lo cambiaba todo, y a Leandro aún le gustó menos que rondaran a Filotas tebanos o atenienses. Parmenión seguro que temía que quisieran utilizar el voluble ánimo de su hijo y sus ansias de ascender para instigar contra las misteriosas intenciones de Alejandro. Y eso ponía en peligro a toda la familia. Así que se hizo una promesa: sería la sombra de Filotas y, sobre todo, tendría los ojos abiertos a su alrededor, más que nunca, por la seguridad de su primo y de su propio rey.

---

1 Fragmento de la *Ilíada*, XI, 786 -789 *(N. de A.).*

10

Las palmeras del oasis suavizaron la salida del sol del desierto, y el agradecido amanecer atrajo la actividad como las lluvias al verdor. El trajín de desmontar las tiendas y volver a cargar los camellos se hacía con una vivacidad renovada por la buena comida, los negocios realizados y los placeres de la noche. Sin embargo, Asenet apenas había pegado ojo. Le costaba levantar la cesta donde llevaban las provisiones que habían conseguido en el oasis y casi se veía obligada a arrastrarla hacia el camello. Ahora sabía que, aunque las resinas perfumadas de Badru eran de diferentes orígenes, llevaba bastante mirra de sus tierras y el olíbano bien podía ocultar el resto de la robada. Pero lo peor eran las sospechas que había dejado caer sobre sí mismo. ¿Sabría algo de la masacre de su aldea y los comerciantes asesinados?

La joven resopló al llegar junto al camello y se apoyó jadeante en la cesta para reponer fuerzas. Estaba aterrorizada, debía confesarlo, y el dolor le atenazaba el pecho. Tras el ataque se aferró a la venganza para mantenerse en pie: hallar a los culpables, castigarlos. Se sentía capaz, aunque antes solo hubiera matado animales y jamás hubiera segado una vida humana. Sin embargo, ahora… ¿Podría si se tratara de Badru? No le había contado toda la vedad y, a la vez, no podía creer que las confesiones compartidas a la luz de sus dioses fueran mentira. Miró hacia atrás. El índigo ya estaba cargado, y Adio y Kosei ajustaban el fardo de pieles de jirafa. Aquel no era su destino: debían ser guardianes de la mirra. ¿Y Mandisa? Se había levantado calmada, pero confundida. Llamaba papá a Matsimela y no se quería separar de él, segura de que aún los acechaba el espíritu de la noche. Y ante todo aquello, Asenet solo podía preguntarse a quién se debía ella.

La joven suspiró, agarró la cesta y la elevó para atarla sobre el lomo del camello, que permaneció sentado y solo movió las orejas con satisfacción. Llegado el momento, solo se le ocurría una opción, recurrir a Mudads y, con su apoyo, denunciar a Badru. Al fin y al cabo, el viejo comerciante le había ofrecido su ayuda. Pero ¿era de fiar? Asenet sujetó la cesta entre el costado del animal y sus piernas. Agarró el arnés de carga y pasó la soga por una de las asas, pero cuando intentó hacer lo mismo con la otra, tuvo que inclinarse hacia atrás y la cesta resbaló. Instintivamente, la joven saltó para evitar que cayera sobre sus pies, pero no pudo impedir que se estrellara contra el suelo. El estrépito hizo que el camello se levantara, asustado. Intentó agarrar el arnés de carga para que el animal no huyera, pero enseguida oyó una voz tranquilizadora.

—¿Estás bien? —preguntaba Matsimela mientras sujetaba al camello por el cabestro.

Ella negó con la cabeza. Él hizo que el camello se sentara y se volvió hacia la joven.

—¿Y Mandisa? —preguntó Asenet cabizbaja.

—He conseguido que se quede con Adio. Cree que es Dakarai. —Preocupado, insistió—: ¿Estás bien? ¿Anoche te hizo algo que…?

—¿Mudads es de fiar? —le interrumpió ella, alzando la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Por qué lo preguntas? Tu padre no confiaba en él, por eso le prohibió volver a la corte.

—Nunca me explicó el motivo.

—No vuelvas a eso, Asenet. Ya sabes que le prometí que yo tampoco te lo diría.

—¿Cómo se portó contigo cuando eras su esclavo?

—Solo me decepcionó. Me trataba como a una persona, pero me utilizó como a una mercancía.

—¿Y le guardabas tanto rencor como para hacer que mi padre no lo dejara volver? —preguntó ella, irritada por no obtener algo más concreto.

—¿A qué viene esa tontería, Asenet? —replicó Matsimela, y se giró para marcharse.

Ella no lo podía permitir, así que lo agarró del brazo mientras decía:

—Me lo explicó él, y estoy intentando sacar mis conclusiones, ya que tú no me cuentas nada.

Matsimela se volvió y la miró furibundo.

—¿Has hablado con él? Pues quizá sí, quizá influí en la decisión de Donkor, pero te puedo asegurar que Mudads provocó a tu padre sin mi ayuda.

—¿Y cómo? ¿Qué hizo? —gritó Asenet—. ¡Por todos los dioses, Matsimela! He de tomar decisiones que pueden depender de ello.

Él miró a su alrededor. Los comerciantes más cercanos los observaban con reprobación. Ella era una esclava y lo había desafiado. Debía zanjar aquello si quería protegerla. El antiguo maestro se acercó amenazante, la agarró del brazo y deslizó su boca hasta su oído para susurrar:

—No te fíes de él. ¿Te vale con mi palabra?

Luego la soltó con brusquedad y se volvió, dejando a Asenet allí parada. La joven se llevó la mano al brazo. Los dedos le habían quedado marcados y entendió la magnitud de la ofensa: Matsimela creía que había desconfiado de él. La joven se dejó caer en la arena, vencida por el llanto. ¿Cómo explicarle que era todo lo contrario, que necesitaba saber para no fallarle ni a él, ni a su pueblo, ni a sí misma?

Al verla postrada, los comerciantes que observaban asintieron y siguieron a sus asuntos. Todos menos Badru.

* * *

Agarró la daga que le había regalado el persa y que escondía bajo la túnica que cubría el *shenti,* pero la mano de su jefe de mozos sobre el hombro lo retuvo.

—Es igual lo que le haya dicho. Está en su derecho, mi señor —le murmuró antes de retirarse para seguir con la carga.

Badru asintió mientras Asenet, con el rostro surcado de lágrimas, se inclinaba para recoger los cuencos del cesto caído. ¡¿En su derecho?! No podía soportar el dolor que reflejaba el rostro de la joven. Aquel kushita no la volvería a tocar. No importaba lo que ella le había recriminado la noche anterior. Con paso enérgico y seguro, Badru se acercó a él.

—Querías mirra cuando nos conocimos en el almacén y soy el único que lleva en esta caravana. ¿Cuánto vale Asenet? —le preguntó sin preámbulos.

Matsimela, aún dolido por los recuerdos que había despertado la joven, se volvió al oír la voz. Pero no vio a Badru, solo a sí mismo, y se dio cuenta de que aquello era lo que le había inquietado del egipcio la primera vez que lo vio. Su belleza le daba poder, se lo había dado para seducir a Asenet, y se lo daría para cegar a cualquiera que él se propusiera. ¿Acaso no la utilizó Matsimela de joven para librarse del burdel siguiendo la propuesta de Mudads?

—¿No me has oído? ¿Cuánto quieres por ella? —insistió Badru dando un toque desafiante en el hombro del kushita.

Él reaccionó. Agarró a Badru por la muñeca con toda la rabia que sentía hacia sí mismo y se la retorció mientras respondía:

—La has besado. Confórmate con eso, porque nunca podrás comprarla.

Soltó al egipcio, se giró y se fue hacia sus camellos. El miedo entonces se apoderó de Badru. Lo sabía. Él sabía que se veían. ¿Qué le haría a Asenet? Las facciones del joven se endurecieron. No podía dejarla con aquel hombre.

* * *

Emprendieron el camino acompañados de una brisa inesperada. Desde su salida de Myos Hormos no sentían el aire en la cara, sino que más bien lo atravesaban, como si rompieran su quietud. Resultó refrescante mientras alborotaba las hojas de las palmeras. Pero fue un breve lapso de tiempo. En pleno desierto, con el sol despuntando, la brisa levantaba algo de polvo a su paso y se había convertido en un azote abrasador a sus espaldas. Sobrepasado el mediodía, Matsimela agradeció el retorno de la quietud. Aunque sabía que la inmovilidad solo era aparente, como la vida que llevó en la corte de Donkor. Se adaptó a una rutina en la que enseñaba egipcio y transmitía los conocimientos sobre el comercio que había aprendido con Mudads. Era una vida sencilla, plácida y, por primera vez desde que le separaran de su madre, llena de ternura. Pero cambiaba día a día, aunque no quisiera darse

cuenta. El hombre suspiró, dolido por el recuerdo de las pérdidas. ¿Cuánto giros le debían quedar aún? ¿Y hacia dónde? Aquella mañana, Mudads se había puesto tras el grupo de Badru y a Matsimela le inquietaba. ¿Debía romper su promesa y contárselo todo a Asenet? ¿Fallaba con ello a Donkor, el hombre que lo liberó y le dio un hogar?

Una ráfaga aislada de aire le desplazó la parte de la capa con la que cubría su cabeza y el sol mordió su piel. Estuvo tentado de dejarlo así para castigar su indecisión. Pero se cubrió de nuevo. Jamás había sido desleal a Asenet y, desde luego, no le había mentido, aunque tampoco le había contado toda su vida. Había cosas que él mismo quería olvidar. Cuando Mudads lo regaló a Donkor, Matsimela se sintió profundamente engañado, pero nunca se rebeló. ¿Para qué? De pequeño y de muchacho había visto las rebeliones de los egipcios contra el dominio persa. Jamás se sublevaron esclavos. Matsimela consideraba que las rebeliones solo eran para aquellos que tenían algo que perder con la sumisión. Y él no tuvo nada hasta que se convirtió en maestro de Asenet y Dakarai. Ellos fueron los verdaderos maestros. Le enseñaron a mirar la vida con inocencia y a alimentarse de ilusión, le enseñaron a vivir de nuevo.

Pero los cambios estaban ahí, al acecho, como el escorpión que aguarda su momento bajo la arena del desierto. Tras la muerte de Dakarai, una parte de Asenet también murió, aunque ella, demasiado pequeña, no lo aceptaba y buscaba reencontrar lo perdido. Matsimela no se atrevió a decirle que jamás lo hallaría, pero tampoco consintió que se perdiera en aquella búsqueda. La protegió de la ira de Donkor cuando se exacerbó su temeridad en las partidas de caza o los entrenamientos con armas, intentando ser el hijo varón que su padre había perdido. Hizo incisiones con ella cuando se empeñó en ir con los recolectores de mirra, y la instruyó en los cálculos porque se exigía a sí misma conocer de qué vivía su pueblo. Y la acunó cuando se sentía desconsolada porque creía que su padre no la veía.

Entonces, entre cosechas, descubrió su olfato prodigioso, y ambos pudieron aferrarse a algo. La ayudó a entenderlo y a explorarlo, a usarlo para el bien de los demás, advirtiendo cuando un leopardo acechaba a los recolectores en sus salidas, distinguiendo todos los matices de la resina, su calidad… Hasta que Donkor lo usó para que la creyeran una elegida de la diosa de la mirra. Ella lo aceptó, solo quería complacerlo, pero, en verdad, aquello alejó a padre e hija. A Donkor siempre le preocupó que, por ser mujer, usurparan sus derechos en la corte cuando él faltara, pero ella solo entendió que la había convertido en un engaño.

Un nuevo golpe de viento le destapó la cabeza y lo devolvió al presente. Ahora, todo aquello no tenía solución. La capa a su espalda ondeó al viento. Los camellos se quejaron ruidosamente y Matsimela se dio cuenta de que quienes iban ante él se giraban para mirar hacia atrás. Instintivamente, hizo lo mismo y vio una nube de polvo que se aproximaba. Se fijó en Asenet, que esta vez le miraba, asustada como cuando su padre le ordenaba que exhibiera su don para convencerlos a todos.

—Baja —le gritó—. Haz que el camello se siente.

El paisaje empezaba a enturbiarse y el viento soplaba con fuerza. La nube de arena crecía y se aproximaba a gran velocidad. Los hombres del guía recorrían la caravana a toda velocidad:

—¡Agrupaos, agrupaos!

Matsimela bajó de su camello cuando Asenet ya lo había hecho y condujo a su animal hacia ella, mientras Adio se encargaba de bajar a Mandisa de su montura y Kosei agrupaba al resto con la carga. La ventisca rugía ya a su alrededor y la visibilidad era cada vez menor. Los camellos se sentaron sin dejar de bramar. Matsimela indicó a Asenet que se tumbara con el animal a contraviento y, cuando vio que había humedecido el paño que le cubría la cabeza, se refugió él tras el suyo e hizo lo mismo. Poco antes de proteger su rostro por completo de la arena que volaba a su alrededor, apenas distinguía ya el refugio de la joven. Le pareció oír un galope y le extrañó que los hombres del guía que habían recorrido la caravana con sus advertencias no se hubieran bajado ya de los camellos para protegerse. La tormenta les estaba pasando por encima.

* * *

Asenet sintió miedo en cuanto perdió de vista a Matsimela. Todo lo que le quedaba en aquella vida estaba sometido al azote de aquel turbio vendaval cargado de furia que hacía volar todo lo que no estuviera atado con firmeza. ¿Cómo afectaría aquello a Mandisa? ¿Se perdería totalmente, si no lo estaba ya? Un relincho interrumpió su angustia. Había sonado claro, a pesar del ruido de la ventisca. Y luego aquella voz… Le llegó lejana, pero estalló en su interior como un rugido. Ronca y profunda, hablaba griego. Era el mismo mercenario que arrasó su vida. La joven asomó por encima del cuerpo del camello. El viento azotó su rostro y se vio obligada a ladearlo para evitar la arena en sus ojos.

—Asenet, vuelve a tumbarte —gritó Matsimela.

—¿No lo has oído? ¡Era su voz! —exclamó.

Seguía escuchando relinchos y le pareció percibir la silueta de algunos jinetes por detrás de su grupo. ¿A la altura de Mudads? No. ¡Estaban cerca de Badru! Sus dudas sobre él se fueron con la ventisca y el pánico la sobrecogió. De pronto, se puso de pie mientras palpaba su zurrón en busca de la daga y se sujetaba el paño sobre la cabeza. Pero no veía nada, las siluetas habían desaparecido, también los relinchos y las voces. Solo le quedaba el miedo. Algo la rozó, algún bártulo que le rasgó la piel del brazo. Trastabilló. Un golpe de viento la tiró al suelo. O quizá tropezó. Un agudo dolor recorrió su cabeza al caer. Otro fardo la había golpeado. Clavo y pimienta. Reconocía el olor. Pero pronto se vio enturbiado por la arena y se apresuró a cubrirse la cabeza por completo. El azote del viento se volvió lejano a sus oídos, pero no a su cuerpo. Y el tono pardo del barro que se había apoderado del paño húmedo que la cubría pronto se llenó de oscuridad.

* * *

Enseguida supo que era su oportunidad para evitar la emboscada cerca de Gebtu y borrar todo rastro del ataque. Arriesgado pero inevitable, pues de lo contrario podían perderlos en medio de la furia de la arena. Alcanzaron la caravana con la tormenta. Corrían con el viento a favor y les daba ventaja, pues podían llevar los ojos descubiertos. El jefe de los mercenarios dio la orden. Mataron aleatoriamente para disimular lo que realmente buscaban. Aunque había visto el lugar que ocupaban al salir por la mañana del oasis, aquella hacha alzada entre los camellos por un férreo brazo le ayudó a localizar a su patrón. A partir de ahí, era más fácil ubicarse. Ordenó a sus hombres que se hicieran con algunos de los camellos de los muertos, que luego los resguardarían, además de asegurar el botín para sus hombres. La mirra y el olíbano eran intocables, y no podía permitirse que despertaran la codicia de sus mercenarios.

Mientras un destacamento hacía levantar a los camellos del joven egipcio, el jefe y su hombre de confianza debían completar la misión. Con la lanza, mató rápidamente al primer muchacho, que ni siquiera se dio cuenta. El segundo se puso en pie, a la defensiva, y facilitó que su espada le segara el vientre. La muchacha entonces quedó al descubierto. No gritó. Se destapó el rostro y permaneció arrodillada, encarándolo, con los brazos extendidos en medio de la tormenta, como si pidiera un abrazo. El jefe la decapitó. Enfundó su espada en el talabarte y sacó la daga recién adquirida. Debía usar esa y no otra. Su segundo se encargaría de la chica que quedaba.

El jefe de los mercenarios sorprendió al kushita de espaldas, alzado por encima del camello, como si buscara algo. Se abalanzó sobre él, dejando que su caballo huyera, mientras con un movimiento rápido le desgarraba la garganta. El hombre cayó desplomado, agonizante, y el asesino dejó la daga a su lado.

—No está —oyó que gritaba su segundo al mando sobre su montura.

La tormenta rugía con fuerza. No podía pedirle mayor explicación y tuvo que contener su rabia. Era la segunda vez que se le escapaba, justo ella, que debía ser capturada viva. Pero no podía hacer más. La ventaja de ir con el viento favor se había desvanecido. Tomó el brazo que le tendía su segundo al mando y subió a la grupa del caballo. La misión se había cumplido casi en su totalidad.

11

Se la había llevado. Al final, el espíritu de la noche se había llevado a Mandisa. Sonreía cuando le arrancaron la cabeza. Y ahora descansaba junto al cuerpo de Matsimela. Asenet permanecía allí sentada, sola, con su zurrón al lado y un doloroso hueco en el pecho que atenazaba su llanto. De Adio y Kosei no había quedado rastro alguno. A su alrededor se dispersaban los gemidos de dolor y pérdida, bullían las voces de quienes atendían a los heridos y las de los que intentaban hacer un recuento de los muertos. Mientras, el guía de la caravana se esforzaba en apaciguar los soliviantados ánimos de los supervivientes. A aquellas alturas, todos sabían que Matsimela no había sido el único asesinado y se arremolinaban en un corro. Pero Asenet se sentía ajena a aquello. Solo podía mirar el atardecer diáfano. La arena trazaba un mar de ondas quietas que se teñía con el reflejo del sol poniente, y sobre una línea clara de azafrán, el añil lucía con sosiego su camino hacia la oscuridad. Era de una belleza sobrecogedora, increíble tras el horror sufrido. ¿Por qué, cómo? ¿Acaso la diosa de la mirra se burlaba o pretendía recordarle que ella acogía las almas de los fallecidos? A pesar de lo que sentía, Asenet sacó de su zurrón dos lágrimas de mirra y las puso en las bocas de Matsimela y Mandisa. Luego se deshizo de su capa y con ella guareció sus rostros antes de cubrirlos para siempre con arena.

Intentó entonar una oración por ellos, pero la primera palabra se frenó con un sollozo y las lágrimas brotaron sin su consentimiento. Le hubiera gustado creer que Badru había perecido como Adio y Kosei, pero no quedaba rastro de sus camellos. Y solo podía pensar que había aprovechado la tormenta para hacer su camino, tal y como le había dicho la noche antes. Sacó del zurrón la daga hallada junto a Matsimela y la miró con desprecio. Ella era la culpable de todo. Él lo había matado para hacerse con ella tras su negativa a huir juntos. Y si no se la había llevado era porque se había movido al oír la voz de aquel mercenario. No hallaba otra explicación. Pero ¿por qué tanta crueldad con el resto? El Badru que había conocido no parecía capaz de aquello.

Asenet se enjugó las lágrimas. No quería creer que los suyos habían muerto por el capricho de un desconocido. Pero solo había un modo de averiguarlo. Metió la daga en el zurrón y se puso en pie. Lo encontraría y, si le había mentido, la diosa de la mirra le daría fuerzas para segar una vida humana.

* * *

La gran caravana que partiera de Myos Hormos había quedado reducida a un pequeño grupo de poco más de un centenar de camellos, ahora agrupados como los heridos. ¿El dios Seth los había castigado o simplemente había favorecido a sus siervos? El guía de la caravana se estremeció. Aquel lugar estaba repleto de espíritus dañinos o, cuando menos, iracundos. Le hubiera gustado irse inmediatamente para no molestar a los difuntos. Pero ya no había tiempo, pues la noche se avecinaba como una gélida amenaza. Sus hombres dirigían a los mozos que quedaban para que montaran las tiendas muy juntas, en círculos concéntricos para facilitar la defensa. Mientras, el guía intentaba apaciguar los ánimos de los comerciantes reunidos ante él.

—No se llevaron las cargas de todos los muertos. ¡Eso no es normal! —exclamaba un griego de Naucratis.

Mudads, entre el grupo de comerciantes, escuchaba hastiado, pues los argumentos daban vueltas a lo mismo. Pero debía tener paciencia, confiar en ella.

—La tormenta no se lo habrá permitido. Ya lo he dicho antes —respondió el guía con resignación—. Son ladrones, no le demos más vueltas. De no ir en una caravana tan grande, estaríamos todos muertos. Se han asegurado la carga más valiosa: el incienso que llevaba el joven egipcio.

Mudads notó que le rozaban el brazo y sonrió incluso antes de mirarla. Al fin Asenet estaba allí para hacer lo que debía. Daba igual lo que hubiera existido entre Badru y ella. La heredera de Donkor solo podía actuar como noble dama que era. Pero allí necesitaría ayuda, por lo que se apresuró a intervenir:

—¡Un momento! Ese joven egipcio no era lo que decía ser. Os lo aseguro.

—¿Cómo? —preguntó Asenet contrariada.

—Enséñales la daga —le pidió Mudads. Y añadió mirando al grupo—: La hallamos junto al cuerpo del kushita.

La joven dudó. Ella misma no sabía lo que significaba aquella daga, y solo Badru podía responder. Pero ahora todos la miraban expectantes, por lo que la sacó del zurrón y la alzó. La hoja estaba oscurecida aún por la sangre incrustada, y de la parte del mango que sobresalía de la mano de Asenet refulgía el baño de plata y la pedrería, a pesar de la huidiza luz.

—Si os fijáis, la empuñadura deja clara su procedencia —observó Mudads—. Mi mayordomo vio cómo se la regalaba un persa. Pero no lo llamó Badru, sino Arash. Un nombre también persa. Ese joven no era quien decía ser.

Asenet bajó el brazo despacio, sintiendo que algo se le resquebrajaba por dentro, a la vez que, incrédula, miraba a Mudads. A su alrededor, como un oleaje pausado pero continuo, un murmullo se extendió entre los comerciantes. El guía de la caravana, con el ceño fruncido, se adelantó hacia la joven y tomó la daga de entre sus manos sin que ella se diera cuenta.

—Esto no tiene sentido —dijo el guía—. Ninguno.

—Los persas están perdiendo terreno ante Alejandro de Macedonia —señaló Mudads—. Y todos sabemos sobre la escasez de mirra y olíbano en Egipto. ¿Cuándo empezó?

—Después de la derrota persa en Issos —apuntó el griego.

—¡Exacto! —exclamó el viejo comerciante—. Y tiene que ser algo organizado. Yo digo que ese joven persa forma parte de esa organización.

—¿Y qué tiene que ver con el ataque que hemos sufrido? —preguntó el guía.

—Querían precisamente que pareciera un robo para que las resinas perfumadas desaparecieran sin que nadie pudiera culpar a los persas —sentenció Mudads—. Pensadlo bien. Ni perfumes, ni medicinas… Sin mirra, no se puede diluir la tinta en los papiros, ni embalsamar, ni honrar a nuestros dioses para que nos favorezcan. ¡Egipto se rebelará! Y eso solo beneficia a los persas, pues si los macedonios van hacia el Nilo, tendrán que apaciguarlo primero.

Muchos comerciantes asintieron ante aquellas conjeturas, mientras un murmullo crispado ascendía entre los persas de la caravana y Asenet intentaba asimilar todo lo que había oído. Solo tenía sentido si Badru había mentido, por lo que, alzando su voz con la rabia del desconcierto, preguntó:

—¿Está seguro tu mayordomo de lo que oyó?

—La joven tiene razón. ¿Qué vale la palabra de un mayordomo? —apuntó alguien al fondo.

Mudads alzó una mano e hizo la señal a Abasi, que había aguardado discretamente en un rincón. Se abrió paso hacia el interior del círculo empujando al persa que había regalado la daga a Badru. Iba maniatado, y un moretón se empezaba a dibujar en su mejilla inflamada.

—No es la palabra de mi mayordomo —dijo Mudads—. Es la suya. Tú fuiste quien se dirigió al joven como Arash. Dinos, ¿quién es en realidad?

El persa escupió al suelo, indignado. Abasi le dio una patada en las corvas de ambas piernas y el hombre cayó al suelo.

—Un momento. Aquí la ley soy yo —se enfadó el guía, temiendo que los persas de la caravana, aunque en minoría, se revelaran ante aquel trato.

—Que hable —dijeron algunos comerciantes egipcios, que recordaban al hombre por el conflicto de días atrás.

El guía miró al persa, mostrándole la daga. Este, a pesar del dolor que aún sentía en las piernas, hincó un pie en el suelo y se levantó. Arash ya no estaba, y proteger su identidad en medio del desierto solo podía causarle problemas, mientras que desvelarla le protegería. Después de todo, Egipto seguía siendo una satrapía persa. Así que miró de frente al guía y respondió:

—Arash, hijo del gran señor Arash de Ecbatana.

Asenet oyó murmullos tras de sí y supo que se trataba del poderoso encargado de los tributos por la mirra y el olíbano de Egipto. Por un lado, fortalecía la teoría de Mudads. Pero a la vez, explicaba la renuncia que le había exigido el hecho de convertirse en sacerdote de Nefertum, un dios egipcio. Al darse cuenta de ello, la joven palideció, e incapaz de contener sus emociones, se alejó del grupo. Ambas

cosas podían ser verdad a la vez.

* * *

El sol había desaparecido por completo y empezaban a arder tres hogueras en el espacio que había quedado en el centro de las tiendas. Solo se oía el crepitar de las llamas como las pisadas de una hiena sobre la hierba reseca que, saciada, no tiene la necesidad de ocultar sus burlas al mundo. La luna llena se apoderaba del cielo y mitigaba el resplandor de un manto estelar que a Asenet, en aquellos momentos, le evocaba con dolor los ojos entusiasmados de Badru. Se detuvo ante la tumba de Matsimela y se sentó, vencida. ¿Por qué no hizo caso a su antiguo maestro y se fio de él? Arash. Su verdadero nombre era hiel en su boca. Abrió el zurrón, sacó el ungüento para los labios que él le había dado y lo tiró hacia la oscuridad. La caída sonó sobre la arena como un golpe seco, doloroso, y de pronto se arrepintió. Pero no se puso en pie para recuperarlo. Permaneció al lado de la tumba. Solo en Menfis hallaría la verdad, fuera en el templo de Nefertum o en el palacio de Arash de Ecbatana. Pero ¿cómo llegar hasta allí? La joven acarició la arena que cubría a Matsimela y sus lágrimas brotaron de nuevo.

—No deberías estar aquí sola. Todos creen que eres una esclava, y ahora sin dueño —murmuró Mudads a sus espaldas. Ella se volvió y él le tendió la mano—. Anda, vamos a las hogueras. En mi tienda tendrás refugio y protección.

Asenet se enjugó las lágrimas con la mano. Mudads era el único que sabía de su verdadera condición. Pero cuando estaba a punto de incorporarse, le asaltó una duda.

—¿Por qué vigilaba Abasi a…? —el nombre se le resistió entre los labios.

—No lo vigilaba a él. Te vigilaba a ti. Es lo menos que puedo hacer por la memoria de Donkor, después de todo. Yo siempre lo aprecié.

La joven bajó la cabeza. Matsimela nunca le llegó a contar nada acerca de lo acaecido entre aquel comerciante y su padre, y ahora ya era tarde. Pero sí que le advirtió sobre aquel hombre. El viejo comerciante se sentó junto a ella y dijo:

—Asenet, en Gebtu se denunciará ante Maat lo sucedido. No te quedas sin justicia ni, desde luego, sola y sin recursos. Te puedo ayudar a vender el índigo. Y las pieles de jirafa serán muy apreciadas en Menfis.

—¿Me llevarías? —preguntó ella mirándolo a los ojos.

El hombre asintió. Asenet jamás había sido frágil. Al contrario, a pesar de su juventud, su carisma resultaba tan seductor que tenía a su pueblo a sus pies. Y él tampoco era inmune a la fuerza de la joven, por lo que se ofreció:

—Mi casa será tu casa, si ese es tu deseo.

Asenet se levantó. No tenía otra opción que ponerse en manos de aquel hombre.

12

La brisa acarició su rostro y, estremecida por los recuerdos de la reciente tormenta, Asenet alzó la mirada y se volvió en busca de una nube de polvo. Solo entonces, con el corazón dolido y desasosegado, se dio cuenta de cuánto había cambiado el paisaje. Las arenas habían quedado atrás. El terreno, ahora pedregoso e irregular, albergaba algunos arbustos dispersos, pero verdes y tupidos. El aire seco traía aromas de tierra húmeda y hierba lozana y, al poco, su olfato también distinguió el dulzor de los dátiles, el vaho de las cabras y los olores asociados al quehacer humano: fuego y pan, guisos especiados, cerveza de trigo y cebada… Entonces, más serena pero no menos acongojada, miró al frente y, precediendo al horizonte desértico, apareció una gran población que se extendía a la orilla del río, entre lotos y carrizos de los que emergían aves de patas largas y cuello esbelto.

Tras una semana de arenas con apenas alguna hierba grisácea, Asenet se sintió sobrecogida por el colorido que se desplegaba ante sus ojos. Entre el turquesa del agua y los matices de la exuberante vegetación, la población fluía anaranjada por el sol del atardecer. De las casas de adobe amontonadas sobresalían copas de palmeras en un desafío a los muros más altos. Y estos anunciaban la grandeza de Egipto con majestuosos relieves donde el dorado, el blanco y el azul vestían a los dioses. Pero a medida que se acercaban, aquello solo le recordó cuánto había perdido. Los frescos de su propio palacio, las sedas y abalorios para recibir visitas en la corte, reaparecían acompañados de las burlas de su hermana o la mirada exigente de sus padres. Y Matsimela… ¡Cuántas lecciones sobre las tierras del Nilo y sus gentes! Pero allí estaba, en Gebtu, sin él. Solo dos jornadas después de su muerte.

A Asenet le pareció una burla de los dioses. Si Seth era el dios del desierto egipcio, resultaba mucho más cruel que la diosa de la mirra. Después de todo, ella les había abandonado, mientras que Seth había levantado sobre ellos un brazo ejecutor. Aunque, ¿había sido Seth? El asesino de Matsimela, Mandisa y, estaba segura que también de Adio y Kosei, era un hombre. ¿Badru? ¿Arash? Seguía sin poder creerlo. La vegetación dio paso a una avenida amplia bordeada por grandes casas coronadas por terrazas con cestos y toldos. Y a Asenet se le hizo perentorio hallarlo. Necesitaba sacudirse su propia culpa. Con sus conocimientos de las estrellas, era posible que ya hubiera alcanzado el Nilo, e incluso podía haber llegado a Gebtu sin la caravana, de forma discreta. Pero ¿cómo encontrarlo en aquel lugar? Era más grande de lo que parecía.

Alineados los camellos, los comerciantes avanzaban en silencio. Calles de diferentes tamaños se abrían aquí y allá, como las nervudas ramas de un árbol por donde, en lugar de resina, circulaban campesinos de torso tostado, algún pastor con sus cabras, mujeres con cestos a la cabeza, señores portados en andas por sus esclavos, muchachos guiando a borricos cargados de ladrillos, tinajas o sacas. Todos los miraban al pasar, y Asenet percibió que su expresión iba de la sorpresa a la conmiseración. Entonces la joven imaginó cómo debían verse en una ciudad acostumbrada a recibir las grandes caravanas de Myos Hornos. Ellos estaban menguados, en número y de ánimo, esquilmados por la tragedia y, por un leve instante, se permitió compadecerse de sí misma. Hasta que la avenida se abrió ante el río y tuvo la sensación de estar ante un abismo. El Nilo, el famoso caudal de la abundancia, la alejaría por siempre de la Asenet que había sido, y no había vuelta atrás.

En el puerto, los barcos recogían sus velas y, en medio de las aguas, los pescadores extendían las redes desde sus canoas. En la orilla opuesta, los cazadores agitaban los carrizos para espantar a los patos y obligarlos a alzar un vuelo que se convertiría en trampa mortal. Los camellos se desplegaron cerca del muelle, animado por el intenso ir y venir de porteadores. Enseguida, uno de los esclavos de Mudads se acercó a ella y le tendió la mano para ayudarla a bajar. El viejo mercader, ya en el suelo, se acercó con paso cansado.

—Mis huesos ya no aguantan estos viajes como antes —le confesó—. Si te place, en cuanto testifiquemos en las dependencias del templo de Maat, me gustaría que me acompañaras al templo de Min. Es el dios de los mercaderes, guardián de los caminos, y quisiera encargar el sacrificio de un toro y dejarlo momificado como ofrenda, para que nos proteja el resto del viaje y para agradecerle que nos haya dejado llegar.

—¿Agradecer? —respondió Asenet con una sonrisa irónica—: ¿Dónde estaba ese dios cuando de verdad lo necesitábamos?

Mudads frunció el ceño y espetó:

—Pero ¿qué te has creído, niña? Los dioses…

—Disculpa, Mudads —les interrumpió de pronto el jefe de la caravana—. Cuanto antes demos cuenta de lo sucedido, mejor. Deberíamos ir ya hacia el templo de Min.

—¿Por qué? ¿No íbamos al de la diosa Maat? Perdonad mi ignorancia, pero ya me parece bastante raro denunciar esto en un templo y no ante el jefe de la ciudad.

El guía de la caravana sonrió, arrebatado por aquellos ojos duros, pero a la vez, contrariados, que daban tanta fuerza a los finos rasgos de aquella hermosa mujer. Mudads le había confirmado que era una princesa de Punt acostumbrada a ostentar el poder y que había utilizado a su esclavo Matsimela para viajar de incógnito en la caravana. El guía hacía años que trataba con gentes de pueblos muy diversos, con leyes totalmente diferentes a las de Egipto, por lo que respondió en tono paternal:

—Min es el dios principal de Gebtu, y en el recinto de su templo hay uno dedicado a Maat, nuestra diosa de la justicia. Los más altos jueces son sus

sacerdotes y ejercen en la Morada Venerable. En el reino del Nilo, hasta el faraón es un sacerdote, el sumo sacerdote de todas las divinidades, de hecho, y la justicia personificada.

—No dirás eso por Darío, ¿verdad? —comentó Mudads dándole una palmada amistosa en la espalda al jefe de la caravana.

—No es un auténtico faraón, y todos lo sabemos —respondió este sin perder la sonrisa—. Modestamente, creo que lo que nos ha pasado e incluso los problemas con el olíbano y la mirra son señales del caos que se avecina por la impiedad del faraón.

Dicho esto, el guía se volvió para emprender el camino y Mudads susurró al oído de Asenet:

—Como ves, si quieres justicia para los tuyos, es mejor que te congracies con nuestros dioses.

* * *

El pequeño grupo avanzaba encabezado por el jefe de la caravana, seguido por dos de sus hombres que custodiaban al persa. Mudads cerraba la marcha con expresión grave, por detrás de Asenet. La calle bordeaba la ribera del río, cuya crecida había sido generosa: el agua casi alcanzaba la calzada y sus aguas se mecían con aparente indolencia, cuando, en realidad, repartían vida y riqueza. Las caderas de la joven se balanceaban con la decisión de sus pasos. Era mucho más mujer que cuando la vio un par de años atrás, en el palacio de su padre. Entonces, sus pechos recién despuntaban, y su incuestionable arrojo con quienes la rodeaban aún estaba envuelto del candor de la primera juventud. Pero ahora… Demasiadas cosas habían sucedido y se sentía responsable. ¿Y si Asenet en verdad era una trampa que le enviaban los dioses?

El sol descendía e inundaba las aguas del río con los reflejos oscuros de los edificios de la ciudad. El desprecio con el que había reaccionado la joven ante la mención de Min le había enfurecido, pero era porque le atemorizaba. ¿Y si lo había ofendido? Asenet podía ser salvaje en el país de Punt, pero no en el Nilo. Su actitud era un peligro. Como buen egipcio, Mudads estaba convencido de que la magia de los dioses fluía por encima de cualquier mortal, pero, a la vez, con sus acciones, estos podían desatar su furia. Tenía suficientes años para haberlo comprobado y, si se la llevaba consigo a Menfis, debía hacer todo lo posible para reprimir aquella actitud. En la gran ciudad aguardaba el mayor logro de su vida, la recompensa que hacía de aquel su último viaje como comerciante, y ella se había convertido en una parte que pensaba cobrar.

Las coloridas banderas anunciaron su llegada a la casa del dios. Mudads se estremeció ante los dos pilones que bordeaban la entrada al recinto. Uno con el relieve del magnífico toro que representaba el *ba* de la deidad; el otro, con el dios negro, su imponente falo erecto y la corona dorada con dos plumas. Se sintió

diminuto al atravesar la puerta, se le encogieron incluso los hombros, e inclinó la cabeza con respeto. Pero de soslayo, ante él observó que Asenet pasaba tan altiva como cuando mostraba sus cosechas de mirra en palacio. Y no pudo evitar estremecerse al sentir que una sombra cubría el sol. Alzó la cabeza y vio que una nube tapaba a Atum. ¿Un mal presagio? La nube pasó de largo y Mudads se sintió aliviado. Quizá se estaba obsesionando. Era un momento delicado, pero no más que otros tantos de los que lo habían llevado hasta aquel punto crucial de su vida.

Bordearon un lago sagrado y pronto se elevó ante ellos el templo dedicado a Maat. En su fachada, a un lado de la puerta, aparecía grabada una balanza en cuyos platos se veía representado el jeroglífico de Maat y el corazón de la persona juzgada, que contenía su conciencia, sus pensamientos y sus sentimientos. Al otro lado, el relieve de la diosa, una poderosa mujer alada, parecía escrutarlos con sus grandes ojos cuando pasaron por delante de ella en dirección a una de las dependencias del templo. Mudads temió por la actitud de la joven ante unos sacerdotes que para ella no representaban nada.

Entonces, el viejo mercader lo oyó a lo lejos: era como el ruido de un martillo sobre madera, pero atenuado y profundo. Una brisa acercó el golpeteo, que reconoció como el inconfundible sonido de los avestruces. Y lo supo, fue como una revelación. En verdad, aquel era su destino, siempre lo había sido: Asenet debía cambiar, y todo lo sucedido hasta entonces, incluidas las desgracias que había sufrido la joven, era para acercarla a los dioses. Él siempre había sido el vehículo. La brisa trajo a sus pies una pluma. Era de avestruz. Mudads la recogió y sonrió a la diosa de la fachada: su cabeza estaba coronada por una pluma de la misma ave. Maat le había hablado. No tenía nada que temer. Ni la magia podía dañarle ni Asenet tendría otro destino que el que se le había otorgado a través de él.

* * *

El muchacho, ataviado con un sencillo *shenti* blanco, asintió al oír las palabras del jefe de la caravana y salió por la puerta del fondo.

—Ahora vendrá el juez —anunció volviéndose hacia el resto del grupo.

Luego ordenó a los dos escoltas que aguardaran fuera de la sala y mantuvo al persa a su lado, mientras Asenet, inquieta, miraba a su alrededor. Tras ver los impresionantes grabados de la fachada, aquella le pareció una sala austera, cuyas paredes en penumbra estaban repletas de dibujos pequeños, que conformaban incontables hileras sin formar ninguna figura. ¿Jeroglíficos? Había visto alguno aislado dibujado por Matsimela. Pero contemplados así, a Asenet le contrariaban, pues hacían la estancia cerrada tan sobrecargada como indescifrable, y la dotaban de la autoridad que posee todo aquello que es misterioso. Intimidada, miró a su lado. Mudads, con una pluma de avestruz entre las manos, le sonrió, pero lejos de calmarla, le resultó inquietante. ¿Quién era aquel hombre con el que emprendía un viaje hacia lo desconocido? ¿Y por qué su padre, quien al final depositó toda su

confianza en ella, se había asegurado de que jamás lo averiguara? Esperaba saberlo manejar, pues Mudads era un instrumento para llegar al siguiente puerto. Aspiró el aire de la sala entre tinieblas intentando disimular su ansiedad. Le traía aromas de madera fresca con un ápice de jugosa resina que podía reconocer como mirra. Esta era sutil, suave, como si solo hubieran puesto una pizca. Pero lejos había quedado la época en que estas observaciones sobre las fragancias la calmaban.

El muchacho regresó portando un papiro y, tras él, entró un sacerdote con la cabeza totalmente rasurada. La cara empolvada de blanco suavizaba sus rasgos y llevaba los ojos profusamente maquillados de negro. A Asenet le pareció que aquello lo alejaba de toda realidad: ¿cómo podía alguien así, escondido a la vista de los demás, vislumbrar la verdad? Pero tampoco esperaba gran cosa de aquel hombre. El joven se arrodilló en el suelo, junto a la pared que quedaba frente a la entrada, y se echó hacia atrás hasta quedar sentado sobre sus talones. A su lado, el sacerdote ocupó una silla con brazos, ricamente tallada con motivos vegetales, y habló en tono solemne y pausado:

—Mi escriba me ha dicho que venís a denunciar ante Maat un ataque a vuestra caravana en el desierto oriental.

El muchacho había desplegado el papiro y dispuesto tinta frente a él para apuntar.

—Mi señor, ha sido algo más que un ataque, pues además de robar han asesinado a varios viajeros —respondió el jefe de la caravana.

—Apuntaremos, pues, asesinato. Es una lástima que las patrullas de *nuu* se centren en el desierto occidental. Hacen bien en denunciar, pues esto puede ayudar a cambiar las cosas y que también aquí destinen patrullas.

—¿Me permiten intervenir, señores? —preguntó entonces Mudads.

—Por supuesto —dijo el juez—. Si el guía de la caravana está de acuerdo, claro.

Este asintió y el viejo mercader se explicó:

—Es un ataque que creemos tiene que ver con la carencia de olíbano y mirra en el mercado. —El sacerdote enarcó una ceja al oír aquello y Mudads continuó—: Solo había un mercader que transportaba este tipo de mercancía.

—Es muy extraño. Nosotros apenas tenemos ya reservas en el templo y las debemos racionar para atender a los dioses como es debido. ¿No habéis podido conseguir más en el mar Rojo?

—No, mi señor —respondió Mudads—. Se la llevan a la otra orilla, hacia el corazón del Imperio persa. Y esto viene sucediendo desde la derrota del rey Darío en Issos ante los macedonios. Por lo cual, en mi humilde opinión, los persas querían hacer desaparecer el incienso de la caravana para que no llegara al Nilo. De ese modo, si Alejandro de Macedonia se dirige a nuestras tierras tras el asedio a Gaza, se encontrará con una rebelión por dicha carencia. Es más, el plan es que lo culpen a él y su irrupción en la ruta. Hasta el mar Rojo ha llegado el rumor de la cantidad de talentos de mirra y olíbano que ha enviado a un antiguo maestro.

—A Gebtu también ha llegado el rumor —dijo el sacerdote—, y desde luego

no ha sido bien acogido, dado el racionamiento. Pero aquí, bajo la guía de Maat, tratamos de hallar la verdad. Y no veo cómo han llegado ustedes a la conclusión de que el ataque que han padecido tiene que ver con los persas y este complicado plan.

El jefe de la caravana sacó la daga con la que habían asesinado a Matsimela, y Asenet no pudo evitar estremecerse mientras se la tendía al sacerdote.

—Claramente persa, desde luego —sentenció este mientras la examinaba—. Pero cualquier egipcio puede adquirirla.

—Asenet, princesa de las tierras de Punt, puede explicar dónde la vio —dijo Mudads presentándola.

Ella se sintió sorprendida al ver desvelada su identidad. No lo esperaba, no lo habían acordado y se sintió irritada, más aún al ver, en la cara del jefe de la caravana, que solo era una novedad para ella. Sin embargo, entendió que como esclava probablemente no tendría credibilidad ante aquel hombre y dejó de lado toda inseguridad. Era el momento de aplicar lo que había aprendido como heredera de Donkor. De modo que se adelantó un paso y, mirándolo a los ojos, explicó solo aquello que sabía con seguridad:

—Noble sacerdote, vi esa daga entre las manos del mercader que transportaba el olíbano y la mirra. Con ella asesinaron a Matsimela, el egipcio que dirigía mi comitiva. El dueño de la daga se hacía llamar Badru y decía ser sacerdote de Nefertum en Menfis. Los atacantes hablaban griego, lo pude oír, y se detuvieron a su altura de la caravana antes de atacar a Matsimela.

—Deduzco por cómo lo cuenta que pone en duda su identidad —señaló el sacerdote.

Asenet calló y dio un paso atrás. No pensaba decir nada más, aunque la observación era certera. Lo ponía en duda porque no tenía más remedio, pero quería mirarlo a los ojos de nuevo y que estos le respondieran. Entonces, el sacerdote apartó la mirada de la joven al percibir por el rabillo del ojo que el jefe de la caravana daba un ligero empujón al persa. Este se irguió ante el juez y dijo con solemnidad:

—El que se hace llamar Badru es Arash, hijo de Arash de Ecbatana. Mi nombre es Bahuan, y como comerciante persa, lo conozco bien, al igual que a su noble familia. Seguro que usted también lo conoce. Por lo tanto, todo esto es un despropósito. Me han custodiado hasta aquí como si fuera un preso y soy un súbdito del gran Darío, así que el sátrapa de Egipto sabrá del trato que me han dispensado.

—Está en su pleno derecho, aunque el señor Mazaces ahora mismo no creo que esté por la labor. Se dirige a Pelusio, al encuentro de Alejandro de Macedonia —respondió el juez con indiferencia—. Así que en parte la conspiración de la que hablan tendría sentido. Pero coincido con usted en que todo esto es un despropósito. ¿Por qué se haría pasar el hijo de un alto funcionario persa por egipcio? Si su padre estuviera tras ese supuesto complot, bien podría haberle encargado a su joven hijo coordinarlo, pero ¿desplazarse por el desierto?

Asenet miró con renovada atención a aquel sacerdote. La pregunta tenía mucho sentido. Por eso necesitaba hallarlo.

—¿El joven está muerto? —prosiguió el juez—. Porque eso sí podría ser un grave problema en estos momentos. Tengo entendido que Mazaces no va a presentar batalla. Pero si el hijo de un gran dignatario persa muere, podría acusarse a un egipcio o a algún macedonio de ello, pues, al fin y al cabo, con riquezas, cualquiera puede comprar mercenarios griegos. Y esa sería una buena excusa para que los persas presentaran batalla e insistieran en mantener Egipto como satrapía.

—Lo cierto es que ni su cadáver ni su carga han aparecido —intervino el jefe de la caravana—. El resto de los comerciantes a quienes robaron fueron asesinados, sobre todo alrededor del puesto que Arash ocupaba en la caravana. De ahí nuestras sospechas acerca de un complot persa en relación a la mirra y el olíbano.

—Pero olvida mencionar que en el ataque también hubo persas asesinados. ¿Cómo va a ser un complot? —arguyó Bahuan, contrariado. ¿Además de la derrota de Issos, iban a perder Egipto?—. Podría ser un secuestro. Su padre es un hombre muy poderoso.

A Asenet le dio un vuelco el corazón al oír aquello, mientras el juez concluía:

—Cierto. Al complot no puedo darle mayor recorrido, pues aunque hay carencia de incienso, puede ser mera especulación. Estando en guerra, no sería extraño, y una daga no es prueba de un complot. Pero sí que existe una acusación fundamentada con pruebas y testimonios. Por ello, establezco lo siguiente: que no estando determinada la verdadera identidad del sujeto, sea la justicia egipcia quien busque al llamado Badru o Arash, tanto en Gebtu como en Menfis y los puertos que haya entre ambas ciudades. Una vez encontrado, que responda a la acusación de asesinato del comerciante Matsimela y a la de complicidad con los atacantes de la caravana. Y que sea Maat quien dicte sentencia.

Asenet apenas entendió aquellas últimas palabras, sumida de pronto en un temor inesperado que la dejó perpleja. ¿Cómo podía ser que la idea de que Arash fuera víctima de un secuestro la asustara más que la de un Badru culpable?

13

Habían acampado en un desfiladero pedregoso. Los matojos crecían a la sombra de las lomas y sobre los cerros que lo bordeaban se divisaba alguna acacia. La luz mortecina que anunciaba el alba y los ronquidos rítmicos de los hombres, arropados con sus capas de lana, mantenían alejados a los buitres. Badru alzó la cabeza y un dolor agudo le recorrió desde la nuca hacia abajo. Sentado, permaneció con la mirada fija en una hoguera que languidecía y se esforzó por mantener la esperanza. Pero su ánimo flaqueaba como el fuego. Dos vigías armados con espada y jabalina permanecían apostados en los extremos del campamento. Y aunque no lo miraban, estaba seguro de que al menor movimiento oirían el crujir de las ramas secas que lo rodeaban. Pero, además, ¿adónde huir? Ni siquiera sabía cómo había llegado hasta allí.

Con los ojos vendados y vestido solo con el *shenti,* despertó atravesado sobre un camello. El movimiento del animal agudizaba el dolor que le producían las cuerdas que ataban sus muñecas y tobillos. La espalda desnuda le ardía como si el sol la hubiera desgarrado, pero respiraba un aire gélido que torturaba su boca reseca. El frío que entumecía su cuerpo le indicaba que era de noche. Entonces recordó la tormenta de arena y su temor por Asenet. Daba gracias por no haber podido llegar a su lado. Había sentido un golpe seco por detrás y, al caer, pensó que le había dado algún fardo que volaba en medio del caos. Luego oscuridad, primero sin conciencia, después con dolor. Hasta que llegaron a aquel desfiladero. Lo bajaron del camello como si fuera una saca. Creyó gritar, pero en verdad de su boca no salió nada. Le quitaron la venda de los ojos. Dejaron caer agua en su garganta. Al principio su cuerpo la recibió agradecido, hasta que le fue imposible respirar. La asfixia le hizo escupir; recibió entonces una patada en las costillas y una carcajada resonó en el desfiladero.

Luego dispusieron el campamento y, a la luz de la hoguera, por fin pudo ver a aquellos hombres que, en griego, se vanagloriaban del ataque. Fue así como supo que los mozos que lo acompañaban habían sido ejecutados tras llevárselos de la caravana y jugar con sus esperanzas. Entonces, el temor diluyó todos los dolores de su cuerpo. ¿Qué habría sido de Asenet? Angustiado, miró a su alrededor. Vio camellos paciendo junto a los caballos y distinguió a los suyos con su preciada mercancía. Ni rastro de los del kushita. Solo entonces Badru se permitió una brizna de esperanza. Pero aun así no consiguió pegar ojo en toda la noche.

Seguía atado de pies y manos, y la cuerda ahora le ulceraba la piel. Los

primeros rayos de sol despuntaban sobre el cerro que tenía frente a él y los hombres empezaron a desperezarse. Si eran ladrones, no entendía por qué no lo habían matado ya. Comprendió que aquellos atacantes eran mercenarios, y el hombre cojo parecía el líder. Pero ¿quién los había contratado? Si aún seguía con vida, debía de ser porque alguien que conocía su verdadera identidad planeaba pedir un rescate a su padre. Los enemigos del máximo responsables de los tributos para Darío en Egipto eran incontables, desde la fuerte casta sacerdotal egipcia, que había perdido autoridad ante los persas, hasta servidores del mismísimo gran rey de Persépolis, deseosos de ver flaquear a Arash de Ecbatana. Pero ¿cómo lo habían identificado? Había cuidado muy bien que nadie pudiera relacionarlo con su padre. Esbozó una mueca de fastidio. Él mismo se había descubierto ante Bahuan, que lo reconoció en la caravana. No sin cierto alivio, sus pensamientos se vieron interrumpidos por la voz del mercenario cojo:

—Xanto, carga al prisionero sobre un caballo —ordenó a un fornido guerrero rubio—: El resto, desayunad rápido. En cuanto bajemos, partimos.

—Oh, muchas gracias, mi gran señor, por permitirnos comer algo —respondió irónico otro hombre, sentado aún con su manto sobre las piernas.

El jefe se giró bruscamente, pero suavizó su expresión cuando se dio cuenta de que el resto de los hombres los observaban. A Badru le pareció que la tensión estaba a punto de estallar.

—Xanto, tú te quedas haciendo guardia con los camellos que llevan el incienso. El resto venís todos conmigo a lo alto del cerro —ordenó avanzando hacia su caballo—. ¡Y por todos los dioses! Que alguien cargue al prisionero.

Rápidamente se obedeció la orden. Dos hombres agarraron a Badru por las axilas mientras un tercero acercaba un caballo. A pesar de tener el estómago vacío, Badru sintió que le daban arcadas. ¿La cima del cerro sería el punto de encuentro con alguien?

* * *

No le gustaba el giro que tomaban los acontecimientos. El sol ascendía y resecaba el aire con rapidez. Los caballos sudaban mientras subían lentamente por aquella ladera repleta de guijas. Tras de sí podía oír los murmullos de algunos de sus hombres y el jefe se alegró de su decisión. Aunque tardaran más, los tenía controlados. Ya habían intentado convencerle de que incumpliera las órdenes de su patrón. Pero eran mercenarios, no ladrones, y la mirra y el olíbano no eran parte del botín. Todos lo sabían desde el principio. Aunque creía haber zanjado el tema, no se sentía del todo seguro. ¿Cuestionaban su autoridad? No dudaría en matar a quien se atreviera. Ya había visto cómo la falta de disciplina había acabado con los mercenarios de Amintas en Menfis. No le pasaría lo mismo.

Al fin alcanzaron la cima del cerro. Era angosta, estaba bordeada por un precipicio y repleta de matas bajas. El lugar perfecto. El espartano hizo una señal

para que el escuadrón se detuviera y, sin mirar atrás, se bajó de su caballo.

—Traed al prisionero —ordenó mientras sacaba las estacas y una maza de sus alforjas. Señaló al que lo había desafiado aquella mañana y añadió—: Clávalas ahí delante, ya sabes para qué son.

El espartano se volvió hacia el resto de su escuadrón y le agradó lo que vio. Habían formado en hilera, como si esperaran a pasar revista. Quizá había exagerado su preocupación. Lo mejor era acabar aquello cuanto antes. Así que ordenó a tres hombres más que ayudaran a su compañero.

—Atadlo de una vez por todas —ordenó.

Badru ya había visto que las estacas marcaban las esquinas de un rectángulo y se encaró con el espartano:

—¿Es que me vas a dejar aquí hasta que venga tu patrón a buscarme? ¿O es el rescate de mi padre lo que aguardas?

El jefe soltó una carcajada y el resto del escuadrón también rio. Sin embargo esto no impidió que los que habían clavado las estacas agarraran a Badru, lo tiraran al suelo y cumplieran las órdenes recibidas. Lo tumbaron bocarriba, cortaron las cuerdas que le ataban pies y manos y estiraron de cada extremidad, haciéndole crujir los huesos, hasta acercarlas a las estacas. En silencio, esperaron oír algún grito, pero el joven se contuvo, aunque por momentos el dolor le hacía temer que perdería el conocimiento. El guerrero espartano que lideraba a aquellos hombres lo respetó por aquello. Aunque no cambiara nada, daba dignidad a aquel comerciante.

—Si este va a ser su final, no veo por qué no podemos quedarnos con su carga —insistió el mercenario que aquella mañana lo había retado con su ironía—. El puerto de Dendera está cerca. Nos quitarían el olíbano y la mirra de las manos y podríamos desaparecer.

—¡Ya te lo he dicho mil veces! —gritó el jefe enfurecido—. Ese incienso no puede llegar al Nilo. Llevaremos los fardos a Myos Hormos para que crucen el mar Rojo, como nos han ordenado. ¿Entendido? —El espartano miró a sus hombres, todos asintieron y, clavando los ojos en el que había hablado, ordenó—: Subid a los caballos. Nos vamos.

El escuadrón obedeció ante la mirada del jefe y Badru se dio cuenta entonces de que no aguardaban a nadie.

—¡Eh, espera! —gritó desesperado—. ¡No lo entiendo! ¿Por qué no me matáis de una vez?

El jefe se acercó, proyectando su sombra sobre el prisionero.

—Desde luego, habría sido más fácil cortarte la cabeza sin más, pero la orden es que mueras sufriendo. ¿Se te ocurre alguna idea mejor?

—¿Quién te lo ha ordenado?

El mercenario espartano sonrió.

—¿Saberlo te ayudaría a morir o te torturaría más? A veces me cuesta recordar que el padecimiento no solo te lo proporciona el cuerpo. —Se volvió y mientras se alejaba gritó—: Supongo que nunca lo sabré, como tú.

* * *

El mercenario espartano pasó por delante de su escuadrón con las riendas flojas e invitó a su corcel a girar con un leve toque. Montaban caballos de cruz alta, ligeros, rápidos, pero demasiado nerviosos, sobre todo para aquellas guijas resbaladizas. De pronto, de la parte trasera de la formación se oyó un aullido y los caballos se espantaron. Cuando el jefe tiró de las riendas para frenar a su montura, la carrillera derecha de la brida se desplazó demasiado y se dio cuenta de que la ahogadera estaba suelta. El animal corcoveó con violencia y el espartano recibió una sacudida sobre su lomo arqueado. En un acto instintivo se sujetó al cuello del caballo para evitar caer. Este cabeceó y se quitó la brida totalmente, mientras por detrás se oían gritos y espadas entrechocando. En aquel instante, como una ráfaga en su mente, el jefe tuvo claro que su brida no estaba floja por casualidad y que el aullido no había sido de ningún animal. Consciente del peligro, agarró la jabalina y se dejó caer por el costado del caballo para buscar refugio tras una roca.

—Agrupaos, agrupaos.

El jefe reconoció la voz de su segundo al mando y se asomó. Un grupo de hombres había formado un círculo y habían sido rodeados por aquellos que más ansiaban el incienso. Los del interior sacaron sus jabalinas para usarlas como lanza corta, y los que los cercaban alzaron las espadas.

—Uníos a nosotros —dijo el cabecilla de los rebeldes—. Quien había recibido las órdenes de un patrón ya ha caído. Ahora todo es nuestro.

El jefe no lo dudó. Se subió a la roca e hizo volar su jabalina. En cuanto se clavó en la nuca del cabecilla, el desconcierto se apoderó de los atacantes y sus leales cargaron.

Todo fue muy rápido. Algunos rebeldes lograron defenderse, pero, para entonces, ya les superaban en número los mercenarios leales. Se oyeron algunos gritos de rendición y el segundo al mando detuvo su caballo. Manchado de sangre, se volvió hacia el jefe, que permanecía de pie sobre la roca.

—Matadlos a todos.

* * *

Solo en la cima del cerro se obligó a respirar hondo para no sucumbir a la desesperación. No quería morir allí, no de aquel modo. ¿Dónde lo encontraría su *ba,* dónde quedaría su *ka?* El camino al mundo celestial permanecería vedado. La rabia lo impulsó a estirar hacia arriba, pero el dolor atenazaba sus muñecas y tobillos y solo podía gritar. Inmóvil, resignado, pensaba en lo irónica que resultaba la situación. Acabaría como en las enseñanzas del mago que lo instruyó de niño, como su padre hubiera deseado: devorado por los buitres, pues, según Zoroastro, un cadáver no se podía enterrar, ni lanzar al mar ni incinerar en el fuego de la

verdad del dios Ahura Maza. Solo le quedaba el camino al puente Chivat para ser sometido a juicio. Pero él no creía en aquello. Había sentido el poder de los dioses del Nilo en el nacimiento de cada fragancia, en el titilar de cada estrella, en las crecidas del río que convertían en un torrente de vida lo que de otro modo hubiera devorado el desierto. Badru se resistió de nuevo, con los ojos cerrados. Quería evocar el cielo estrellado que compartiera con Asenet. Solo vio sus ojos, y el dolor se hizo más intenso.

Entonces lo oyó. Primero fue un extraño aullido. Luego los ecos de una batalla. Escuchó esperanzado. ¿Venían a liberarle? Su muerte debía ser parte de una venganza. Y esta solo podía estar dirigida contra su padre. Seguro que, a pesar de todo, Arash de Ecbatana había enviado a alguien para rescatarlo.

La lucha cesó. Los cascos de los caballos se alejaron. Badru se quedó acompañado de un denso silencio mientras el sol lamía su piel. Únicamente oía su respiración. Nadie apareció. Entonces, por primera vez se le ocurrió que quizá se querían vengar de él. Todo aquello debía ser el encargo de un mercader que codiciaba su carga. Si no, solo había hecho una cosa en su vida que pudiera despertar la ira que conllevaba tal crueldad… Pero ¿por qué ahora? Se resistía a creerlo capaz. Los buitres sobrevolaban el cerro en círculos y forcejeó de nuevo con las cuerdas. La duda era ahora lo que dolía. La cabeza le daba vueltas, o quizá era el sol, o el movimiento de las aves que descendían ya. Cerró los ojos de nuevo, en busca de sus ojos. Ella le daría fuerzas.

Un graznido. Aire, un soplo momentáneo. Un dolor agudo en el brazo. Abrió los ojos. El sol le nubló la vista. Giró la cabeza. Distinguía un bulto negro. Gritó, pero solo se oyó un alarido lastimero. Un buitre, con un trozo de su propia carne en el pico, agitó las alas y se posó unos pasos más allá. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? El sol descendía hacia el otro lado del cerro. Se había dormido. Le ardía el cuerpo como si estuviera en llamas. La cabeza le pesaba. Le dolía respirar. El aire era demasiado seco y la sed lo devoraba. Otro buitre le clavó las garras en la piel quemada del pecho, y cuando arqueó el cuello para arrancarle la carne con el pico, la boca de Badru se abrió en busca de un nuevo grito.

—¡Fuera, largo!

Badru no reconoció aquella voz, no había movido los labios. Y se dio cuenta de que estaba rodeado de buitres cuando estos alzaron el vuelo y le regalaron una brisa preñada de desconcierto. Entonces vislumbró una vara que se agitaba ante sus ojos y percibió un olor que le resultaba familiar, incluso acogedor.

—Casi te comen, ¿eh? —La cara de un muchacho se le apareció a contraluz—. Hemos visto los buitres de lejos.

14

La luz del alba se filtraba por la estrecha ventana de la habitación y se reflejaba en un espejo de bronce colocado sobre una mesa baja. Los alabastrones que la cubrían le recordaron los ungüentos de Badru. Pero necesitaba ignorarlos, por lo que se volvió hacia la oscuridad y aspiró el aroma herbáceo y reseco que procedía del relleno del colchón. Le parecía demasiado mullido y le dolía la espalda por ello, pero el olor le resultaba agradable, pues, de algún modo, le evocaba su hogar. Aunque lo demás no podía ser más diferente. Estaba tumbada sobre una cama elevada, con las patas decoradas con flores, y hacía horas que había desechado el uso del reposacabezas, demasiado extraño para ella.

Se hallaba en un dormitorio situado en la segunda planta de la casa de un amigo de Mudads. Se habían instalado allí la noche anterior, a su regreso de las dependencias del templo de Maat. Pero apenas había pegado ojo, sacudida por una pesadilla recurrente. En ella revivía el momento en que cavaba en la arena tras la tormenta. Pero no hallaba el cuerpo de Matsimela. Entonces miraba al frente. Y cuando la daga dibujaba un arco en el aire y caía sobre la garganta de su maestro, despertaba y todo desaparecía. Todo excepto la angustia y aquellas paredes decoradas con una colorida escena del Nilo poblada por delicadas figuras femeninas que se bañaban en sus aguas.

Pero aquellas imágenes de rostros alegres y relajados le resultaban inquietantes. Se preguntaba por qué Matsimela no le había contado toda la verdad. Porque si dormida era Badru quien la torturaba, despierta era Mudads quien hacía que se agitaran sus pensamientos. Unos rebuznos se elevaron desde el patio de la casa y Asenet oyó la voz del viejo comerciante dando órdenes para que cargaran. Durante el día anterior no le había proporcionado ningún motivo de sospecha. Al contrario, en todo momento la había presentado y tratado como a una dama, e incluso hizo de intermediario para que el comerciante con quien se alojaban comprara el índigo rescatado de los camellos de Asenet. No pidió nada a cambio, tampoco se entrometió en el regateo. De hecho, parecía observarla con orgullo, y alabó su habilidad para sacar a su amigo una buena cantidad de *deben* de cobre. Pero ¿podía ser todo aquello parte de un juego?

Incapaz de aguantar más aquella eterna noche, ya agonizante, Asenet se levantó y se dirigió hacia una jofaina que había al lado de la mesa. Vertió el agua en un recipiente y se lavó la cara, como si con ello pudiera aclarar sus dudas. Desde la tormenta, el comportamiento de Mudads estaba siempre teñido de una actitud

paternal que la inquietaba, porque sentía la desesperada necesidad de apoyarse en alguien. Esto hacía que se sintiera enfurecida con Matsimela por haberla abandonado. La rabia afloraba por cada poro de su piel, agotada, dolida y culpable. Sumergió la cara en el agua fresca y contuvo la respiración. Luego alzó la cabeza y boqueó como un pez que intenta aprender a respirar fuera del agua. Comprendía que estaba sola, pero tenía que seguir adelante, por mucho que el mundo fuese ahora más grande y desconocido. Encontrarlo antes que la justicia egipcia sería su objetivo, y ella sabía que él se proponía evitar Gebtu, aunque se estremeció al recordarlo entristecido junto a las sacas de incienso, después de que le revelara su plan.

Se apresuró a ponerse el vestido que una esclava le había dejado la noche anterior. Sin mangas, con la falda plisada, de un blanco inmaculado y un tacto vaporoso, le pareció poco adecuado para viajar. Pero, después de todo, para una dama egipcia era un atuendo sencillo, y ya no podía ni debía parecer una esclava. Cogió el manto, muy largo, demasiado, por lo que se lo puso plegado sobre los hombros, y salió de la habitación. Las lámparas de aceite apenas iluminaban la escalera. Dudó un instante. ¿Acaso su destino la llevaba hacia las sombras o ya estaba sumida en ellas? Se precipitó por los escalones en busca del amanecer. Salió al patio casi corriendo; la invadió el reflejo rosado que emergía sobre el muro que cercaba el jardín y aspiró el aroma fresco del jazmín que crecía al lado de la puerta.

—¿Ya estás despierta? —preguntó Mudads a modo de saludo mientras se acercaba a ella. Detrás aguardaba un borrico gris y achaparrado, cargado con las pieles de jirafa, mientras un mozo aseguraba unas alforjas sobre el lomo del animal —. Le había dicho a nuestro anfitrión que te acompañara luego al puerto. Deberías descansar, no tienes buena cara. Creía que te habían dejado maquillaje en la habitación.

Asenet recordó los alabastrones al lado del espejo de bronce.

—Ni me he acercado a mirarlos, la verdad —respondió—. Se me hace extraño. Lo cierto es que en mi tierra el maquillaje se usa solo para los rituales.

—Claro, claro. Pero en Egipto las cosas son de otro modo, ya lo irás viendo. No creo que tu diosa de la mirra se ofenda porque te maquilles para ir por la calle. Son otros los dioses que rigen este lugar. ¿Por qué no te quedas desayunando mientras yo voy adelantando en el puerto?

—Lo cierto es que prefiero ir contigo, si no te importa.

El anciano asintió con una sonrisa que multiplicó las arrugas de su rostro y señaló el manto.

—Me temo que no se pone así —dijo—. ¿Me permites?

Se lo tendió. Él lo tomó y lo dobló por la mitad. Luego colocó la parte central sobre el pecho de la joven, le pidió que levantara los brazos y pasó ambos extremos por debajo de sus axilas. Estaban prácticamente abrazados, y Asenet sintió su aliento a cerveza mezclado con la aleña que teñía sus extensiones y un perfume húmedo que le embadurnaba la piel. Ella evocó el simple aroma de su padre, solo mirra y tierra, y comprendió cuánto lo necesitaba. Mudads liberó una de sus

manos, sujetando los extremos del manto con la otra a la espalda de la joven. Le pidió que se volviera. Cruzó el manto en la espalda, cubrió luego los hombros de Asenet, se puso de nuevo frente a ella y por fin lo anudó en el pecho.

—Es complicado —observó la joven.

—No te preocupes. En Menfis tendrás una esclava que lo hará para ti, y mejor que yo. El nudo de Isis no me ha quedado muy bien, pero estás preciosa. —Tomó el brazo de Asenet, lo cruzó con el suyo y caminaron por un sendero bordeado de enebros—. Sin duda, es el pliegue más adecuado para viajar. Protegerá tus hombros del sol. En Menfis podrás variar.

Asenet asintió, aunque esperaba hallar respuestas que no le hicieran necesario llegar hasta allí. Alcanzaron las puertas del jardín y se detuvieron mientras dos esclavos las abrían. Salieron en silencio, seguidos por un niño que llevaba la soga del borrico cargado con las pieles y los *deben* de plata y cobre de la joven. La calle estaba desierta. Al fondo se veía el río sereno, con destellos verdosos entre el azul profundo. Solo se oían algunos ladridos lejanos y el canto matinal de aves desconocidas.

—¿Y Abasi? —se extrañó Asenet. No se le escapaba que el mayordomo también era como un guarda personal del comerciante y jamás se separaba demasiado de su patrón, por lo menos desde el ataque.

—Ha dormido en el almacén, custodiando mi carga —le explicó Mudads—. Aunque el dueño es de mi confianza, hemos pasado demasiado en este viaje para no ser precavidos.

—Pensé que tenías el convencimiento de que el ataque estaba relacionado con el incienso.

—Pero la canela también es apreciada, y también se llevaron especias. A saber cuándo llega a Gebtu la siguiente caravana. Y en Menfis seguro que ha subido el precio. Con la salida de la mercancía hacia el Mediterráneo trastocada por la guerra, es difícil que entre por el delta del Nilo.

Asenet asintió con recelo al darse cuenta de que tanto la guerra como el ataque favorecían a los mercaderes supervivientes. ¿Habría conseguido ella tantos *deben* por su índigo si hubiera llegado la caravana completa?

Una luz ambarina iluminaba el muelle, convertido en un hervidero caótico. A cierta distancia, frente a la calle principal que habían recorrido el día anterior, empezaban a montar los tenderetes del mercado, y los almacenes cercanos estaban abiertos y rebosantes de actividad. Sin embargo, no todo era agitación. Frente a un almacén, sentados con la espalda apoyada en la pared, un grupo de jóvenes porteadores compartían una hogaza de pan y comían cebolla mientras miraban el río. El barco que los aguardaba tenía en cubierta una construcción rectangular de madera con el tejado plano descolorido, al que se ascendía por unas escaleras. Sobre la popa, el mástil se erigía con la vela plegada, y encima del puente, tendido hacia el muelle, un hombre enjuto de gestos ampulosos parecía discutir con Abasi.

—Les pagas y aún exigen —murmuró Mudads—. Ese es nuestro barco.

Llegó hasta ellos la voz del marinero desde el puente:

—Podríamos tener la mitad de la mercancía ya sobre cubierta.

—No se carga hasta que venga mi señor —respondía Abasi con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Pero Mudads siempre ha confiado en ti para que adelantes el trabajo. No entiendo esto ahora.

—No hay nada que entender —interrumpió el viejo comerciante ya a pocos pasos del puente.

Asenet percibió una mirada de alivio en ese rostro lleno de viejas cicatrices que, por lo general, se mostraba inexpresivo. Se detuvieron junto a ellos. El muchacho con el borrico permaneció detrás. A una señal de su señor, Abasi se volvió hacia el almacén y los porteadores se pusieron de pie mientras Mudads se dirigía al hombre del puente:

—Capitán, no tenemos prisa. Lo importante es llegar con la mercancía intacta.

—Pues yo sí la tengo. En Menfis me espera más carga, y como no podré recoger nada por el camino…

—Pero cobrarás como si llevaras el barco lleno —le interrumpió Mudads con sequedad.

Luego le dio la espalda y ordenó al niño que guiaba al borrico que cargara en el barco las pertenencias de Asenet. La joven se fijó en el capitán, que se había subido al tejado de la construcción de cubierta y, apoyado en la botavara, observaba con enojo. Los portadores ya se acercaban y el aroma a canela se hizo más intenso. Ella también se sentía irritada, pero se contuvo.

—Yo pensé que en el Nilo pasaba como en el mar Rojo y que los comerciantes que venían en la caravana con nosotros irían por el río intercambiando sus mercancías a lo largo del trayecto. Es lo más rentable, ¿no?

Sin apartar la mirada del primer porteador, que ya cruzaba el puente hacia el barco, Mudads respondió:

—Es lo habitual. Nos mantenemos unidos en el desierto por protección y, luego, algunos van hacia Menfis parando en los puertos que les interesan, otros siguen por el Nilo hacia Tebas y los más aventurados llegan a Kush. Depende de lo que lleven. A nosotros no nos conviene. Los sacerdotes de Menfis pagarán una fortuna por tus pieles de jirafa, y más con tu talento para los negocios. Necesitas cerrar heridas, Asenet, y lo mejor es un viaje lo más rápido posible.

—Quizá para mí lo mejor es parar primero en el puerto más cercano a Gebtu.

Mudads la miró con expresión contrariada y se volvió de nuevo hacia los porteadores, que ya formaban una doble hilera.

—Sujeta bien el fardo. Si no tienes fuerza, esto no es para ti —increpó el viejo comerciante a uno de los muchachos. Luego añadió en tono suave—: ¿Dendera? ¿Para qué?

Se hizo un silencio. Mudads adquirió una expresión grave, clavó sus ojos en la joven y preguntó:

—¿Acaso estás pensando que Arash puede embarcar allí? —Negó con la cabeza—. Si pretendiera hacerlo, no sería tan cerca de Gebtu. Es posible que sepa

lo que se juega.

—O es posible que lo tuviera planeado desde el principio. —Asenet vio la duda en el rostro del viejo comerciante y añadió con más determinación de la que sentía —: Mudads, puedo tomar otro barco, si te supone un gran contratiempo.

* * *

¿Terca ceguera o todo lo contrario? Aquello se salía de sus planes, pero Mudads no tuvo más remedio que ceder y disimular el leve temblor que el anuncio de la joven le había provocado. El viejo comerciante solo respiró tranquilo cuando el capitán ordenó maniobrar a los remeros y el barco enfiló el Nilo, con Asenet en la proa, su vestido mecido por la suave brisa y la mirada perdida en el horizonte de aguas turquesa.

Iba a ser una mujer difícil de dominar, criada como princesa y considerada una elegida en su tierra. Pero, a la vez, debía contemplar la posibilidad de que tuviera alguna pista real acerca de Arash, fruto de los momentos compartidos entre ellos. El viejo comerciante apretó los labios. No podía dejar ningún cabo suelto, no cuando ya estaba tan cerca de ver su sueño cumplido. Si hubiera sido otra, la hubiera obligado a darle más explicaciones, pero con Asenet le convenía la prudencia. No podía permitirse el lujo de perderla, no quería. Y no era un capricho. Maat le había enviado una señal: la llevaría a Menfis fuera como fuera.

15

Badru parecía flotar en una habitación oscura en la que se veía una silueta de espaldas, agazapada frente a un fuego. Ante las llamas que representaban a Ahura Mazda, oraba con un leve balanceo de su cuerpo y, a cada movimiento, el incienso que ofrendaba a su dios impregnaba la habitación. Badru sintió las volutas a su alrededor como una caricia, hasta que oyó un sollozo y lo reconoció. Era su padre, que lloraba su decepción.

—¡No es deslealtad a la familia! —Badru reconoció el grito de su propia voz, lejana e implorante—. «Buenos pensamientos, buenas palabras, buenos actos». Sigo el principio de tu dios, ¡lo sigo!

Su padre no se volvió. De pronto, un humo oscuro, denso y seco, envolvió su silueta. Se deslizó hacia Badru y, como una cobra, se alzó amenazante.

—Y así mismo ejerces el poder de decidir, el poder que Ahura Mazda nos otorga a todos. Pues yo también lo haré, tranquilo, hijo —sonó la voz cavernosa de su padre en una recriminación que parecía surgir del pecho del propio Badru.

La serpiente de humo se abalanzó sobre él, que, angustiado, cerró los ojos. De pronto el dolor estalló en su cuerpo. Escuchó su propio gemido mientras reconocía las aristas rocosas del techo de la cueva. Suspiró aliviado. Una pesadilla, solo había sido eso. Uno de los muchachos alimentaba la hoguera con ramas secas de tamarisco. La humedad que supuraba la roca le provocaba escalofríos en la piel, aún candente por los estragos del sol.

—Mi madre tiene un aceite que te aliviará —dijo el chico—. No creo que tarden en regresar.

Badru se incorporó, pero la debilidad le hizo tumbarse de nuevo. Para llegar hasta allí, sabía que se había apoyado en los hombros de los dos chicos, pero también se había desmayado algunas veces. Por eso suponía que no podía estar muy lejos de donde lo ataron. Recordaba vagamente que el mayor le había frotado la piel con el jugo fresco y viscoso de un cactus. Ahora el más pequeño, sentado en el suelo con las rodillas recogidas, le mostraba su perfil de nariz afilada mientras montaba dos varas en los extremos del fuego. De un carcaj apoyado en la pared sacó una flecha y la colocó sobre las varas para hacer un espetón. Luego agarró el cuerpo de un zorro y se lo puso sobre el regazo. Con una piedra de canto cortante, le abrió la piel del vientre.

—Jomo, ¿y qué dirá tu padre sobre recoger a un desconocido? —preguntó Badru.

El joven se encogió de hombros mientras despellejaba al animal.

—Lo he cazado al ir a rebuscar entre los restos de los muertos de la ladera. No sé por qué te ataron ahí, pero estabas indefenso, y mi padre siempre dice que no hay que hacer sacrificios al desierto, pues él se los toma.

—Será una buena cena —comentó Badru.

Jomo sonrió con orgullo y miró hacia la boca de la cueva, un agujero irregular, como si lo hubiera hecho el dios Seth con un golpe de puño, resignado al saberse desterrado al desierto por Horus. Las cabras balaron cerca de la entrada, alteradas, y el muchacho dejó el animal despellejado, tomó su arco y se asomó mientras tensaba una flecha en su arma.

—No creo que regresen. Me daban por muerto —dijo Badru.

—No es por ti. Si algún lobo ataca al rebaño me las tendré que ver con mi padre.

Badru recordó que también había temido enfrentarse al suyo.

De fuera les llegó un ladrido y el muchacho bajó el arco. Se apartó de la boca de la cueva y dejó pasar a un hombre de nariz afilada como la del muchacho y piel desgastada. Badru se incorporó con dificultad. Ataviado con una túnica de bordes deshilachados, el recién llegado sostenía una lanza en la mano derecha. Sin poder ponerse en pie del todo, miró a Badru desde las cuencas oscuras de sus ojos.

—Tu madre le manda esto —dijo tendiéndole a su hijo un frasco de madera.

Jomo lo tomó y se arrodilló al lado de Badru mientras este se apresuraba a explicar:

—No tengo con qué pagarlo.

El hombre se sentó en el lugar que había ocupado su hijo, dejó la lanza a un lado y se descolgó el zurrón mientras decía:

—Tranquilo, lo pagarán tus amigos muertos, o tus enemigos.

Badru quiso objetar, pero el muchacho empezó a ponerle el ungüento y solo pudo reprimir un gemido. Reconoció el aroma del datilero del desierto, base de muchos aceites, y del *ameo,* cuyas raíces se solían masticar para protegerse del sol. Pero el dolor que le producía el contacto de las manos de Jomo le impidió decir nada más y se resignó a permanecer tumbado y callado.

El padre, entre tanto, tomó el pequeño zorro del desierto, lo atravesó con la flecha de su hijo y de su zurrón de piel sacó tomillo con el que aderezó la carne.

—¿Mejor? —preguntó el muchacho dejando el frasco en el suelo.

Badru asintió. Notaba cómo el ungüento le refrescaba la piel y le aliviaba el dolor.

—Gracias —dijo.

—Jomo, ve a ver cómo están las cabras —le ordenó el padre. El hijo obedeció y al salir emitió un silbido que enseguida obtuvo respuesta en un enérgico ladrido —. Tienen buen pasto aquí, pero en dos días necesitarán beber.

—No eran mis amigos —aclaró Badru—. ¿Y cómo te van a pagar si están muertos?

—Hay espadas y escudos, jabalinas, dagas… Cosas que no se quisieron llevar.

Mi pequeño me lo contó todo. El desierto no quiere violencia, es el único que la da. Podremos hacer buenos intercambios. Y todo porque mis hijos se acercaron a ayudarte. —Badru recordó las enseñanzas de su maestro el mago, cuando le decía que la vida es una batalla para acercarse o alejarse del bien. Su padre desde los sueños, aquel hombre con sus palabras… ¿Acaso Ahura Mazda le perseguía por su traición?—. El desierto no te quiere muerto, no es tu destino, y somos instrumentos de los dioses. Por eso estás vivo y hay que respetarlo.

Badru se sintió extrañamente aliviado ante aquellas palabras. Seth era el dios del desierto, era él quien no lo quería muerto. Y el mago decía que Ahura Mazda no impone destino alguno, sino que es el hombre quien se lo forja con sus elecciones para acercarse a la luz. No era perseguido, solo estaba asustado, pero protegido por los dioses que reinaban en aquellas tierras. Y era la pesadilla, y la duda de no saber quién lo había mandado matar, lo que nublaban su fe y su entendimiento.

Entre tanto, el hombre describió la calidad de las armas e hizo comentarios sobre cuánto grano obtendría de ello si se acercaba a orillas del Nilo. Y cuando, por las cantidades de las que hablaba, Badru dedujo el número de muertos, entendió que los mercenarios se habían peleado entre ellos y los vencedores debían de haber huido con la mercancía. Entonces recordó algo.

—Dendera. Los que me aprisionaron dijeron que el puerto de Dendera está cerca.

—Cierto, ahí es donde iremos a vender. Nos movemos siempre con el pasto y normalmente nos alargaríamos hasta Gebtu, que es más grande —respondió mientras movía el espetón con el zorro—. Pero llevar todo eso con la familia, las tiendas… Es demasiado.

Badru asintió. ¿Dendera o Myos Hormos? ¿Quién habría ganado entre las dos facciones de mercenarios? ¿Dónde hallarlos? No era por el incienso, era porque necesitaba respuestas. El recuerdo de Asenet afloró en él haciendo rebrotar el miedo por lo que pudiera haberle pasado. Si había sobrevivido, habría llegado al Nilo y a saber en manos de quién. Pero ¿estaba seguro de que aquel era el mejor rumbo? Si lo que le había pasado a él tenía que ver con su padre, era cierto que el mismo Badru corría peligro volviendo a su hogar. Mas, ¿qué otra cosa podía hacer? No tenía medios para llegar a Myos Hormos, ya no.

—¿Podría ir con vosotros hasta Dendera?

El hombre sacó el espetón del fuego.

—Creo que el zorro ya está. Necesitarás fuerzas para llegar.

16

El templo que empezó a construir el faraón Nectanebo I para luego caer en el olvido de sus sucesores sobresalía entre las casas de adobe de Dendera. La retirada de las aguas anunciaba la época de la siembra, y en las riberas donde asomaba el limo los campesinos se apresuraban a reparar diques y restablecer los límites de las tierras antes de plantar el lino. Seguida por Mudads, Asenet subió de nuevo al barco, que aguardaba en el muelle, y sin mediar palabra, se sentó a babor, en el suelo, con la espalda apoyada en la construcción central. En el puerto, los comerciantes recogían los tenderetes, mientras algunos curiosos se arremolinaban alrededor de unos vendedores que increpaban a un joven con una gran ánfora. El barullo atrajo a un par de funcionarios con perros que olisqueaban las mercancías del muelle. Pero Asenet ni siquiera se dio cuenta de ello, pues la decepción embargaba su ánimo. Recogió las piernas doblándolas sobre su pecho y las abrazó mientras observaba cómo la ciudad se alejaba a golpe de remo bajo la luz del atardecer.

Badru debería de haber llegado desde la otra orilla, y su carga era lo suficientemente significativa como para llamar la atención. «¿Incienso en estos días?». «¡Quién lo pillara!». «Imposible sin que lo hubieran intervenido desde el templo de Hathor». Estas habían sido las respuestas de los barqueros que cruzaban de una orilla a la otra, de capataces, de porteadores y dueños de almacenes. Ni rastro de Arash, y, desde el ataque, había tenido tiempo de llegar. Asenet necesitaba aferrarse a la idea de que hubiera embarcado en algún otro lugar, pues, a pesar de sus dudas, le resultaba más doloroso imaginarlo perdido en el desierto. Pero ¿cómo comprobarlo? Ya tuvo que forzar a Mudads para detenerse en Dendera. Sin embargo, valía la pena intentarlo. Después de todo, aunque reticente, Mudads no se había negado a ayudarla en ningún momento, a pesar de las advertencias de Matsimela.

La joven se puso en pie y bordeó la construcción central para llegar a la cubierta de proa. Allí el comerciante revisaba junto a Abasi su carga, agrupada y bien atada en la parte central.

—Nadie se ha acercado, mi señor. No me he movido de aquí, y he tenido el hacha a la vista en todo momento —aseguraba el mayordomo.

Aun así, el viejo comerciante permanecía agachado tocando los sacos de abajo para comprobar su estado.

—Disculpa, Mudads —dijo Asenet a sus espaldas.

El hombre se puso en pie y se volvió hacia ella. Se acercó y le tomó las manos:

—¿Estás algo mejor? Ya te dije que Dendera es demasiado peligrosa para él. Si hubiera pasado por aquí, lo habrían cazado. En el puerto ya había funcionarios buscándolo con su carga gracias a nuestra denuncia.

Asenet forzó una sonrisa y asintió, pero aun así, dijo:

—¿Y más allá? Puede embarcar en otro puerto, alguno en el que no tenga que cruzar la orilla. De hecho, Mudads, necesito parar en cada uno hasta Menfis, como hice en el mar Rojo. Creo que es la mejor opción.

—¡Eso es imposible! ¡Ya se encargarán las autoridades! —exclamó el viejo comerciante. Y al observar la expresión fría y dura de Asenet, añadió en tono paternal—: Nosotros estamos en la *nomo* V del Bajo Egipto. Solo en este *nomo,* Nubt y Gis también son ciudades importantes. Y hay diecisiete *nomos* más hasta que alcancemos el Alto Egipto, que empieza en Menfis. ¿Acaso te dijo que ese era su destino?

Ella asintió cruzándose de brazos.

—Ya sé que para tu teoría del complot quizá no tenga sentido. Sería más apropiado que lo llevara hacia el mar Rojo para bloquear el mercado en el Nilo. Pero entonces, ¿por qué partió de allí con el incienso?

Mudads bajó la cabeza y, acariciando su barbilla, murmuró:

—¡Claro! Se hará rico, desde luego. Como hijo de Arash de Ecbatana, lo podrá entrar en Menfis sin pasar siquiera por el templo de Ptah, sin tributar. Quizá las razones no sean solo políticas… —Miró a Asenet y la tomó de las manos, obligándola a descruzar los brazos—. ¿No lo ves? Con más razón tenemos que ir directos a Menfis.

—Y en Menfis, ¿me puedes conseguir una audiencia con su padre? —preguntó. Muy a pesar suyo, el razonamiento de Mudads le brindaba una reconfortante esperanza.

—Si es lo que necesitas para superar tu dolor…

A Asenet no se le escapó la compasión en los ojos del viejo comerciante, y pensó de nuevo en Matsimela. Quizá aquel hombre no era el mismo que conoció su maestro ni al que su padre expulsó de la corte. Quizá había cambiado y lo que hubiera hecho hallaba ahora su redención en la ayuda que le brindaba.

* * *

De cara a popa, sentada en las escaleras bajo la botavara, Asenet observaba pensativa la otra orilla del Nilo, mientras el viejo comerciante, como cada día, revisaba la carga, asegurada en la cubierta de proa. El cobre y la plata de la joven dormían con ella, pero sin ninguna parada entre medias, a Asenet le parecía absurda la preocupación de Mudads por su canela, de olor tan empalagoso. Sin embargo, se había guardado de decirlo. Canales perfectamente delineados trazaban una cuadrícula de parcelas que emergían de las aguas, con algo de vegetación

enlodada y una tierra negra como la propia piel de Asenet. En las más altas se veían campesinos que sujetaban el arado con una mano, apoyando todo su peso, y con la otra agitaban el látigo para azuzar a las vacas que tiraban de él, mientras por delante, los muchachos guiaban las yuntas e incluso sembraban ya al voleo. Mudads le había contado que aún ganarían más tierras de cultivo al río cuando las aguas de la inundación anual descendieran del todo.

Al principio del viaje, el viejo comerciante hizo más llevaderas sus preocupaciones gracias a la exuberancia de animales desconocidos para ella, como cocodrilos que podían parecer troncos varados o hipopótamos que bramaban al verlos. Entre la ribera salvaje y los cultivos aparecían construcciones en las zonas elevadas, a salvo de las crecidas. Y Mudads le iba hablando de ellas. Al este, de donde procedía la vida y resurrección gracias a Ra, predominaban las poblaciones, algunas tan grandes como Gebtu; otras, simples aldeas. En la orilla oeste, símbolo de muerte, se esparcían necrópolis montañosas y fastuosos templos con enormes grabados y esculturas, siempre rígidas, majestuosas e intimidantes, rodeadas de las poblaciones creadas para su cuidado. Pero cuando fueron pasando los días en el barco, durmiendo a cubierto en la construcción central que les servía de alojamiento, el paisaje se le fue haciendo monótono y ya no le interesaban del mismo modo los detalles que le daba Mudads.

A espaldas de Asenet, la vela permanecía siempre plegada, y los remeros mantenían la marcha con un chapoteo regular y cansino, sudorosos pero sin quejas, al ritmo que les marcaba el capitán desde el tejado de la construcción central. La circulación era constante, y pocos los tramos solitarios. Los barcos que ascendían contra corriente aprovechaban el viento que henchía sus velas y viajaban con los remos recogidos, gritando para que se apartaran las pequeñas barcas, muchas elaboradas con cañas de papiro, con las que faenaban los pescadores. Frente a ella, en la popa, cuatro postes de madera con barandas a los lados sujetaban un techado de tela bajo el que se cobijaba el timonel. Dos largos remos le permitían dirigir la embarcación. Entraron en un remanso curvo con la orilla especialmente pantanosa. Asenet agitó las manos para espantar a los mosquitos que zumbaban a su alrededor.

—¿Qué haces ahí sentada? —Mudads estaba de pie al lado de la escalera y la miraba incrédulo—: Llevas un buen rato, ¿verdad?

—¿Va todo bien con la carga? —preguntó Asenet al percibir la irritación en la voz del comerciante.

—Claro que va todo bien, pero no me gusta que estés sola en la escalera.

Asenet sonrió con amargura.

—También necesito mis momentos para pensar.

—Pues piensa dentro, bajo el techado. O por lo menos, ponte el manto sobre los hombros —Mudads miró al timonel, un joven moreno de torso recio, y luego le susurró en un reproche—: ¿No ves que te devora con los ojos?

A Asenet le sorprendió aquel comentario. ¿No era excesivo aquel celo protector?

—Mira, Mudads, no te ofendas, aprecio tu ayuda. Pero no soy una de tus

mercancías. No necesito supervisión constante como tus sacas de canela.

Indignado, Mudads se volvió sin contestar y, en cuanto desapareció, Asenet oyó una carcajada ahogada. Era Abasi, de brazos cruzados, apoyado en la esquina opuesta.

—¡Vaya con la princesa! —comentó irónico.

17

¿Cómo podía ser que ya añorara el desierto si lo acababa de dejar? Badru miró a su alrededor. Los tenderetes del mercado, los barcos fondeados… Atardecía ya y el puerto de Dendera bullía de actividad, pero él se sentía ajeno. Aún llevaba la piel impregnada del polvo fino del desierto; del grito del halcón que reivindicaba la fuerza de Horus en aquel silencio árido; del siseo del áspid que le recordaba que Uadayet protegió a Horus del temible Seth; de la fuerza del escarabajo pelotero capaz de arrastrar una bola mucho mayor que él mismo, tal y como hacía Ra al regalarles la luz del sol cada día. Y aunque, gracias a la familia de Jomo, había visto más allá de la crueldad del desierto, allí estaba. Agarró el ánfora de cerveza que le habían dado como pago por su trabajo a lo largo del camino y, lleno de determinación, se dirigió a un almacén que ofrecía especias y maderas exóticas. Después de todo, el desierto también había propiciado su separación de Asenet y estaba decidido a averiguar quién se había aprovechado de ello.

Badru se presentó ante el encargado que supervisaba a los mozos. Tras un saludo formal, le preguntó si habían visto a mercenarios griegos intentando vender incienso. El hombre cruzó sus brazos sobre el pecho, lo examinó de arriba abajo y respondió malhumorado:

—¡Vaya! No eres el único que viene preguntando hoy. Pero ¿mercenarios griegos por aquí? ¡Qué va! Y si hubieran llevado incienso, ni con todas sus armas hubieran logrado venderlo en Dendera.

—¿Por qué? Cuando hice el viaje Nilo abajo, era muy buscado. ¿Acaso ya no escasea?

El hombre rio con amargura y respondió:

—Es más que escasez. Mira allí. —Señaló hacia el centro del puerto. Bajo la atenta mirada de un sacerdote, unos funcionarios ayudados por perros rebuscaban entre los fardos que descargaban de un barco—. En el templo han dado la orden de requisar toda resina olorosa que llegue. Nada para perfumes ni usos profanos. Yo no puedo ya ni diluir la tinta con mirra. Quedan solo algunas reservas para los ritos, pero ¿hasta cuándo durarán? Algo malo, algo terrible se avecina. Quizá ese Alejandro de Macedonia está bloqueando la entrada. Tomó Gaza, y desde el Mediterráneo no llega nada. Dicen que lo manda todo a sus lejanas tierras. Pero tampoco llega desde Gebtu. ¿Cosa de los persas? —El hombre soltó un bufido y agitó las manos exasperado—. ¡No hay faraón! Ese es el problema. ¡Es el principio del caos! Estamos en época de siembra. ¿Qué pasará si no podemos honrar a los

dioses como es debido?

Con aquello, Badru confirmaba los miedos que había mencionado el hombre al que la familia de Jomo vendió las armas de los mercenarios. Mas una duda lo asaltó:

—Pero dicen que Mazaces, el sátrapa, va hacia Pelusio para recibir a Alejandro de Macedonia.

—Sí, ha ido con el jefe del ejército, ese tal Amminapes, pero sin tropas. ¿Y qué más da? Aparte de quitarnos a los persas de encima, ¿quién asegura que el macedonio va a ser un auténtico faraón, no como Artajerjes o Darío?

A Badru se le ocurrió una posible respuesta. Si empezaba a fluir el incienso en cuanto llegara Alejandro, sería un golpe de efecto definitivo para ganarse al pueblo egipcio. ¿Podía tener eso relación con el ataque sufrido? Las ideas se agolparon en su cabeza y, sin más dilación, preguntó al hombre por un barco que saliera hacia Menfis cuanto antes.

El joven se alejó entre los tenderetes, que ya se recogían. Amminapes… ¿Por qué había ido a Pelusio sin tropas? No podía creer que los persas cedieran Egipto sin más, a pesar de la derrota de Issos. Sabía cómo pensaba su padre, y no era el único noble con esas ideas. Pero el jefe del ejército… De pronto, Badru notó un golpe en el costado seguido del ruido de algo al caer y tuvo que hacer un esfuerzo para no perder el equilibrio.

—Eh, tú, a ver si miras por dónde vas —le reprendió un campesino—. Me has tirado todas las cebollas.

El joven dejó el ánfora y se agachó para ayudar al hombre, pero este lo apartó de un codazo.

—¡Deja eso! ¿Encima pretendes robarme?

Badru se sintió contrariado. Los curiosos se empezaban a arremolinar a su alrededor. Enseguida aparecieron dos funcionarios del orden con un perro.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el que no llevaba al animal.

—Este nómada del desierto, que no tiene modales —espetó el campesino.

—Yo, señor… —intentó explicarse Badru, de pronto consciente de su atuendo.

—Anda, circula —le interrumpió el funcionario con el perro.

Badru agarró su ánfora y se marchó, pues no quería correr el riesgo de perder la cerveza. La necesitaba. Con ella podía pagar el viaje a Menfis, y sentía que no tenía tiempo que perder. Había conocido a Amminapes en casa del gran Arash de Ecbatana, responsable de los tributos del Nilo a Persia. Y recordaba haberlo oído jactarse de su estancia en la corte de Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro. ¿Podía ser que Amminapes hubiera manipulado el mercado del incienso para restar poder a nobles persas como el propio Arash de Ecbatana y así entregar el reino del Nilo a aquellos macedonios que tanto le agradaban? ¿Podía incluso haber descubierto su misión a Myos Hormos y que el ataque en el desierto fuera para chantajear a su padre? Eso tenía sentido, excepto por el hecho de que habían ordenado su muerte. ¿De qué le servía a Amminapes? ¿Y qué había pasado con el resto de la caravana? Un gran barco se alejaba del puerto bordeando la

embarcación fondeada que le habían indicado. Solo había un modo de descubrirlo: hablar con el propio Arash, reencontrarse con su padre. ¿Estaría preparado?

18

En la distancia, alzada sobre un prado verde frente al mar, la fortaleza aparecía imponente. Ahora que ya la habían alcanzado, podía distinguir los campos de lino en perfectas hileras alrededor de la ciudad. Leandro la observaba con cautela, los brazos en jarras, sin haberse desprendido aún ni de su coraza ni de sus grebas. A sus espaldas, el ejército macedonio disponía el campamento a las afueras de Pelusio, despreocupado y alegre. Hasta ellos llegaba el frescor que emanaba del río. El agua serpenteaba entre isletas y conformaban un delta vigoroso, poblado de ibis, garzas y cigüeñas, del que solo les separaba aquella fortaleza. Un alivio tras una semana de marcha por tierras de brisa seca y sol acuciante. Pero Leandro se sentía incómodo por la poca distancia que quedaba entre ellos y las enormes murallas de adobe de más de siete *origyias* de alto y algo más de cuatro de grosor. Parecían desiertas, solo vigiladas por algunos gatos escuálidos que desafiaban al tedio paseándose por el borde. Pero no sucedía así con las puertas. Estas permanecían cerradas y, sobre ellas, soldados persas apoyados en sus enormes arcos guardaban la estrecha distancia que quedaba entre la entrada y los muros que la protegían.

¿Qué se escondía allí dentro? Leandro no podía dejar de preguntárselo con inquietud. La lógica le recordaba que, tras la derrota de Issos, el ejército persa de Darío había quedado menguado y que, por la ruta que ellos habían seguido desde Gaza, era imposible que este hubiera mandado refuerzos a Egipto, mucho menos sin el tesoro capturado en Damasco. Pero, aun así, ¿qué fuerzas se podían reunir en aquella satrapía para defenderla? Alejandro había avanzado hasta allí muy seguro de que no entablarían batalla, pero ¿por qué?

El joven miró a su derecha. En el mar, los trirremes de la flota macedónica arriaban velas, pero no entraban a puerto.

—Estás muy tenso —murmuró Filotas a su espalda.

Leandro notó cómo las manos de su primo se deslizaban hasta las sujeciones de su coraza y se las desabrochaba; primero las de los hombros, luego las de los costados. La tierra amortiguó la caída de la parte de atrás, mientras el propio Leandro sujetó el pectoral. Sintió la caricia de Filotas en la cintura mientras este se deslizaba a su lado para susurrarle al oído:

—Quizá te pueda ayudar a relajarte.

Leandro se sintió tentado de apartarse, incómodo, mas no lo hizo. Le había agradado que le escogiera durante la marcha para compartir el placer de sus

cuerpos. Pero no se engañaba: una cosa eran putas de calle en una lujosa casa conquistada, otra era dejarse ver con ellas en el campamento. Se habían aliviado mutuamente, pero todo aquello quedaba atrás, con la marcha. Y en cuanto tomaran Pelusio, no debía dejar que Filotas confundiera con celos la misión que en secreto le encomendó Parmenión. Si es que conseguían entrar. Aquella situación no le gustaba.

—¿No deberían haber salido a recibirnos? —preguntó—. Según me dijiste, mientras estuvimos en Gaza Alejandro ya se había asegurado que la entrada a Pelusio sería pacífica. Si deciden atacar, el campamento está a tiro. Ya sabes que las flechas persas alcanzan más distancia que las nuestras.

—Leandro…, podrías ser un gran general, pero necesitas más visión política.

—¿Y si es una trampa? Nos atraen hasta el Nilo para pasar el invierno y, en verdad, nos entretienen con una campaña inesperada para que a Darío le dé tiempo a rehacer su ejército y atraparnos aquí.

—Bueno —suspiró Filotas con resignación, apartándose del cuerpo de Leandro—, Alejandro está algo molesto, cierto. Pero se mantiene optimista. Aprovechará para asearse y ponerse sus mejores galas antes de entrar como un gran conquistador. ¿O es que desconfías de nuestro rey?

Leandro miró a Filotas y detectó en sus ojos un brillo expectante ante el que no pudo evitar un escalofrío.

—Desconfío del enemigo.

—Claro. Pero mira allá.

Señaló hacia un ángulo de la muralla. Algunos borricos bien cargados avanzaban hacia ellos conducidos por hombres de torso descubierto, vestidos tan solo con aquellos faldones egipcios.

—No me parece una comitiva de bienvenida —señaló Leandro exasperado—. ¿Es que no saben lo que pasó en Gaza y en Tiro? Si Alejandro se lo toma como una burla…

—Son comerciantes. Y las puertas no deben estar tan selladas como parecía cuando pueden salir tranquilamente a hacer negocio, ¿no crees? Nosotros somos oficiales y no podemos saber más que el descendiente de Heracles, ¿verdad?

* * *

Las gruesas paredes, sin apenas oberturas para protegerse del sol, estaban decoradas con idílicas escenas de la recolección del lino. Sus vivos colores refulgían a la luz de las teas y representaban campesinos sin barba, prácticamente desnudos, tan estilizados que a Mazaces le parecían grotescos e incluso afeminados. Y sin embargo, durante el tiempo que había sido sátrapa de Egipto, tales ornamentos jamás le habían causado aquel rechazo. Pero ahora, incluso el respaldo de la silla era demasiado recto, los brazos coronados por la cabeza de sendos leones le resultaban molestos y el cojín, relleno de plumas, le daba calor.

Apretó el puño de su mano derecha y miró por la ventana, apenas un hueco estrecho y alargado. Al principio, el contraste de la penumbra con el luminoso día no le dejó ver más que sombras, pero en cuanto sus ojos se adaptaron, entrevió a un gato saltando por una de las terrazas de palacio. Sonrió con amargura. Poco menos de doscientos años atrás, el gran rey persa Cambises II había tomado la fortaleza de Pelusio arrojando gatos por encima de las murallas. Los egipcios, entonces, habían huido por miedo a que estos perecieran, puesto que los consideraban símbolo de la diosa Bastet, especialmente adorada en la ciudad. Ahora, aquella artimaña no le valía de nada, pues eran los persas quienes debían rendir Pelusio. ¿Por qué se había dejado convencer?

Un carraspeo lo sacó de sus pensamientos y miró a Amminapes, cómodamente sentado en una silla de tijera con el respaldo algo inclinado y ostentosamente recargada con motivos de oro y marfil. El oficial se acariciaba la larga barba negra con brillos de polvo dorado mientras lo escudriñaba con sus ojos oscuros.

—Los recibiré en la *apadana* —resolvió al fin Mazaces con un suspiro resignado.

Amminapes se incorporó. Apartó el *kandy* rojo con borde color azafrán que le caía sobre los hombros, alargó el brazo hacia la pequeña mesa con forma de flor que los separaba y tomó el vaso con zumo de granada que les habían servido y que el sátrapa ni había probado.

—Me parece que la sala hipóstila no es el lugar más conveniente, mi señor —respondió Amminapes. Luego dio un sorbo del jugo, que le enrojeció los labios—. No creo que eso agrade al rey Alejandro; sería un insulto. Lo recibirías como si tuvieras poder, y se trata de rendirle Egipto.

—Pero puedo conservar algo de dignidad.

—El objetivo es conservar la vida. ¿O acaso no has oído lo que le pasó a Batis en Gaza?

—Aún estamos a tiempo. Podría ordenar que inundaran tierras y canales navegables, como hizo Nectanebo I cuarenta años atrás. Fernabazo de Frigia tuvo que retirar la flota sin tomar la ciudad.

Amminapes dejó el vaso de nuevo sobre la mesa en un esfuerzo por controlar su impaciencia. Aun así, no pudo evitar la dureza en su tono al responder:

—Nectanebo era egipcio, y nosotros no. Ya lo hemos hablado. ¿Cuánto tardarían los egipcios en rebelarse contra los persas si nos saben hostigados por el ejército macedonio? Tendríamos que luchar en dos frentes. Y perdimos demasiados hombres en Issos cuando Darío nos hizo llamar.

—Hablando así no me extraña que perdieras el favor de Artajerjes.

—Solo soy sincero, mi señor Mazaces. Y justamente por perder su favor acabé en la corte de Filipo, padre de Alejandro. Sé lo que me digo.

—Pero los egipcios no saben cómo es Alejandro, no saben cómo son los macedonios. ¿Acaso no vienen aquí por las riquezas del Nilo, como nosotros?

De pronto, el mayordomo de Mazaces irrumpió en la sala. Venía sin resuello y, aun así, logró decir:

—Mi señor, han abierto una de las puertas de la ciudad.

—¿Quién?

—No se sabe, mi señor. Han salido algunos comerciantes. Pero había una turba en la puerta y nuestros hombres no fueron suficientes para frenarlos.

Mazaces hizo un ademán al mayordomo para que se retirara, y en cuanto este dejó la sala, Amminapes señaló:

—Te lo dije, dos frentes. Nunca nos han querido aquí y no perdonan el saqueo de sus templos por parte de las tropas de Artajerjes. ¿No es mejor que lo recibas tú primero? Deberías apresurarte a salir con una pequeña escolta ya.

—¡Eso ni hablar! —exclamó Mazaces golpeando el brazo de la silla con el puño.

—No te matará, al contrario. Te honrará a sus ojos por tu valentía. Yo me ofrezco a ir en ella.

—¡Y me humillará aún más a los ojos de mis súbditos! —Mazaces pensó en los nobles persas, altos funcionarios que regían la satrapía. Algunos le habían acompañado, pero otros de indudable poder, como Arash de Ecbatana y muchos de los partidarios del anterior sátrapa, habían rehusado. Si quería asegurar que siguieran acatando sus órdenes, incluso la de entregar el poder al enemigo, debía actuar en consecuencia. Se puso en pie y, sobre todo para convencerse a sí mismo, aseveró—: ¡Soy un sátrapa nombrado por Darío! Si he de salir yo a su encuentro, lo haré con una compañía de infantería.

* * *

Sentado en su *thronos,* Alejandro apretaba las cabezas de león talladas que decoraban el extremo de los reposabrazos mientras observaba a Filotas de reojo. El comandante de los Compañeros de Caballería era el único que permanecía tranquilo, con la mirada perdida entre las telas de la tienda del rey. Y eso que era hijo de Parmenión, que había mostrado su desacuerdo con el rey tras la batalla de Issos. Sus generales más cercanos, Tolomeo, Pérdicas, Antígono… miraban tensos al monarca, mientras algunos otros de los más veteranos y sus pupilos parecían luchar por hacer oír su voz. Que si el campamento estaba demasiado cerca, que si los comerciantes y campesinos de la ciudad eran un señuelo… ¿Se habían atrevido a comportarse así ante Filipo? Alejandro todavía recordaba la mirada de su padre, más dura aún si cabe con su único ojo, el cabello encrespado, la piel cuarteada por el sol y las batallas, y su voz amenazante: «No la elijas a ella. Te arrepentirás si te vas con Olimpia». No, sin duda Filipo no hubiera consentido aquello.

—¿Acaso no confiáis en mí? —habló por fin Alejandro, con voz suave pero contundente. El silencio se apoderó de la tienda mientras miraba uno a uno a los mandos de su ejército—. Yo os he traído hasta aquí, victoria a victoria. Y ahora Egipto va a ser nuestro.

—¿Y para qué? —murmuró Peucestas.

La mirada del rey se clavó en él y enseguida se dio cuenta de que lo que pretendía ser un pensamiento había sonado demasiado alto. Hacer suya la tierra de los faraones y una de las satrapías más ricas de Persia debía ser más que suficiente para haber superado la sombra de su padre, a pesar de ser el creador de la temible falange macedonia, dominador de *poleis* egeas… Le costaba creer que aún hubiera entre sus generales algunos que no se dieran cuenta de cuánto más allá habían ido. Pero Hefestión tenía razón, había quien solo quería ver ya cumplido el encargo de la Liga de Corinto, sin percatarse de que solo había una manera de cumplirlo definitivamente. No valía la pena perder el tiempo con explicaciones para quien no tenía oídos para ellas, y menos en aquel momento. Ya se lo mostraría cuando se apoderaran de Egipto. Alejandro sonrió y dijo en tono irónico:

—Cubrirse la retaguardia no es una estrategia demasiado complicada de entender para un general de tu experiencia, Peucestas.

Filotas fue el primero en reír, y pronto todos se le unieron, el rey el primero. Alejandro, agradecido por haber relajado el ambiente, se preguntó si el joven comandante había discutido con su propio padre como él mismo hiciera con Filipo. Quizá estaba más cerca de Filotas de lo que creía. Al fin y al cabo, Filipo y Parmenión representaban lo mismo, y ellos veían el mundo con otros ojos.

De pronto, Hefestión entró en la tienda sonriente.

—Ya está aquí.

Las risas se interrumpieron, pero la sonrisa de Alejandro no desapareció. Asintió mientras hacía una señal a sus generales para que dejaran espacio en el centro. Al poco entró en la tienda un persa ataviado con un *kandy* rojo. Llevaba las mangas puestas, como los persas se presentaban ante su rey, sobre una camisa color azafrán. Se quitó la tiara amarilla en señal de respeto, hizo una reverencia y se mantuvo con la cabeza inclinada ante Alejandro de Macedonia.

—¿Y bien, Amminapes? ¿Algún problema? A estas alturas pensaba que todo estaría resuelto.

—Lo está, mi señor. Solo había dudas respecto al modo de hacerlo.

—Creí que era algo sencillo. Ya sabes que soy amable con quien no presenta batalla, generoso con quien ayuda a ello. Pero esos arqueros en las murallas…

Amminapes suspiró y por primera vez alzó la mirada. Alejandro, de reojo, vio cómo algunos de sus generales se revolvían nerviosos.

—Saldrá, depondrá las armas, pero…

—Todos fuera —interrumpió Alejandro—. Quiero al ejército en formación para desfilar.

Los generales, incluso los más cercanos a él, se miraron extrañados. Pero Alejandro se reafirmó con un gesto. Solo Hefestión permanecería a su lado. Si aquello no salía como había dispuesto, no quería que los oficiales lo oyeran. Nada debía empañar aquella victoria sin armas. Esta le evitaría que en el futuro alguien se atreviera a mostrar desacuerdo con sus decisiones, entendieran o no la razón. Era esencial para sus planes, y lo que más le agradaba era que lo lograría sin la brutalidad y el temor que despertaba Filipo. Filotas fue el primero que salió de la

tienda, seguido por el resto, y Alejandro se relajó en su *thronos.*

* * *

Voces alborozadas y risas se imponían por encima de los relinchos y coceos de los caballos, y una muchedumbre se arremolinaba al costado del campamento, ajena a las puertas cerradas y los arqueros que guardaban la imponente muralla. Incluso hasta allí se habían aproximado los pocos comerciantes que seguían al ejército. Campesinos y pescadores de Pelusio se habían situado con sus mercancías en la primera línea que recibiría las flechas si se decidían a atacar al ejército desde la ciudad, pero esto apenas tranquilizó a Leandro. La distensión que embriagaba a la tropa le preocupaba. La magra dieta que normalmente podían permitirse se veía de pronto alegrada por abundante cerveza, dátiles e higos secos e incluso pescado, fresco y en salmuera, que aquellos egipcios, dichosos, casi regalaban al ejército invasor.

De pronto resonaron unas trompetas desde las murallas y las voces alborozadas del mercado cesaron. Todos se volvieron hacia las puertas de la ciudad. Junto a los arqueros, que permanecían con los arcos bajados, habían aparecido tres soldados que embocaban los instrumentos con estridencia. Pero al mismo tiempo sonaron los *salpinx* llamando a formación. La tropa macedonia corrió a sus tiendas en busca del armamento, mientras los comerciantes se apresuraban a recoger las mercancías. Leandro sintió que sus músculos se tensaban, como si quisieran recordarle que no era una estatua, que seguía vivo, mientras miraba a su alrededor. Pronto vio a Filotas avanzar a grandes zancadas, con el casco entre las manos y el semblante sombrío.

—Escuadrones, formad. Leandro, el tuyo irá primero. El escuadrón real se incorporará cuando todos estéis listos, y luego los oficiales os uniréis a nosotros.

Las trompetas y los *saplinx* habían cesado y los grandes portalones de madera crujieron con un penetrante chirrido de los enormes goznes. Acompasados, los cascos de los caballos resonaron en el suelo y, por detrás de la muralla que circundaba la puerta, aparecieron las monturas de la caballería pesada, con los animales y sus jinetes cubiertos con armaduras de escamas. Sobre sillas de montar de madera, rígidas, marchaban tocados con sus cascos de bronce. Portaban los escudos en el brazo que sujetaba las bridas y, con la otra mano, aferraban una lanza. De la cintura prendían espada y daga de un lado, arco corto del otro y, a la espalda, el carcaj bien cargado de flechas. Los comerciantes egipcios dejaron sus borricos y buscaron refugio entre las tiendas del campamento, mientras Leandro se apresuraba hacia su primo, a punto ya de subir a su caballo.

—¿Vamos a responder a eso con un desfile? —le preguntó incrédulo.

—Son órdenes del rey —respondió mirando a todos los hombres a su alrededor. Luego se acercó a él y le susurró—: Y no le gusta que le contradigan, te lo aseguro. Él disimula, pero el día que estalle…

Le dio una palmada en el hombro y se subió a su caballo. Sin entender lo que sucedía, Leandro se dirigió a su heraldo para que transmitiera las órdenes entre los suboficiales del escuadrón. Entre tanto, la caballería pesada persa se había detenido, formando una hilera doble frente al campamento. No llegaban al centenar, aun así a Leandro le inquietaban. Por detrás de ellos, salió un carro con relucientes ruedas de haces, tirado por cuatro caballos bayos. Leandro miró hacia la tienda real. Todos los guardaespaldas, excepto Hefestión, la rodeaban, pero no parecía haber alarma entre ellos.

La infantería macedonia ya estaba formada, a la espera de que los Compañeros de Caballería ocuparan su lugar por delante. Pero de las puertas de la muralla ahora salían soldados con el cuerpo cubierto por recias armaduras laminadas y protegidos por largos escudos rectangulares. Por encima refulgían al intenso sol las tiaras blancas y las puntas de hierro de las lanzas. En unidades de diez, se iban colocando alrededor del carro.

Con cierto alivio, Leandro vio a su escuadrón listo. Se puso el yelmo que le tendía su palafrenero y montó sobre su caballo. Luego, lanza en mano, avanzó por el campamento, seguido por más de doscientos jinetes. Tras ellos, los otros cinco escuadrones de los Compañeros de Caballería, los cascos de cuyos caballos acallaron los pasos de los soldados persas que no dejaban de salir.

Leandro dio la orden de alto al llegar a la altura de Filotas, que estaba frente a la formación enemiga. Llevaba la coraza de bronce, que le protegía más, pero iba sin la lanza, cosa que no agradó a su primo.

—Estás muy tenso.

—Y tú muy tranquilo, aunque no hay quien entienda la táctica. ¿No tendríamos que dividirnos para atacar los dos flancos y dejar sitio a la falange por el centro?

Filotas asintió.

—En una batalla, puede, pero esta es la táctica del triunfo. Ordena a tu escuadrón que abra paso.

Leandro así lo transmitió. Mientras las primeras filas obedecían las órdenes, sonaron de nuevo los *salpinx*. Se abrió un enorme pasillo entre la caballería, con las monturas mirando hacia el centro, y al fondo, de frente, apareció el escuadrón real en formación, con Alejandro entre sus siete guardaespaldas. Llevaba el yelmo con cabeza de león y sus dos penachos se agitaban con la brisa, mientras su coraza dorada refulgía al sol.

—¿De verdad creías que íbamos a entrar en batalla, Leandro? Vamos, mira al enemigo.

Leandro así lo hizo. Habían dejado de salir soldados persas y a lo sumo había una compañía de cien rodeando el carro de guerra, al que solo precedían dos unidades de diez jinetes de caballería pesada.

—Vale, una escolta, muy bien armada, por cierto. Pero si el rey sabía esto, ¿por qué no hacernos formar desde el principio?

—Eso sería como decir que esperamos que nos rindan pleitesía, y Alejandro no espera —Filotas soltó una carcajada—. ¿Acaso lo hubieran hecho Aquiles o

Heracles, por no hablar de su padre, claro?

El rey de Macedonia pasó por delante de ellos y el comandante de la caballería, por detrás de los generales, se unió a la comitiva. Leandro clavó los talones en su caballo para unirse a la formación mientras los jinetes persas abrían paso. Aunque eran pocos, a Leandro aquello le pareció una temeridad, otra más del monarca, que se mostraba dispuesto a avanzar entre aquellos hombres hasta el carro. Sin embargo, se detuvo antes, alzando la mano para que sus caballeros hicieran lo mismo.

Se hizo un silencio denso. Del carro, con los cuatro caballos piafando, descendió un hombre cuyos largos rizos sobresalían por debajo de su tiara amarilla y se unían con la espesa barba. Sus botas, ricamente ornamentadas sobre los pantalones azules, pisaban con firmeza y los hombros permanecían erguidos. Bajo el *kandy* púrpura, ondeando a la espalda, llevaba una camisa roja ajustada por un cinturón de cuero y pedrería del que pendía la funda de la espada, cuya empuñadura emitía brillos plateados.

Mazaces, sátrapa de Egipto, se detuvo en medio de su caballería. Atrajo el *kandy* hacia sí y se puso las mangas. Desenfundó la espada y clavó una rodilla en el suelo, depositando el arma ante Alejandro. Al instante, los jinetes persas desmontaron e imitaron a su señor, y los soldados dejaron escudos y armas en el suelo. De pronto, los vítores estallaron desde las murallas, de donde caían flores para dar la bienvenida al nuevo faraón. Leandro se sintió impresionado: jamás les habían recibido así, como vencedores, sin haber luchado.

19

Las ramas de canela se distinguían a través del tejido de cáñamo de los sacos y, por fortuna, ninguno se había roto. Mudads se agachó ante su cargamento, acarició el suelo de madera y examinó el polvo que había impregnado sus dedos. Sin duda, la carga no había salido indemne del largo viaje. Algunas de las ramas de la especia debían de estar trituradas, estaba seguro, pues pequeños corpúsculos se filtraban hacia afuera. El viejo comerciante se apoyó en el suelo para ayudarse a ponerse en pie. Habría que tener mayor precaución que nunca al descargar. Eso era todo. Sus planes no correrían ningún peligro siempre que sacara los fardos del puerto sin que ninguno cayera al suelo. Para ello, resultarían mejor los borricos que los porteadores.

La mañana avanzaba plácida y los remos en contacto con el agua la invadían con una cálida percusión que parecía rendir homenaje a Hapi, el dios del Nilo. Los lotos flotaban en las orillas y los campos sembrados anunciaban ya los primeros brotes. Mudads aspiró el aire con fruición. Asenet aún no se había levantado y la imaginó dormida de costado sobre su esterilla de lana, las piernas recogidas y las manos bajo la mejilla. Desde que le recordó, cortante, que ella no era una mercancía, no se levantaba al amanecer, sino que parecía alargar sus sueños, aunque por su rostro cansado, Mudads intuía que a menudo la asaltaban pesadillas. Pero no la despertaba jamás, pues la prefería dormida, aunque sufriera, que provocando por la cubierta. Sí, porque era eso lo que hacía: provocar. Si no, ¿cómo debía entender su insistencia en permanecer sentada en la escalera, frente al timonel, después de advertirle de cómo la miraba este? La expresión altiva de Asenet tras el aviso lo decía todo. Pero él no había caído en la trampa. Era perro viejo, ya se había divorciado una vez, conocía a las mujeres. Por eso, y aun con lo que opinaba sobre aquello, se había abstenido de hacerle ningún comentario. Y así la había ablandado y habían vuelto a entablar conversaciones en las que él le hablaba de Menfis, de su hogar, el que pronto compartiría con ella. No le pareció despertar demasiado entusiasmo en la joven, pero todo era cuestión de que lo viera con sus propios ojos. Sabía que, al fin y al cabo, el cocodrilo no espanta a su presa, sino que se mantiene oculto hasta tenerla a su alcance.

Sonriente, se volvió hacia la proa. Al este, el sol desplegaba sus rayos oblicuos y, ante lo que se dibujó en sus ojos, el corazón le dio un vuelco. En las orillas, el loto empezaba a dar paso al papiro, con sus cañas coronadas por finas hojas en ramillete. El río, hasta entonces una franja generosa en el centro de un valle lineal

donde la aridez siempre era frontera, se abría en un abrazo de torrentes divididos y colonizaba el horizonte en una planicie verde, inmensa, que llenaba la vista y el corazón. El tráfico de barcos había aumentado, e incluso vio las barcazas de recreo de algunos nobles. Y allí, ante sus ojos, como ofrenda a Ptah, se extendía la ciudad que abría la puerta al alto Egipto. Mudads sintió como una ola en sus entrañas la ilusión de una nueva vida, su recompensa tras, al fin, el último viaje a Myos Hormos. Todo estaba al alcance de sus manos. Y era el momento que había esperado para verlo también en los ojos de ella. Como un joven que descubre el amor, el comerciante corrió hacia la caseta de cubierta y la halló durmiendo en la misma postura que había imaginado. Se arrodilló a su lado, le acarició el hombro, dejó caer la mano hacia la cadera y musitó:

—Despierta, Asenet, despierta.

* * *

No oyó la voz. Solo sintió un tacto extraño sobre su hombro que se deslizó por la espalda y reaccionó con plena conciencia, sin abrir los ojos. Asenet metió una mano entre los pliegues de la esterilla de lana y agarró el mango de la daga. Entonces distinguió la voz de Mudads en un murmullo dulce y se puso bocarriba para detener el recorrido de aquella caricia, desperezándose como si no hubiera pasado nada.

—Estamos llegando —anunció el viejo comerciante con los ojos iluminados—. Solo quería que lo vieras. ¡Es tan hermosa!

Asenet se incorporó.

—¿Menfis?

Mudads asintió con una sonrisa que hizo más profundas las arrugas de su rostro. La tomó de la mano y la invitó a levantarse. Ella aceptó, pero una vez en pie, lo soltó y se limitó a seguirlo.

Al salir a cubierta, la luz del sol matinal la cegó hasta llegar a la proa, dejándole tan solo ver sombras y siluetas del propio barco. Sonidos mezclados y confusos se elevaban como una burbuja pletórica de actividad entre brumas de aromas en cadencia que se arremolinaban en su nariz. Ya no era la humedad del limo fresco, ni la vegetación que lo rodeaba. Era una ebullición que partía de la canela amontonada a su lado para dispersarse en un mar de sutilezas acres, dulces, amargas, saladas, especiadas… Incluso le pareció oler la mirra de su hogar. Los pálpitos de su corazón se hicieron profundos y acelerados. ¿De dónde provenía? ¡Era imposible que pudiera distinguirla entre aquella amalgama! ¿Acaso era el olor de sus anhelos? Se llevó las manos a la cara para calmarse y entonces halló la fragancia de la mirra en sus dedos, que habían acariciado por la noche la piedra que Matsimela encontró en Myos Hormos. Aspiró con fuerza, retiró las manos y entonces se dibujó ante sus ojos.

Ninguna de las ciudades que había visto a lo largo del río la habían preparado

para aquello. Asenet sintió que le temblaban las piernas ligeramente, pues el Nilo les llevaba hacia una masa de edificios de arenisca y adobe, viva, crepitante como un fuego, como el aceite que desprendía la mirra al quemarla en el altar de la diosa. Las copas de los árboles apenas eran manchas de color entre rojos, azules, púrpuras y amarillos en tantos tonos que herían sus ojos desde los edificios más altos. Estos ensombrecían las casas pequeñas, cocidas al sol, muchas de varios pisos, siempre amontonadas en bloques que no dejaban intuir calles que las separaran. Con cierta sensación de vértigo, se preguntó si vería el horizonte desde allí dentro, mientras la nostalgia asomaba con el recuerdo del paisaje desde las murallas de su palacio: la aldea diáfana, los árboles de mirra, la sabana… Pero la reminiscencia pronto se esfumó cuando percibió, abruptas, las majestuosas murallas del templo sobre las que parecía arremolinarse la abigarrada ciudad. Los banderines que desde los pilones de las puertas anunciaban la casa de los dioses se mecían con una suave brisa, ajenos a la algarabía que se extendía a sus pies. Del interior del recinto sobresalía el espacio aparentemente vacío entre imponentes torres y estilizados obeliscos cuyas puntas doradas refulgían al sol buscando acariciar el cielo.

—El templo de Ptah, creador de los *nomos,* las ciudades, los templos… —murmuró Mudads a su lado.

Asenet sintió la mirada del viejo comerciante, pero no se volvió. Con una mezcla de esperanza y temor, solo pensó en la magnificencia de los dioses del Nilo, que habían movido a los hombres a erigir aquello que parecía imposible. ¿Y si Arash, en verdad, creía en todo lo que le había contado como Badru? Su corazón necesitaba que no fuera un impostor, aunque eso le hiciera capaz de haber matado a Matsimela por ella. Por primera vez en su vida, mientras la nave bordeaba la ciudad entre numerosos barcos de tamaños diversos y gritos que pedían paso, Asenet deseó ser de verdad una elegida de la diosa de la mirra. Necesitaba desesperadamente su guía. ¿Acaso distinguir su aroma al salir a cubierta había sido una señal para sosegarla?

—Ahora nos acercaremos al puerto para desembarcar. Supervisaré cómo descargan y tomarán nota para los tributos. Esto me ocupará un tiempo, pero haré que te lleven a mi casa para que no tengas que esperar.

Asenet sintió el impulso de declinar la oferta, mas se dio cuenta de que Mudads no lo había ofrecido, sino que lo había anunciado. Y aun así, no objetó nada. No tenía ánimos, estaba fuera de su mundo, y necesitaba a aquel hombre. El viejo comerciante le dirigió una amplia sonrisa a la que ella se esforzó por responder. Luego él se volvió hacia su preciada carga mientras Asenet contemplaba como se acercaban al puerto y se recriminaba que, después de todo, le costara tanto devolver una sonrisa.

En el viaje, Asenet había buscado distanciarse de él. No quería alimentar el impulso sobreprotector del hombre, que le recordaba a la peor época que había vivido con Donkor. Tras la muerte de Dakarai, llegó a limitarle tanto los movimientos que apenas podía jugar en la corte. A medida que fue creciendo, Asenet sintió la necesidad de desligarse de las ataduras a las que el miedo de su

padre la sometía y, con doce años, aunque no fueran actividades propias de chicas, se dedicó a entrenarse con las armas, ahuyentar hienas o salir de caza, siempre a escondidas. Cuanto más temeraria fuera la acción, más libre se sentía. Se daba cuenta de que en el barco, aunque sin palabras, su primera reacción había sido desafiar a Mudads, como si la historia se repitiera.

Hasta que recordó a Matsimela. El miedo reflejado en sus ojos era lo único que de pequeña la hacía entrar en razón. Y ahora que su padre no estaba, a su mente acudía con una nitidez inquietante la sombra de la misma expresión en los ojos de Donkor cuando la reñía severamente o la castigaba por sus escapadas. Pero su padre no obtuvo la misma respuesta que Matsimela hasta que la aceptó como su heredera y la cargó de responsabilidad. Por eso al final había acatado la protección de Mudads, pues a pesar de las advertencias de Matsimela, este solo había pretendido ayudarla y, dejándose ayudar, Asenet sentía que, de alguna manera, daba sentido a las enseñanzas de su padre y allanaba el camino hacia las repuestas que necesitaba para hacer justicia. Pero, aun así, ¿por qué le costaba tanto?

Los gritos del capitán la sacaron de sus pensamientos mientras los remeros maniobraban con destreza para poner el barco de costado. Lo acercaron al muelle, la pesada piedra que hacía de ancla cayó y enseguida el timonel tendió el puente. Al otro lado se extendía un mercado que convertía al de Gebtu en un puñado anodino de puestos. Además de mercancías que reconocía de la caravana comercial que la había traído hasta allí, la comida era tan abundante que Asenet sintió que su olfato se saturaba entre las liebres y codornices vivas, o los pedazos de buey y cerdo sobre los que pululaban las moscas. Había huevos de oca, pato y gallina, quesos, percas, carpas y salmonetes frescos, secos o en salmuera, grano, dátiles, higos, uvas, almendras y multitud de hortalizas. La joven jamás había visto a tanta gente junta, deambulando entre los puestos, examinando las mercancías, regateando a gritos, alabando a sus dioses, maldiciendo al vecino. Impactada, bajó del barco y miró hacia la cubierta. Mudads hablaba con Abasi, quien, con los brazos cruzados sobre el pecho, asentía con la cabeza inclinada sin mirar a su señor directamente a los ojos.

Asenet dejó el barco atrás y se introdujo entre los puestos más cercanos, repletos de especias: comino, canela, romero, mostaza, semillas de lechuga, mejorana…. Apenas si podía abrirse paso entre la gente que caminaba mezclada con borricos, ganado y gatos callejeros. De pronto se topó con un mandril a sus pies que, en un gruñido, le mostró sus largos colmillos. Iba atado por el cuello a una cuerda cuyo extremo sostenía un hombre que le dijo:

—Abra paso a la autoridad.

Asenet, inquieta y rígida ante el animal, se apartó a un costado y quedó pegada a una viejecita menuda.

—Acabas de llegar, ¿eh? No te preocupes, muchacha, estos funcionarios de la ley siempre son así.

La joven esbozó una sonrisa forzada a la anciana, que enseguida siguió su camino, y suspiró en un intento de disolver su propia tensión. Aspiró el aire, cerró

los ojos, pero en aquella mezcolanza de olores era incapaz de localizar ningún rastro de incienso. Entonces sintió que alguien le sujetaba el hombro por detrás y se llevó las manos al costado en busca de su zurrón mientras se volvía con rapidez.

—Menos mal que no te lo has traído, ¿eh? —Abasi la miraba con su bolso alzado ante él—. Hay mucho ladronzuelo suelto por aquí. Tienes a Mudads histérico. Es peligroso alejarse.

Ante Abasi no tenía por qué forzar una sonrisa, por lo que respondió con sequedad:

—Sé defenderme sola.

—¿Sin tu daga? —El mayordomo, con una sonrisa altiva, la sacó de entre los pliegues de su túnica—. La encontré bajo tu estera. Interesante. Aunque claro, con tanto hombre y tu precioso cuerpo… En fin, lástima que no te pueda escoltar a la casa del viejo. —Se acercó a ella hasta que su torso rozó sus senos y añadió—: Me encantaría compartir contigo el camino a solas. Como no es el caso, mejor que vayas protegida.

Le dio el zurrón, que Asenet tomó con un tirón para dar enseguida un paso atrás mientras Abasi la recorría con una mirada cargada de deseo.

—¿Acaso no temes a tu señor?

Él soltó una carcajada.

—¿Al viejo? Sé demasiadas cosas de él para temerlo. En cambio, tú…

20

Estaba incómoda. Y no era por hallarse allí tumbada y desnuda, ni por sentir como si la estuvieran frotando con un trozo de tela basto, sometida a las manos desnudas de Annipe, que untaba con fuerza todo su cuerpo con una mezcla de polvo de alabastro, sal y miel. Se sentía presa de un plan que ella no había trazado.

Poco antes, escoltada por dos esclavos del viejo comerciante, había atravesado estrechas calles donde se mezclaban el hedor de animales con el de orín y heces humanas, entre casas apretujadas, de ínfimos patios y muros precarios. Aunque las gentes con las que se cruzaban andaban con lozanía y despedían aromas florales, Asenet tuvo una sensación opresiva, incapaz de ver paisaje alguno más allá de la ciudad. Luego embocaron una calle amplia, en la que se sucedían grandes murallas coloreadas, de esquinas decoradas en verde, como si imitaran plantas trepadoras. Fue consciente de entrar en otro mundo, donde fluía un ambiente fresco, pausado y luminoso, reservado a unos pocos cuyas casas apenas se entreveían entre los tupidos jardines, alejadas unas de otras, con intimidad y espacio para el recreo. Al poco se detuvieron ante una enorme puerta de madera frente a la que aguardaba Annipe, una joven doncella menuda, de nariz aguileña, abultados pechos y sonrisa diáfana. Tras el saludo formal, la acogió con extrema amabilidad mientras las puertas se cerraban a su espalda, y la condujo por el jardín.

Manzanos, perales, cerezos, melocotoneros, algarrobos e higueras bajas crecían conformando un bosquecillo ordenado por caminos bordeados de granados, enebros y algún tamarisco. Preocupada por el comentario de Abasi en el puerto, Asenet no se dejó impresionar por la ostensible riqueza de Mudads desplegada en el jardín, ni cuando bordearon un lago, pequeño para las dimensiones del Nilo, enorme para una joven como ella, que provenía de una zona árida. Papiros, juncos y mandrágora crecían en las orillas y, entre los lotos en flor, se veían las sombras de peces que dejaban sus ondas en el agua.

—Al señor le gusta relajarse con la pesca. Es muy hábil con el anzuelo y el sedal —le había señalado Annipe con voz engolada.

Y luego llegaron a los pies de la casa, bordeada de flores. Dos majestuosos sicomoros extendían su sombra sobre la puerta y, en la pared, un enorme jazmín regalaba su fragancia. La vivienda se elevaba en tres plantas de paredes rectas, sólidas, con estrechas ventanas, y a Asenet le recordó el arcón de madera que su hermano había agujereado para esconder a una cría de licaón. Se la habían encontrado perdida por el campo y el animal se empezó a lamentar en cuanto

cerraron la tapa. Había sido la única vez que había visto a Matsimela enfadado, riñéndole por condenar al cachorro a la oscuridad. La joven entró en la casa con un suspiro, rogando a la diosa de la mirra no llegar a sentirse como aquel animalillo.

Annipe la condujo a la segunda planta y entraron en uno de los aposentos. Enseguida la invadió el aroma de un ramo de lirios, elevado desde el suelo por ramas de almendro en flor y tamarisco, y atado con un delicado tallo de papiro. Al lado, la cama era más majestuosa que aquella en la que durmió en Gebtu, y sus patas imitaban a las de una grácil gacela. Por doquier había soportes de madera sobre los que reposaban vistosos jarrones y numerosas lámparas de aceite que, dada la poca luz del estrecho ventanal, iluminaban las paredes, pintadas con escenas que ella misma había visto en el Nilo durante la travesía. El conjunto le pareció un intento de rescatar la luz y la naturaleza que la misma casa ocultaba y, a pesar de su vistosidad, le pareció triste. En su palacio, las habitaciones eran confortables, solo para dormir, y la vida siempre transcurría fuera. Pero Annipe no le dejó ahondar en sus pensamientos.

—El señor ha ordenado que te cuide. Tu piel está muy seca, sin duda por el viaje. Pero lo vamos a solucionar.

Y fue así como la hizo desnudarse y acabó en la cama, sufriendo aquellas friegas que raspaban su piel. Cuán lejos estaba de la suavidad con la que Badru había acariciado sus labios para protegerlos del sol.

—Nunca había tratado una piel negra. Apenas nada de vello. Y eres más hermosa que la antigua señora —le dijo la doncella mientras frotaba sus senos con aquel ungüento.

La preocupación de Asenet se incrementó, pues jamás Mudads se había referido a una esposa, ni cuando iba a la corte de Donkor. Por ello preguntó:

—¿Y dónde está su mujer ahora?

—Se mudó al otro lado de la ciudad en cuanto se divorciaron.

—¿Divorcio?

—Sí, rompieron el matrimonio. Y ella había aportado una villa y bastantes riquezas cuando se casaron. Así que se le devolvieron y ahora vive muy bien, con los hijos del señor —Asenet se puso tensa mientras la doncella se agachaba y sus manos descendían por sus piernas—. ¿Te disgusta el masaje? Te dejará la piel muy fina y suave, ya verás.

Asenet no respondió, pues se le agolpaban las dudas. ¿Cuál era el plan de Mudads? ¿O acaso su recelo hacia él era el reflejo de lo que no había sabido ver en Badru, a pesar de las advertencias de Matsimela?

El ungüento de alabastro, sal y miel solo había sido el principio. Enseguida Annipe la bañó en una sala contigua. Le hizo levantar los brazos, le aplicó otra untura y, con una navaja, eliminó el vello de sus axilas. Luego pretendió aplicarle lo mismo al que crecía entre sus piernas. Asenet la frenó sujetando su mano y preguntó en tono seco:

—¿Esto es habitual aquí?

—Elimina olores y, según las preferencias en el lecho de… —Annipe se

revolvió incómoda y Asenet la soltó—. Yo solo sigo órdenes. Al señor no le va a gustar si no…

—No te preocupes. No tiene por qué enterarse y, en todo caso, le diré que me obedecías.

La muchacha asintió y recuperó su sonrisa mientras la secaba con una pieza de lino suave y fina. A la mente de Asenet acudió el recuerdo de las miradas de deseo de los hombres de la caravana. Annipe la condujo de nuevo a la cama para hacerle un masaje con un aceite que emanaba olor a loto y moringa, pero a Asenet le costaba relajarse. Seguía lejos, en las acampadas del desierto. Allí, que pensaran que ella era una posesión de Matsimela la había protegido. ¿Qué la protegería en Menfis? ¿Mudads? Su antiguo maestro la había prevenido acerca de él, y, aunque sin detalles, no podía ser tan ciega como lo fue con Badru, Arash o como se llamara. Por mucho que el anciano la presentara como una dama, estaba a su merced, y de él solo sabía con certeza que era un comerciante. ¿Y si pretendía embellecerla para venderla, a más valor como princesa de Punt? ¿Cómo demostrar que ella no era de su propiedad?

Acabado el masaje, Annipe le aplicó en las axilas otro aceite de piedra de alumbre, que desprendía aromas de olíbano y mirra, y solo esto último le devolvió su determinación. Quizá Mudads solo le estaba brindando las atenciones que correspondían. Al fin y al cabo, por mucho que Matsimela la hubiera instruido sobre Egipto, jamás había vivido entre egipcios. Seguro que eran sus dudas sobre Badru las que la hacían recelar ya de todo.

Justo cuando se enfundaba en un vestido de color marfil que apretaba en demasía sus senos y le venía grande en la cintura, Mudads entró en los aposentos, oliendo a sudor y canela.

—Veo que estás lista —dijo complacido—. Pero ese vestido… Realmente hemos de solucionar lo de tu vestuario.

—No es necesario. Ya son muchas tus atenciones —se apresuró a contestar Asenet.

Él se acercó y le acarició el brazo. Parecía deleitarse tocando aquella piel brillante y extremadamente suave tras el tratamiento. Pero ella no pudo evitar un escalofrío al notar el tacto del viejo comerciante.

—Todo es poco para ti. Si rechazas mi gratitud, ofenderás la memoria de Donkor. Me ha dado tanto… Me asearé e iremos juntos para que te tomen las medidas.

Las dudas volvieron a asaltarla. Tras su propio desengaño y el comentario de Abasi, solo podía buscar segundas intenciones en la atención que el viejo le profesaba. Pero necesitaba su apoyo para llegar a Arash. Y no le quedaba más remedio que asumir que sí, estaba atrapada, pero en el plan que ella misma había trazado.

* * *

Mudads se había mostrado distendido mientras recorrieron la ciudad, revitalizado por la ropa limpia, los perfumes y una peluca nueva, negra y rizada. Ni el *khol* fresco que perfilaba sus ojos ensombrecía su mirada vivaz. Ufano y orgulloso de su Menfis natal, paseaba a Asenet por las zonas reservadas a los comerciantes extranjeros, que lo saludaban por su nombre y se alegraban de su vuelta. Pero su mayor entusiasmo se desató cuando Asenet fingió admiración por los vestidos y mantos que le había elegido.

Con los ojos profusamente maquillados con *khol* y sombra verde y los labios enrojecidos, la dueña del taller desplegaba telas ante ellos. Todas eran rectangulares, de lino blanco, y se diferenciaban unas de otras por sus exquisitos bordados. A cada movimiento, las mangas anchas y plisadas de su blusa le recordaron a Asenet las alas de una mariposa al vuelo. Sin embargo, la delicadeza con la que manejaba sus tejidos en nada correspondía a su voz atiplada y deseosa de hacerse notar:

—El hilo es de Pelusio, de la mejor calidad. Ya te habrán dicho en el puerto que Alejandro de Macedonia ha sido recibido con entusiasmo en la ciudad. La verdad es que estoy contenta. Por lo menos, los persas han hecho algo bien en su vida: rendirse. Así, nada de botín, y ya sabes que lo que más produce Pelusio es lino. Hasta ahora nadie ha dicho que hiciera lo mismo que con el incienso de Gaza. Mira que desperdiciarlo así. Hoy es imposible comprar un perfume decente que dure algo más que la fragancia de cuatro florecillas. A ver si con su llegada los sacerdotes pierden el miedo y vuelven a circular las resinas olorosas. Al fin y al cabo, Alejandro es el nuevo faraón y proveerá por nosotros, ¿no?

Mudads parecía ignorarla, pendiente de la reacción de Asenet, que acariciaba los bordados y dejaba que el viejo comerciante eligiera turquesas y verdes que realzarían su piel. Sin embargo, a ella no se le había escapado el comentario de la mujer. Por ello, en cuanto salieron del taller tras hacer un abultado encargo que los esclavos de la dama llevarían a casa, la joven comentó:

—¿Perfumes decentes? A mí me pusieron un aceite con incienso.

—Lo tenía guardado para una ocasión especial —dijo él acariciándole la espalda.

Asenet había pensado que quizá era de su antigua mujer, pero se abstuvo de preguntarlo. No quería desenmascarar a la doncella. Podía necesitarla si en verdad era presa de su propio plan. Tomaron una concurrida avenida que enfilaba hacia el Nilo, con la majestuosa muralla del templo de Ptah elevándose por encima de las casas, a su izquierda.

—Te lo agradezco mucho, Mudads, de veras. Me halagas profundamente, y ya sabes lo que la mirra me reconforta. Pero tus atenciones me confunden.

Él la tomó del brazo, lo entrelazó con el suyo y respondió:

—¡Oh, querida! Tú eres una nueva luz en mi vida. Te dije que mi hogar sería el tuyo si lo deseabas. Y no te faltarán toda clase de lujos, te lo aseguro.

—¿Como a una hija? —se aventuró a preguntar Asenet. Notó como él se tensaba y añadió—: En tu casa solo me atendió una doncella. ¿No tienes familia?

El hombre sonrió con melancolía mientras esquivaban a una pequeña caravana de borricos cargados con sacas de grano.

—Mi mujer falleció hace mucho… La verdad es que preferiría no hablar de ello. Aún me pesa en el ánimo. Aunque con ella no podría haber tenido una hija tan bella como tú jamás.

Ante aquella respuesta, Asenet vio confirmadas sus dudas, aunque no como había sospechado. Si de veras era una luz en su vida, quizá no pretendía venderla como temía. Pero ¿la amaba como padre o la deseaba como hombre? Con el fin de averiguarlo, simulando un impulso, la joven le dio un beso en la mejilla. Él se detuvo, se paró de frente a ella con los ojos iluminados por la emoción y, no sin dolor, ella recordó la mirada de Badru cuando le confesó su amor.

—Eres tan hermosa —suspiró Mudads mientras le acariciaba la mejilla.

Temerosa de algo más, Asenet se apresuró a bajar la cabeza para simular pudor y respondió:

—Eres lo más parecido a una familia que me queda.

Él le acarició el cabello corto y rizado, la volvió a tomar del brazo y reemprendieron el camino. Doblaron una esquina, dejando de lado el río, y embocaron una calleja estrecha, casi desértica, oscurecida por las sombras de los edificios. Asenet reprimió un suspiro de alivio, pero debía encontrar la forma de controlar aquello. ¿Bastaría con mostrarse sumisa para que él la creyera subyugada, y que así la condujera hacia donde necesitaba? ¿Sabría hacerlo?

Se cruzaron con un hombre cargado con un haz de finas ramas de acacia y Asenet reemprendió la conversación:

—Hay una cosa que no entiendo, Mudads, sobre lo que explicaba la mujer acerca de Pelusio. Estaba contenta por la rendición. ¿No dijiste en Gebtu que los persas querían que el Nilo se revelara contra Alejandro, que por eso habían robado el incienso y bloqueado su llegada a Egipto?

—Y lo sostengo, querida. La mirra que para ti es tan habitual, aquí es muy cara. Pero si falta para rituales y momificaciones… Egipto no es nada sin sus dioses, y todos queremos ir a la otra vida en cuanto esta acabe.

—O sea que, aunque Alejandro sea el nuevo faraón, esto no ha acabado.

—Al contrario, yo diría que empieza.

—Entonces, ¿me llevarás a ver a Arash de Ecbatana?

El viejo comerciante se detuvo y suspiró. La miró apenado, ella bajó la cabeza y murmuró:

—Es por mi padre. Tú dices que te dio tanto…

Mudads le puso la mano en la barbilla, la invitó a alzar la cabeza y dijo:

—No me había olvidado de eso, mi Asenet. Precisamente vamos al recinto sagrado para pedir audiencia con él. Aunque te advierto que no será fácil.

* * *

No se lo creyó hasta que se vio ante la avenida que daba al templo. Asenet se quedó paralizada, incapaz de dar un paso. Sentía que le faltaba el aire. Una colosal escultura de más de veinticuatro codos de alto se erigía en forma de hombre ataviado con *shenti,* torso descubierto y coronado. Parecía dar un paso al frente, mirando hacia el horizonte con semblante pacífico, y le impresionó, pero no la asustó como le ocurría con la escultura que había en la puerta: cuerpo de león y cabeza humana. La figura sonreía, pero sus garras…

—Una esfinge. Esta es de alabastro —dijo Mudads tomándola de la mano para que siguiera caminado—. Mide más de siete codos de alto y quince de largo, pero es la pequeña. Hay una de piedra, más grande aún, en la necrópolis. Algún día te llevaré y podrás así imaginar la grandeza que nos aguarda en la otra vida.

Pasaron por su lado y Asenet no pudo evitar un estremecimiento. Recordó las lecciones de Matsimela, en las que le explicaba que el león era símbolo de la realeza en Egipto. Entonces le pareció normal, el león era el animal más poderoso. Pero al verlo en aquella escultura que sustituía su cabeza le parecía una profanación. Desde niña le habían enseñado que no convenía ofender su espíritu, sino retirarse honrándolo. Pero aquellos egipcios se atrevían a provocar su ira.

Al entrar en el recinto de la mano de Mudads, Asenet entonaba una oración en su pensamiento pidiendo perdón al espíritu del león. El gran templo apareció bordeado de múltiples dependencias perfectamente ordenadas, con las torres que viera desde el Nilo, los árboles resplandecientes, las frescas fragancias, las gigantescas esculturas y las pinturas de los muros. Y al avanzar, el miedo dio paso a la indignación. La imagen que de aquellos dioses le había dado Badru mientras observaban el cielo nada tenía que ver con aquello que veían sus ojos. Para ella, solo podían ser dioses imaginarios. Cierto que semejaban animales, pero no respetaban su verdadero espíritu, el que ella había conocido en la sabana, pues en todos ellos había un elemento humano. Y eso, para Asenet, solo podía tener un motivo: los egipcios se consideraban mejores que los espíritus de la naturaleza, y por eso tenían la necesidad de hacer gigantescas esculturas como el coloso de la entrada, para parecer más imponentes y elevarse sobre ellos.

Ajeno a las emociones de la joven, Mudads se dirigió hacia una construcción rectangular, de una sola planta, con una gran puerta abierta. Se oían unos martillos repicando sobre metal y se intuían lenguas de fuego de penetrante olor. Asenet se detuvo de nuevo y no pudo disimular un temblor.

—¿Asustada? Vamos, solo están fundiendo oro. No te preocupes. Los sacerdotes son los mejores artesanos. Te dejaré en buenas manos. Tú escogerás las joyas: necesitas collares, brazaletes, sortijas… ¡Todo! Mientras, yo iré a las dependencias de Nefertum para pedir la audiencia.

—No quiero escoger sin ti. ¿Por qué no pedimos audiencia primero, vemos a Arash de Ecbatana y luego escogemos todas las joyas que creas necesarias?

Mudads soltó una carcajada:

—Ay, Asenet, eres maravillosa. Pero no lo veremos hoy. Aquí no es como en la corte de tu padre. Solicitamos permiso para verlo, y pasará primero por unos

cuantos sacerdotes antes de que nuestra petición le llegue. Pero si deseas acompañarme…

Ella asintió y el hombre se irguió, halagado y sonriente. Bordearon el taller de orfebrería y, en cuanto lo dejaron atrás, enseguida los aromas florecieron a las puertas de otra dependencia adosada a un templo. El taller donde había trabajado Badru. ¡Oh, cómo deseaba que al menos eso fuera verdad! El edificio no era muy diferente del anterior. Aromas de aceite de oliva y leche de burra impregnaban el ambiente, como si fueran tambores de fondo de una melodía que, en lugar de voces, entonaban las lenguas de fuego en las que bullían cazos con esencias y se deshacían resinas.

En cuanto entraron, un hombre ataviado con un paño anudado por debajo de las axilas, sin rastro alguno de vello en su cuerpo, se acercó y les cerró el paso. Mudads se inclinó y se tocó la rodilla en saludo formal, luego miró a Asenet, severo, y esta enseguida imitó el saludo, al que respondió el sacerdote para luego dirigirse al viejo comerciante con cordialidad.

—No te sabía de vuelta, Mudads, pero me alegra tanto verte. ¿Vienes a declarar tu carga? Me dijeron que habías ido a Myos Hormos. Lo cierto es que la necesitaremos toda.

—Por increíble que te parezca, ni allí me fue posible conseguir incienso.

El sacerdote mostró una expresión de gravedad. Por detrás de él se oyó un estruendo de vidrios rotos, dio un respingo, asustado, y se volvió. A un muchacho se le habían caído un montón de tarros y, mientras se agachaba a recogerlos, otro sacerdote encorvado por la edad se acercó a él.

—Lo siento mucho, Teremun, yo no quería, pero es que he oído que…

Aquel nombre… Asenet se fijó en el anciano, de mentón firme y largas orejas. Este les dirigió una mirada de soslayo mientras decía al chico:

—Calla y no te preocupes. Recoge.

Aquella era su oportunidad de averiguar hasta qué punto había inventado Badru su historia.

—¿Trabajaba aquí un tal Badru? —preguntó.

—¡Ah, Badru! Se nos ha hecho famoso —respondió el sacerdote que los atendía desde el primer momento. Asenet, de reojo, no perdía de vista al anciano, que ahora la miraba con interés—. No sois los primeros que preguntan por él. La Casa de la Balanza está haciendo sus pesquisas a raíz de una denuncia en Gebtu. De hecho, todos lo buscamos.

—Pero no hemos venido a eso, ¿verdad, Asenet? En realidad, queríamos pedir audiencia con Arash de Ecbatana.

A Asenet le molestó la irrupción de Mudads, pero el mismo sacerdote respondió enseguida, como si le aliviara dejar de lado la conversación sobre Badru:

—Y sin duda te atenderá con la mayor celeridad posible. Vamos, mi escriba tomará nota de tu solicitud —le respondió volviéndose para dirigirse hacia una puerta adyacente—. Seguro que le interesa lo que le puedas contar acerca del incienso en Myos Hormos. Hemos hecho los perfumes para los dioses, lo que

queda solo se destina a rituales, pero no nos alcanzarán las reservas hasta la siguiente cosecha. Y la verdad, este Alejandro de Macedonia… Quizá es culpa de él. Desde que tomó Tiro y Gaza, los suministros no llegan como de costumbre y estamos al borde de la catástrofe.

Mientras los seguía, Asenet se giró y vio que el anciano Teremun aún la observaba. Debía buscar la forma de hablar con aquel hombre. Si la historia de Badru era en parte verdad, podía ser que acudiera a él, aunque quizá el sacerdote no supiera que su pupilo, en realidad, era Arash.

21

La noche, clara y fría, mostraba sus estrellas ante una luna llena que devoraba sus destellos como si fueran sueños incapaces de hacerse realidad. En la húmeda pradera que les regalaba el enorme lago situado al otro lado del campamento solo se oía el relincho de los caballos. Le agradaba el piafar calmo de los animales, sus crines ondeantes, el aroma que desprendían. Mas Filotas sintió un escalofrío y se arrebujó en su capa, añorando el cálido cuerpo de Leandro, que descansaba en la cama. Cada vez le gustaba más el tacto de su piel, su cuerpo curtido, duro, excelso y hábil cuando se dejaba llevar por la excitación. Pero no podía decirle que lo prefería a cualquier mujer. Cuando acabara la campaña, ambos se casarían, y no quería verse arrastrado por una pasión imposible. Su carrera no lo aguantaría. Él no era el rey Alejandro, que podía tener a su querido Hefestión cerca sin que nadie se entrometiera en cuál era el cariz de su relación. Por eso había dejado a Leandro durmiendo en la tienda y había acometido aquel encuentro él solo.

Alcanzado el borde del campamento, Filotas se sentó bajo una acacia robusta, de copa tupida y amplia, que lo protegía de la inquietante luz de la luna. Aguardaba un encuentro que no podía esquivar, a pesar de que le parecía inútil, pues todo estaba bajo control. Pronto emergieron dos sombras, cubiertas las cabezas por sendas capas pardas. Se acercaron con cautela y, al llegar hasta él, se descubrieron el rostro.

—Os habéis retrasado. La luna ya ha sobrepasado el cénit —dijo Filotas como único saludo.

—Queríamos estar seguros, eso es todo —respondió en un susurro Adrastos, el jefe de las tropas atenienses.

Filotas se puso en pie ante los dos hombres mientras decía irritado:

—Pues ya lo estás, pero no entiendo el fin de esta reunión.

—Traemos noticias frescas. Pensamos que querrías saberlas —apuntó Laertes, el jefe tebano—. Al parecer, el rey Agis de Esparta lo ha conseguido.

—¿Se va a rebelar contra Macedonia? —preguntó Filotas incrédulo.

—Ha conseguido que Élide y parte de Arcadia lo apoyen —añadió Adrastos.

—Y lo sabéis vosotros, pero no Alejandro —concluyó Filotas. Ambos asintieron—. Perdonad que no me lo crea. Antípatro se lo hubiera dicho. Es un regente totalmente leal.

—Antípatro solo lo sabrá cuando las tropas asedien Megapolis. La sorpresa es la única posibilidad y Agis lo sabe.

—Lo aplastarán igualmente. Alejandro le dejó la mitad del ejército que la Liga de Corinto nos otorgó, precisamente para acabar con cualquier sublevación contra la supremacía macedonia en Grecia. ¿Por qué me contáis esto? No estarán pensando Tebas y Atenas apoyar…

—Claro que no —se apresuró a responder Adrastos—. Ya sabes de qué lado estamos.

—Pero necesitamos asegurarnos de que lo de Alejandro va a salir bien —dijo Laertes—. Hemos visto cómo la flota pasaba de largo. Ya no tenemos su apoyo.

—Se ha adelantado para llegar a Menfis antes que nosotros —explicó Filotas con desagrado. De pronto veía claro que las noticias sobre la rebelión de Esparta eran una excusa, pues se las podrían haber dado en cualquier momento. En realidad recelaban, y eso podía ser peligroso—. Oh, vamos, Egipto se ha rendido.

—O eso nos han hecho creer —señaló Adrastos—. Solo ha dejado una guarnición en Pelusio y ahora nos divide. ¿No es un exceso de confianza por parte de Alejandro?

—¿Y qué esperabas de él? —le increpó Filotas.

Unas hojas crujieron tras ellos. Podía ser un animal en busca de alimento, sin embargo, los tres callaron a la expectativa, hasta que Laertes rompió el silencio:

—¿Hay alguien ahí?

De pronto, de detrás de un arbustos apareció una figura con la espada alzada. El tebano y el ateniense se llevaron una mano al talabarte y Filotas sonrió.

—¿Eres tú, Leandro?

El hombre bajó el arma al reconocer la voz y se acercó mientras decía:

—¿Cómo se te ocurre salir a estas horas sin escolta? ¿Estás loco?

Leandro miró a Laertes y Adrastos, ya con las manos relajadas, pero decidió no guardar el arma.

—¿Tú también te sientes en territorio enemigo? —preguntó Filotas dándole una palmada en el hombro, halagado porque él hubiera abandonado el lecho para buscarlo al despertar solo. Luego se dirigió a sus acompañantes y añadió—: ¿Veis? No sois los únicos. A mi primo tampoco le agrada que la flota se haya adelantado a Menfis, ¿verdad?

Leandro se revolvió incómodo. Una cosa era lo que le dijera a solas, pero ¿ante aquellos dos?

—Tiene su lógica estratégica —respondió con aplomo—. Si Egipto no fuera totalmente nuestro y hubiera problemas, surgirían por la resistencia de Menfis.

—Con un grupo de *prodormoi* adelantados hubiera bastado para detectar movimientos de tropas —aseguró Adrastos, sin saber muy bien si confiar en aquel fiel compañero de Filotas.

—Egipto es nuestro —aseveró Leandro—. Y hasta Menfis, no necesitamos la asistencia de la flota como en el camino de Gaza a Pelusio. El agua fluye por doquier. Avanzando los trirremes, Alejandro hace un alarde de fuerza que el Nilo verá y se asegura el control por si alguien está pensando en rebelarse.

—Y a Menfis vamos directos, ¿no? —añadió Filotas sonriente mientras

rodeaba a Leandro con un brazo por los hombros.

—Cierto. Leandro, tu visión y tu confianza en Alejandro son dignas de todo un sobrino de Parmenión —sentenció Laertes, incómodo ante su presencia.

—La verdad es que nos dejáis más tranquilos —confirmó Adrastos—. Formamos parte de la Liga y simplemente velamos por sus intereses.

—Si nos disculpáis, nos retiramos ya a descansar —se apresuró Laertes.

Los hombres volvieron a cubrirse la cabeza y emprendieron el camino hacia las tiendas, mientras Filotas acariciaba la espalda de Leandro:

—¿No tienes frío? —le preguntó dándole un beso en el cuello.

—¿Qué hacías con esos dos? —preguntó Leandro apartando la cabeza, irritado. No estaba para juegos.

Filotas lo sujetó por la cintura y le obligó a ponerse de frente a él.

—Está bien no confiar del todo en las tropas aliadas, o mejor, en sus mandos —respondió acariciándole el torso—. Al fin y al cabo, son aliados porque los derrotamos y no tienen más remedio. Pero, por eso mismo, es importante que estén bien informados de lo que convenga, para que se mantengan calmados y diligentes.

Leandro suspiró y rodeó la cintura de Filotas con sus brazos mientras se lamentaba:

—Pero te pones en peligro. ¿Y si Alejandro, o uno de sus guardaespaldas u otro oficial que ansíe tu puesto se entera de que vas pasando información que el rey ha decidido que no tiene por qué compartir? Podrían acusarte de traición.

—¿Crees que hago esto por mi cuenta y riesgo?

—¿Lo haces por orden de…?

Filotas lo besó en los labios.

* * *

Marchaban con disciplina pero alejados de la tensión de las batallas, y eso se notaba al anochecer. Las tropas se sentían victoriosas aun sin haber empleado las armas. El olor a pescado y carnes asadas del campamento entraba en la gran tienda circular mientras los generales y comandantes salían entre distendidas conversaciones. Pero Alejandro había observado sus rostros mientras anunciaba sus planes, y además de admiración, había detectado desconcierto y cierto desagrado en algunos. ¿Qué más necesitaban para convencerse? Tanis los había saludado pacíficamente de lejos, pero, al parecer, adentrarse como vencedores en el reino del Nilo y sus maravillas solo había servido para que, al menos aquel día, ninguno de sus oficiales se atreviera a contradecirle. Sin embargo, la expresión de Filotas tenía al rey desconcertado. Había permanecido con la mirada perdida, como si sopesara las palabras del monarca. Por eso, Alejandro le hizo a Hefestión una señal para que lo detuviera antes de salir.

El joven oficial de la caballería frunció el ceño, extrañado, mientras Hefestión lo dejaba a solas con el rey. Alejandro tomó la copa de bronce que le tendía su

esclavo. Saboreó el agua como si fuera el más aromático de los vinos y examinó al hijo de Parmenión. Permanecía en el centro de la tienda, con la mirada fija en el rey y una sonrisa afable y respetuosa. Aunque con un cuerpo bien formado, no parecía un gran guerrero, pero se había sabido ganar el respeto de sus hombres con decisión en el campo de batalla y una camaradería que resultaba encantadora. Muy diferente de su padre, el gran general, estratega distante pero eficaz. ¿Era acaso Filotas un reflejo de sí mismo? ¿También luchaba contra una sombra?

—¿Qué te han parecido mis planes? Parecías muy pensativo mientras los explicaba. ¿Entiendes por qué voy a ir al templo de Amón-Ra en Heliópolis?

El comandante asintió y explicó:

—Es pura estrategia. Si los egipcios temieran el saqueo de sus templos como hicieron las tropas persas, no sería un camino tan plácido.

—¿Y qué pensaría tu padre de esto?

—¿Mi padre? Perdona, mi señor, pero creo que sabes la respuesta. No lo entendería, como no entendió que no aceptaras el trato que te ofreció Darío.

Alejandro exhaló un suspiro resignado.

—¿Y por qué crees que es eso? Sirvió con lealtad a Filipo, y quizá no confíe en mí por culpa de los rumores sobre mi madre y la muerte de…

—No, claro que no —se apresuró a interrumpirle Filotas. No podía dejar que Alejandro pensara así de su padre, era extremadamente peligroso, además de incierto—. Él cumple órdenes y considera que se han cumplido las de la Liga.

—¿Y las del rey de Macedonia?

—Perdona, mi señor, pero ¿dudas de la lealtad de mi padre? —preguntó Filotas alarmado.

Alejandro negó con la cabeza mientras tendía la mano con la bebida. El esclavo cogió la copa y el rey se sentó en su *thronos.*

—Solo quiero entenderlo para ganarme su respeto, como hizo Filipo.

—¡Oh, señor, lo tienes! He de admitir que a veces teme por tu vida, considera que te arriesgas demasiado, y Macedonia te necesita.

Alejandro sonrió y se relajó, apoyado sobre uno de los reposabrazos.

—¿Y tú qué piensas, que Macedonia me necesita, como también necesitó a Filipo, o que deseo su grandeza?

—La respuesta salta a la vista, y ni siquiera hemos alcanzado Menfis. Todo sin derramar una gota de sangre.

—Me alegra que me entiendas, Filotas. Necesito que todos los oficiales tengan la misma visión que tú, todos. Esto no es más que el principio.

* * *

El río se había tornado plateado con el crepúsculo. Patos y somormujos nadaban siguiendo las pausadas ondulaciones de la corriente que mecía las aguas. Animado por la idea de un baño refrescante, Leandro pasó a través del carrizo,

pero no pudo evitar un gesto defensivo cuando una garza gris, espantada, se elevó ante él. Se detuvo y aspiró el aire fresco. Necesitaba serenarse, pero durante toda la marcha del día llevaba dando vueltas a lo de la noche anterior.

Quedaba atrás aquel gran lago salobre donde los pescadores se habían alzado para saludarlos desde sus canoas de papiro. Habían sobrepasado Tanis, con las altas murallas que emergían de entre las casas de adobe. Ninguna amenaza. Los muros solo separaban el suelo sagrado del resto de una ciudad, que no estaba fortificada. En sus afueras, los campesinos que trajinaban el lino parecían darles la bienvenida, y los obeliscos y las colosales esculturas que despuntaban de la ciudad sobrecogieron a Leandro e hicieron que el rey Alejandro se irguiera sobre *Bucéfalo* ante la magnificencia de la tierra que ahora gobernaba. Pero esto solo había incrementado el recelo de Leandro hacia Adrastos de Atenas y Laertes de Tebas. No era aquello lo que les había encomendado la Liga de Corinto. La orden, de hecho, estaba prácticamente cumplida: ciudades helénicas liberadas, rutas comerciales de Asia al Mediterráneo abiertas. La Liga incluso sabía de la oferta de paz de Darío que el rey macedonio había rechazado. Pero ¿cómo se lo habrían tomado? Una derrota definitiva de los persas, sin duda, alejaría futuros problemas, y Antípatro, desde Pellas, les haría verlo o los mantendría a raya. Pero Egipto… Aquello solo engrandecía a Alejandro de Macedonia y encumbraba a su casa real como descendiente del mismo Heracles.

Leandro se desprendió de las sandalias y la túnica, que dejó sobre unas cañas. Avanzó hacia la orilla y sintió el lodo, viscoso y escurridizo, entre sus pies desnudos. El ulular de un búho lo sobrevoló y alzó la cabeza, con todo el cuerpo nuevamente en tensión. Al ver al ave descender en picado sobre los carrizos, volvió a llamarse a la calma. Realmente, necesitaba aquel baño para sacudirse las suspicacias que poblaban su mente o, cuando menos, ordenarlas. Adrastos y Laertes buscaban algo de Filotas, estaba seguro, por mucho que este se empeñara en creer que cumplía una misión para el rey. Si Alejandro le había pedido que los mantuviera informados de aquel modo tan peculiar, Parmenión como general debía de saberlo.

Ahora Leandro estaba seguro de que aquel era el motivo por el que su tío le había pedido que vigilara a Filotas, ya fuera para protegerlo si intentaban utilizarlo, o para evitar que alguien pudiera emplear aquella misión para perjudicar a la familia, pues, ante cualquier intento de sublevación de Atenas o Tebas, Filotas podía salir salpicado aunque no tuviera nada que ver. Solo era cuestión de que alguien presentara los testimonios adecuados. Parmenión era el general más poderoso, y eso, además de lealtades, creaba enemigos. Y a nadie se le escapaba que una acusación de traición implicaba la muerte del traidor y la de aquellos que le pudieran vengar. Debía mantenerse más alerta que nunca y asegurarse de que Filotas confiara en él.

De pronto, sonaron unos chasquidos. Se volvió y vio que se le abalanzaba un hombre corriendo como una exhalación. Cruzó los brazos ante sí, a la espera de la embestida. Pero esta no llegó. Solo el golpe de un cuerpo que se zambullía en el

río.

—¿A qué esperas? Se nos hará de noche —gritó Filotas desde el agua.

Leandro sonrió. Tenerlo cerca le tranquilizaba. Dio unas cuantas zancadas y se sumergió. Buceó unas brazadas que sus músculos agradecieron y, en cuanto vio las piernas de Filotas, emergió a su lado.

—Pensaba que no vendrías. Ha durado poco la reunión de los mandos con Alejandro —le dijo.

—Heliópolis. Ahora resulta que vamos directos a Heliópolis —respondió él, molesto.

—¿Y Menfis?

—Después.

—¿Y por qué te irritas? Nos pilla de camino, ¿no?

Filotas empezó a nadar en paralelo a la orilla, pateando con violencia el agua. Leandro se sumergió de nuevo y cuando estuvo a su altura, por debajo, deslizó su mano por el vientre de su primo, que enseguida se detuvo. Cuando emergió, estaba riendo. Filotas rodeó el cuello de Leandro con sus brazos y le dijo en un susurro:

—Esta manía tuya de bañarte tanto te quita el olor a sudor, a caballo… La tropa podría pensar que eres débil.

—No te vayas del tema. ¿Qué pasa, Filotas? ¿Acaso crees que Adrastos y Laertes se lo puedan tomar a mal porque anoche les dijiste que íbamos directos a Menfis?

Este lo soltó y nadó de nuevo, esta vez hacia la orilla, más reposado. Leandro lo siguió y ambos se sentaron con el agua cubriéndoles hasta la cintura.

—No es eso. Orden pública. Mañana lo sabrá toda la tropa —dijo Filotas—. El problema es que… Tú has visto lo de hoy. Esa ciudad, Tanis, todas estas tierras…

—Entiendo lo que quieres decir. Por mucho que sea una Liga, con esto definitivamente Alejandro pone a Macedonia por encima de todos. Pero ¿qué mal hay? También es nuestra Macedonia. Deberías estar orgulloso.

—Siempre que sea por Macedonia, no solo por Alejandro —comentó Filotas bajando la cabeza con melancolía—. Pero en Heliópolis pretende ir al templo de Amón que hay en la ciudad.

—¿Y quién es Amón si no Zeus con otro nombre? En Aphitis hay un templo dedicado a Amón-Zeus. Y hasta Píndaro habló de él, ¿no? Necesitamos el favor de los dioses para salir victoriosos, y Alejandro lo sabe, por mucho que quiera emular a Aquiles. Es bueno darles las gracias por cómo están yendo las cosas aquí, en Egipto.

—Desde luego. Pero no lo hace solo por los dioses. Los egipcios guardan rencor a los persas porque Artajerjes saqueó sus templos. En verdad, Alejandro quiere que en Menfis se sepa que él es diferente. Me lo ha confirmado a solas.

Leandro frunció el ceño sin comprender el tono entristecido de Filotas.

—Es una buena estrategia.

Filotas lo miró con una sonrisa amarga.

—¿No lo entiendes? Aquí el faraón es un dios.

—Pues que lo sea para los egipcios. Nosotros no dejamos de ser macedonios.

—Mientras Alejandro no se olvide —murmuró Filotas.

—¡Oh! Vamos a cenar. Alejandro ha leído demasiado a Homero, eso es todo —concluyó Leandro mientras se ponía de pie. Le tendió la mano a Filotas—. Esta campaña es difícil de entender. Estrategia, heroísmo… Estamos muy suspicaces, pero si me tuviera que preocupar por algo, sería por la reacción de los miembros de la Liga.

22

La brisa mecía las hojas de los papiros y traía consigo los balidos del ganado que pastaba al otro lado del cañaveral. Las aguas del Nilo entraban en la tarde sumidas en el sopor, las barcas trajinaban su carga indolentes bajo el sol y los animales de la ribera parecían haber desaparecido a la espera del crepúsculo. Sin embargo, a pesar del calor, Asenet, Mudads y uno de los niños que servía como esclavo se dirigían hacia un claro del carrizo. Las aguas del río habían descendido y el pequeño grupo se había apostado cerca de un estanque situado entre los diques naturales surgidos tras la crecida del Nilo y los construidos por los campesinos para retener el agua y empapar el terreno.

En silencio, el pequeño esclavo posó la mano en la parte trasera del lomo del perro que llevaba atado y el lebrel se tumbó, sin dejar de agitar su cola curvada. Con una rodilla en el suelo, Asenet sacó una flecha del carcaj. Relajó la mano, dejándola caer al costado, y sintió la cabeza de la gata que la golpeaba. La joven ya había tenido tiempo para aprender el significado de aquella señal. Le acarició debajo de la barbilla y el animal ronroneó satisfecho. Luego dejó que se frotara contra su brazo, le acarició de nuevo sobre las orejas y le dio la orden. La gata salió corriendo y desapareció entre las cañas. Asenet cargó la flecha en el arco y aguardó, alerta. A su lado, Mudads hizo lo mismo. La vegetación se agitó ligeramente, luego resonaron unos chasquidos. Asenet tensó la cuerda y apuntó por encima de los cañaverales. Por unos instantes se sintió como en su tierra natal, cuando acechaba entre las altas hierbas de la sabana. A su alrededor, el rumor del agua y los gorjeos de los pajarillos quedaron alejados por los pálpitos regulares y calmados de su propio corazón. El mundo parecía haberse detenido en un remanso de paz, mientras sus sentidos se agudizaban y la sensación de seguridad tensaba todos sus músculos. Entonces estallaron los graznidos espantados, y una, dos, tres garzas elevaron el vuelo. Asenet apuntó, disparó y uno de los animales cayó, mientras su mano volvía al carcaj, cargaba de nuevo y la flecha daba a una segunda garza.

—Eres muy buena cazadora —se admiró Mudads mientras veía como su única flecha lanzada se perdía en el aire—. Y *Kiya* te hace más caso a ti del que me ha hecho a mí nunca.

Como si hubiera oído su nombre, la gata reapareció entre las cañas y, satisfecha, se tumbó al lado de Asenet. Esta recompensó sus servicios con unas caricias en el lomo mientras respondía:

—En realidad, mi especialidad era la jabalina.

Mudads sonrió e hizo una señal al niño para que soltara al lebrero y se cobrara las presas, mientras decía:

—Y no tenías ayudantes como la pequeña *Kiya.*

Asenet dejó a un lado el arco, tomó a la gata y se la puso en el regazo. Esta ronroneó.

—Cierto. Tampoco podía salir a cazar con tanta facilidad como aquí. Era cosa de chicos.

—Tú siempre has sido especial, Asenet. Y aunque en Egipto las mujeres acompañen a sus esposos cuando van de caza, estoy seguro de que no hay ninguna como tú.

—Siempre me halagas, Mudads —respondió ella mirando al viejo comerciante con una sonrisa.

Este se había puesto en pie y la contemplaba prendado mientras el lebrel salía de entre la vegetación con las presas.

—Es la verdad —insistió él—. Y lo que entre tu pueblo podía ser una rareza, aquí es una virtud. No en vano la diosa Isis dio el mismo poder a las mujeres que a los hombres.

El pequeño esclavo, tras haberle quitado las presas al perro, lo ató de nuevo mientras Asenet tomaba la mano que le tendía Mudads para que se alzara. Entre la pena y la añoranza, la joven pensó que la diosa de la mirra había hecho lo mismo por ella, pero solo por ella, o por lo menos, eso creía su gente. Sin embargo, no quería hablar de aquello con Mudads. Fueran como fueran los egipcios, no tenía nada claro que a algún hombre le agradara que una mujer cazara con más habilidad que él, y estaba convencida de que la satisfacción de Mudads era parte de su juego de seducción. Annipe se lo había confirmado sin querer. Tras los primeros días, se había mostrado vivaracha y locuaz, y se sorprendía gratamente de que a Asenet la entretuviera con actividades como la caza o la pesca, mientras a su antigua esposa lo máximo que le dejaba hacer era manejar el telar, cuidar del jardín y tocar la lira.

Emprendieron el regreso bordeando el estanque. El niño se hacía cargo de las armas, ella portaba tan solo la gata en brazos. De este modo, *Kiya* la seguía ayudando, pues permitía a Asenet imponer cierta distancia con Mudads. La joven sabía a qué jugaba, pero durante las tardes de caza con las que él la había agasajado desde que fueran al templo, también habían aumentado las caricias casuales añadiendo algún beso fugaz. Asenet temía perder el control de la situación, por lo que antes de ello debía aprovechar para hacer las averiguaciones de las que él no parecía acordarse. Por ello, comentó:

—Te agradezco estos días en que me has mostrado los placeres que ofrece el Nilo. Me han permitido descansar del viaje y todo lo sucedido —dijo Asenet—. Pero lo cierto es que me gustaría vender las pieles de jirafa ya. Dijiste que los sacerdotes estarían muy interesados. Podríamos ir al templo de Ptha.

—Pero ¿qué prisa hay? —preguntó él—. Tienes un buen caudal asegurado con los *deben* de cobre y plata que atesoras en tus aposentos. Y ya has visto que,

mientras estés bajo mi techo, no te permitiré gastar ni un *kite*.

Asenet pensó en las sacas de canela de Mudads. Aún permanecían en un almacén del patio lateral de la casa. Le había extrañado que no quisiera venderlas al poco de llegar, pues las había cuidado como si fueran la carga más preciada. Pero o bien sus sentimientos hacia ella lo hacían descuidar los negocios o esperaba que aumentara su valor. Daba igual. Ella no podía esperar, necesitaba volver al templo y comunicarse con aquel sacerdote, ya que Arash de Ecbatana parecía haber ignorado la audiencia solicitada. Por ello respondió a Mudads:

—El problema es que me recuerdan demasiado a mi tierra, a todo lo que he perdido.

Tomaron un estrecho sendero de hierba rala que los conducía al río.

—Si es por eso, no temas, Asenet. Puedo enviar a Abasi mañana mismo y que haga la gestión por ti. Está muy acostumbrado a negociar y no bajará del precio que digas.

—No te ofendas, pero preferiría hacer la venta en persona. He visto que aquí las mujeres tienen negocios propios…

—Desde luego. Solo quiero que sepas que tienes medios para ahorrarte las molestias.

—Eres muy generoso —dijo ella acariciándole la amplia manga de la túnica—. Pero debo aprender cómo funcionan las cosas aquí, si ha de ser mi nuevo hogar.

El viejo comerciante la miró complacido y asintió justo cuando alcanzaban la orilla.

—Mañana mismo te acompañaré en persona.

Más pequeña que la embarcación con la que llegaron a Menfis, la espléndida barca de recreo de Mudads les esperaba en la ribera. Asenet dejó ir a la gata sobre la cubierta y el animal se deslizó hacia el cobertizo central que daba sombra a los viajeros. Desprovisto de paredes para poder contemplar el paisaje, y elevado sobre cuatro postes de ébano finamente tallados, estaba repleto de confortables cojines, sobre uno de los cuales el animal se tumbó.

—Puedes ahorrarte las molestias, si lo deseas. Annipe puede ser mi guía —respondió ella. Si quería libertad de movimientos, era mejor que Mudads no la acompañara.

Sin contestar, el comerciante le tendió la mano y no tuvo más remedio que tomarla para cruzar la pasarela que llevaba a cubierta. Pero antes de que Asenet pusiera el pie sobre el pequeño puente, él la atrajo hacia sí con una fuerza inusitada. La prominente barriga del anciano, sudorosa a través de la túnica, rozaba su vientre mientras la mano que le había ofrecido ahora acariciaba su brazo.

—Tú nunca eres una molestia —dijo en un susurro. Luego le acarició el cabello y añadió—: Iré contigo y me aseguraré de que te tratan como es debido. Aún no se lo he dicho a nadie, pero ¿sabes? Pronto formaré parte del cuerpo de sacerdotes. Un puesto importante. Es algo que he deseado durante años, y la flota de Alejandro de Macedonia cerca de Menfis anuncia mi hora. Pero, para ir al templo, será mejor que te pongas una de las pelucas que te he regalado.

Asenet vio que el hombre fruncía los labios, acentuando más las arrugas de su rostro, y acercó su boca con los ojos entornados. ¿Cómo esquivar aquel beso? La joven cerró los ojos. La prioridad era llegar hasta Teremun…

—¿Ya han regresado, mi señor? —sonó de pronto la voz de Abasi.

Asenet reprimió un suspiro de alivio mientras ambos se volvían hacia cubierta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el viejo comerciante separándose irritado de la joven—. ¿Y tus quehaceres en Menfis?

Abasi se acercó por la pasarela hacia ellos mientras respondía:

—Mi señor, me dijo que en cuanto tuviéramos respuesta de Arash de Ecbatana se lo hiciera saber enseguida, donde fuera que estuvieran.

—Claro, claro —dijo Mudads cambiando el tono y mirando con una sonrisa a Asenet—. ¿Y bien?

—Han sido convocados para mañana en su palacio.

—Tendremos que dejar la venta de pieles para otro día. ¿Te parece? —comentó el anciano.

La joven asintió y él se volvió para cruzar la pasarela el primero.

—Te has librado por poco —susurró Abasi al oído de Asenet.

* * *

La cabellera caía por su espalda hasta su delicada cintura, con dos largos mechones por delante sobre sus pechos. El tono rojizo de la alheña realzaba la piel del hombro descubierto por el manto que le había colocado Annipe, y el *khol* perfilando sus ojos con sombras verdes en los párpados hacían que Asenet se viera imponente. Mudads se dejó conducir por aquel esclavo a lo largo del paseo de sicomoros del palacio de Arash de Ecbatana excitado por la belleza de la joven, que incluso se había dejado poner un pectoral de oro con piedras turquesa que daba brillo a sus hermosas facciones.

Le ponía celoso pensar que el motivo fuera aquel muchacho con el que había compartido sus labios, y quién sabe qué más si la tormenta de arena no hubiera caído sobre ellos. Pero aquel persa ya no representaba un peligro y ahora solo necesitaba que ella se convenciera del todo de que era un impostor. Quizá así dejaría de lado su pretensión de ir al templo. No se le escapaba que la joven, en verdad, quería volver a las dependencias de Nefertum para buscar información. Si los sacerdotes ya fueran sus subordinados, podría controlar la situación. Pero aún no había llegado a aquel punto, y no le agradaba lo que podía descubrir. Necesitaba tiempo. Solo así podría tomarla como esposa. Esta vez le saldría bien, estaba seguro. De hecho, lo había estado desde que la vio por primera vez y, por si le acometía alguna duda, en su casa aún guardaba como un tesoro la pluma de avestruz que le enviara Maat en Gebtu.

Además, verla ataviada como una bellísima egipcia por los jardines del palacio de Arash de Ecbatana no solo excitaba su cuerpo, sino también su espíritu. Quería

que ella fuera testigo de la grandeza de aquel hombre. Así sabría que se casaba con alguien digno de una princesa cuando él ocupara su puesto, tras haber accedido al sacerdocio. La recompensa por su último viaje se aproximaba y, a pesar de las decepciones a las que se enfrentó en el camino, sería tan completa como había planeado.

Sin embargo, cuando dejaron los jardines y los condujeron por los pasillos, el ánimo de Mudads se agrió. Sabía que a Arash de Ecbatana le gustaba conceder audiencia en la sala hipóstila, al estilo de su amado rey Darío en Persia. Pero conocía el camino, lo había padecido, así como la sensación de insignificancia con la que a Arash le gustaba tratar a los egipcios para mantener doblegadas sus aspiraciones de recuperar el reino del Nilo. Y sin embargo, se adentraban por salas de escribas acurrucados sobre sus papiros y se alejaban del bosque de columnas.

Al fin, el esclavo abrió dos sobrias puertas de madera de cedro procedente de alguna satrapía persa más allá del mar Rojo. Tras anunciarlos en egipcio, les hizo una reverencia formal para que entraran. Mudads, decepcionado, cedió el paso a Asenet.

* * *

A pesar del delicado perfume que llevaba, Asenet se sentía profundamente incómoda por el fuerte olor a cera de abeja y alheña que desprendía su peluca, que, además, hacía que le picara la cabeza. A su vez, temía que se le cayera el manto, ya que por la hechura del vestido, dejaría al descubierto sus senos. Sin embargo, entró a aquella sala con los hombros erguidos, pisando con aplomo la alfombra que recubría prácticamente todo el suelo. El denso olor al aceite de las lámparas predominaba en la habitación y la decoración de las paredes, que recreaba columnas y doseles coloreados, le daban un aire de sobriedad.

De espaldas a ellos, un hombre ataviado de blanco, al estilo egipcio, con una peluca azul pegada a la cabeza como un casco, miraba por el único ventanuco de la sala. Tras Asenet y Mudads, la puerta se cerró con un sonido sordo y solo entonces se volvió hacia ellos. Era alto, de amplios hombros, pero su rostro de barbilla afilada presentaba unas delicadas facciones que, sin sombra alguna de barba, le daban un aire femenino. Por los persas que había visto en la caravana, que parecían apreciar especialmente su barba y sus largos cabellos rizados, entendió que aquel no era Arash de Ecbatana. Con un gesto, les invitó a sentarse. A Asenet no se le escapó la expresión de desagrado de Mudads cuando lo hizo, mientras el hombre ocupaba ante ellos una lujosa silla de cedro con intrincadas decoraciones doradas.

—Así que han venido a hablar del joven Arash, ¿no? —dijo en un tono seguro que contrastaba con una voz atiplada que recordaba a la de un niño.

—Viajamos con él en la caravana de Myos Hormos a Gebtu —respondió Asenet ante la mirada inquisitiva del hombre.

—Y entiendo que usted es la princesa de Punt que asegura que Arash asesinó a

su siervo… Matsimela, tengo entendido que se llamaba. Lo siento, mi señora.

—Está muy bien informado —se sorprendió ella, que no había tenido ninguna fe sobre la utilidad de la denuncia hecha en Gebtu.

—Desde luego, las autoridades han venido a buscarlo aquí, a casa de su padre, y nos han informado de todo. Dada la posición de mi señor, se hará cargo del caso directamente la Casa de la Balanza.

—Pero ¿estaba aquí cuando vinieron? —inquirió Asenet con cierta ansiedad.

—No.

—O no lo han entregado —insistió ella.

El hombre, apoyados los codos en la silla, entrelazó las manos y respondió:

—Me temo, mi señora, que su paradero es desconocido para todos.

—Preferiría que eso me lo dijera su padre en persona —aseveró Asenet. No se lo creía. Necesitaba verle, saber hasta qué punto había mentido, por qué…

—Podríamos haber ignorado esta petición, pero ha habido muertos y mi señor, guiado por las enseñanzas del gran dios Ahura Mazda, se debe a la verdad. Por ello envía sus disculpas. Pero, como sabe, ocupa un alto cargo. Y la flota de Alejandro de Macedonia no tardará más de un día en arribar. Hay muchas cosas que arreglar. Entre ellas, conseguir incienso suficiente para recibir al nuevo faraón. Y aquí está lo que no entiendo de todo este caso. Aseguran que el joven Arash llevaba incienso haciéndose pasar por sacerdote egipcio, lo cual es absurdo.

—Pero usted mismo ha dicho que está en paradero desconocido —intervino Mudads.

—Mas no tiene sentido que lo ubiquen en una caravana en medio del desierto oriental. Y menos siendo el único que llevaba unas resinas secas, cuando la mayor riqueza de esa ruta es el incienso.

—Pues le aseguro que no es fácil conseguirlo. Como bien sabe Arash de Ecbatana, yo soy uno de los principales proveedores de incienso por esa ruta, y he venido con canela.

—Y si un comerciante experto como usted, Mudads, no ha podido conseguir tal materia, ¿cómo iba a hacerlo un joven que apenas ha salido del Nilo?

Con dolor, Asenet entendió que aquel hombre no parecía dudar de que Badru no fuera Arash, y se enfadó consigo misma al darse cuenta de que había albergado esperanzas. Eso implicaba que la identificación de Bahuan, el persa de la caravana, tenía para ellos cierta credibilidad. Y a la vez, hacía creíble las ideas de Mudads sobre un complot persa en relación con la escasez de incienso en el Nilo. Aun así, seguía sin entender el por qué de un ataque tan brutal al palacio de Donkor. Y a ello cabía sumar la posibilidad real de que no supieran dónde estaba, pues dado el poder de su padre, solo con que el joven Arash apareciera ante las autoridades con testigos que lo ubicaran en palacio mientras sucedían los hechos, solucionarían el asunto. Así que seguía con tantas dudas como cuando entró a la sala y debía dirimir, por lo menos, si Badru estaba cumpliendo o no una misión para su padre. Por ello, Asenet miró fijamente a los ojos de aquel hombre y afirmó:

—Se las compró al dueño de un almacén llamado Chisise. Matsimela lo

conoció allí, e incluso regateó por una partida de olíbano. El caso es que pude acercarme a su mirra en la caravana lo suficiente como para saber que llevaba una carga compuesta por pequeñas cantidades de diferentes procedencias.

—Muy habitual si se quieren evadir impuestos. Aquí estamos muy acostumbrados a ello. Sería una estratagema del tal Chisise —comentó el hombre sin evadir la mirada.

—Puede ser. Pero vi barcos de incienso desplazando la carga de Myos Hormos hacia la otra orilla del mar Rojo. Por eso no hay aquí resinas perfumadas. Y al día siguiente alguien había asesinado al dueño del almacén —aseveró Asenet.

—¿Cómo sabes eso? ¡No lo dijiste en Gebtu! —se escandalizó Mudads—. Eso explicaría el asesinato de Matsimela. Era el único testigo que podía ligarlo con la fuente de incienso.

—El joven Arash no era el infractor. En todo caso, hizo una compra —intervino el hombre.

—Si la hizo… Matsimela no vio el pago —intervino Asenet con simulada frialdad—. Como ve, los cargos pueden ser peores.

El hombre, que en todo momento había mantenido una mirada adusta, por un momento bajó los ojos y se hizo un silencio denso. Asenet se puso en pie y se dirigió a la puerta. Algo confundido, Mudads la siguió.

—¿Qué es lo que busca exactamente, señora? —preguntó el hombre. Asenet ya alargaba la mano para abrir.

—A Arash —respondió. Se volvió de nuevo hacia la sala y clavó sus ojos en aquellas facciones afeminadas—. Si viene, quiero ser la primera que lo vea, antes que los funcionarios de la Casa de la Balanza, eso es todo.

* * *

Mudads no daba crédito a lo ocurrido dentro de palacio. La avenida se abría pacíficamente, recibiendo los aromas procedentes de los amplios jardines de aquella lujosa zona de la ciudad. La calle apenas estaba transitada por algunos esclavos sumidos en sus quehaceres, callados y serenos, y un borrico que transportaba ánforas de aceite para alguna de las villas. Pero los cantos de las aves que poblaban los árboles le parecían una algarabía desordenada, como sus propios pensamientos. Primero se había visto rebajado, sin ser recibido por el propio Arash de Ecbatana. En su lugar, había aguantado a un engreído eunuco que ni siquiera se había dignado a presentarse a sí mismo y que, por él, bien podía ser el simple guardián del harén. Y luego, Asenet… ¿Cuánta información más ocultaba?

—¿A qué ha venido eso de ahí dentro? —preguntó Mudads enfadado. La joven caminaba deprisa y a grandes zancadas. La agarró del brazo y la obligó a detenerse —. ¿Para qué quieres a Arash?

—Hay demasiadas cosas que no entiendo.

—¡Maat hará justicia!

—Pero yo quiero repuestas —repuso zafándose del hombre para seguir su camino.

—¿Dudas de Maat? ¡Estamos en el Nilo! Nuestros dioses tienen un gran poder —insistió Mudads—. Déjalos hacer y ellos te las darán.

Ella se detuvo de nuevo, retrocedió hacia él, irritada. ¿Cómo iba a creer en la justicia de los dioses si su propia diosa de la mirra había dejado que pereciera su pueblo? Los dioses egipcios no eran únicos, ni siquiera allí.

—Ahura Mazda… ¿De qué se encarga ese dios? —preguntó.

—Es un dios persa —musitó Mudads, cayendo de pronto en la cuenta. Se mantenían las instituciones egipcias porque resultaban más efectivas para la satrapía que reconstruirlo todo y se evitaban rebeliones. Pero, desde luego, el poder de los sacerdotes había menguado con el domino persa, y estos tenían su propia justicia en el reino del Nilo, por lo menos hasta que Alejandro tomara las riendas. Entonces, el viejo comerciante, tembloroso, se dio cuenta de la verdadera dimensión del asunto—. ¡Por todos los dioses, Asenet! Al nombrar a Chisise has dejado entrever que sabes lo de la conspiración. A él pueden mandarlo fuera para protegerlo, pero tú te has puesto en peligro.

Ella bajó la cabeza, con las lágrimas pugnando por salir de sus ojos.

—Lo sé, pero lo he perdido todo, Mudads. Mi pueblo, mi familia… —La joven se calló que incluso había perdido la ilusión, el refugio que él le había brindado—. Con la inminente llegada de Alejandro, su poder se debilita. Por eso he descubierto lo que sé. Si creen que quiero pactar, quizá pueda obtener respuestas antes de que lo saquen de aquí y, en caso necesario, hacer justicia por mí misma.

¿Sería capaz? ¿Aún albergaba esperanzas?

* * *

Samgar se levantó de la lujosa silla en cuanto la dama entró. Vestida con una fina túnica azul cielo y un amplio manto de bordes dorados que cubría su cabeza, Cyra se deslizó sobre la alfombra de la habitación mientras él se postraba ante la esposa principal de Arash de Ecbatana.

—¡Oh, Samgar, no es necesario! —dijo con un gesto que hizo tintinear las numerosas pulseras de oro y piedras preciosas que llevaba—. Hace mucho que dejaste de ser el vigilante del harén.

—Y siempre le estaré agradecido por ello —respondió él alzándose.

—Me consta tu lealtad. Y te agradezco que interceptaras esa solicitud de audiencia.

La dama se sentó en la lujosa silla que había ocupado Samgar y le hizo una señal para que él también tomara asiento.

—¿Qué has averiguado?

—La voz cantante la llevaba esa princesa procedente de Punt.

—¿De veras crees que es una princesa?

—Su seguridad y atrevimiento solo los puede tener una mujer de la nobleza. Y sin duda, mi señora, a su hijo le hubiera llamado la atención su belleza.

Un parpadeo lento, dos. Cyra bajó la cabeza, con las finas manos sobre el regazo, yertas. ¡Qué hermosa era su señora! De pómulos altos y piel aceitunada, las arrugas habían ido apareciendo con los años en los bordes de los ojos ahora entristecidos y en la comisura de aquellos maravillosos labios en forma de corazón. La sabía triste desde hacía mucho, preocupada desde que interceptó aquella petición, y añoró de pronto sus días como vigilante del harén, cuando en aquel estado, Cyra se hubiera dejado consolar con un abrazo suyo. Para ella, siempre habían sido inocentes, pero para él… Anhelaba desear su cuerpo, pues la amaba, aun después de tantos años. Por eso le pidió en su momento que le ayudara a ascender, para no perder el corazón además de los testículos que ni siquiera recordaba haber tenido alguna vez.

—¿Y no sabe el paradero de mi hijo? —preguntó ella al fin con un suspiro.

—Ha venido a buscarlo.

—La justicia ya se encarga de ello.

—Quiere verlo personalmente y, por algún motivo, la princesa está segura de que vendrá aquí.

—¿Por qué? Eso es im… ¿Crees que pudo mantener alguna relación estrecha con él?

—No lo sé, mi señora. Pero tiene información que empeoraría las cosas para el joven Arash.

—¿Hablará?

—No si puede verlo antes de que él acabe en manos de la justicia.

Cyra se llevó las manos a la cabeza y el manto se deslizó, dejando su hermosa cabellera a la vista. Luego clavó los ojos llorosos en él y el eunuco se sintió desfallecer.

—No lo entiendo, Samgar. ¿En qué anda metido Arash?

Él dejó su silla y se arrodilló frente a ella, tomándole la mano.

—¿Cómo saberlo, mi señora? Le juro que seguí la pista, tal y como usted me pidió, hasta Gebtu. Pero allí perdí todo rastro. Me temo que, dada la situación, debería comunicarle todo esto a su marido.

Ella asintió y acarició el rostro de Samgar.

—Lo haré, pero aun así, ¿me ayudarías? Necesito ver a esa princesa de Punt a solas.

23

Bajo un plácido atardecer de ribetes rosados, el puerto de Menfis estaba más animado de lo normal, con la soldadesca del nuevo faraón paseando entre los tenderetes del mercado en busca de vino. Ataviado con un *shenti* y un fino tocado que le protegía la cabeza, nadie reparaba en él, pero, aun así, Badru se sentía incómodo a cada paso. ¿Demasiado tiempo en cubierta surcando el glorioso Nilo? No. En verdad le inquietaban aquellos barcos. La flota de Alejandro ocupaba el puerto, centenares de embarcaciones con barandas, casi planas, que exhibían alfastas en sus extremos, coronadas por volutas o caras talladas. A diferencia de los barcos egipcios, estos eran de popa redondeada, además de contar con dos mástiles, el principal y uno en la proa, más pequeño e inclinado hacia delante. Pero lo que más impresionaba a Badru eran las dos hileras de remos a banda y banda con que contaba cada embarcación y aquel espolón de bronce que muchas tenían delante, en la línea de flotación, un arma que seguro destrozaría a cualquier barco que chocara con ellas. Las había visto perfectamente mientras desembarcaba.

El ánfora que le diera el padre de Jomo en Dendera no costeó todo el trayecto hasta Menfis, pero el capitán le había permitido pagárselo con su trabajo. A fuerza de remo, la piel de Badru, de por sí aceitunada, había perdido los tonos verdosos para adquirir un color atezado y brillante, y su musculatura era recia y poderosa. A lo largo del viaje, a medida que había notado los cambios en su cuerpo, se había sorprendido pensando en Asenet. ¿Le gustaría con aquel aspecto? ¿Toleraría sus manos ásperas? Pero la única respuesta que había hallado era la desazón por el destino de la joven. Y tras la desazón habían llegado la rabia, la ira y el miedo. Tenía que saber si vivía o no. Y no habiendo encontrado rastro alguno de ella en los puertos en los que se habían detenido, Menfis era su única esperanza.

Un marino macedonio tiraba hogazas de pan hacia el barco más cercano, y los que estaban en cubierta vitoreaban cada vez que uno de sus compañeros se hacía con una de ellas. Aunque no se lo pareciera, por fin Badru estaba en Menfis, pero antes debía enfrentarse al fracaso de la misión encargada por Teremun para así poder buscarla. Pasó por detrás del lanzador, que empezó a agitar la cesta ya vacía con grandes aspavientos. Temiendo un golpe, dio un salto hacia atrás, pero pisó a alguien y sintió un codazo que lo derribó. Cayó bocabajo y se volvió raudo, en tensión. ¿Podía ser que lo hubieran descubierto? ¿Acaso lo aguardaban? Tenía las fauces de un perro gruñendo sobre el rostro.

—A ver si miras por dónde vas —gritó con desprecio un hombre tras el animal

—. ¡Aquí hay algunos que trabajamos, holgazán!

El hombre estiró de la correa del perro y, al incorporarse, Badru vio que era un policía. Se incorporó indignado y enseguida notó que alguien lo ayudaba a levantarse.

—¿Te ha hecho daño? —Era una joven egipcia, menuda, de nariz pronunciada y sonrisa pícara que, bajo una fragancia floral, desprendía un aroma a aceite de oliva—. Están muy nerviosos. Es mejor no acercarse a ellos estos días. Por suerte, no te ha dado con el garrote.

—¿Es por los soldados? —le preguntó Badru.

—Andan buscando incienso como unos desesperados. Parece que tienen un soplo: alguien que lo intenta entrar a escondidas. —La joven le recorrió el torso desnudo con la mirada, sin disimulo, y sonrió con coquetería—. Remero, seguro. ¿Vienes del delta?

—De la dirección opuesta.

—Y tu barco no traería tan preciada carga, ¿verdad?

—Ni el mío ni ninguno. No hay.

La joven sacudió la cabeza.

—Pues no te cruces en el camino de los funcionarios de la ley, porque se pondrán insufribles. Todo el mundo teme que no tengamos incienso para recibir como se debe al faraón.

—¿Acaso no ha venido con estos hombres?

—Aún no ha llegado, pero no tardará. Y el caos se avecina, te lo digo yo. Mi padre dice que eso es lo que buscan los persas, que ellos son los que han bloqueado la ruta del incienso para que no nos llegue nada…

De pronto, la joven se interrumpió y estiró a Badru del brazo para que se apartara hacia un lado. Ella hizo lo mismo para dejar paso a una hilera de mozos que llevaban más cestas de pan. Al verlos, los hombres del barco macedonio estallaron en ovaciones y la joven se pegó a Badru para que este la oyera:

—Comen mejor que muchos de nosotros —se lamentó mientras acariciaba el brazo de Badru—. Y digo yo, si tenemos nuevo faraón, ¿por qué no provee por su pueblo? Quizá ya le va bien que no haya incienso. Así puede culpar a los persas y distraernos. ¿Quién sabe si estos soldados solo lo esperan para saquear nuestros templos, como hicieron los persas?

—Hereneith, ¿qué haces? ¿No trabajamos hoy? —gritó un hombre.

La joven se volvió hacia un puesto de aceite y olivas y respondió con hastío:

—¡Ya voy! —Se giró de nuevo a Badru y añadió sin dejar de acariciarle el brazo—: Mi padre. He de ayudar. Pero esta noche estaré en la casa de cerveza del extremo del puerto, por si quieres pasar.

Luego lo soltó y se marchó sin dejar de girarse para sonreírle. Pero Badru ni se dio cuenta. Solo podía pensar en lo que le había comentado. Quizá el soplo que perseguían los policías tenía algo que ver con los mercenarios que le robaron, pero ¿por qué querían matarlo? Badru tenía la sensación de que lo estaban utilizando para culpar a los persas, pues él era hijo de uno de los más destacados de la ciudad.

Pero ¿por qué no apresarlo? Sin duda hubiera sido más útil, a no ser que quien estuviera tras aquello pretendiera algún otro tipo de venganza. Badru pensaba de nuevo en Amminapes y su papel en la rendición de Egipto, cuando tropezó con algunos soldados que se pasaban odres de vino entre risas. Entonces recordó el día en que Amminapes, estando en casa de su padre, se quejó de la calidad del vino que le ofrecían:

«—Si los tributos por el comercio extranjero no fueran tan abusivos, tendríamos en Menfis más vino griego, infinitamente mejor.

»—Pero ya produce suficiente Egipto, y el pueblo prefiere la cerveza. Los tributos dan razón de ser a las satrapías, ¿no crees? —le había respondido Arash de Ecbatana.

»—Excepto si el vino lo entran los persas, ¿no? Siempre favoreces en exceso a los comerciantes persas, y eso no agrada al pueblo egipcio.

»—Me halagas. Otra razón por la que el sátrapa Sábaces está contento con mi trabajo.

»—Es un juego arriesgado. He conocido en persona al rey Filipo y no cejará en su empeño de acabar con nosotros. Lo mejor sería pactar con los macedonios antes de que nos lancen su ejército. La falange es brutal, poderosa…

»—Y el miedo es enemigo de la Verdad y, por tanto, de Ahura Mazda. Si hablabas así a Darío, no me extraña que te expulsara. Haberte quedado con los macedonios, si tanto te agradaban. Ve con cuidado, Amminapes, porque estás al servicio de mi suegro y no le gustaría oír tales comentarios, estoy seguro».

Aquel fue solo el principio de las tensiones entre su padre y Amminapes, que empezó a propagar rumores de que Arash de Ecbatana actuaba aceptando sobornos. Hasta él los había oído en el templo. Badru suponía que con la muerte de Sábaces y el ascenso como sátrapa de Mazaces, la cosa podía haber ido a peor, pues su padre dejaba de ser el suegro del persa más poderoso de Egipto. Debía hablar con él, hacerle saber que estaba vivo, por si pretendían usar su muerte para dañarle. Pero las viejas heridas arremetieron con fuerza. Para Arash de Ecbatana hacía mucho que estaba muerto. Pasó por delante de un puesto de pescado seco en el que un niño se lamentaba, tirando del vestido de la mujer que atendía:

—Mamá, yo también quiero buey, como los soldados.

—Hoy no es fiesta, hijo —respondió la madre acariciando la cabeza rapada de su pequeño.

Badru pasó de largo con la imagen de su propia madre haciendo aquel mismo gesto y, ante el recuerdo, sintió el dolor atravesando su pecho.

—Para ella no estoy muerto —musitó.

Debía ir a verla. No merecía aquel castigo y, quizá, a través de ella, pudiera advertir a su padre. Era la única opción. Sin embargo, no podía presentarse en el palacio vestido de aquel modo, y a Teremun también le debía una explicación.

* * *

El ambiente era seco pero fresco, y los aromas inundaban el aire con la pureza de las materias que atesoraba el almacén. Teremun cerró los ojos por un instante y aspiró con deleite. Hacía mucho que había perdido la excitación que en su juventud le propiciaba entrar en aquel lugar, cuando plantas secas, especias, resinas y aceites se disponían en su mente como sonidos dispersos que tenían todo el potencial de las palabras más sabias. Quería aprenderlas, ansiaba desgranar las composiciones aromáticas que dialogaban directamente con los dioses. Y lo hizo. Y entonces, no supo bien cómo ni cuándo, un día fue al almacén y se dio cuenta de que había perdido el poder de aquel deseo. La ilusión había quedado sustituida por la monotonía del trabajo, herida por el saqueo persa que no recibió castigo de los dioses a quienes había entregado su vida, malograda por las disputas de poder de los sacerdotes. Hasta que conoció a Badru, a quien la difunta mujer del anciano odió porque lo consideraba el burdo sustituto de su difunto hijo, pero en quien Teremun vio siempre una parte de sí mismo que añoraba profundamente. El anciano sacerdote suspiró con tristeza. ¿Dónde estaría el joven? Abrió los ojos y miró a su alrededor.

La tea apenas iluminaba las tinajas apoyadas contra las paredes y los fardos que, agrupados, formaban pequeñas islas, como las que moldeaba el río al acercarse al mar. El Nilo, fuente de vida… «Es su poder lo que me ha traído aquí, mi señor. Él es la prueba de la existencia de los dioses, el hacedor de sus deseos y sus castigos». Las palabras de Badru para que lo aceptara bajo su protección recorrieron su mente como una ráfaga de aire en el desierto, fugaz y ardorosa. No podía creer lo que de él decían los enviados de la Casa de la Balanza. Sentía la fe de Badru como la suya propia y sabía que no podía ser un traidor, a pesar de sus orígenes. Estaba convencido de que el poder de Nefertum protegía a su siervo, necesitaba estarlo. Si al menos pudiera hablar con aquella joven que vino con Mudads preguntando por él…

Una ráfaga de aire cerró la puerta del almacén y el golpe lo hizo volver a la realidad. Instintivamente acercó una mano a la llama de la lámpara que portaba para proteger la luz, pero la retiró enseguida, pues, aunque agitada, se había alargado con vivacidad y podía quemar el papiro que llevaba. Debía concentrarse, trabajar. Se acercó el papiro a los ojos y deambuló entre los bultos, contando sacas de enebro, romero, salvia, canela… Concordaban, todas concordaban. Pero la proporción de incienso era insuficiente al lado del resto de existencias. Contando que se quemara la mirra del mediodía, andaban justos para la elaboración del *kifi* que ardía como ofrenda a los dioses al anochecer. Y la proporción era esencial, lo que convertía a los aromas en magia, en la cadencia de los sonidos para formar una plegaria y no un gruñido desarticulado.

La puerta del almacén se abrió y el anciano oyó pasos sobre el suelo arenoso. Sonaban como un trote impaciente que hacía tintinar con cargante insistencia el pectoral del visitante. Solo conocía a una persona que caminara así: el sumo sacerdote.

—Teremun —le confirmó una voz.

El anciano tomó aire, lo exhaló con parsimonia y salió de entre los fardos.

—¡Ah, estás aquí!

—Comprobando lo que me pediste.

—¿Y bien? ¿Las existencias son las correctas?

—Sí, es lo que hay.

—Entonces, supervisarás la salida de la mitad del incienso. Te mandaré a un escriba para que haga las anotaciones pertinentes.

Se volvió y dio unos cuantos pasos hacia la puerta mientras Teremun preguntaba:

—¿Salida? ¿Adónde?

El sumo sacerdote se giró hacia su subordinado. Cualquier otro hubiera temido la reacción del máximo representante de Nefertum, pero Teremun era ya demasiado anciano para sentir miedo y, aparte de imponer a Badru en el taller, jamás se había opuesto a su superior. Aun así, este lo escrutó de arriba abajo con suspicacia. A pesar de los años transcurridos, aún no se creía que él jamás hubiese ambicionado su cargo.

—¿Adónde? —respondió al fin el sumo sacerdote con forzada naturalidad—. A Heliópolis, claro. Alejandro entrará en el templo de Amón y están mucho peor que nosotros. No tienen ni para recibir al nuevo faraón.

—Pero aquí tampoco es que andemos sobrados. Acabaremos haciendo *kifi* sin olíbano y ya me dirás cómo. La magia mal empleada…

—Lo sé, Teremun, lo sé, es peligrosa. Pero todos nos tenemos que ajustar. Incluso los sacerdotes embalsamadores van a enviar mirra para que nosotros no nos quedemos sin nada. Tendremos que reducir la cantidad que quemamos sin alterar las proporciones. Al fin y al cabo, son los mismos dioses quienes nos están poniendo a prueba, y fallar al faraón es fallar al dios que ha de proveer por Egipto. Cuando llegue a Menfis, él lo arreglará.

—Pero reducir la cantidad también puede ofenderlos.

El sumo sacerdote dio unos pasos hacia Teremun y la tea que este portaba iluminó una sonrisa grotesca.

—Claro, claro. Es una posibilidad. Pero aún confías en Badru, ¿no? Tú insististe en que él podía cumplir con la misión de traernos incienso. Bien, pues ahora más que nunca veremos si su devoción es real o no.

—¡Por supuesto que lo es! Pero pueden haber surgido mil impedimentos. Tú mismo oíste al enviado de la Casa de la Balanza explicar el ataque sufrido por la caravana. Pero portaba las resinas. ¡Lo había conseguido!

—¿Y dónde está? —La voz del sumo sacerdote desprendía desprecio y rabia—. Porque también se habló de su posible implicación en un asesinato, y en la puerta del templo, del taller, incluso de tu casa, hay centinelas que lo aguardan. ¿Y si siempre ha servido a su padre? Porque es Arash de Ecbatana quien nos ordena enviar incienso a Heliópolis. ¿Y si sabían que podía llegar este momento y Badru se acercó a ti por orden de su padre para controlarnos? Alejandro creerá que todo es normal cuando llegue al templo de Amón, pero se puede encontrar con una

rebelión en Menfis, el corazón de los dos Nilos, porque oportunamente el hijo de un destacado funcionario persa desaparece con el cargamento de resinas perfumadas que tanto necesitamos.

—¿Y si Badru es una víctima más? Son los macedonios quienes controlan las rutas comerciales del Mediterráneo. ¿Y si, oportunamente, a punto de estallar la rebelión, llega Alejandro con incienso? ¡Gran salvador!

—¡Prueba de que es un dios, un auténtico faraón, no como Darío! —gritó el sumo sacerdote. Al percatarse, respiró hondo y añadió con algo más de sosiego—: Ese joven te ha cegado, Teremun. Tu hijo, quien tendría que haber sido tu auténtico sucesor, murió a manos de los soldados persas de Artajerjes, y entiendo que no podía haber mejor venganza que arrebatar el primogénito a un noble persa del rango de Arash de Ecbatana. Hasta yo mismo consentí porque me parecía un dulce escarmiento. Pero asumamos la verdad: Badru es un persa, y siempre lo será.

Dicho esto, el sumo sacerdote dio por zanjada la conversación y se marchó sin que Teremun objetara nada más. El anciano se apoyó en las sacas que tenía tras de sí, vencido, con la llama de la lámpara temblando como su cuerpo. Sí, su único hijo había fallecido con el saqueo persa, pero siempre había pensado que eran los dioses quienes le enviaban a Badru para resarcirlo y para que recuperara su propia fe. Jamás planeó venganza alguna, solo había aceptado su poder. ¿O quizá era lo que quería creer? ¿Le había confundido la imperiosa necesidad de volver a creer, amar, ilusionarse con la vida?

* * *

Con la puesta de sol a sus espaldas en un horizonte anaranjado, el recinto sagrado se reflejaba imponente en el río cuando Badru se desprendió del roído *shenti* y se metió en sus aguas. Sentía el corazón inundado por el poder de los dioses. Se detuvo, tomó aire y se sumergió por completo para recibir sus bendiciones con las caricias del líquido enturbiado por sus propios pasos. Cuando sintió su pecho a punto de explotar, emergió a la superficie y aspiró la vida con ansiedad. Luego volvió a la orilla, tomó de nuevo el *shenti* y se cubrió.

Se pasó la mano por el pelo para intentar escurrir el agua y dejó que el sol poniente secara su cuerpo, de pie para no ensuciarse. Hubiera preferido presentarse ante Teremun como era debido, pero no podía hacer nada más. Por lo menos, pisaría suelo sagrado limpio, sin olor a sudor, con el aroma puro del río.

Se encaminó hacia una puerta lateral de la muralla, la más cercana al templo de Nefertum, la que siempre solía emplear. Apostado ante la misma, un policía con un babuino sentado a sus pies lo miró con altivez, y Badru, instintivamente, bajó la cabeza al pasar por su lado. Debía enfrentarse a su fracaso y, aun con el baño, seguía sintiéndose sucio cuando pasó por detrás del templo de Nefertum en dirección al taller. A aquellas horas, seguro que estarían todos los sacerdotes trabajando. Sin embargo, algo le detuvo, y se quedó tras la esquina trasera del

templo.

Dos vigías más, estos sin animales, custodiaban la puerta. Era extraño. Pero dada la carencia de incienso, quizá estaban allí para controlar que no hubiera fugas. La situación debía ser peor que cuando partió. Los vigías estaban armados con sendos sables curvos de bronce y apoyados en sus lanzas. A la mente de Badru acudieron de nuevo las palabras de la joven en el puerto: «Parece que tienen un soplo: alguien que lo intenta entrar a escondidas». Y entonces, sobre su cabeza, ululó una lechuza, y Badru sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Noche, muerte y frío. Aquello era lo que portaba el ave. Pero no pudo apartar sus ojos de ella. En un vuelo rasante, la lechuza se dirigió hacia la esquina del almacén, que quedaba tras el taller. Entonces desplegó sus garras y Badru creyó oír el chillido del ratón cuando se vio cazado, aunque sus ojos apenas pudieron percibirlo. Aquello no era un buen augurio.

Lívido, mucho más frágil de lo que recordaba, el anciano sacerdote abandonaba en ese momento el almacén. En lugar de alegrarse por tener tan cerca a su querido maestro, Badru se sintió atemorizado. ¿Y si su fracaso había puesto en peligro a Teremun? ¿Era aquello lo que pretendían decirle los dioses? El joven se armó de valor, salió de detrás de la esquina y, con pasos apresurados por el desasosiego, se acercó al anciano, que bordeaba ya la pared lateral del taller.

—Maestro —lo llamó.

Teremun ladeó la cabeza y lo recorrió de pies a cabeza con una mirada atónita.

—Pero… ¿Qué has hecho, muchacho? —balbuceó.

—Mas bien, qué me han hecho.

Teremun miró hacia la puerta del taller, agarró apresuradamente a Badru del brazo y lo condujo rápidamente hacia el almacén. Entornó la puerta y dejó solo un resquicio de luz mientras palpaba los brazos de su protegido, como si quisiera comprobar que no estaba herido.

—¿Sabes que te buscan? —le preguntó en un susurro.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Baja la voz. Si has podido entrar es por ese aspecto que llevas. Pero aquí todos te reconocerán. Te acusan de haber matado a un hombre, a un kushita… Incluso creen que puedes haber organizado el ataque a la caravana.

—Yo no la ataqué, fui una víctima.

—¿Y por qué estás vivo? ¿Y el incienso?

—Me lo robaron para llevarlo a Myos Hormos. Fueron unos mercenarios. Se pelearon entre ellos y al final no sé el destino de la mercancía. Me dejaron atado para que muriera en el desierto. Decían que ese era el encargo que les habían hecho.

—¿Y quién iba a encargar tal cosa?

Badru, perplejo por la incredulidad de su maestro, se sintió herido. Perder la confianza de Teremun jamás se le había pasado por la cabeza. Derrotado, se apoyó en la pared y dejó que su espalda se deslizara por la misma, quedando acuclillado, mientras decía:

—No lo sé. Parte de la tortura era morir sin saberlo.

—¿Seguro?

—Mi padre tiene enemigos. Mucha gente podría usarme para vengarse de él. Al enterarme de la rendición de Egipto, pensé que quizá Amminapes…

El anciano sacerdote suspiró.

—No lo creo. ¿Cómo sabía de tu viaje? —preguntó pensativo. Dio un par de pasos y se sentó al lado del joven—: En cambio, nuestro sumo sacerdote…

Badru, sorprendido, miró a Teremun, pero, más que ver, intuyó su expresión apesadumbrada y se sintió aliviado. Al menos, le creía. Aun así, no le cuadraban las suposiciones del anciano.

—Si yo hubiera logrado llegar con la carga, él habría obtenido los méritos por el buen aprovisionamiento del templo. ¿Qué razón iba a tener para ordenar algo así?

—Tú eres de origen persa y, para él, siempre lo serás. No perdona el saqueo a los templos, jamás lo ha perdonado.

—¿Y por qué no hacer que le trajeran el incienso?

Teremun miró a su pupilo.

—Porque quizá él, junto con otros sacerdotes, son los que han provocado que no haya ni mirra ni olíbano en el Nilo para culpar así a los persas. Tendría sentido… Hay muchos sacerdotes apegados al poder, y con Darío no lo tienen. Me temo que he puesto tu vida en peligro, Badru. Todo esto es culpa mía.

—No, no… Seguro que podemos hacer algo.

—Para empezar, te sacaré de aquí. No estás seguro en suelo sagrado. Hay que buscarte un buen escondite.

24

Los trirremes de Alejandro de Macedonia habían tomado el puerto de Menfis y sus marinos disfrutarían aquella noche de un festín de buey estofado, pan en abundancia, quesos, dátiles e higos. Todo dispuesto tal y como había ordenado Mazaces, a quien aún sentía que debía obediencia, a pesar de que había rendido Egipto. Él, en cambio, les hubiera servido a los invasores las carnes más preciadas, grullas, antílopes o gacelas, para que vieran los egipcios que aquellos recién llegados se hartaban como los ricos mientras ellos tenían que contentarse con pescado seco. Ahora, su única posibilidad de recuperar la satrapía del Nilo para el rey Darío estribaba en la paciencia y la astucia.

Pero aquella noche, Arash de Ecbatana había renunciado a ambas, y empujaba con rabia sobre el cuerpo desnudo de Vashti, buscando ahuyentar con el desahogo carnal aquella rendición indigna, más amarga que una derrota en el campo de batalla. Ella gemía, aferraba con fuerza sus nalgas, sus pezones erectos rozaban su torso y él se deslizaba entre sus caderas con el ímpetu de la necesidad, la mente extraviada y el placer como único objetivo. Hasta que lo alcanzó, se vació por completo y luego se dejó caer al lado de ella, jadeante y en paz. Pronto sintió que las manos de Vashti acariciaban los rizos encanecidos de su pecho mientras se recostaba en su hombro. Arash se dejó hacer mientras sentía el latido acelerado de la mujer en su brazo.

No era su primera esposa, pero sí la que más acudía a su lecho, incluso más que las concubinas que mantenía en las dependencias de las mujeres. Aunque al principio se sintió rebajado al verse en la obligación de tomarla como esposa. A pesar de ser hija de Sábaces, el anterior sátrapa del Nilo, la madre de Vashti era una concubina, y él la aceptó para afianzar su posición en Egipto. Pero desde que Cyra empezara a considerar el lecho como una obligación y se mostrara más leal como madre que como esposa, Vashti le había sabido llenar el corazón de ilusión con su risa cándida y su pasión. Además, había parido tres varones y aún era joven. En cambio, Cyra solo le dio al primogénito, decepcionante, y niñas, bellas como ella, útiles para establecer alianzas, pero incapaces de perpetuar su estirpe.

Arash de Ecbatana suspiró al pensar en su primera esposa. Seguía siendo hermosa en su madurez, carnal como un vino reposado, pero no podía soportar la tristeza de sus ojos. ¿Acaso Cyra, su primer amor, no se daba cuenta de que él también estaba profundamente dolido? Pero a diferencia de ella, él jamás la culpó. Arash besó a Vashti en la cabeza y ella deslizó sus labios, suaves, por su pecho

mientras él le acariciaba la espalda. Nunca imaginó que no volvería a oír las palabras que Cyra siempre había sabido escoger y que tanto lo habían sosegado en los momentos más difíciles. Vashti era diferente, vivaz y complaciente, perfecta para hacerle sentir joven de nuevo, pero debía admitir que añoraba el ingenio de Cyra y su complicidad.

—¿Dónde estás esta noche, mi querido esposo? —preguntó Vashti con dulzura.

—¿Acaso no me ves? —respondió Arash con una sonrisa.

Ella se tumbó sobre él y le acarició el cabello sobre la frente sin apartar la mirada de sus ojos.

—Te siento lejos. Están pasando demasiadas cosas.

—Que tú, querida, me haces olvidar —aseguró él mientras la abrazaba por la cintura.

—Me dijiste que nos iríamos si llegaban a Menfis esos macedonios. No olvides que mataron a mi padre en Issos.

—Aún no ha llegado Alejandro. Es pronto. Nuestros hijos no corren peligro.

—¿Y tú?

Arash le dio un beso en la boca, conmovido, pero ella insistió:

—He oído cosas, ¿sabes? Todo el mundo se queja por la falta de incienso. Ahora, en las calles, temen no tener para recibir al nuevo faraón. Y sabes que para ellos es un dios. Pero no piensan que esta escasez sea la voluntad de sus dioses. Los egipcios culpan a los persas, y a ti, sobre todo a ti, que con los tributos deberías asegurarte de que hubiera suficiente para los rituales. —Vashti se acurrucó en su pecho y suplicó—: Vámonos, Arash, antes de que Alejandro llegue. ¿No has oído lo que hizo en Tiro y en Gaza con sus enemigos?

Arash apartó a Vashti, se incorporó y la miró adusto:

—¿Me estás pidiendo que huya?

Ella se sentó frente a él y le tomó las manos.

—No hay vergüenza en ello. Mazaces ha rendido Egipto. Mi padre jamás lo habría hecho. Pero él se ha dejado guiar por ese Amminapes y se ha comportado como un cobarde indigno.

—Que es lo que yo no voy a hacer. Nadie me acusará de cobarde.

Arash retiró las manos de su esposa, se sentó al borde de la cama y se calzó sus zapatillas.

—Mas huir, como hizo el mismísimo Gran Rey en Issos, te permitirá seguir luchando.

Él se cubrió con una túnica y fue hacia una mesa donde le aguardaban una jarra y una copa doradas.

—¡Te he dicho que es pronto! Y tú no lo sabes todo, mujer —gritó.

Se sirvió vino y bebió con avidez.

—¿Qué es lo que no sé?

—Que Amminapes ha extendido esos rumores. Estoy prácticamente seguro. Y Ahura Mazda me asistirá para que se descubra la verdad. ¿O acaso no ves que culpar a los persas de la escasez de incienso es muy conveniente para Alejandro?

Seguro que Amminapes convenció a Mazaces para rendir Egipto diciendo que lucharíamos en dos frentes, contra Alejandro y contra el pueblo egipcio en rebelión.

—Pero ya está hecho. ¿Qué ganas descubriendo a todos las artimañas de Amminapes? Alejandro lo premiará.

Arash se sirvió otra copa y suspiró.

—Gano servir a Ahura Mazda, el verdadero dios.

Ella se puso en pie, se acercó a él, le quitó la copa de las manos y lo besó con pasión. Arash se relajó. Era eso lo que necesitaba, no discutir. Luego ella se apoyó sobre uno de sus hombros, lo abrazó por la cintura y musitó:

—Ahura Mazda es la Verdad. Y, ¿no sería mejor descubrírsela a Darío en persona?

Él la apartó de nuevo.

—¡No entiendes nada! Ahura Mazda obrará aquí, en Egipto. De hecho, ya ha empezado. Hay gente que ve cuánto conviene a Alejandro la falta de incienso para culpar a los persas. Y él es el nuevo faraón, cierto, y su relación con los dioses del Nilo es la que hace que el reino esté bien provisto. Habrá incienso para cuando él llegue, eso te lo aseguro, pero si luego falta para momificar o para adorar a los dioses, la culpa será de él. Alejandro domina las rutas comerciales que entran por el delta, él ha enviado una cantidad enorme desde Gaza a su tierra cuando podría haberlos traído… ¿No lo ves? Puede haber una revuelta, pero no contra nosotros. Se levantarán por temor al caos, y aprovecharemos esa oportunidad.

—Eso es tejer con suposiciones.

Arash de Ecbatana le dio la espalda y ordenó:

—Vete. Esta noche dormiré solo.

* * *

Los bulbos de los lirios descansaban bajo tierra, a la espera de la primavera, pero aun así, era su rincón favorito del jardín. Después de que el eunuco hubiera ido a buscar a Vashti a sus dependencias, al otro lado del patio de las mujeres la música había cesado y Cyra ahora disfrutaba del arrullo del agua que la brisa mecía entre los lotos y que dejaba oír algún croar aislado, algún chapoteo y el adormecido canto de los pájaros.

Le gustaba la oscuridad. Desde que su pequeño Arash, su único hijo, se marchara, la noche era lo único que le daba cierta paz. Se sentía libre para recordar cómo le brillaban los ojos al montar por primera vez sobre aquel caballo azabache mientras ella observaba aterrada y su marido la rodeaba con los brazos, orgulloso, para calmarla. Le parecía ayer cuando su pequeño corría a sus brazos tras salir de la clase del mago, cuando le pedía que le cantara una canción, cuando le mostraba su primer arco… ¿Cuándo se hizo mayor? ¿Acaso no quiso verlo?

Un escalofrío la estremeció y, con la piel erizada por el frío, se ciñó el manto

que le cubría los hombros, pero no se movió. Miró hacia el suelo, donde descansaban los bulbos. Añoraba las flores blancas, amarillas y anaranjadas que había plantado evocando un amanecer luminoso. Si su marido la abrazara como cuando Arash era pequeño… Pero no le había contado nada aún. No se había atrevido. Lo sabía atribulado por la llegada de la tropa macedonia a puerto. Tantos años en la corte de la satrapía habían enseñado a Arash a ocultar sus pensamientos, pero ella sabía cuando sus cejas disimulaban disgusto, preocupación o ansia. Y no quería que Arash, su primogénito, se convirtiera en un problema más, por lo menos, hasta conseguir hablar con aquella princesa de Punt. Samgar intentaba concretar un encuentro con ella, pero el comerciante apenas se despegaba de la joven y el único recurso que parecía quedarles era pagar bien a la doncella que la servía.

Una tenue luz perturbó la paz de Cyra, que vio el destello por el rabillo del ojo. Ladeó la cabeza. El eunuco caminaba por el pórtico con una lámpara de aceite, iluminando los pasos de Vashti. Cuando Arash la hacía llamar a su lecho, solía retenerla toda la noche. Sorprendida, Cyra no pudo resistirse y se puso en pie para acercarse al pórtico. ¿Estaría Arash más afectado de lo que pensaba por la llegada de los macedonios?

—¡Vaya! Será verdad que con la edad se duerme menos —dijo Vashti en cuanto la vio salir entre las sombras.

—Y en cambio tú, tan joven, te retiras pronto —respondió Cyra con una sonrisa. Conocía a la segunda esposa de su marido, no había tenido más remedio, y sabía cómo provocarla—. ¿Acaso no ha quedado satisfecho nuestro querido esposo?

Vashti hizo una señal al eunuco para que se retirara y este obedeció solo tras ver que Cyra asentía. Tras la madre del señor, la primera esposa siempre era la que ostentaba el poder, y el sirviente, que no había llegado a conocer a la madre de Arash, sabía con quién le convenía estar a bien.

A medida que el eunuco se retiraba, la luz amarillenta de la tea perdió su fulgor. En cuanto solo la luna llena iluminó sus rostros, Vashti se acercó a la primera esposa de Arash, con quien sabía que no compartía más que distancia desde la marcha del primogénito.

—Me ha mandado salir para que dispusiera las cosas en el harén.

—¿A ti? El sirviente que acabas de echar es el encargado…

—Es una cuestión delicada.

Cyra sonrió con desdén.

—Entonces, la hija de una concubina, sin duda, es más apropiada que la primera esposa.

La luz plateada de la luna fue suficiente para ver cómo la cara alargada de Vashti enrojecía.

—¿Primera esposa? —dijo con una carcajada forzada—. Eso no lo da el haberse casado primero con él, querida, y los sabes bien. Hace tiempo que dejó de confiar en ti, si no, ya sabrías que dejamos Menfis. Y será gracias a mí, no a ti, que

salgamos bien parados tras la llegada de los macedonios. Debe costar, después de tantos años, aceptar que ya no eres su favorita.

Vashti se volvió y dejó a Cyra en la penumbra del pórtico, con el miedo reflejado en su rostro.

* * *

Sin darle tiempo a reaccionar, Cyra pasó como una exhalación ante el esclavo apostado a la puerta y, sin ningún impedimento, entró en los aposentos de su esposo. La cama estaba vacía, revuelta, y él recostado en su silla favorita. La llama de la lámpara de aceite se agitó y Arash se incorporó apresurado para protegerla de la corriente de aire que había invadido la habitación.

Luego la miró y ella distinguió un brillo de sorpresa en sus ojos justo cuando el esclavo entraba para deshacerse en disculpas.

—Tendrías que haberla parado antes. Cierra y no te molestes —lo atajó Arash.

Su voz sonaba autoritaria, pero más profunda de lo normal, y Cyra supo que había estado bebiendo. Se compadeció por un instante, pero al percibir el sutil aroma a lirios que emanaba de la habitación, el mismo con el que siempre la recibía a ella, no pudo reprimirse y preguntó irónica:

—¿El vino te ayudará a entender a Ahura Mazda?

—Solo miraba la llama, ya sabes que me relaja —respondió él apoyándose de nuevo en el respaldo.

—¿Tan mal está la cosa?

—No lo sé —suspiró—. Heliópolis será una primera prueba, supongo. Alejandro no tardará en llegar.

Ella se sentó en una silla al lado de él y contempló la llama.

—Entonces, ¿por qué dejar Menfis? Ese rey macedonio quiere acabar con Darío, apoderarse de su reino. Si no, ¿por qué no aceptó el tratado de paz? Está cubriéndose la retaguardia. Y visto lo de Issos, si volvemos a Ecbatana solo ganarías tiempo.

—¿Y quién te ha dicho que yo planee tal cosa? —preguntó él ladeando la cabeza. Cyra le devolvió la mirada y Arash sonrió—. Vashti, claro. Me lo ha pedido.

—¿Y has cedido?

Él respondió con amargura mientras su mirada volvía a la llama:

—Si has sido capaz de deducir que Alejandro de Macedonia pretende cubrirse las espaldas al apoderarse de la satrapía de Egipto, seguro que también imaginas que mi tarea en Menfis no ha acabado.

Cyra no pudo reprimir un suspiro de alivio y, al ver la expresión de la mujer, Arash añadió:

—No es por mí, ¿verdad? Te quieres quedar en Menfis por nuestro hijo —Se inclinó hacia delante, apoyó los codos en sus muslos y hundió los dedos en su

melena rizada—. Está muerto, te lo dije hace más de un año.

—Pronto podría estar muerto de verdad —musitó ella.

Arash levantó la cabeza y se volvió para mirarla. Sus ojos estaban humedecidos. Sin darse cuenta, Cyra le acarició la espalda, solo por un instante, con la misma complicidad que habían compartido durante tanto tiempo.

—Han descubierto que Badru es tu hijo. Lo buscan por el ataque a una caravana que iba de Myos Hormos a Gebtu. Parece que llevaba una carga de mirra y olíbano. Lo acusan de asesinato.

—¡Eso es imposible!

—Vinieron de la Casa de la Balanza preguntando por él.

—¿Y por qué no lo he sabido yo? —inquirió Arash poniéndose en pie, furioso.

Cyra lo miró directamente a los ojos y respondió con amargura:

—Para ti está muerto, ¿no?

El hombre se volvió a sentar y tomó a Cyra de las manos.

—Amminapes no me tiene en buena estima, y ahora debe de ser uno de los favoritos de Alejandro. Lo pueden estar utilizando, ¿lo entiendes? Si llevaba mirra y olíbano, con la escasez que hay…

—Por eso estoy aquí, Arash.

—¿Por él o por mí? —preguntó retirándose hacia atrás mientras cerraba los puños sobre los brazos de la silla.

—¿Por qué siempre te empeñas en hacerme elegir? Si lo atrapan, os dañarían a los dos, y yo…

Un nudo en la garganta impidió a Cyra continuar. Con la llegada de Alejandro, Arash no podía desviar el caso de la Casa de la Balanza a la justicia persa en Egipto, pues este ya no era una satrapía. Bajó la cabeza y tocó las pulseras de sus manos intentando contener las lágrimas mientras Arash se levantaba de su silla. Se inclinó frente a ella y, por primera vez en mucho tiempo, la abrazó. Jamás había soportado su llanto y, aquella noche, compartía su temor. ¿Por qué no habían podido también compartir el dolor juntos? Le acarició el cabello ondulado, sedoso, largo hasta la cintura. La besó en la frente y susurró:

—Lo arreglaremos, no te preocupes.

Cyra, apoyada en su pecho, no pudo resistirlo más y sollozó. Aquel era el esposo al que siempre había amado, el padre de su hijo.

—¿Sabes dónde está? —preguntó él.

Ella, sin querer desprenderse aún de su abrazo, negó con la cabeza. Arash entonces la apartó de su cuerpo y la miró sorprendido y asustado:

—¿No le has estado siguiendo el rastro?

25

El sol había sobrepasado su cénit y Leandro sentía que el sudor se deslizaba por sus sienes. Pero se mantuvo rígido sobre el caballo para dar ejemplo a los doce jinetes que lo seguían en formación. A pesar del recibimiento que les había brindado Heliópolis, con las gentes tomando las calles y vitoreando al paso de Alejandro, no quería que sus hombres se confiaran en exceso. No le había gustado demasiado que se desperdigaran los escuadrones de *hispapistas* y Compañeros de Caballería por la ciudad, y poco le consolaba que el grueso del ejército, con los Compañeros de a Pie, los *prodromoi,* los arqueros y la mayoría de tropas griegas, estuviera acampado a las afueras, agrupado y en perfecto orden. Su escuadrón, precedido por un noble egipcio cómodamente sentado en su silla de andas, avanzaba por una amplia avenida bordeada por una sucesión de murallas que se le antojaban amenazantes. El lugar estaba desierto, y aunque pudiera ser por el intenso calor de aquella hora del día, Leandro no se sentía cómodo. Si bien sabía que para los egipcios el faraón era un dios, el recibimiento le había parecido exagerado, y no podía creer que los persas se dejaran arrebatar Egipto de aquel modo.

Por ello, cuando aquel noble egipcio llamado Narmer hizo detener las andas ante un enorme portón, Leandro no pudo evitar aferrar con fuerza su lanza de madera de cornejo. Los habían distribuido para alojarse como escoltas de los mandos en las casas de los habitantes más destacados de la ciudad, pero no podía saber qué se escondía tras aquellas murallas. Le consolaba haber sido asignado a Filotas y poder revisar el recinto antes de que llegara. Las puertas se abrieron con una suavidad sorprendente dado su tamaño. Sin embargo, al otro lado solo aparecieron cuatro fornidos esclavos negros, ataviados con el *shenti,* a pecho descubierto. Detrás de ellos, un camino de enebros conducía a una enorme construcción cerrada, sin apenas ventanas y de techumbre recta, sin tejas. Nermer hizo una señal a sus porteadores para que depositaran las andas en tierra. Vestido con una túnica plisada que realzaba su esbelta figura, puso los pies en el suelo y se irguió para dirigirse al oficial macedonio.

—Si me permite, señor, mis esclavos se harán cargo de sus monturas —le dijo en un griego pausado, marcado por un acento extraño.

Leandro bajó de su caballo y le respondió con amabilidad:

—Se lo agradezco, pero son muchas las molestias que le causamos. Nuestros palafreneros ya están familiarizados con estos animales y se encargarán de ellos, si

les indica donde están las caballerizas.

—No es ninguna molestia, pero se hará como usted disponga.

El egipcio se volvió y dio un par de órdenes a sus esclavos, mientras Leandro hacía un gesto a sus hombres para que desmontaran. Acompañaron a Narmer hacia el interior del recinto, seguidos por los palafreneros y las monturas, que enseguida se desviaron junto con los esclavos de la puerta. A medida que avanzaban por el jardín, el canto de las aves, el murmullo del agua y la sombra de los árboles tranquilizaron a Leandro y sus suspicacias se fueron disipando.

—Mi casa es su casa. Espero que les agrade —comentó Narmer con orgullo—. Supongo que querrán refrescarse.

—Sería agradable, desde luego. Pero debemos mantenernos preparados hasta nueva orden de nuestro comandante. Filotas seguro que nos requerirá cuando Alejandro visite el templo de Amón.

—Claro, pero ¿será hoy mismo? —se sorprendió Narmer.

—Nuestro rey quiere rendir tributo a los dioses cuanto antes —respondió Leandro extrañado—. Pensé que a ustedes les agradaría.

—Por supuesto —se apresuró a responder el noble egipcio—. Pero el templo debe disponerse como es debido para recibir a un dios.

—¿Y no lo está siempre?

—Sí, no me haga caso. Solo pensé que el faraón querría descansar antes de tan importante encuentro. Dispondré comida y bebida para sus hombres. Para eso sí que tendrán tiempo. Quizá les agrade tomarla alrededor del estanque. El ambiente es muy fresco y agradable allí… Mi lugar favorito.

Leandro se lo agradeció, pero no le pasó por alto que Narmer había cambiado de tema, incómodo por la deriva que había tomado la conversación. ¿Acaso temían que Alejandro y sus tropas se acercaran al templo por si actuaban como los persas cuando conquistaron Egipto o era allí donde se preparaba una trampa?

* * *

Alzando la vista, veía partes de la muralla que protegían el recinto del templo de Amón-Ra y las puntas de los obeliscos que refulgían en su interior. Era su única guía para orientarse en aquella ciudad de calles caóticas, tan alejadas de la ordenada cuadrícula de Pellas que giraba en torno al ágora. Pero, a pesar de sentirse como si estuviera en el laberinto de Minos, Filotas caminaba contento, no podía evitarlo. Sabía que las cosas saldrían como debían. Las señales le llegaban con claridad y las sombras de los altos edificios de adobe se proyectaban a su paso para hacer más soportable aquel camino. Aunque el sol descendía, el calor todavía se pegaba a su piel, y se congratulaba de haber elegido una túnica de lino tras liberarse de la armadura en casa de Narmer.

Pero no había conseguido contagiar a Leandro su buen humor. Este caminaba a su lado con expresión hosca y su brazo izquierdo oculto bajo la capa. Filotas sabía

que su primo mantenía la mano en la empuñadura de la daga que llevaba prendida del cinturón, pues le había disgustado desprenderse de su vestimenta de soldado para emprender aquella pequeña misión. Y seguro que las calles de Heliópolis, convertidas en un hervidero que se desvivía por abastecer al ejército apostado a las afueras de la ciudad, incrementaban su desconfianza.

Cuando estaba arisco, Leandro le parecía irresistiblemente atractivo, pues sus rasgos adquirían un aire rudo que encendía el deseo de Filotas. Pero este sabía que su primo lo estaba pasando mal, y a lo largo del viaje, cada vez más cerca el uno del otro, Filotas había comprendido que no soportaba verlo infeliz. Por ello, caminando entre campesinos y comerciantes que les abrían paso con reverencias y sonrisas, le preguntó:

—¿No te resulta obvio, Leandro? —Este lo miró inescrutable y Filotas añadió —: No hay peligro.

—Pero aun así, quieres ir al templo de Amón porque no te fías.

—No es eso. Ya te lo he explicado. Necesito hacerme una idea del espacio, porque mañana Alejandro ha insistido en llegar a las puertas del templo a lomos de *Bucéfalo*, y lo normal es que los mejores de entre los Compañeros de Caballería le escoltemos por detrás de sus siete guardaespaldas.

—Entonces es Hefestión quien debe coordinarlo todo. A mí no me engañas, Filotas.

Este soltó una carcajada y agarró a su primo por el hombro.

—Giremos por aquí. No puede estar muy lejos ya. Mira que cuando quieres eres terco, Leandro. Yo solo hago mi trabajo. No me atribuyas a mí tu propia desconfianza. —El rostro de su primo se suavizó con una leve sonrisa y Filotas añadió—: ¿A qué tanto celo?

—Lo que me extraña es que tú no lo tengas, la verdad —confesó Leandro—. Cuando Artajerjes conquistó Egipto, esta fue la ciudad que más padeció.

—Y precisamente por el comportamiento de las tropas y por la presión de los persas sobre los templos nos reciben como libertadores.

—Entonces tengo yo razón. Deberían estar ansiosos por que Alejandro demostrara que no es como ellos y, sin embargo, parece que quieren retrasar su entrada al templo. ¿No te preguntas la razón?

—¿Y de dónde sacas que quieran retrasar su entrada al templo?

—Narmer parecía incómodo ante la idea de que fuera hoy. Y tú mismo me has dicho que los sacerdotes parecían temerosos de lo mismo.

—Pero tiene una explicación. La ceremonia parece ser de gran importancia, pues con ella Alejandro será, ¿cómo han dicho? —Filotas se rascó la barbilla y citó las palabras con la mayor fidelidad de la que era capaz, aunque no pudo evitar cierto tono de burla—: «Horus, el protector de Egipto, rey del Alto y Bajo Egipto, amado de Amón, elegido de Ra, hijo de Ra» y bla, bla, bla. Si los ritos salen mal, es una ofensa a los dioses, supongo. No pueden ofender al hijo de Ra, amado de Amón y todo eso.

—¿Por eso estás contento? Porque, por lo menos por un día más, no será

considerado un dios.

Filotas señaló al final de la callejuela que recorrían y exclamó:

—¡Eureka! Ahí se ven las esfinges. ¡Es la avenida de entrada!

Aceleró el paso para evitar responder. Deseaba compartirlo todo con Leandro, pero sabía que eso no iba a ser posible, y quizá incluso había sido imprudente mostrar sus reticencias acerca de Alejandro. Su primo no era como él, por lo que si acababa opinando lo mismo, no callaría. Eso lo pondría en peligro, y Filotas jamás se lo perdonaría.

Cuando alcanzaron el final de la calle, la avenida de las esfinges se abrió ante ellos recta, pulcra y ordenada, como si no perteneciera a la misma ciudad que habían recorrido. Al este, desembocaba en un brazo del delta del Nilo, y apenas circulaban algunos sacerdotes con sus cabezas rapadas y envueltos en sus túnicas, con los hombros descubiertos. A su derecha se erigía la monumental entrada del templo, recia y tosca, demasiado pesada a ojos de Filotas al carecer de las equilibradas proporciones y las hermosas columnatas que abrían el espacio de los templos de su tierra.

—Ese sitio es perfecto para una emboscada. Está fortificado —señaló Leandro.

—No digas tonterías —respondió Filotas enfilando hacia la entrada—. ¿Quién iba a tendernos una emboscada?

—A nosotros no, al rey. ¿Por qué tanta insistencia en retrasar su llegada al templo? Seguro que los persas han planeado algo. ¿O acaso a todos los egipcios influyentes les ha ido mal con Darío?

—A los sacerdotes les ha ido mal, Leandro. Y los persas no tienen ninguna posibilidad después de la derrota de Issos. ¿O no viste cómo dejamos su ejército?

Atravesaron las puertas del recinto sagrado y una extraña armonía se abrió ante sus ojos. Los edificios eran igualmente pesados, cerrados, pero se disponían en un orden perfecto, de líneas claras y equilibradas. Y las colosales esculturas oteaban el horizonte con una sonrisa pacífica que desdibujaba la sensación amenazante de su desmesurado tamaño. Filotas pensó en Pitágoras, Platón, Eudoxo… Todos habían pasado por Heliópolis para consultar los manuscritos de su Casa de la Vida y profundizar en el conocimiento de la astronomía, la filosofía…

—¿Ves, Leandro? ¿Acaso crees que en esos edificios se pueden esconder las huestes persas, como si fueran un caballo de Troya? ¿Por qué iba a ofrecer Darío un tratado de paz, si no se supiera vencido?

—Pueden ser más sutiles que todo eso. ¿No te parece extraño que apenas se vean sacerdotes o esclavos por el recinto? Sobre todo si hay que preparar la ceremonia de mañana.

A Filotas le pareció acertada aquella observación, pero estaba seguro de que en aquel momento los persas no eran ninguna amenaza. El único peligro podía ser el propio Alejandro, su ambición. Pero se guardó este comentario y apuntó:

—No sabemos nada de sus costumbres. Quizá la mayoría estén en algún tipo de ceremonia o…

De pronto, un mozo atravesó la puerta y pasó entre ellos como una exhalación

para perderse tras una esquina. Filotas y Leandro se miraron extrañados y se volvieron hacia la puerta. En el río, un barco había atracado. No parecía nada extraordinario, un barco de carga egipcio como tantos otros que habían visto mientras descendían por el delta. Sin embargo, Filotas cambió de semblante y avanzó serio por la avenida hacia el Nilo. Leandro lo siguió, sintiendo al fin atendidas sus suspicacias.

Por detrás, un golpeteo de pies descalzos parecía acercarse. Filotas sintió un tirón en su brazo y se vio arrastrado por Leandro hacia un lado, detrás de una de las esfinges que bordeaban la avenida. Un grupo de esclavos pasó ante ellos, y Leandro se llevó la mano al cinto. Fue entonces Filotas quien lo agarró y, tras un gesto negativo, señaló con la cabeza al final del grupo. Un sacerdote con un llamativo pectoral de oro apareció seguido por dos acólitos.

—Es el sumo sacerdote de Amón-Ra —susurró a Leandro—. Lo vi en la recepción a Alejandro.

—Estás conmigo, entonces, en que pasa algo raro. ¿Por qué alguien de ese rango va a recibir una simple carga?

Ambos permanecieron vigilantes. El sumo sacerdote abrazó a otro religioso que había descendido del barco mientras los esclavos se hacían cargo de las sacas.

—Quizá necesitaba a ese otro —dijo Filotas—. No sabemos nada de ellos. Tus manías me están contagiando.

—Pero ¿qué llevan esas sacas?

El primer grupo de esclavos ya pasaban ante ellos.

—¿No lo hueles? Es olíbano —respondió Filotas apesadumbrado.

—¿Olíbano?

—Claro. ¿Cómo honrar a Amón-Zeus sin quemar nada?

—¿Acaso no tenían y por eso han demorado la entrada de Alejandro al templo? Porque para que salga el sumo sacerdote en persona…

—Déjalo ya, Leandro. Anda, vamos a casa de Narmer.

Decaído, Filotas se dirigió hacia la primera callejuela que lo alejaba del recinto.

—O sea, que desde el principio era eso, ¿no? —insistió Leandro a su lado—. Sabías algo de esa carencia y querías comprobarlo por ti mismo. De ahí tu buen ánimo, sin incienso Alejandro no se convierte en un dios… Para serte sincero, a mí tampoco me agrada la idea. A la entrada, tantos vítores… Pero me lo podrías haber dicho desde el principio. Mira que he pasado un mal rato pensando en trampas y buscando enemigos.

—No te preocupes, Leandro. Si consideran a Alejandro un dios, tendremos enemigos para rato.

—¿Qué quieres decir?

—Que es humano. Y cuando los egipcios lo descubran, ¿cómo van a reaccionar?

—¿Y cuál es la alternativa, Filotas? Son sus creencias: rey igual a dios. ¿Temes una revuelta? ¿Temes que los persas pueden intentar provocarla?

Filotas se detuvo. Temía que Alejandro se creyera divino. Su pasión por los

héroes homéricos, su ambición… Pero no se atrevió a decir nada. Solo miró a su primo a los ojos y le preguntó:

—¿Tú no?

26

Estaba harta. Annipe acabó de maquillarla, le colocó el pesado pectoral de oro y turquesas y aquella tupida peluca cobriza y, tras pedirle que aguardara su regreso, la dejó sentada ante todos los ungüentos. En cuanto la doncella salió de la habitación, Asenet se quitó la peluca y el espejo de bronce le devolvió su propia mirada de impotencia. Apenas podía reconocerse entre el *khol* y la sombra azul que coloreaba sus párpados, el rojo que pronunciaba sus labios y los rizos de su cabello, demasiado largo. ¿Qué pretendía aquel día Mudads? Tras atender sus negocios, ¿la retaría a una nueva partida de *senet* hasta que aprendiera a sacar sus siete fichas de aquel tablero de treinta casillas antes que él? ¿Acaso al atardecer la volvería a agasajar con laúdes, flautas y tambores entonando canciones solo para ellos dos? Resultaba obvio que él estaba desplegando todos sus trucos de seducción. Ella se dejaba acicalar y cuando se encontraba con el viejo comerciante, veía cómo se encendía el deseo en sus ojos. Asenet se prestaba a este juego con resignación, sobre todo porque había conseguido fijar unos límites.

Hacía dos días que habían ido al palacio de Arash de Ecbatana y, desde entonces, no había salido de la casa. «Aquí puedo protegerte de esos persas —insistía Mudads—. Las tropas de Alejandro ya han llegado y el nuevo faraón no tardará. Con él todo será diferente, Asenet, todo mejorará». Pero ella sentía que esto jugaba en su contra, pues con los macedonios tomando las riendas, aumentaba el riesgo de que Arash de Ecbatana enviara a su hijo a Persia si este reaparecía. Y necesitaba verlo. Pero su posibilidad de hallarlo se alejaba y asumía que era por su culpa. Decaída, apartó la mirada del espejo. Presionar al eunuco ante Mudads había sido un claro error y, a no ser que se metiera en el lecho del anciano, no tenía tiempo para enmendarlo. Además, le repugnaba la idea: no era de su propiedad. Era la heredera de Donkor y debía tomar una decisión. Si vender las pieles de jirafa no le servía como excusa para llegar a Teremun, podía hacerlo por sí misma. De pronto, Asenet sonrió, se puso de nuevo la peluca y se miró al espejo para comprobar que la tenía bien ajustada. Quizá no le venía tan mal aquel aspecto de gran dama egipcia.

Sin aguardar al regreso de Annipe, la joven salió de la habitación. Hasta el mediodía, Mudads recibía a comerciantes y sacerdotes en un salón de la planta baja alejado de los aposentos. Descendió las escaleras y salió al jardín, pero cuando iba a tomar el camino que conducía hacia la puerta de la muralla, oyó la voz del anciano, que salía del patio lateral donde almacenaba la canela traída de la

caravana. Asenet se escondió detrás de uno de los enormes sicomoros de la entrada a la casa. No quería que la detuviera, esta vez no. Estaba decidida.

—¡Eso nos perjudica, Abasi, y mucho! —El mayordomo caminaba por detrás de su patrón, cuya expresión delataba enojo—. El incienso no tendría que haber llegado a Heliópolis. ¿Quién dio la orden?

—Arash de Ecbatana.

—¿Seguro?

—Eso me ha dicho el sumo sacerdote de Nefertum. Alejandro ya es oficialmente el faraón, la ceremonia en el templo de Ra ha ido como debía y el pueblo aguardaba fuera para rendir tributo al nuevo dios.

Mudads se detuvo y se volvió hacia Abasi.

—¡Perfecto! —exclamó el anciano con fastidio—. Entonces Menfis es la clave. ¿Entiendes lo que eso significa, Abasi?

—No habrá incienso suficiente aquí. Eso nos beneficia, ¿no, mi señor?

El anciano retomó sus pasos hacia la entrada de la casa mientras reprendía al mayordomo:

—No estás preparado, Abasi, para nada. ¡Las sacas tendrán que salir de la ciudad! Era negocio fácil, pero se está complicando, y todo por culpa de Arash de Ecbatana. ¿Quién me iba a decir que sería un cobarde?

Mudads se perdió en el interior de la casa, dando órdenes aún a su sirviente, y Asenet se volvió y apoyó la espalda en el tronco del sicomoro. Todo aquello no le cuadraba. Por lo que había entendido, Arash de Ecbatana estaba haciendo todo lo posible por no ofender a los macedonios ni soliviantar los ánimos de los egipcios. Y eso en nada concordaba con alguien que estaba tras un complot para que el pueblo del Nilo se revelara contra Alejandro por la carencia de incienso. Así que cabía la posibilidad de que Badru no sirviera a su padre, como Mudads insistía. Pero había algo más que le había llamado la atención: la referencia a las sacas. ¿Qué tenía que ver la canela con todo aquello?

Asenet salió de detrás del sicomoro y se encaminó hacia el patio lateral. «No te fíes de él», habían sido prácticamente las últimas palabras de Matsimela. ¡Cuánto deseaba que le hubiera explicado el motivo! Pero sola y sin más información, ella se había limitado a utilizar el deseo que despertaba en Mudads. ¿Acaso se había descuidado al creer que controlaba la situación? De pronto, el recuerdo de su llegada a Menfis acudía a su mente seguido de una fragancia. Había olido la mirra de su propio hogar. Entonces creyó que procedía de sus manos. Sin embargo, ahora, tras oír la conversación, la sospecha la asediaba. Mudads había sido extremadamente cuidadoso con las sacas de canela durante todo el viaje, como si fueran la carga más preciada, pero aún seguían allí, no las había vendido. ¿Por qué? ¿Y si lo que había olido en el barco no procedía de sus manos, sino que había estado oculto entre la canela? Al fin y al cabo, ¿quién era Mudads?

La joven empujó la puerta del patio lateral y esta se abrió con suavidad. Pero cuando se disponía a entrar, alguien la agarró del hombro con fuerza y la obligó a dar la vuelta.

—Con que detrás del sicomoro, ¿eh? Yo sí que te había visto —dijo Abasi con una fría sonrisa—. ¿Espiabas?

—¿Acaso hay algo que espiar? —respondió Asenet airada mientras se zafaba de la mano del mayordomo.

—Claro que no. Ni tampoco nada que te interese en este patio.

—¿Y por qué hay que sacar la canela de la ciudad?

Abasi soltó una carcajada.

—Pregúntale al viejo. Ya lo has oído, ¿no? Yo no estoy preparado para entender el negocio. En cambio, tú… Estoy seguro de que si te abres de piernas te lo contará todo. Aunque claro, igual se rompe el hechizo y te devuelve al lugar que te toca, el de una esclava.

—¡Yo jamás he sido una esclava!

Asenet se volvió y mientras se alejaba, Abasi dijo con sorna:

—¡Pobrecita! Tan lejos de su tierra y sola…

La joven siguió caminando y se perdió entre el bosquecillo de frutales. Ahora más que nunca estaba decidida a llevar a cabo lo que tenía previsto cuando salió de la habitación.

* * *

Ante el espejo, Cyra contemplaba su rostro bañado por la luz matinal. Había prescindido de maquillajes y ungüentos, y eso la hacía sentirse vulnerable y desprotegida. Sin embargo, probablemente aquella fuera su mejor arma para lo que pretendía acometer. Se ciñó una sencilla diadema adornada con cuentas con forma de hoja y se puso en pie. Entonces sintió la presencia de Samgar a sus espaldas. Él le puso el largo manto sobre los hombros. Era de un lino ligero, de Pelusio, pero a pesar de su calidad, el color blanco por el que tanta predilección sentían los egipcios le pareció demasiado sobrio. Mas le daba un aire discreto al cubrir la túnica azul, ceñida a la cintura por una cinta de tela algo más oscura. Y eso era lo que buscaba. Sin pulseras ni joyas, quería que aquella princesa de Punt viera a la mujer, no a la dama.

Se acercó a los coloridos cojines que se esparcían en la esquina más iluminada de sus aposentos y tomó la pequeña caja de madera labrada que escondía debajo. La abrió y extrajo un saquillo con *dáricos*, aunque con solo una de las monedas de oro bastaría para pagar a la doncella de la princesa por facilitar el encuentro. Se volvió hacia Samgar y se lo tendió con mano temblorosa.

—¿Lo puedes llevar tú, por favor?

El eunuco tomó la mano de su señora.

—Todo irá bien —le dijo percibiendo su temor—. Seguro que ella podrá entender a una madre y verá que el joven Arash no es capaz de hacer aquello de lo que se le acusa.

Cyra le sonrió con mirada triste.

—Eso espero. Mi pequeño Arash no hubiera sido capaz, ¿pero Badru? ¿Quién es realmente mi hijo, Samgar? Me aterra lo que ella pueda contarme.

—Aunque Arash haya renunciado a Ahura Mazda, mi señora, le educaron en la Verdad, y estoy seguro de que esta aún anida en su corazón. —Samgar tomó el saquillo y lo escondió por debajo del *kandy*—. Precisamente fue su rechazo a matar lo que lo alejó.

Cyra deseaba creer a Samgar y asintió con un suspiro. Luego se dirigió hacia la puerta seguida por el eunuco. Pero cuando salieron al jardín, los juegos de los hijos de Arash de Ecbatana y las risas de las concubinas se oyeron entre los tamariscos y la mujer bajó la cabeza con añoranza. Perdida entre los recuerdos, avanzó por el pórtico hasta que un pequeño de poco más de un año chocó contra ella. El niño, de recia melena negra, dio dos pasos tambaleantes hacia atrás y, temiendo que cayera, Cyra lo tomó en brazos. Él, extrañado, pataleó para volver al suelo, y la mujer reconoció al hijo pequeño de Vashti, cuyos ojos y ceño eran tan parecidos a los del padre y a los de su propio Arash.

—¿Qué haces con mi hijo? —irrumpió de pronto la voz de Vashti, que se acercaba presurosa.

Le arrebató al niño de entre los brazos y Cyra no pudo evitar provocarla con voz indiferente y tranquila:

—Es el único que te queda, ¿no?

—No —respondió Vashti con desprecio—. El mediano tiene cuatro años y aún vive conmigo.

—Por poco tiempo. En menos de un año, será su padre quien se encargue de la educación, y entonces solo habrá arco, caballo y mago. ¡Disfruta mientras puedas! Después, tus encuentros con él serán esporádicos.

—Ya he pasado por eso con mi primer hijo y es un orgullo.

—Claro —sonrió Cyra con ironía.

No dio opción a más réplica y se alejó, seguida por Samgar. Como madres persas, sabían que los hijos varones vivirían exclusivamente con ellas hasta los cinco años. A esa edad, eran presentados al padre y empezaban su educación para convertirse en futuros hombres. Entonces ellas pasaban a un segundo término, y por mucho que las hubieran educado para ello, era inevitable sentir que perdían algo. No esperaba que Vashti lo admitiera, pero por el tono airado de su repuesta, sabía que había dado con el dedo en la llaga, pues ella siempre se había mostrado especialmente posesiva.

—Cyra —oyó a Vashti a sus espaldas—, ¿no pensarás salir de palacio con ese aspecto? Sin maquillaje, sin joyas… Cada día más descuidada. Pero lo entiendo, porque no estás en edad de tener hijos.

Pausada, Cyra se volvió, y sin borrar la sonrisa de su rostro, respondió:

—No necesito parir para que me siga amando. Ya debes saber que solo porque le complazcas en la cama no tiene por qué hacerte caso.

—¿Fuiste tú quien le hizo cambiar de opinión? —se indignó Vashti.

—Me encantaría decirte que sí, pero faltaría a la verdad. Y lo cierto es, querida,

que Arash ni sopesó la posibilidad de dejar Menfis.

—No te saldrás con la tuya. Sé que tramas algo. Pero te aseguro que nos iremos de Menfis cuando yo decida. Tu hijo está perdido, los míos son sus herederos y me aseguraré su futuro.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Cyra, pero el dolor no se reflejó en su rostro. Simplemente asintió y retomó su camino. En cuanto dejaron atrás el ala destinada a las mujeres, aceleró el paso y solo se detuvo cuando llegó al camino de acacias que conducía a la puerta del recinto palaciego. Apoyó una mano en el tronco de un árbol y se dejó invadir por un sentimiento de impotencia.

—Ella jamás doblegará la voluntad del señor —dijo Samgar a su lado.

—Si utiliza a sus hijos… Por mucho que salve a su verdadero primogénito, Arash sabe que no lo recuperará, y Vashti podría salirse con la suya.

—Solo si habla con él, mi señora.

—No sé si conseguiremos algo de la princesa de Punt, pero necesito tiempo para encontrarlo, Samgar.

—Y lo tendrá. Déjemelo a mí. Con una pequeña indisposición bastará. En cuanto volvamos, lo arreglaré para que le llegue con la comida de mediod…

Samgar se interrumpió de pronto. Una escolta de soldados persas se aproximaba con paso marcial por el sendero, y entre ellos, Amminapes caminaba con arrogancia. En cuanto lo reconoció, a Cyra le invadió un sentimiento de desprecio. Para Arash, Amminapes podía estar tras los problemas de su hijo. La mujer exhaló un hondo suspiro, se irguió y, con andar pausado y una radiante sonrisa, fue a su encuentro.

—¡Qué agradable sorpresa, mi señora! —exclamó Amminapes a modo de saludo.

* * *

«¡Es una temeridad! Déjame por lo menos ir primero a mí. Ni siquiera sabemos si tu padre habrá creído lo que le hayan contado los funcionarios de la Casa de la Balanza. Y con el nuevo faraón, su poder es nulo. Si el sumo sacerdote de Nefertum está tras todo esto, seguro que lo ha sabido aprovechar y el palacio estará más vigilado aún que mi casa».

Pero Teremun no había conseguido disuadir a Badru. El joven tenía claro que su madre lo apoyaría y, ante todo, quería evitarle toda angustia. Por ello, aquella mañana salió temprano de casa de su maestro y lo hizo tal y como había entrado. Pasó ante el guardia apostado en la puerta como un sirviente, el pelo sin rasurar, encrespado y apelmazado, y ataviado tan solo con el *shenti* raído. Pero si la noche anterior había entrado tras Teremun portando un saco de cebada y espelta para la cerveza, aquella mañana el maestro lo había acompañado hasta la puerta y, tras darle un saquillo de cáñamo con alabastrones, se había puesto entre Badru y el guardia para que este no se fijara en el rostro del joven. Luego se había asegurado

de que el vigilante oyera bien sus palabras:

—Si no acepta los perfumes que llevas, dile que trementina y alumbre hay de sobras, pero la escasez de incienso es mayor aún, pues hemos tenido que mandar parte de nuestras reservas a Heliópolis para el nuevo faraón. Lo que queda solo se destinará a los dioses, con que si a la gente le huelen las axilas, solo hay lo que le mando. Anda, ve.

Y ahora Badru se hallaba bordeando las murallas del palacio de su padre, con un saquillo entre las manos, agradecido por los días en el Nilo, ya que habían fortalecido su cuerpo y hacían creíble que fuera un sirviente acostumbrado al trabajo físico. Pero cuando alcanzó la esquina que debía llevarlo a la puerta principal, el joven se detuvo para observar. Una escolta ataviada con vistosos *kandys* rojos rodeaba a un noble del que se entreveía la tiara amarilla. Parecía discutir con los guardas persas de la puerta, dificultando el paso de escribas y funcionarios. Hubiera sido un buen momento para colarse, pero enseguida se percató de que en la zona de la puerta transitable, dos egipcios con espadas al cinto paraban a quienes pretendían acceder a palacio, y Badru entendió que él era el motivo. Por ello salió de la esquina, pasó de largo la puerta principal con la cabeza gacha y andar presuroso, y rodeó las murallas de palacio por el otro lado, hacia la puerta por donde entraban los suministros. Le sorprendió hallar guardia persa allí, y más comprobando la carga de un borrico. Aquella era tarea de los mayordomos, pero uno abría y revisaba el contenido de las tinajas del animal mientras el otro permanecía a un lado de la puerta. ¿Acaso el gran Arash de Ecbatana tenía miedo y por ello extremaba las medidas de seguridad? Apostado al otro lado, un guardia egipcio observaba la situación con un perro sentado a su lado.

Aun así, Badru no se echó atrás. Inspiró aire con fuerza y se dirigió hacia ellos. El policía egipcio enseguida lo detuvo. Con toda la naturalidad que pudo simular, Badru sacó del saquillo el papiro que habían preparado en casa de Teremun y se lo entregó mientras decía:

—Traigo estos perfumes para Cyra de Ecbatana.

—¿Perfumes? —El perro olisqueó a Badru—. Trae la bolsa. Yo se los daré a un mayordomo para que se lo entregue.

—Mi señor me ha dicho que debo entregarlos en persona. Creo que así lo ha escrito.

—Soldado —llamó al hombre que guardaba la puerta—. Avise a algún sirviente de Cyra de Ecbatana. Traen perfumes para ella. Necesito comprobar que los había pedido.

El centinela obedeció sin mediar palabra y Badru temió que el plan no funcionara. Resultaba obvio que quien estaba al mando era el policía egipcio. Se preguntaba si desde la Casa de la Balanza le utilizan como excusa para mantener al gran Arash de Ecbatana prisionero en su palacio. Conociendo a su padre, seguro que no había aceptado la rendición de la satrapía de buen grado. Si Amminapes había sido el intermediario, estaba lo suficientemente cerca de Mazaces para permitirse organizarlo todo. La escasez de incienso, el ataque a la caravana, su

secuestro, que no supiera siquiera si Asenet estaba viva o muerta… ¿Había sido él? La espera lo llenó de más temores que rabia. En el peor de los casos, el sirviente podía reconocerle, en el mejor, quizá ni lograra entrar a palacio. En casa de Teremun había pensado en introducir una nota en alguno de los tarros, pero descartó la idea por si ponía en peligro a su propia madre. Y ahora, una parte de él se arrepentía.

Al fin, el soldado reapareció, y Badru no pudo evitar bajar el rostro al verlo seguido por el eunuco que había sucedido a Samgar al frente del harén. Y él sí sabría que aquello de los perfumes era un invento. Sin embargo, avanzó con el ceño fruncido y exclamó:

—¡Ya era hora! Mi señora lleva más de una semana esperando esos perfumes. ¡Más te vale que sean buenos! Anda, pasa —dijo agarrando por el hombro a Badru.

—Un momento —intervino el egipcio—. Llévale los perfumes tú. Para eso te he hecho llamar.

—¿Y si no son de la calidad esperada? Que su furia caiga sobre él. Yo no tengo la culpa.

El policía al fin hizo un gesto de asentimiento. El eunuco arrastró a Badru hacia el interior. Pero en lugar de llevarlo a las habitaciones, lo condujo por el patio lateral de las cocinas hacia el jardín principal.

—Siento el trato dispensado, mi señor —se disculpó enseguida.

—¿Me esperabais? —preguntó Badru sorprendido.

—Cuando pusieron a los policías egipcios a vigilar el palacio, su madre me dijo que quería ver a cualquiera que preguntara por ella. Y en cuanto el soldado mencionó los perfumes, enseguida pensé que intentaba hacerle llegar un mensaje. Se dedica a eso, a hacer perfumes, ¿no? Jamás hubiera pensado que vendría usted en persona, aunque no parece el mismo, desde luego.

—¿Y por qué no me llevas ante ella? Por aquí no se va a sus dependencias y caminas con demasiada prisa.

—Su madre estaba a punto de salir, si no se ha ido ya. Vamos a ver si aún la alcanzamos. Si no, intentaré esconderlo. Los aposentos de Samgar serán seguros.

—¿Acaso han puesto policía también dentro?

—No, mi señor. Pero creo que Vashti sería capaz de entregarle si le ve.

El camino de salida, bordeado de acacias, estaba a la vista. Badru se detuvo bruscamente y agarró al eunuco del brazo. El joven podía distinguir la silueta de su madre junto a Samgar. Pero, además, ahora reconocía al noble persa que un rato antes había estado en la puerta principal.

—Mejor espero tras estos enebros. Avisa a mi madre en cuanto deje de hablar con Amminapes.

No tuvieron que esperar demasiado. Cuando el hombre y su escolta reemprendieron el camino, el eunuco salió con paso presuroso de entre los arbustos mientras Cyra observaba cómo el noble persa se alejaba. Badru entonces se sentó en el suelo, de espaldas a ellos. Temía ver la expresión de su madre. Desde que dejó el palacio para consagrarse a Nefertum no la había visto. ¿Le guardaría

rencor? Siempre contenida en público y afectuosa en privado, aún recordaba la cara demudada de su madre cuando su padre le dijo que para él estaba muerto. Y el silencio. Los ojos impasibles, sin lágrimas, sin intención de retenerlo. Badru se puso en pie al oír los pasos que se acercaban y se volvió. Venía sola. Los eunucos se habían quedado atrás y simulaban charlar entre ellos.

Cyra se detuvo ante su hijo. Le acarició el cabello, el rostro, y las lágrimas se deslizaron por sus mejillas.

* * *

Le hubiera gustado hacerle esperar. Presentarse sin anunciar era todo un descaro. Sin embargo, Arash de Ecbatana era consciente de que había una prioridad: el paradero de su hijo. Por ello, mandó retirar su desayuno sin haber acabado aún el plato de verduras asadas con yogur. Comprobó que bigote y barba estaban limpios e hizo señal a su secretario para que hiciera pasar a Amminapes.

—Sin escolta —puntualizó cuando el funcionario abría ya la puerta para salir.

Arash de Ecbatana se plantó en medio de la sala, sobre la alfombra que le regalara el mismísimo rey persa cuando le encomendó quedarse en Egipto. Eran otros tiempos. Artajerjes gobernaba con mano firme. Tras aplastar las revueltas de Chipre, Fenicia y Sidón, reconquistó la satrapía del Nilo, obligando al faraón Nectanebo II a huir a Napata. Ordenó destruir las fortificaciones de las ciudades y dio una lección de humildad a los egipcios mostrando que sus dioses podían sucumbir al saqueo. ¿Cómo habían llegado ahora a aquella situación?

Amminapes entró solo y Arash se esforzó para disimular su profundo desprecio y poner la mejilla para recibir el beso. Sin embargo, el recién llegado lo ignoró y lo besó en los labios, como si ambos fueran del mismo rango. Luego se sentó en una de las sillas que había alrededor de la mesa donde Arash había estado desayunando, se acomodó el *kandy* rojo con bordados en azafrán y se quitó la tiara.

—Uno a uno, Arash. He tenido que dar cuenta de cada uno de mis escoltas a la entrada de tu palacio. Ni que fueran simples honderos.

—Tú nos has llevado a esta situación. Porque seguro que eran policías egipcios los que te han dispensado tal trato.

—Menos mal que traía salvoconduto especial del nuevo faraón. Ahora tu hijo lo tiene muy mal, ya que no podrás trasladar el caso a la justicia persa de la satrapía.

Sin dejar traslucir emoción alguna a su rostro, Arash tomó asiento frente a Amminapes y dijo:

—¿De eso querías hablar, de mi hijo?

—Tiene relación. El policía egipcio no ha escatimado detalles cuando ha visto que me enviaba el mismísimo Alejandro. Hay que avanzar algunos preparativos para su llegada. Y tras sus ofrendas a Ra en Heliópolis, los sacerdotes no tuvieron más remedio que admitir ante el nuevo amado de Amón los problemas que hay

para abastecerse de incienso.

—Seguro que te apresuraste a decirle que yo me encargo de esos tributos.

—Y que eres metódico y estricto. Solo mandas a Darío la proporción estipulada para la satrapía en función de su riqueza. Claro que, digo yo, si Darío está recomponiendo su ejército, igual necesita más, ¿no?

—El propio Alejandro ha cortado las rutas, así que, como ya sabías antes de marchar, no recibe nada de Egipto desde que los macedonios se han hecho con el dominio de la costa mediterránea.

—Y ahí es donde no me encaja lo de tu hijo. ¿Qué hacía en el desierto, en la ruta hacia el mar Rojo? Esa no está bajo dominio macedonio.

—Según tengo entendido, volvía.

—¿Acaso no controlas a tu primogénito?

Arash había mantenido la traición de su hijo en secreto, y ahora se daba cuenta de que había cometido un gran error, porque la Verdad siempre encuentra su camino. Hubiera sido un escándalo humillante, pero nadie habría tenido la posibilidad de utilizar al joven Arash para urdir un plan contra él. Todo el mundo habría sabido que la relación estaba rota. Era el momento de rectificar. Aunque quizá fuera tarde, solo el poder de Auhra Mazda podía ayudarle en aquel trance.

—No, no lo controlo. De hecho, no lo veo desde que cumplió los veinte años.

—Eso lo sé. Dijiste que tenía un puesto entre la Guardia de diez mil Hombres de Darío. Y no te vi muy preocupado tras la derrota de Issos por si había perecido. Ahora lo entiendo, claro.

—¿Quieres decir que mentí? Sí, lo hice. Y Ahura Mazda ya me ha castigado por ello. Pero no creo que lo hayas descubierto hoy mismo.

—¡Qué más da cuándo lo descubrí! Lo cierto es que me reí mucho cuando supe que servía a Nefertum. Un secreto así no se puede mantener, pero hay que saber cuándo utilizarlo. Y me fue muy útil para ilustrar a Mazaces sobre el poder de convicción egipcio y las serias posibilidades de tener que luchar en dos frentes abiertos: macedonios y los propios egipcios. Pero esto no me lo esperaba, Arash.

—Esto, ¿el qué? —replicó alzando la voz. Que la traición de su hijo hubiera sido un argumento para rendir la satrapía le hería en lo más profundo, pero ¿dónde quería ir a parar Amminapes?

—Dímelo tú —Amminapes también alzó la voz. Se levantó y se acercó a Arash —. ¿Qué tramas? ¿Acaso has utilizado a tu hijo para propiciar que los egipcios se rebelen? ¿Te has valido de él para manipular el mercado? Cuando partí a Pelusio había problemas para hallar incienso. Ahora está en riesgo el *kifi* de los templos, y si falta mirra para las momificaciones…

—¿Acaso crees que no lo sé? —le cortó Arash poniéndose a su vez en pie. Aunque le había besado en la boca, seguía siendo un noble de rango superior—. ¿Quién te crees que se aseguró de que no faltara incienso en Heliópolis para que Alejandro pudiera quitarnos la satrapía? ¿No has sido tú, más bien, el que ha utilizado a mi hijo para debilitarme?

—Lo cierto es que me hubiera encantado, te lo aseguro. Y si hubiera sabido

que tramas una rebelión en Menfis, tu primogénito jamás hubiera salido de la ciudad. Detén esto, Arash. Porque como una sola arma se levante cuando llegue Alejandro, tu cabeza rodará con la de todos tus hijos. Pero antes me aseguraré de que veas a tus hijas, tus esposas y tus concubinas convertidas en esclavas.

Airado, Amminapes se dirigió hacia la puerta, pero antes de salir, sin volverse, añadió en un tono más calmado:

—Sé que me consideras un cobarde, pero, en realidad, soy un superviviente que ha salvado unas cuantas vidas porque no me ciega el orgullo para ver la Verdad. Soy persa, como tú, y Alejandro nos castigará a todos. No nos arrastres por una causa perdida.

Luego salió y Arash se derrumbó sobre la silla. ¿Qué estaba sucediendo?

* * *

A Teremun solo le había hablado del cargamento, del ataque y del intento de matarle. A su madre se lo había contado todo sin ahorrar detalles, y Badru anhelaba un abrazo que aliviara el peso de su corazón. Pero ella no se movió del banco de adobe sobre el que ambos estaban sentados. Lo escrutaba con gravedad, mientras el sonido de los morteros triturando cebada y espelta se colaban en aquel patio escondido, repleto de tinajas de cerveza.

Tras abrazarlo en el jardín de palacio, sin mediar palabra ni exigir más que su presencia, Cyra había sacado a su hijo de allí haciéndolo pasar por un esclavo y lo había llevado al taller de cervezas con el que su marido la había obsequiado como parte de sus rentas al instalarse en Egipto. Un lugar seguro. No dudaba de la veracidad de su historia. Si por algo se había perdido la relación entre madre e hijo era por la sinceridad de este. Sin embargo, había algo que no lograba entender:

—¿Estás seguro de que esa mujer de Punt era una esclava?

Badru se sorprendió ante la pregunta. En ese momento solo le preocupaba la posición en la que quedaba su padre con todo aquello. Aun así, respondió:

—Me lo dijo ella, mamá. ¿No me crees?

—Te creo, pero o mintió o miente.

—¿Qué quieres decir?

—Solicitó una audiencia con tu padre. Sabía que eres hijo de Arash de Ecbatana. Se presentó como una princesa de Punt, y venía avalada por un reconocido mercader de la ciudad con el que se aloja.

Badru se levantó de un salto con el corazón agitado.

—¿Está viva?

Su madre le tomó la mano y lo invitó a sentarse de nuevo.

—No te exaltes. ¿Acaso no me has oído? Puede ser que te utilizara.

—¿Para qué? ¡No tiene sentido! ¡Sé lo que viví con ella en el desierto! ¿Por qué dices eso?

—Porque dijo que ese tal Matsimela que tú considerabas su amo en realidad

era su sirviente. Y no solo te acusó de asesinato, sino también insinuó tu implicación en la muerte del dueño del almacén de Myos Hormos.

—Eso es imposible, mamá —Badru no podía creerlo, se negaba. ¿En manos de quién había caído Asenet? —. ¿Y si la están utilizando a ella?

—¿Prometes ser prudente?

—Estoy siendo muy prudente.

—¿Prometes serlo si te llevo a verla?

Badru sintió que se le aceleraba el corazón.

—Puedo intentarlo.

Cyra tuvo que conformarse con aquello. Se puso en pie, entró en el edificio y el sonido de los morteros se hizo ensordecedor. Algunos hombres troceaban los panes de cerveza fríos para introducirlos en las jarras con agua y azúcar a la que luego se añadiría la levadura, mientras otros amasaban una nueva hornada. En el extremo opuesto, trasegaban las jarras fermentadas a cubas, mientras los esclavos más fuertes filtraban la cerveza ya hecha y bajaban las ánforas al almacén inferior. Era un ciclo imparable, y nadie les prestó atención cuando salieron. Samgar los aguardaba en la puerta y Cyra le anunció:

—Seguimos con el plan.

Badru cerraba la comitiva, encabezada por su madre. El joven apenas era consciente del camino que seguían. Las palabras de Cyra en el patio empezaban a abrirse paso en su mente y sembrar dudas en su corazón. En la caravana del desierto, Asenet no había pasado desapercibida y había corrido el rumor de que era una princesa. Pero él había visto cómo Matsimela la hacía caer postrada. Las imágenes se deslizaban, lentas y densas como la miel al caer. A todas luces, era una esclava. Pero la última noche, la última conversación… Lo rechazó. ¿La verdad que él no pudo darle era una excusa? ¿Asenet huyó de la libertad que él le ofrecía? La recordó ante las sacas. Ella hablaba de la mirra con nostalgia. Y aquella noche miró, rebuscó… ¿Recuerdos o algo más? Badru jamás hubiera pensado que saberla viva le traería nuevas angustias, pero, en realidad, ¿qué sabía de ella? ¿Que la amaba? ¿Que anhelaba tenerla cerca? Por primera vez en muchos años, y con un profundo dolor en el corazón, sintió la necesidad de creer en Ahura Mazda, en el camino de la Verdad que el mago le había enseñado.

Al fin se detuvieron en medio de una calle estrecha delimitada por dos altas murallas que aislaban los recintos de dos palacios. Un aroma afrutado se había apoderado del aire, y una palmera les propiciaba algo de sombra. Allí aguardaba una joven egipcia, de nariz aguileña y abultados pechos.

—¿Estás sola? —preguntó Samgar dando un tonto autoritario a su voz atiplada.

—Ha surgido un problema —respondió la joven.

—Te pagué bien para que no surgieran. ¿No habré hecho venir a mi señora para nada?

—La dejé en la habitación, pero no la encuentro. No está en palacio, estoy segura de ello.

—¿Le dijiste que quería verla? —intervino Cyra.

—El acuerdo era que solo hablaría de usted si ella se negaba a venir, señora. He cumplido, se lo juro.

Cyra miró al eunuco, este asintió y ella se dio media vuelta, dispuesta a volver sobre sus pasos. Habría que arreglar una nueva entrevista y asegurarse de que esta vez salía bien. Demasiadas cosas estaban en juego. Pero la situación había cambiado, y lo que ahora parecía un molesto inconveniente, podía jugar a su favor. Si aquella mujer era la principal testigo que sostenía la acusación sobre su hijo y lo había utilizado, era mejor asegurarse de que hablara. Ya no necesitaba que la viera como una mujer, como una madre, sino como una dama con poder y autoridad. Tenían que asustarla para que contara lo que supiera. Alguien la habría contratado para acusar a su hijo y debían averiguar quién. Eso lo liberaría de toda acusación y daría un arma a su marido para defenderse de aquel complot. Cyra agarró al joven Arash del brazo para que la siguiera, pero este se zafó. Dio unos pasos hacia la joven y preguntó:

—¿Dónde está? ¿Acaso sale sola? ¿Se mueve como quiere por la ciudad?

La joven negó dubitativa y Cyra se volvió de nuevo hacia ellos. Era una buena pregunta. La sabía encerrada en palacio desde que se entrevistó con Arash.

—Contesta —ordenó Samgar.

—Siempre sale con el señor Mudads. Pero él está atendiendo sus negocios dentro, como cada mañana.

—¿Quieres decir que ha escapado? ¿Es su prisionera o su invitada?

Annipe se encogió de hombros.

* * *

Asenet salió del recinto sagrado por la puerta más cercana al templo de Nefertum y bordeó la muralla. No podía ocultar su decepción. Teremun no había ido al taller aquella mañana. Sin embargo, consiguió que un aprendiz le indicara dónde se hallaba su casa.

La calle estaba casi vacía. Apenas se cruzó con nadie: un sacerdote apresurado y unos niños que se pasaban una pelota de papiro. «Seguro que verá a un policía apostado a su puerta», le había comentado el aprendiz en tono burlón. Asenet entendió que sería por si Badru acudía, pero en lugar de reconfortarle que la justicia siguiera su camino, Asenet temía que mantuviera a Badru escondido y alerta. Debía pensar en una estrategia. Las amenazas no le habían servido de nada en el palacio de Arash de Ecbatana. ¿Acaso era mejor aludir a la piedad del sacerdote y maestro de Badru? Si en eso no le había mentido y Teremun realmente era alguien cercano a él, quizá lo más acertado fuera confesar que lo había… ¿amado? ¿Era aquella la palabra? ¿Y aún lo amaba? Asenet sintió que le dolía la garganta al tragar saliva. Quizá aquello fuese la causa de que Matsimela yaciera en las arenas del desierto, y no podía perdonarse a sí misma.

Vio a un grupo de niñas que jugaban en la calle y sonrió cuando ellas se

detuvieron para dejarle paso. Alcanzó la siguiente esquina y se detuvo. Sin duda, la había encontrado. Un hombre con una espada al cinto hacia guardia en la puerta. La algarabía de las niñas cesó y de pronto se hizo un silencio denso sobre el cual, en la distancia, se oían el entrechocar de cuencos, conversaciones ininteligibles, pasos apagados. Lo mejor sería decirle al guarda que venía en busca de unos perfumes encargados por el palacio de Arash de Ecbatana. Quizá así despertara la curiosidad de Teremun sin llamar demasiado la atención del vigía. Decidida, se dispuso a dar un paso cuando sintió que alguien la sujetaba desde detrás, con fuerza, mientras una mano le tapaba la boca. Enseguida sintió un vigoroso cuerpo pegado al suyo.

—¿Dónde ibas, preciosa?

El aliento de Abasi calentaba su cuello.

27

Solo se oían los pasos disciplinados de miles de sandalias sobre la arena, los cascos de los caballos y algún relincho nervioso. Nada más. El ejército de Alejandro de Macedonia avanzaba rodeado de polvo y tensión. Tras cruzar el río después de su breve estancia en Heliópolis, se adentraron en una necrópolis monumental que los envolvía y los rodeaba a lo largo de más de cincuenta y dos *hippikon.* Atravesaban campos de tumbas con base rectangular cuyos muros inclinados se elevaban para acabar en un techo plano. Algunas semienterradas, otras sobrias cual fortalezas. Todas mordidas por el tiempo y la intemperie. A pesar del sol, la calima daba a aquel paisaje un aire espectral y la respiración parecía contenerse cuando se vislumbraban los restos de templos fantasmagóricos o la silueta de alguna pirámide desafiante en su grandeza. Durante aquel trayecto, Leandro sintió al temible dios Hades más cerca que durante cualquiera de las batallas en que había luchado. Tenía la piel erizada y el estómago encogido, y la jornada se le hacía eterna.

Sin embargo, con el día ya condenado a su extinción, la perturbadora sombra del dios del inframundo se desvaneció para dejar paso al estupor. El sol poniente iluminó una colosal esfinge de más de siete codos de alto que le hizo alzar la cabeza para ver su faz masculina. A diferencia de las griegas, con rostro de mujer, esta no tenía alas, y su rostro pacífico la convertía en un vigilante que, consciente de la impresión que generaba, no necesitaba emplear su poder. Esta vez, ni él ni los soldados contuvieron el aliento, sino que se quedaron sin respiración. Por detrás se alzaban tres pirámides más grandes que aquellas que habían podido distinguir entre el polvo y la calima. La perfección y elegancia de su forma se erigía hacia los cielos como canto celestial. Podían haber sido construidas por los mismos dioses, pero Leandro no se dejó engañar, pues las vio como Ulises oyó el canto de las sirenas, advertido previamente del peligro por la diosa Circe.

Alejandro dio la orden de detenerse y se adelantó con sus siete guardas a la cabeza. Tras él caminaban los dos sacerdotes que los acompañaban desde Heliópolis. Se detuvo ante la pirámide más grande de todas, precedida por un templo que a Leandro le pareció de una robustez monstruosa al lado de la gracilidad de los de Pellas, y no por ello menos admirable en su monumentalidad. Alejandro no se movió, parecía charlar distendido mientras su mirada recorría la construcción, pero Menes, el último que se había incorporado como guardaespaldas, se encargó de distribuir las órdenes: acamparían allí. Alejandro había decidido pasar la noche en el interior de aquella pirámide, solo.

La oscuridad cayó sobre el campamento, tensa y larga. En su tienda, Leandro se despojó de la coraza y las grebas e intentó comer algo de pan ácimo y queso, pero le parecían insípidos y resecos y no fue capaz de tragar nada. El temor al Hades, a convertirse en una *eidolon* sin cuerpo ni fuerzas atrapada en el inframundo, aún pululaba por su mente, pero como soldado leal, lo que lo mantenía en aquel estado de incertidumbre y angustia era la actitud de Alejandro. Sabía perfectamente que nadie podía herir al gran rey de Macedonia en aquel edificio, nadie del mundo visible… Pero ¿del invisible? ¿Qué pretendía con aquello? En realidad, y por encima de todo, Leandro se sentía enfadado al recordar las otras temeridades que ya había cometido a lo largo del viaje. «Sin heredero y tan lejos de casa, no debería arriesgar tanto si de veras ama Macedonia. Las consecuencias serían funestas». Las palabras de Parmenión resonaron en su mente. Entonces Leandro se percató de la tardanza de Filotas. No podía permitirse fallar a su tío, y debía asegurarse de estar cerca de su primo si algo pasaba aquella noche. Dejó la comida, se puso en pie y salió.

Un manto de tiendas se extendía bajo un cielo estrellado infinito que le hizo recordar cuán vulnerable es la vida. El fulgor de las hogueras le parecía tímido y los compañeros que se calentaban frente a ellas hablaban en susurros, como si no quisieran llamar la atención «del que recibe a muchos». Entonces lo vio. Su silueta era inconfundible para él. Caminaba dejando atrás a dos hombres con los que había estado hablando entre las sombras. Leandro se sintió profundamente aliviado y tuvo que admitirse que no era solo por la misión encomendada por Parmenión. Aquella campaña y las noches compartidas los habían acercado de tal modo que no quería que acabara. Anhelaba protegerlo durante el día para, en verdad, disfrutar de sus caricias nocturnas y prodigarle besos para toda la vida, por muy impropio que fuera. Y lo cierto era que no quería ni llegar a Menfis, donde él podría buscar una casa y, como en Gaza, perderse entre las piernas de furcias baratas.

Cuando Filotas lo alcanzó, apenas le dirigió la mirada. Entró en la tienda sin mediar palabra y se sentó ante las viandas. Iluminado por una tea, su mirada parecía perdida mientras desmigajaba un trozo de pan.

—¿Problemas en la misión secreta encomendada por Alejandro? —preguntó Leandro mientras tomaba asiento a su lado.

—¿Qué misión? —Filotas lo miró como si aún no hubiera salido de su ensimismamiento.

—Los dos con los que hablabas eran Adrastos y Laertes, ¿no? No es que los distinguiera, pero me lo imagino.

Filotas sonrió con amargura y respondió:

—¿Y por qué crees que eran ellos?

—Porque hasta a mí me parece imprudente el capricho de Alejandro. Deben estar inquietos, como todos.

—Cierto. Cuando mañana reaparezca, no habrá bajado al Hades para retornar, como hizo Heracles. Pero para la tropa será muy parecido.

—¿Y que sea amado por la tropa les molesta? Es lo mejor para luego luchar.

Aún no ha acabado con Darío. Cuando finalice el invierno, seguro que volvemos a Asia.

—Que se endiose es lo que les inquieta.

—A ti también.

—Por supuesto. ¿Dónde nos llevará todo esto, Leandro? Las tropas lo convertirán en un héroe, los egipcios en un dios. Y todo con una acción imprudente.

Leandro pasó un brazo alrededor de los hombros de Filotas mientras decía:

—A mí también me inquieta, no, más bien me enfurece su imprudencia. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer? Es el rey, y su dinastía fue fundada por Heracles.

Filotas apoyó la cabeza en el hombro de Leandro, dejándose abrazar.

—Pero él no es un héroe, es humano. Y alguien tiene que hacer que se dé cuenta antes de que nos arrastre a una muerte inútil por su vanidad. ¿Imaginas dónde quedaría entonces Macedonia?

Leandro besó a su primo en la cabeza.

—¿No estarán tramando algo desde Atenas y Tebas en nombre de la Liga?

Filotas alzó la cabeza y besó a Leandro en el cuello. Luego posó una mano en su mejilla, le invitó a ladear la cabeza hacia él y saboreó sus labios. Leandro no preguntó más. Menfis estaba demasiado cerca para perder aquella oportunidad. Sus manos se perdieron en el interior de la túnica de Filotas mientras la respiración de ambos se aceleraba.

* * *

Solo la sangre de Heracles que fluía por sus venas podía darle valor para aquello. Mirara hacia detrás o hacia delante, apenas veía unos pasos más allá de él, siempre rodeado de bloques de piedra. La llama de la antorcha parecía una intrusa en medio de aquella oscuridad densa, al igual que sus pasos y su respiración, rompiendo el hermético silencio. Pero no pensaba detenerse. Había superado aquella galería larga y estrecha de techo escalonado y ahora se veía obligado a inclinarse mientras avanzaba por aquel pasaje. Si por fuera aquella gran pirámide impresionaba, por dentro erizaba la piel, pues le hacía sentir atrapado por aquellos muros y su osadía.

Al fin Alejandro dio con la cámara que le habían indicado los sacerdotes y se sintió decepcionado. Solo había un sarcófago de granito, vacío, sin inscripción alguna, rodeado de paredes lisas. ¿Qué esperaba encontrar? Recorrió el perímetro de la estancia, poco a poco, para alargar el espacio. Había entrado en busca de respuestas. Aquella idea que los egipcios tenían de la otra vida… ¿La envidiaba? Sí. De hecho, anhelaba imaginar a su padre disfrutándola como los faraones, que la alcanzaban solo con reinar y ser enterrados como correspondía. Pero solo podía creer que la *eidolon* de su padre moraba ahora en los campos Asfodelos, sin tan siquiera alcanzar el Elíseo. Había sido un gran rey de Macedonia, pero no un

héroe, no con él al menos.

Alejandro se sentó, apoyada su espalda en la pared, mirando el sarcófago. ¿Habría podido ganarse el Elíseo si su vida no hubiera sido segada antes de tiempo? El crepitar de la antorcha parecía rebotar en las paredes, intenso y continuo. Su corazón se aceleró y a su mente acudió el recuerdo de aquella otra noche: «¡Cierto! Me hizo daño, pero ¿cómo puedes pensar eso de mí?», había dicho su madre indignada. Mas era capaz. Lo supo luego, podía ordenar una muerte para asegurar su posición y la de su hijo. ¡Cuánto la detestó por ello! Fortalecía los rumores. Y lo peor era que alimentaba las dudas del propio Alejandro.

Ante aquel recuerdo, el rey de Macedonia agitó con rabia la antorcha hasta que se apagó. La tiró con desprecio. Mejor. Le parecía ahora que la oscuridad le daba refugio. Quizá tenía razón Hefestión cuando en Gaza le preguntó si huía. Sí, de ella, de las sospechas y las dudas. ¿Su madre había hecho matar a su padre? No podía vivir con aquello. Pero la pregunta le había perseguido hasta las entrañas de aquella pirámide. En verdad, aquella era la respuesta que buscaba, pero no estaba en aquel lugar. Sabía que tenía sus manos ante sí, abriéndose y cerrándose delante de su cara, pero no veía nada. ¿Acaso era el momento de abandonar la guerra y volver a Macedonia? Nadie se lo recriminaría, las rutas comerciales estaban abiertas. Pero él no quería acabar como su padre, en los campos Asfodelos. No podía caer preso de su pasado y perder el futuro. Debía acabar lo que había empezado, pues lo que nunca hace un héroe es traicionarse a sí mismo. Y él no había sido un traidor jamás. No lo fue con Filipo, tampoco con Olimpia. ¿Estaba seguro? ¿Aquellas dolorosas dudas no eran traición?

La respiración de Alejandro se aceleró, y de pronto le parecía estar acompañado de suspiros apesadumbrados que se repartían por toda la cámara. Pero sabía que eran suyos, solo suyos. Hacía frío. Su cuerpo estaba helado. Así era el miedo. Anheló un abrazo de su madre, cálido, que le devolviera el sosiego de su infancia. Pero ya no era un niño. Y si quería volver a mirarla a los ojos, incluso en sus recuerdos, tenía que asumir la verdad, fuera cual fuera. Mas, ¿cómo hacerlo? Quizá los dioses le habían entregado Egipto por alguna razón. Su respiración se apaciguó. «Escuchad, hijos de audacísimos hombres y de dioses, pues os aseguro que un día, desde esta tierra batida por el mar, la hija de Épafo trasladará la raíz de las ciudades, objeto del cariño de los hombres, a los cimientos de Zeus Ammón».[2] Así lo había cantado Píndaro. Y ahora él, Alejandro, estaba en las tierras del oráculo de tan poderoso dios. Intentaría dormir mientras esperaba a los sacerdotes que vendrían a buscarlo al amanecer.

* * *

Unas nubes finas y alargadas apaciguaban el sol de aquel día claro y radiante. La brisa mecía las copas de los árboles, el Nilo descendía dejando su regalo de

tierra fértil, las calles olían a flores y Menfis relucía con un colorido sin igual, opulenta y majestuosa.

Los vítores llegaban desde fuera, acompañados de melodías entrecortadas al son de trompetas y tambores. El recorrido del alborozo delataba el paso victorioso de Alejandro Magno por las calles a medida que se acercaba al palacio real y, aunque Arash de Ecbatana no lo había visto jamás, le habían contado historias. No quería, y aun así, no podía evitar imaginarlo sobre su montura, sin silla, pero engalanada con un rico manto, y aquel yelmo dorado con forma de león que seguro impresionaba aún más al pueblo egipcio. Lo adoraban, y más tras las historias que habían corrido por la ciudad aquella mañana sobre la noche del nuevo faraón en la gran pirámide. Hasta Arash lo había oído, y ahora se veía obligado a mantener la compostura en un lateral de la sala del trono, donde incluso las sobrias columnas coloreadas y las pinturas de las paredes brillaban más de lo habitual gracias a las teas y los espejos que reflejaban la luz. Todo aquello parecía burlarse de sus sentimientos.

Mazaces había llegado la noche anterior y les había ordenado a todos asistir a aquella recepción. A Arash apenas le consolaba que, al menos, no fuera en ninguno de aquellos templos impíos del Nilo. Allí, situados en hilera formando pasillo estaban todos los miembros del consejo persa que ayudaban al sátrapa en sus funciones de gobierno, justicia, tributos, control y vigilancia. Todos con sus mejores ropas y las barbas engalanadas con brillos dorados, todos obligados por Mazaces a llevar el *kandy* con las mangas puestas, como si estuvieran ante el verdadero rey. Todos menos el secretario real, encargado de controlar al sátrapa. Este se había marchado en cuanto Mazaces partió hacia Pelusio acompañado de Amminapes. Y ahora lo envidiaba. Debería de haberse ido él también con toda su familia. Cyra le había hablado de su encuentro con su hijo. «Nos necesita —había insistido—. Es inocente y tus hombres seguro que me pueden ayudar a que esa princesa de Punt hable». Había cedido por la Verdad, por Ahura Mazda, pero ahora se arrepentía. Su hijo estaba vivo y eligió su propio camino en cuanto decidió convertirse en Badru. ¿Por qué poner en riesgo al resto de su familia, la que de verdad le amaba?

En la gran sala también estaban los sumos sacerdotes egipcios en posición preeminente por su cercanía al trono, decorado con tallas de papiros y de flores de loto que simbolizaban el alto y el bajo Nilo. A sus pies se situaban el sátrapa y el sumo sacerdote de Apis. Entre ambos, un arcón dorado aguardaba. Amminapes, a la derecha de Mazaces y un poco por detrás, parecía regocijarse a medida que los vítores sonaban más cercanos y se cruzaban sus miradas con las de Arash.

La conversación mantenida con Amminapes le había desconcertado y convencido de que no tenía nada que ver con los problemas de su hijo. Pero, tras lo que le había contado Cyra, tras esa sed de venganza que pretendía saciarse al dejar morir a su primogénito en el desierto, Arash no podía por menos que pensar que Amminapes estaba detrás de todo aquello. Él mismo le dio la clave cuando ligó la misión de Badru en Myos Hormos con una orden de su padre para manipular el

mercado de incienso. Pero a la vez, antes de que este partiera, sabía que Badru, consagrado a Nefertum, era su hijo. El mismo Amminapes había mencionado cuan útil le resultó la información para forzar la rendición de Mazaces ante un peligro de rebelión egipcia alimentada por la falta de incienso. A la par, encontraba la manera de destruir a Arash de Ecbatana y, si milagrosamente aparecía incienso con la llegada de Alejandro, quedaría reforzada la posición del nuevo faraón, que seguro recompensaría a Amminapes por haber acabado con el problema.

Las trompetas resonaron con fuerza a las puertas del trono y todos se volvieron. Un hombre más bien bajo, de cabellera ondulada, con una túnica corta que dejaba ver unas musculosas piernas bronceadas, entró con paso marcial. Llevaba el yelmo con forma de cabeza de león bajo un brazo. Su coraza dorada relucía con el juego de luces de la sala, y la capa era de un color rojo intenso y oscuro como la sangre derramada. Tras él avanzaban siete macedonios con la espada en el talabarte y la lanza en las manos, y luego, un séquito de oficiales que fueron ocupando la parte central del salón.

Mazaces se inclinó ante el faraón y Arash apretó los dientes con desdén. Quizá había perdido ante la estratagema de Amminipes, pero Mazaces no dejaba de ser un cobarde y un traidor que solo ansiaba mantener la cabeza sobre los hombros. El sumo sacerdote de Apis abrió el arcón dorado y sacó dos cetros, el Nejej, con forma de flagelo, y el Heka, con forma de cayado. Arash llevaba tiempo suficiente en Egipto como para saber qué significaba aquello. Sentía que la rabia tensaba sus músculos. El sumo sacerdote, a pesar de no poder celebrar, por orden del faraón, la ceremonia exigida por las circunstancias, apenas podía disimular la sonrisa. En cambio, cuando Artajerjes tomó Menfis, tuvo que hacerse por la fuerza con los símbolos de la realeza egipcia; solo la entrada del ejército persa al templo de Apis los convenció para que se rindieran a la evidencia.

Sin embargo, ahora, gustosos, aquellos egipcios ponían la corona blanca del Alto Egipto a aquel macedonio, un extranjero después de todo. Luego siguió la corona roja del Bajo Egipto, y al fin, la doble corona que unía los dos Nilos. Alejandro se sentó en el trono y Arash de Ecbatana cruzó una mirada con Amminapes que, henchido de orgullo, admiraba al faraón mientras Mazaces abría el arcón y mostraba al nuevo rey de Egipto parte del tesoro real que ahora le pertenecía. No, Amminapes no había vencido, porque solo pierde el que no lucha. Arash lo observó desde su orgullo. Si el plan de aquel hombre era que volviera a fluir el incienso, era porque lo tenía escondido en algún lugar cercano. Solo había que encontrarlo. Quizá Cyra tuviera razón. Aquella princesa de Punt podía tener la clave.

* * *

Demetrio y Lisímaco, los guardaespaldas de Alejandro asignados para guardar la puerta, sonrieron al hijo de Parmenión, que llegó acompañado de Menes.

—Eh, Filotas, ¿a que a ti también te ha impresionado ver a todos esos nobles persas abriendo paso al rey de Macedonia? —comentó Demetrio a modo de saludo.

—Pues yo lo he pasado peor que con toda esa multitud arremolinada en las calles —comentó Lisímaco—. Estaban entusiasmados, pero esos persas se veían tensos y los *kandys* lo ocultan todo.

—Ya noté que estabais alerta —observó Filotas.

—Cualquiera podía llevar una daga, ya sabes —respondió Lisímaco—. Y Alejandro se negó a que lo rodeáramos al entrar.

—Propio de él. Y por eso lo amamos, ¿no? —añadió Menes—. Veréis cómo será el día en que lleguemos al corazón de Persia.

—¿Acaso ese es el plan? —preguntó Filotas.

—¿Y por qué no? Con Alejandro al mando, acabaríamos con ellos, eso seguro —dijo Menes.

—Pues yo me conformo con derrotarlos del todo y volver a casa con mi familia —señaló Demetrio—. Añoro Pellas.

—Anda, pasa —dijo Lisímaco a Filotas abriendo la puerta—. Ahora se pondrá sentimental y, encima, Menes se llevará la culpa por tu tardanza.

Filotas asintió y entró sonriendo en la sala donde aguardaba Alejandro. El monarca estaba recostado en una cama egipcia, con las coronas en la cabecera, mientras decía:

—No ha ido tan mal, ¿no crees, Hefestión? —Su amigo más íntimo y cercano estaba de pie, de espaldas a la puerta, sirviendo vino en unas copas doradas—. ¡Oh, Filotas! Ponle un poco a él también.

—Gracias, mi señor.

Filotas se sentía incómodo. Y más después de la única conversación que habían mantenido a solas. ¿Para qué le querría el rey?

—Me encantaría ofrecerte sitio para tumbarte, pero estos egipcios, ya sabes, son amigos de las sillas —respondió Alejandro incorporándose. Se levantó y se dirigió hacia las que había cerca de la mesa donde Hefestión servía las bebidas—. Mejor nos sentamos todos.

Filotas esperó a que Alejandro tomara asiento y luego lo hizo él mismo. Hefestión tendió la copa al rey, que enseguida dio un buen sorbo, mientras Filotas tomaba la suya.

—Te preguntarás por qué te he hecho llamar —comentó Alejandro.

Filotas se sintió algo más tranquilo ante el tono desenfadado del monarca. Siempre cercano a la tropa y a los suyos, era directo cuando estaba enfadado y cuando no.

—Nunca había sido llamado sin el resto de oficiales, pero me halaga que lo hagas.

—Me alegra. Temía que fueras uno de los indignados. Ya sabes que a algunos les molestaba la idea de una ceremonia de coronación. Y al final, parece que me han coronado. Menos mal que frené a los sacerdotes con el resto de la parafernalia y suavicé la ceremonia.

—Aun así, es una buena estrategia —intervino Hefestión—. Necesitamos que los egipcios te vean como su faraón, y hoy ha quedado escenificado.

—Eso mismo creo yo —convino Filotas ocultando sus verdaderos pensamientos.

—Bien, bien. Digno hijo de Parmenión, sí señor —dijo Alejandro—. Sobre todo en lo que se refiere a la lealtad, porque ya sé que tú no eres como tu padre. Tú entiendes que hemos de acabar con el problema de los persas de una vez por todas, si no, siempre estaremos en guerra, porque intentarán de nuevo hacerse con las ciudades griegas del Mediterráneo para controlar las rutas comerciales. Y por eso te he hecho llamar. Tengo un encargo para ti, pero no quiero que te sientas rebajado.

—Jamás. Servirte es un honor, mi rey —dijo Filotas, intrigado.

Alejandro bebió de su copa y prosiguió:

—Verás. Anoche, dentro de la pirámide… La oscuridad era profunda y me dio la sensación de estar solo en el mundo y, a la vez, el mundo era solo mi pensamiento. ¿Imaginas? Era como una jaula donde te atrapa la certeza de que todo es posible, de que depende de uno mismo, como si fuera un dios. ¡Aterrador, Filotas, francamente aterrador!

La mirada de Alejandro se perdió más allá del suelo cubierto de alfombras. De pronto, clavó la mirada en Filotas. Al principio como si no lo viera, como si fuera transparente. El joven oficial incluso se asustó, pero la sonrisa volvió a los labios de Alejandro como la lucidez a su mirada y exclamó:

—Pero por la mañana, a la puerta de la misma pirámide, me sentí más fuerte, seguro, listo para afrontar todo lo que nos espera. Y por eso es importante lo que te voy a pedir. He de dar las gracias a los dioses. Hemos de honrarlos por todo lo alto.

—¿A los nuestros? —preguntó Filotas.

—¡Por supuesto! —exclamó Alejandro—. No te dejes engañar. Pasé la noche en esa tumba de dioses egipcios, pero es Zeus, padre de Heracles, quien nos acompaña en esta empresa. Organizaremos concursos deportivos y sacrificios en su honor. Pero hay un problema: el incienso.

—¿Qué le pasa? —preguntó Filotas extrañado. ¿Cómo lo había averiguado?

—Parece que es bastante serio —intervino Hefestión—. Debe ser cosa de Darío. Quizá esté comprando todo lo que entra por el mar Rojo para bloquear el mercado. Espera que los egipcios se rebelen contra nosotros, pues creen que el faraón debe proveer al pueblo. El problema puede ser serio, Filotas, ya que la mirra es esencial para los embalsamamientos, y si no cumplen con su religión, se ponen belicosos.

—Pero mi padre se hizo con el tesoro real persa en Damasco —dijo Filotas—. Y Darío no tiene ejército para conseguirlo a la fuerza.

—¡Qué ingenuo, mi querido Filotas! ¿Acaso no hay otras riquezas en Persia? A los nobles de Susa y Persépolis seguro que no les gusta la idea de que podamos ir a por ellos —dijo Alejandro.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—De momento, asegúrate de que tengamos incienso para los ritos —dijo Alejandro—. Quiero que escoltes al sumo sacerdote de Apis hasta las reservas de los templos. Le he dicho que es por seguridad, que no me fio de que los persas muevan sus hilos para hacerse con lo que les queda. Si envío al secretario, podrían temer que quisiera apropiarme. Parece que mi generosidad hacia mi maestro tras hacernos con Gaza ha llegado hasta aquí y puede generar suspicacias.

—Pero es lo que vamos a hacer, ¿no, mi señor? Apropiarnos de ello para nuestros ritos.

—Incluiremos a Apis en los sacrificios —intervino Hefestión—. Así los egipcios estarán contentos.

—Asegúrate de que hay suficiente para nuestros ritos y luego ven a informarme sobre las reservas que les quedan. Necesitamos mantener la situación controlada y saber a qué nos enfrentamos. Pero quiero discreción, sobre todo ante nuestras propias tropas.

—Entendido, mi señor.

—Gracias, Filotas, confío en ti —dijo Alejandro—. Puedes retirarte.

Filotas se puso en pie, dejó la copa con el vino intacto en la mesa y Hefestión le acompañó hacia la puerta diciendo:

—El sumo sacerdote te espera a la entrada del templo. Ve solo.

Filotas asintió y salió de la habitación. Todo aquello se estaba complicando.

* * *

Leandro aguardaba donde le había dejado Filotas, a orillas de un hermoso lago repleto de lotos, con mandrágoras y helechos a su alrededor. El ambiente era fresco, sombreado gracias a los frondosos árboles del palacio real. Le apetecía bañarse en aquella agua plateada, celebrar a su modo la entrada triunfal y pacífica en Menfis, mucho más entusiasta incluso que en Heliópolis. Aquel recibimiento festivo había deslumbrado tanto al ejército que a ningún noble macedonio le importaba demasiado que Alejandro hubiera sido coronado al estilo egipcio. O a casi ninguno. Filotas entendía que aquella ceremonia lo consagraba como dios y no le agradaba. Pero a la vez, su joven primo, aunque no quisiera admitirlo, había disfrutado saludando a la muchedumbre a lomos de su caballo.

Leandro ladeó la cabeza y lo vio aproximarse. ¿Estaba preocupado? No. Filotas estaba enfadado, mucho más que cuando Alejandro lo hizo llamar. Se traslucía en su modo de caminar, en su expresión ceñuda. Los Compañeros de Caballería que había en el jardín del palacio real se apartaban a su paso, mientras él se acercaba a Leandro mirando al suelo, murmurando.

—¿Estás bien? —preguntó en cuanto Filotas llegó a su altura.

—Todo lo que se puede estar, dada la situación.

—¡Oh, vamos, anímate! —exclamó Leandro—. Nos han dicho que va a haber un certamen deportivo y otro lírico. Lo vamos a celebrar al estilo de Macedonia y

así honraremos a los dioses.

Filotas miró a su primo y estuvo a punto de contárselo todo, pero se contuvo.

—Espero que ganes la competición de jabalina —comentó forzando una sonrisa.

—¿Qué ha pasado?

—No te lo puedo contar. Pero la noche en la pirámide ha dejado sus huellas.

—No te entiendo.

—Tendrías que ver cómo habla de eso para comprenderlo, Leandro. Solo te digo que temo que esto… —Filotas se sentó en una roca, intentando dar forma a sus pensamientos—. Hacernos con Egipto para cubrirnos la retaguardia. Esa es la idea, ¿no?

—La única lógica —respondió Leandro tomando asiento a su lado. Jamás había visto a Filotas así, y le asustaba.

—Y nunca te has preguntado, y luego ¿qué? Nos cubrimos la retaguardia, no acepta una paz que habría acabado con todo, ¿para qué?

Leandro miró al agua. Suaves ondas mecían los lotos flotantes. Filotas tenía razón.

—Dicho así, no tiene mucho sentido, cierto —admitió.

—Excepto si su intención es tomar Persia.

—¿Para qué? Las rutas comerciales están abiertas. No es nuestra misión. Solo nos faltaría asegurarlas en el camino de regreso a casa.

—Me temo que la cosa no va por ahí, Leandro.

—Tendrá que convencer a toda la tropa.

—¿Y la gloria que hemos vivido al entrar a Menfis no es convincente? Los juegos, los sacrificios… Todo eso ayudará. Ha de demostrar que los dioses le son favorables, aunque ya ha tomado una decisión.

—¿Te lo ha dicho directamente?

—No. Pero estoy casi seguro. Aunque hay un modo de hacerle recapacitar.

Filotas se puso en pie y se dirigió hacia el camino que se dibujaba bajo la arboleda. Leandro lo siguió a paso apresurado. Filotas podía ser muy impulsivo y por eso Parmenión le había pedido que lo protegiera. ¿Qué le estaría pasando por la cabeza?

—¡Espera! Te acompaño —exclamó.

Filotas se detuvo, y cuando Leandro lo alcanzó, le dijo:

—No puedes. Alejandro me ha encomendado que acompañe al sumo sacerdote de Apis a los templos. No te puedo contar más.

—Pero lo que has dicho antes de hacerle recapacitar….

Filotas sonrió, deseoso de besarle. Pero debería dejarlo para otro momento.

—No me hagas caso. Estoy preocupado, eso es todo.

Luego siguió su camino. Leandro aguardó unos instantes y lo siguió. Precisamente por eso no pensaba dejarle solo.

2 Fragmento de *Pítica IV* de Píndaro *(N. de A.)*.

28

El olor a hierba seca y tierra sedienta se entremezclaba con el de la mirra fresca que llora el árbol justo al hacer la incisión. Pero, al abrir los ojos, la llevaban en brazos por un patio rodeado de paredes desconchadas, y el olor de la canela se confundía con el de la mirra de su hogar. A cada paso, la cabeza le estallaba como si miles de martillos repicaran desde el interior. Asenet no podía mantener los ojos abiertos. Se sumergió en las fragancias de su infancia. Pero el deslucido patio reaparecía en sus sueños, el dolor persistía en su cabeza, contundente, y los gemidos escapaban de su boca. Necesitaba despertar. El balanceo había cesado. ¿Cuándo? La sabana, las paredes desconchadas, los aromas confusos y aquella letanía en todas partes…

—«Oh dioses, los que dais la muerte, que estáis en pie detrás de Sejmet, que habéis venidos como mensajeros del Ojo de Ra, para lanzar vuestras flechas desde su boca. ¡Seguid vuestro camino, apartaos de mí! No iré a ningún lugar con vosotros».3

Asenet entendía que rogaban por su liberación. Pero no necesitaba a los dioses egipcios para hacerlo. La diosa de la mirra había vuelto, luchaba por hacerse presente en sus sueños. Al fin, borroso, se dibujó ante ella el rostro de Mudads. Luego lo distinguió con claridad, sin peluca, sin *khol,* los ojos afligidos. El dolor de cabeza se suavizó. Asenet notó su propia mano entre las del anciano. La letanía cesó. Estaba tumbada, reconocía sus aposentos. Un hombre de mentón afilado se acercó y le quitó el trapo que había humedecido su frente.

—Los dioses han obrado. El agua sagrada ha hecho su efecto. —Asenet reconoció la voz de la plegaria—. Pero es probable que sienta dolor. Que no se quite el *anj* y que se aplique este ungüento en la nuca, las sienes y la frente. Y para lo de la memoria, que tome este jarabe.

Asenet vio el delgado brazo del desconocido tendiéndose por encima de ella mientras Mudads decía:

—Muchas gracias. Iré al templo de Sejmet a honrar a la diosa por su ayuda.

El desconocido se retiró con un gesto de asentimiento y él acarició la mejilla de Asenet.

—He temido por ti, de verdad. Llevas más de un día dormida… Pensé que te quedarías por siempre así, sin volver con nosotros ni marchar a la otra vida.

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó Asenet confusa. Solo recordaba a unas niñas que jugaban, camino de la casa de Teremun.

—Te trajo Abasi —comentó Mudads. «¿Dónde ibas, preciosa?». La voz del mayordomo, su aliento en el cuello. Las imágenes se aclaraban mientras el anciano comerciante proseguía—: Tuviste suerte de que te encontrara. Annipe no te hallaba en la casa y Abasi salió en tu busca. ¿Cómo se te ocurre ir sola por la ciudad? Los soldados están por todo Menfis. Menos mal que no llegaron a forzarte. Jamás me lo hubiera perdonado.

—¿Forzarme? ¿Soldados?

—No te preocupes. Abasi me lo contó todo. Se las pudo arreglar sin emplear el hacha. Pero recibiste un buen golpe en la cabeza.

Asenet se incorporó. La cabeza le daba vueltas. Tenía algo colgado del cuello, un amuleto: el *anj.* Cerró los ojos. Sabía lo que había pasado. Los abrió de nuevo y miró a Mudads:

—Quien me golpeó fue Abasi, y no me defendía de nada. Me atacó por detrás.

—¡Eso es un disparate, querida! ¿Por qué haría tal cosa? —inquirió el anciano con una leve sonrisa.

—No lo sé. Dímelo tú.

—Abasi es de mi entera confianza. ¿Dónde ibas? ¿Qué hacías fuera?

—¡Qué más da! Te digo que tu mayordomo me atacó…

—Cálmate, Asenet. Estás confundida. Ya me ha dicho el médico que el golpe podía debilitar tu memoria. Toma el jarabe y descansa. Haré que Annipe te suba algo de comer.

Mudads abrió el frasco y se lo tendió. Asenet tomó un sorbo y luego se dejó tumbar de nuevo. El anciano comerciante le dio un beso en la frente y le susurró:

—Pronto te sentirás mejor.

En cuanto el hombre abandonó la habitación, Asenet escupió el jarabe al suelo. No tenía ningún problema de memoria, estaba segura. Pero debía dilucidar si Abasi manipulaba a su patrón o era Mudads quien pretendía manipularla a ella.

* * *

Vashti salió de la estancia y, al encontrarse con Cyra cara a cara en el pasillo, cerró con un portazo airado.

—Has dejado que mi marido se humille ante los asesinos de mi padre —le espetó.

—Mi marido no se humilla. Si hicieras algo más que compartir el lecho con él, ya lo sabrías.

—Aún me quedan amigos en la ciudad. Bajarás la guardia, Cyra. Y entonces yo…

Vashti se llevó las manos al estómago y el dolor la hizo encorvarse. Cyra la tomó del brazo para ayudarla a sostenerse.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—¡No me toques! —exclamó Vashti zafándose.

Hizo un esfuerzo por erguirse y se marchó sin decir más. Entonces Cyra se permitió una leve sonrisa. Samgar debía de haber cumplido con su promesa y Vashti ya empezaba a notar los efectos de la intoxicación. El rostro de la primera esposa de Arash se tornó serio al recordar el motivo. Más que nunca, ahora la necesitaba fuera de su camino. La mujer abrió la puerta que Vashti había cerrado con rabia y entró.

Sin el *kandy,* vestido solo con los pantalones y la camisa, Arash miraba por la estrecha ventana de sus aposentos. No se volvió al oír los pasos de Cyra sobre la alfombra. Ella se acercó a él y le acarició los hombros.

—Siento por lo que has tenido que pasar, Arash —le susurró a sus espaldas.

—Lo han coronado —musitó él.

—Lo sé. Pero si no estamos empaquetando nuestras cosas es porque tienes algo en mente, como siempre.

Arash se volvió y miró a Cyra con pesar.

—¿Dónde está nuestro hijo? —preguntó.

—Sigue en casa de su maestro egipcio. —Su marido frunció el ceño y ella añadió—: Confía plenamente en él. Le ha ayudado en todo momento.

—O lo mantiene en la boca del lobo para cuando convenga.

—¿Qué quieres decir? —se alarmó Cyra.

—Alejandro envió a uno de sus oficiales con el sacerdote de Apis. Por lo que me han dicho mis espías, le mostraba las reservas de incienso. Las he visto en persona, sé lo que hay. Amminapes sabía desde el principio que nuestro hijo estaba al servicio de Nefertum. No le habría costado convencer al sumo sacerdote ni a cualquier otro egipcio para participar en un plan contra los persas. Es posible que lo mandaran en busca de las resinas como parte de su estrategia. Creo que Amminapes intentará provocar una rebelión utilizando a nuestro hijo para culpar a los persas de la escasez, y luego hará aparecer incienso para presentar a Alejandro como el gran dios salvador.

Cyra se apartó y tomó asiento en una de las sillas que quedaba al lado de la mesa central. Con los ojos clavados en la alfombra, su mente repetía las palabras de su hijo acerca de lo sucedido.

—Desde luego, tiene lógica, Arash. Por eso lo del ataque: no podía dejar que llegara a Menfis con la mercancía. E incriminarlo en un asesinato permite situarlo en la ruta comercial. Pero hay algo que no me cuadra. —Cyra miró a su esposo a los ojos—: ¿Por qué lo dejaron en el desierto para que muriera?

—Tú misma lo has dicho —respondió Arash sentándose frente a ella—. El plan estaba cubierto. Y si nuestro hijo no hubiera aparecido, ni se puede ni lo puedo defender. Tras usar el caso para incriminar a los persas, Amminapes me podría decir que estaba muerto para regodearse en su venganza personal.

—¿Quieres decir que estando vivo altera sus planes?

—Aquí es donde dudo, Cyra. No sé si Amminapes sabe que está en Menfis. Si los sacerdotes forman parte del plan, es posible que sí, y lo mantienen controlado para apresarlo cuando les convenga. Pero esa princesa de Punt…

—Si trabaja para Amminapes, quiere decir que saben que está vivo, pero no dónde. Por eso ella quiere encontrarlo primero. Y el maestro egipcio de nuestro Arash estaría fuera de la trama.

—Alejandro no es un rey ocioso. Ayer mismo me envió a un secretario para que le traspase la gestión de los tributos que he venido haciendo. Pero aún me queda algo de autoridad, cuando menos, hasta que finalice la tarea. Haré venir a Mudads acompañado de la princesa. La haré hablar, te lo juro. Si encontramos la reserva de incienso que esconden, desmontaremos el plan y nuestro hijo les dejará de interesar. Pero necesito que le adviertas por si su maestro le está traicionando. No nos podemos arriesgar.

* * *

Annipe dejó la bandeja en la mesa baja que ocupaba el centro de la habitación. El estofado de liebre despedía un fuerte aroma a romero, mostaza y miel. Asenet se había levantado y permanecía sentada, pensativa, sumida en la duda. ¿Qué era sueño y qué realidad? Los olores procedentes de la bandeja despertaron su estómago, pero dejó la carne de lado, también el pan, y tomó el cuenco con lechuga, apio y pepino. No podía arriesgarse hasta que no supiera qué pasaba. Por suerte, también había dátiles e higos secos que podía tomar sin temer que hubieran añadido algún brebaje que entorpeciera su memoria.

—El señor ha salido, pero me ha hecho prometer delante de los cocineros que se lo comería todo —comentó Annipe.

—¿Y tú le dirás al señor que lo he hecho? La verdad es que no puedo. Creo que vomitaría.

Annipe miró de reojo el estofado de liebre y Asenet añadió:

—Siéntate y cómetelo tú si quieres. Quedará entre nosotras.

La doncella sonrió y tomó el plato de bronce. Partió un trozo de pan y, con la punta de los dedos, fue arrancando la carne del muslo del animal.

—Es la primera vez que lo pruebo —comentó la muchacha—. Las sobras de los mejores platos nunca me llegan. Desde luego, huele muy bien. Los cocineros del señor son los mejores.

—De eso no me cabe duda. Ya se ve en su cuerpo cuánto le satisfacen.

Annipe rio y, tras otro bocado, comentó:

—Antes no era así. Cuando vine a esta casa, ya era un hombre mayor, pero muy atractivo.

—Lo sé. Lo conocí años atrás, en Punt. ¿Por qué crees que ha cambiado?

—Supongo que el divorcio. —Annipe mojó el pan en el jugo del estofado—. Cuando su mujer lo dejó, pasó momentos muy duros. Parte de los negocios eran de ella, y tuvo que darle lo que le correspondía. Le costó recuperarse y, además, gracias a la familia de la señora iban a nombrarlo sacerdote de…

Annipe se interrumpió.

—No te preocupes. Lo que me cuentes será un secreto entre nosotras. Después de todo, ya sabes que me tiene un afecto especial, pero a veces es parco hablando de sí mismo.

—¿Se va a casar usted con él?

—¿Cómo? —se sorprendió Asenet mientras un escalofrío le recorría la espalda. Aun así, logró añadir en tono divertido—: No sabía que esa fuera su intención. No me lo ha pedido.

—Oí cómo se lo decía a Abasi cuando él la trajo malherida.

—¿No oíste nada más?

Annipe bajó la mirada mientras desmigaba el pan sobre el plato. Asenet dejó el cuenco de ensalada en la mesa, se levantó y se agachó frente a la doncella.

—Sé quién me atacó, Annipe. Solo intento averiguar si lo sabe el señor.

La doncella asintió y la miró con pesar.

—Lo sabe, mi señora. Tendría que haber visto cuánto se enfureció con él. Por pegarla, por meterla por el patio como si fuera una mercancía… Lo ha hecho azotar.

Asenet inspiró profundamente y se sentó de nuevo en la silla. Mudads no solo pretendía confundirla, sino que, además, su recuerdo del patio desconchado y sus aromas no era parte de un sueño. ¿Qué tramaba, además de apoderarse de ella?

—Quédate aquí —le dijo poniéndose en pie de pronto para dirigirse al arcón donde guardaba sus cosas.

—Pero, señora, debe reposar —se alarmó Annipe.

Asenet abrió el arcón y tomó el zurrón que la había acompañado durante el viaje desde que partiera de su hogar, mientras decía:

—Ha salido, ¿no? —Se escondió la daga entre los pliegues del vestido y se volvió hacia Annipe—. Acaba con el estofado. Te prometo que no me iré de la casa. Solo quiero comprobar algo.

La doncella asintió y Asenet dejó la habitación. Al bajar las escaleras sintió que le temblaban las piernas, pero aquel día más que nunca era la heredera de Donkor y este sentimiento la impulsaba con una seguridad inusitada.

Traspasó la puerta de la casa sin cruzarse con nadie y, ya en el jardín, bordeó el edificio hasta llegar al patio lateral. Miró a su alrededor. Las copas de los árboles se mecían con el viento. El canto de los pájaros era apaciguador. Se oían algunos gritos desde el otro extremo de la casa, donde se concentraba la actividad de la cocina. Asenet empujó la puerta, se deslizó hacia el interior y cerró rápidamente. Luego se volvió, con la espalda apoyada en la madera, y reconoció las paredes de pintura desconchada y el aroma a canela. Las sacas aún estaban allí, intactas, dispuestas cuidadosamente bajo un techado de palma. Aspiró el aire, lentamente, como cuando Matsimela la enseñaba a entender su don. Por un momento se sintió algo estúpida. Solo captaba la fragancia de la especia. Pero las dudas bullían en su cabeza. ¿Por qué, tras todo el esmero durante el viaje, Mudads no la había vendido ya? ¿Por qué quería sacarla de Menfis? ¿Y por qué ella recordaba aquel olor en el barco?

Asenet se agachó frente a una de las sacas. Acarició el basto tejido. Notó las protuberancias de las ramas. Se acercó la mano a la nariz. Percibió el aroma a canela, por encima del de cáñamo de la tela y restos de sudor. Desató la cuerda que cerraba la saca. Las ramas de canela estaban rotas. Algunas desmenuzadas. Sumergió el brazo, despacio, abriéndose camino hasta que tocó algo duro. No había llegado al fondo. No le hacía falta más. La fragancia se elevó sutil y, cuando sacó la mano, explotó a su alrededor. Miró lo que había extraído y vio la cabeza de su padre separada del cuerpo, vio a su hermana muerta, a su madre... Oyó los pasos de los mercenarios, la desolación de su pueblo...

Soltó la piedra de mirra como si un hierro candente le quemara la mano. Se puso en pie y sacó la daga, enloquecida, nublados los ojos por las lágrimas. Rajó una saca por completo, dos… Como debería de haber hecho con las de Badru desde el principio, cuando descubrieron el rastro que buscaban. Quizá así no se hubieran unido a la caravana, Matsimela no estaría muerto ahora, tampoco Mandisa, ni Adio, ni Kosei. Las ramas de canela se esparcían por el suelo, y ella las pisaba y seguía rajando una saca tras otra con furia. Hasta que quedó al descubierto, por completo, lo que escondían. Mirra, toda del mismo lugar. ¡La había tenido delante todo aquel tiempo! Asenet cayó de rodillas, sacudida por el llanto.

* * *

Fue llevado a la misma sala que visitara con Asenet, solo que esta vez había un sirviente egipcio con una fina túnica blanca inmóvil en un rincón. Arash de Ecbatana le aguardaba de pie, al lado de la pequeña mesa central, con una copa de bronce entre las manos. Iba ataviado con un *kandy* de un azul intenso y bordes violáceos a juego con sus pantalones. En su espesa y larga barba asomaban algunas canas, pero las sienes se le veían totalmente plateadas. A pesar del porte regio del persa, los últimos meses lo habían envejecido. Mudads se alegró. Seguro que lo de su hijo había sido un duro golpe que sumar a la pérdida de Egipto. Sobre todo, porque ya no tenía poder para defender su honor. Eso era lo que más le satisfacía. ¿El gran Arash prefirió creer a la que había sido su esposa y negarle el acceso al sacerdocio y a su cuerpo de funcionarios? Pues ahora, ese mismo Mudads ocuparía su lugar. Solo debía aguardar.

—Siéntate, Mudads. ¿Algo de vino?

El anciano comerciante asintió mientras tomaba asiento. El sirviente egipcio le ofreció una copa de bronce igual a la del anfitrión. A una señal de este, se retiró y los dejó solos.

—Veo que no te acompaña la princesa de Punt —comentó Arash mientras paseaba por detrás de la silla de Mudads.

—Te pido disculpas, sé que nos requerías a ambos. Pero se halla indispuesta.

—Espero que no sea nada.

—Cosas de mujeres, ya me entiendes —mintió Mudads con una sonrisa.

Arash se detuvo ante el anciano comerciante y lo miró con frialdad mientras decía:

—Mi eunuco me comentó que ella había agravado la acusación que pesa sobre mi hijo…

—Solo pretendía presionar, pero no está incluido en la denuncia oficial —respondió Mudads. Aquello le empezaba a incomodar. No esperaba que Arash de Ecbatana fuera tan directo, y mucho menos ahora que no servía de nada limpiar el nombre de su hijo, pues no había posibilidad de que el nuevo faraón lo mantuviera en el cargo, como había hecho con otras satrapías conquistadas. De eso estaba seguro.

—¿Presionar? ¿Y por qué? ¿Por la muerte de un sirviente? —Arash se sentó frente al viejo comerciante, recostándose cómodamente en el respaldo de la silla—. Nos conocemos desde hace mucho, Mudads, y no puedo creer que te dejes engañar por una mujer, por muy bella que sea. Así que igual tú sabes algo.

—¿De qué?

—Mira, sé quién está detrás de todo esto. Tu princesa de Punt no trabaja sola. Pero no pensé que fueras tan… ¿Osado? Lo debería de haber imaginado desde el principio, pero claro, tú eres la pieza perfecta para este plan. Llevas años yendo hasta el mismo país de la mirra para traer la mejor. Así que solo necesito hallar el incienso que está en la ciudad, escondido. A ti no te pasará nada, te lo prometo.

Mudads dejó la copa con tranquilidad. ¿Cómo sabía lo de la mirra? Todo se había llevado en extremo secreto y con suficientes monedas para acallar a todos los intermediarios. El plan no podía fallar ahora, o él perdería no solo dinero, sino el prestigio y el poder que había intentado comprar durante años. Por ello decidió arriesgarse del mismo modo que lo estaba haciendo el noble persa al desvelar cuanto sabía.

—¡Qué cándido, Arash! ¿Quieres evitar una rebelión del pueblo egipcio? ¿Por eso enviaste reservas a Heliópolis? —Mudads se puso en pie—. Pues todos tus esfuerzos son inútiles. No sé nada, solo que estallará. Y tú estarás aquí para sufrir las consecuencias.

El anciano comerciante se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta.

—¿Crees que he perdido todo mi poder, Mudads?

—No me puedes apresar. Por eso estamos a solas.

—Nunca entenderás lo que el poder significa, pero te aseguro que lo sufrirás —sentenció Arash.

Mudads se detuvo. Cuando cobrara su recompensa por los servicios realizados, se encargaría de que decapitaran a Arash de Ecbatana. Pero antes podía hacer que perdiera la cabeza, pues entendía que parte del poder consiste en saber más que el enemigo. Por ello se giró y comentó:

—¡Ah, me has convencido! Sí que sé algo y te lo voy a contar. Si todo esto es por sacar a tu hijo del atolladero, tranquilo, está muerto. Nos fue muy útil, la verdad, pero nunca podrá testificar que tú no tienes nada que ver en lo que suceda a

partir de ahora.

Arash apretó los labios y a Mudads le bastó. Sabía cómo era aquel noble persa, orgulloso, cauto y reservado. El anciano comerciante salió satisfecho de la sala.

* * *

No sabía cuánto tiempo llevaba allí. Tras el llanto se quedó atrapada entre el dolor y la culpa. Las imágenes se sucedieron en su mente y las palabras incongruentes de Mandisa cobraron sentido. Mudads supo que ella estaba en la caravana desde el principio. Ahora entendía que aquel espíritu de la noche que había perturbado a la muchacha no era fruto de su imaginación. Era Abasi, la sombra que el viejo comerciante siempre tenía tras ella. ¿Y por qué la espiaba? ¿Acaso entonces tenía ya la idea del matrimonio? ¿O quizá al principio pensó esclavizarla en su lecho? ¿Y Badru? ¿Y si lo único que le había ocultado era su origen persa? Sentada sobre la canela en aquel patio, apoyada en una pila de mirra que la envolvía como cuando estaba en el almacén de su hogar, ahora sentía como verdad cada una de las palabras que el joven le confesara: su amor, su deseo de rescatarla… Quizá Matsimela hubiera muerto por culpa de sus celos, pero Badru podía haber padecido igual fin por los de Mudads.

De pronto, la puerta del patio se abrió y apareció Abasi. Se quedó en silencio, contemplándola, mientras detrás se oía la voz del viejo comerciante:

—Hay que sacarla cuanto antes. Aprovecharemos el festival por la coronación del nuevo faraón. —Enmudeció en cuanto entró al patio. Su secreto estaba al descubierto incluso para ella. Pero eso tenía fácil solución—. Trae esclavos y sacas. Habrá que empezar de nuevo.

—¿Y si hablan?

—Córtales la lengua en cuanto acaben el trabajo.

Abasi asintió y salió. Mudads cerró las puertas. Asenet se escondió la daga en el cinto y se puso en pie.

—¿Enviaste tú a los mercenarios que atacaron la corte de Donkor?

El anciano sonrió con ironía.

—Bueno, las circunstancias me lo facilitaron, la verdad. Debía impedir que llegara mirra a Egipto, así que aproveché para comunicarle a Donkor que había cometido un error. Y tranquila, él supo que fui yo.

La joven agarró la daga, dispuesta a acabar con aquel hombre. Pero necesitaba más respuestas. Luego, poco le importaba ir ella misma a reunirse con la diosa de la mirra.

—Pensé que todo era culpa de Matsimela. Te traicionó, eso me dijiste en el oasis.

—Desde luego no me ayudó cuando pedí tu mano. Pero me fue muy útil al final, en la caravana. Esa daga persa… ¡El regalo perfecto! Los dioses siempre encuentran su camino —Mudads se acercó a las sacas rotas y tomó una lágrima de

mirra mientras añadía—: De una sola maniobra se hace justicia con el esclavo desagradecido, me deshago de ese persa usurpador que resulta muy conveniente para que yo consiga el puesto de su padre y tú estás aquí, en tu verdadero hogar. Porque no te queda otra opción: ahora serás mi esposa o mi esclava.

La joven lo rodeó. Necesitaba alejarse de aquel hombre, pero a la vez quería matarlo. De espaldas a ella como estaba, jugueteando con la mirra, era presa fácil. Solo necesitaba hundir la daga entre sus costillas. Aun así, preguntó con desprecio:

—¿Eso fue lo que le dijiste a mi padre? ¿Intentaste comprarme?

—Solo intenté ser convincente. —Mudads se volvió hacia ella—. Te amo, Asenet. ¿Acaso no lo ves?

—¡Has asesinado a toda mi familia, a toda mi gente!

—¡Hasta ese extremo te amo! ¡Necesitabas liberarte! ¿Reina en esa corte pagana? No tenía que haber sido así. La mirra y tú. Eso era lo único que pedía. Y eso es lo que tengo.

—No me tendrás jamás —respondió Asenet empuñando la daga entre los pliegues de su vestido.

Pero de pronto, la puerta del patio se abrió y Mudads sonrió:

—Llévatela a su habitación y enciérrala, Abasi. —Asenet sintió cómo el mayordomo la sujetaba por detrás y guardó la daga—. Yo supervisaré la carga en persona. Cuando acabe con el asunto de la mirra me encargaré de mi futura esposa.

---

3 Fragmento del *Pairo Leiden* referente al ritual para apaciguar a la diosa Sejmet *(N. de A.).*

29

Las nubes blancas con las que había amanecido el nuevo día se dispersaban cada vez más y la mañana avanzaba clara, dejando caer los rayos de sol sin clemencia. Los cuerpos de los luchadores, prácticamente desnudos excepto por la tela enrollada a la cintura que cubría su entrepierna, aparecían bruñidos por el sudor. Varias parejas practicaban en el campo de entrenamiento a las afueras del campamento, con el templo de Ptha de fondo. Su musculatura se tensaba por el esfuerzo cuando se unían para intentar tirar al contrincante, se oían gemidos quedos, y a los que caían al suelo se les pegaba a la piel la fina arena del desierto que se colaba entre la hierba rala.

Cerca, los saltadores aguardaban en hilera mientras el compañero de turno cogía carrerilla y saltaba tan lejos como podía con las pequeñas pesas en las manos. Un corro de observadores se deleitaba pensando ya en cuán reñida sería la que consideraban una de las competiciones más difíciles de los juegos.

Los corredores, descalzos, se entrenaban en pequeños grupos evitando el campo de lanzamiento. En la parte más alejada, Leandro aguardaba fuera del límite rectangular mientras un lanzador tiraba el disco de bronce. Al tocar el suelo, el atleta renegó. No hacía falta la varilla para ver que no había superado a los que le habían precedido. Con su jabalina en la mano, Leandro le dio una palmada en la espalda cuando este pasó por su lado.

—Aún no estamos en competición —le dijo para animarle.

El hombre le respondió con una sonrisa que no podía ocultar la decepción y Leandro se dispuso a ejecutar su lanzamiento. Ataviado como los luchadores, dio unos pasos hacia atrás e inició una rápida carrera, entró en la calle que delimitaba el lugar desde el que se debía tirar, apuró hasta el límite frontal llevando hacia atrás el brazo que sostenía la jabalina y, justo cuando se detuvo, lo dejó ir hacia delante con la velocidad de la cuerda de un arco. La jabalina voló por los aires, mientras Leandro hacía equilibrios para no caerse de bruces. Las exclamaciones de los observadores le dibujaron una sonrisa en el rostro incluso antes de que lograra ver donde había caído. Clavada en la tierra, era la más alejada de la mañana. Satisfecho, Leandro salió de la zona de lanzamiento entre las felicitaciones de aquellos con quienes se cruzaba.

El ambiente era alegre y lleno de expectación. Y no solo por parte de los soldados, sino también de los egipcios curiosos que se habían acercado a mirar. Para ellos, muchas de aquellas competiciones no eran desconocidas, pero sí todo

cuanto se había organizado a su alrededor. En lugar de tomar lo que era suyo, el nuevo faraón había ordenado comprar cabras, corderos y cerdos para los sacrificios. Los menfitas habían recibido con alegría el generoso precio pagado. Tras degollar a cada animal, una parte sería ofrendada quemándose en los altares dispuestos para la ocasión y la otra se cocinaría y se comería en un gran banquete para honrar a los dioses y deleitar a los soldados.

Leandro dejó atrás a los lanzadores y se dirigió hacia el lugar donde había dejado su ropa. Al lado se habían apostado cuatro egipcios alrededor de las andas de un anciano. Su túnica plisada, blanca e impoluta, contrastaba con el rostro moreno, surcado por las arrugas. Las mejillas caídas desdibujaban su rostro, y solo la nariz pronunciada se perfilaba con claridad. Observaba a Leandro mientras este se ponía la túnica corta y se deshacía después del paño que había cubierto su entrepierna.

—Eres buen lanzador, chico —le dijo.

—Habla usted muy bien el griego.

—Tengo buenos amigos griegos, en Naucratis —respondió. Al sonreír, le mostró unas encías en las que apenas le quedaban dientes—. Y muchos años vividos… Ojalá llegue a ver la competición.

—¿Está enfermo, señor?

—A mí edad, no hace falta. Dicen que el faraón honrará a Apis.

—Sacrificará un toro —asintió Leandro.

—A ese lo embalsamarán, seguro. A ver si para mi hora hay suficiente mirra. Porque, con las ofrendas de cabras y corderos a los dioses macedonios, ¿también se quema incienso?

—Sí, se suele hacer tras el sacrificio. Pero hay suficiente. El rey ha hecho recontar las reservas.

—Ahora solo queda para ritos. Ni medicinas, ni perfumes, ni desodorantes… La tinta escasea, es de baja calidad, y dicen que ya no embalsaman a perros, gatos y monos para que nos acompañen a la otra vida. —El hombre soltó una breve carcajada—. Aunque bueno, eso no es nuevo. Se oyen muchas historias de embalsamadores que dejan el sarcófago vacío y luego venden a escondidas la mirra con que tendrían que haber momificado al animal.

Leandro se acercó al hombre y se agachó a su lado mientras decía:

—No se preocupe. Cuando llegue la primavera, volveremos a la guerra, seguro. Y solucionaremos el bloqueo con el que les castigan los persas. El incienso volverá a fluir con normalidad.

El hombre soltó una nueva carcajada.

—¿Primavera? ¡Qué joven eres, chico! Egipto no esperará hasta la primavera. Si ahora la gente se aguanta es porque se puede honrar a los dioses. Pero muchos llevamos construyendo nuestras tumbas desde hace tiempo, y ha sido para ocuparlas y asegurarnos un sitio en el más allá. ¿Cuánto se gastará con este enorme festival? Yo… Bueno, yo y muchos esperábamos que el nuevo faraón llegara con incienso para paliar nuestras necesidades. En cambio, gastará de las reservas del

templo. No sé… Si mandó tantos talentos a Macedonia como dicen, pensé que le sobraba. Al fin y al cabo, Gaza le pertenece y es la salida de la ruta del incienso que viene del mar Rojo. Normalmente desde allí llegaban las resinas olorosas por el delta. Pero desde que el faraón la tomó, sequía pura.

—¿Qué insinúa?

El rostro del anciano se ensombreció y su voz sonó firme y dura.

—No insinúo, digo que cuando Alejandro empezó a batallar vino la escasez. Puede ser una mala señal, puede ser una prueba. Pero ahora, él es el faraón que debe ponernos en armonía con el mundo de los dioses. Y está muy bien que no sea como los persas, que respete los templos. Pero no sirve de nada si no demuestra su poder.

—¿Cree que los problemas con el incienso son culpa nuestra y no de los persas? —se sorprendió Leandro.

—No solo lo pienso yo. Te lo digo porque tengo suficientes años para que no me importe mi futuro. Pero los peligrosos son aquellos que callan y tienen aún vida por delante. Te aseguro que hay en Menfis más de los que pudieras imaginar. Y hasta ahora nadie había puesto en peligro nuestro paso al más allá.

El anciano hizo una señal y los hombres que aguardaban se agacharon y alzaron las andas.

—¿Por qué me lo cuenta a mí? —preguntó Leandro, comprendiendo que aquel encuentro no había sido por casualidad.

—Porque ayer tú estabas escondido fuera cuando el oficial macedonio entró al almacén con el sumo sacerdote de Apis, y sé que os alojáis juntos.

Leandro se quedó atónito mientras el anciano hacía una señal y sus porteadores empezaban a caminar. ¿Había sido aquello una amenaza?

* * *

Annipe entró en la habitación y cerró la puerta con sigilo. Las lámparas estaban apagadas y la luz del sol entraba por las estrechas ventanas iluminando la cama vacía. Bajo la mesa del centro se veían a contraluz las piezas del *senet* tiradas por el suelo y el tablero del juego roto. El resto de la habitación yacía sumido en la penumbra. La doncella aguardó unos instantes y las sombras se aclararon. Asenet estaba en un rincón, sentada en el suelo, con las piernas abrazadas y la cabeza agachada.

—Señora…

—No me llames así —respondió Asenet sin moverse.

Annipe se agachó junto a la joven para susurrar con suavidad:

—Un baño te sentaría bien.

Asenet alzó la cabeza. Su piel negra había perdido el brillo y tenía unas pronunciadas ojeras.

—¿Te han mandado para eso?

La doncella bajó la mirada, con el miedo y la compasión mezclados ante aquellos ojos que desprendían destellos de ira sobre un fondo de inmensa tristeza.

—Me harán azotar si no te mantengo bien cuidada. Debo encargarme de tu baño, tu comida…

Asenet asintió y se puso en pie. Mudads la había conocido de pequeña, había sido testigo de los desafíos lanzados a su padre y seguro que imaginaba que, después de lo ocurrido, ella no haría nada de lo que le ordenaran. Azotar a la doncella era una manipulación más, pero cedía convencida. Ya habían perecido demasiados seres queridos por su culpa. Annipe no sería la siguiente.

Ya en el baño, acudió a su mente la imagen de Badru. Se le aparecía entristecido, tal y como lo vio la última noche que estuvo con él en el desierto. Y a la vez, imaginaba su expresión herida al saber lo que ella había llegado a sospechar. Asenet se colocó en la losa de piedra caliza y dejó que Annipe la rociara con agua fresca. Esta caía por su piel, arrastrando el olor que había dejado en sus poros la mirra del patio. Asenet miró hacia el suelo. El agua se perdía por el agujero que quedaba en la depresión que formaba la piedra. Se iba como se había marchado todo cuanto ella amó, incluso Badru. Debía reconocerlo. Aunque ahora, por lo menos, podría permitirse amarlo sin sentirse culpable. Silenciosas, las lágrimas surcaron sus mejillas.

Annipe dejó el cubo del agua a un lado y abrió un frasco. Un sutil aroma a romero y saponaria llegó hasta Asenet. La doncella vertió un poco del líquido en sus manos y frotó el cuerpo de la joven con suavidad. La espuma resbalaba por su espalda, por sus senos, y el olor del jabón se llevó del todo la fragancia de su hogar. Asenet ya no tenía nada más que perder. La daga yacía bajo su cama. La usaría en cuanto Mudads la visitara.

—Lo siento —dijo de pronto Annipe mientras le frotaba las piernas.

—¿Por qué? —preguntó Asenet con voz ausente.

La doncella se puso en pie, tomó de nuevo el cubo del agua y empezó a dejarla caer por la espalda, mientras decía:

—Yo te buscaba. Abasi descubrió que no estabas en casa por mi culpa.

—Lo sé. No te preocupes. Entonces no sabía que soy una prisionera de Mudads. Si no, jamás hubiera venido con él.

Annipe dejó de tirarle agua por encima y murmuró:

—Eso preguntó el chico persa.

—¿Persa?

Se hizo un silencio denso y Asenet se volvió. Annipe miraba al suelo, con el ceño fruncido, y sus labios articulaban palabras que su voz no recogía. Recordó que le llamó la atención cuando él se lo preguntó. ¿Cómo se le había podido ocurrir a aquel esclavo tal cosa? No había vuelto a pensar en ello. Asenet agarró a Annipe de los brazos e insistió:

—¿Qué chico persa? ¿Alguien ha preguntado por mí?

La doncella asintió y la miró.

—Primero fue un eunuco. La señora a la que servía quería verla a solas. Por

eso la buscaba el día en que usted salió. Había acordado con él un encuentro. Y así Abasi supo que no estaba en casa.

—¿Y quién era esa mujer?

—No lo sé. Era una dama persa. Vino con el eunuco y un esclavo. Fue el esclavo quien preguntó si eras una invitada o una prisionera. Si no querías salir a verla, debía decirte que la mujer quería hablar contigo de alguien a quien conociste en la caravana, alguien a quien tú querías encontrar.

Al oír aquello, Asenet sintió un ligero temblor. Sus pensamientos se aceleraban de un modo incontrolable. Annipe agarró la toalla de lino y cubrió su cuerpo. El temblor desapareció. «¿Una dama persa?». La cara de Teremun cuando visitó el taller de perfumes con Mudads reapareció en su mente. Si Badru de veras había renunciado a su origen persa por los dioses egipcios, tenía sentido que la relación con su padre no fuera buena, tal y como le había confesado en el desierto. Por eso no los recibió en palacio. ¿Podía ser aquella dama su madre?

Asenet salió del baño envuelta en la toalla mientras preguntaba:

—¿Dijo que volvería?

—El eunuco quería arreglar un nuevo encuentro. Me hará saber cómo y cuándo. Pero ahora… Uno de los hombres de Abasi está siempre en la puerta.

Asenet se volvió a Annipe. La doncella se había detenido tras ella, cabizbaja, con los hombros vencidos.

—No te preocupes, lo arreglaremos —le dijo poniéndole la mano en la barbilla para obligarla a alzar la mirada.

Le sonrió, dejó la toalla a un lado y se tumbó bocabajo en la cama.

—Anda, ponme los ungüentos. No queremos que te azoten, ¿verdad?

Annipe suspiró aliviada y se dirigió hacia el tocador. Asenet lo veía claro: tenía que cambiar de estrategia. Matar a Mudads para vengar a los suyos tenía que esperar. Necesitaba salir de allí, ver a aquella dama. No podía devolverle a su hijo, pero, si era la madre de Badru, al menos le debía la verdad. Y ahora la sabía.

* * *

La humilde vivienda, de tan solo una planta, parecía rodeada de un extraño silencio. Era obvio que los observaban y sabían que a aquellas horas tempranas la esposa salía con los esclavos para supervisar las compras. Aun así, todo aquello le parecía demasiado arriesgado y Teremun salió al patio con la desazón metida en el cuerpo. El acuerdo había sido ponerse en contacto por escrito y en clave, pero se había presentado aquel eunuco preguntando por un perfume de algalia. El sacerdote lo reconoció como la contraseña y lo dejó pasar. Ahora hablaba en el interior con Badru, mientras Teremun se acercaba a la civeta que tenía enjaulada.

Era un macho traído de los bosques cercanos al mar Rojo. Del tamaño de un gato bien alimentado, dormía sobre la rama de un tronco seco que había dentro de la jaula. Tenía un pelaje moteado, de tacto suave, y un carácter esquivo que solo la

comida disfrazaba de docilidad. Así había sido Badru desde que fue a visitar a su madre. No le había contado nada de lo sucedido en palacio, solo rumiaba para sus adentros, apenas dejaba traslucir un atisbo de angustia, pero aceptaba ayudar a Teremun con los perfumes que preparaba a espaldas del templo como si fueran un alimento que pudiera saciar sus ansias de paz interior.

El viejo sacerdote suspiró y tomó la vara que permanecía apoyada en las barras de la jaula. Luego entró, dispuesto a irritar al animal. La civeta era quien le daba la algalia, y ahora la necesitaba para que el eunuco no saliera con las manos vacías. No podían permitirse llamar la atención del guardia que permanecía apostado a las puertas de la casa a la espera de cazar al hijo de Arash de Ecbatana. La civeta segregaba la sustancia perfumada con sus movimientos, pero lo hacía en mayor cantidad si se enfadaba. Luego se trataba de recogerla con cuidado.

—Espera, espera. No será necesario molestarlo. Ya le he dado un frasco con perfume.

El animal se despertó con la voz de Badru y la cresta que crecía de su cuello a la cola se encrespó al sentir invadido su espacio. Teremun, desde el interior de la jaula, miró a su joven pupilo.

—¿Y si lo abren? —preguntó el sacerdote.

—¿Crees que el guarda distinguiría un perfume de algalia?

—Tienes razón. —Teremun sonrió y salió de la jaula mientras Badru iba a su encuentro—. ¿Para qué te quería? Ha sido un movimiento arriesgado.

La civeta se acercó al límite de la jaula y olisqueó la túnica del anciano en busca de comida. Badru, serio, escrutó a su maestro, pero no halló nada más que el rostro bondadoso que siempre le había acogido. Y aquella sombra de tristeza que apareció desde que se encontraron en el almacén, cuando regresó a Menfis. ¿Cómo podía ser verdad lo que le había contado Samgar? Y por otro lado, también le parecía imposible que Asenet lo hubiera utilizado. El joven, esperanzado desde el día anterior por saber a la joven viva y angustiado a la vez porque pudiera estar presa, se sentía ahora asediado por la duda.

—Quiere que me vaya de aquí. Considera que no estoy seguro —respondió al fin.

—Pero ¿adónde irás? No puedes acudir a palacio, Badru. Está mucho más vigilado, y con los macedonios en el poder, tu padre no puede protegerte.

—¿Y tú? Os estoy poniendo a ti y a tu esposa en peligro.

—No, mientras sigan creyendo que eres un esclavo.

—¿Y adónde nos lleva todo eso, Teremun? Me quedaré aquí, encerrado, ¿hasta cuándo?

—No te desesperes, Badru —le dijo el maestro—. Si los persas entregan el poder como están haciendo, los sacerdotes implicados en esta trama habrán logrado librarse de ellos. Entonces me encargaré de que seas liberado de todo cargo. Llevo más años al servicio de Nefertum que nuestro sumo sacerdote, y mis conocimientos y mi falta de ambición me han granjeado más amigos que enemigos.

—¿Y si lo que quieren es castigar a los persas, vengarse por el saqueo a los templos? El plan que han trazado no se malogrará tan fácilmente, y yo soy la clave cuando estalle la rebelión. ¿Estás seguro que nadie sabe que estoy aquí?

Teremun miró a su pupilo, de pronto consciente de lo que le debía de haber contado aquel eunuco.

—¿Crees que estoy implicado? ¿Que te escondo para entregarte en el momento oportuno?

Badru bajó la cabeza, desesperado. No podía creerlo, claro que no. Teremun le había mostrado el poder de la generosidad de corazón y le había enseñado a ser él mismo, sin remordimientos.

—Si no eres tú, es ella —musitó.

—¿La joven de la que te enamoraste?

—Mis padres creen que me embaucó y ahora la usan para buscarme. ¡Está viva! Pero fue un testimonio clave en la denuncia que pesa sobre mí.

El anciano, lleno de compasión, puso una mano en el pecho del pupilo, que seguía con la mirada en el suelo.

—Busca la guía de la diosa Hathor en tu interior.

—No puedo ni imaginar… —Badru suspiró recordando las noches acurrucados, conociéndose entre susurros—. Lo que vivimos tuvo que ser verdad. Pero si tú no tienes nada que ver con todo esto…

—¿No la pueden estar utilizando a ella también? Si te vigilaban, pudieron ver vuestro acercamiento. —Teremun retiró la mano del pecho de Badru. Este miró al maestro con los ojos humedecidos—. Debes buscar la manera de hablar con ella. ¿Sabes dónde está?

Badru asintió. Pero aceptar la versión del maestro le devolvía a su primer temor, el que lo había acuciado antes de la reciente visita de Samgar.

—En casa de Mudads, un comerciante. Pero es posible que esté presa.

La expresión de Teremun de pronto se tornó dura.

—¿Mudads? —preguntó—. Hemos hecho muchos tratos con él. Nos ha traído incienso numerosas veces y ha sido generoso con el templo, pues siempre ha ansiado un alto puesto en el sacerdocio.

El joven miró al maestro esperanzado.

—¿Quieres decir que él podría ser la pieza clave del complot?

—Su antigua esposa no se lo puso fácil. Le cerró muchas puertas. Pero algo así podría abrírselas, desde luego. Le haré una visita, Badru. Tú aguarda y ten fe.

* * *

—Me gusta lo que oigo, Filotas. Y sé, como buen hijo de tu padre, que jamás me dirías las cosas que quiero oír aunque no sean verdad —dijo Alejandro de Macedonia observando las túnicas tendidas en la cama.

—Gracias, mi señor —respondió Filotas ante la puerta cerrada a su espalda. Se

sentía aliviado. Todo permanecía bajo control.

El rey se volvió y miró a Hefestión.

—¿Los animales están listos para los sacrificios?

—Y los altares también.

—Entonces, hoy mismo honraremos a Apis. Quiero que los egipcios vean que respeto a su dios. Y de paso, no correremos riesgos de ofensa hacia nuestros dioses mezclando sacrificios. Hefestión, ve y tráeme a su sumo sacerdote. Necesito saber cuál es la indumentaria adecuada.

—Sí, señor.

El guardaespaldas salió de la habitación y Alejandro miró a Filotas de hito en hito.

—Y ahora, ¿me dirás lo que te disgusta? —preguntó el rey—. Seguro que tu padre te ha enseñado a callar y obedecer. Por eso eres mi jefe de caballería. Pero no eres actor. Sé muy bien que algo te molesta, Filotas.

El oficial se supo atrapado. Alejandro conocía a sus hombres más cercanos y debía dar una respuesta coherente si quería conservar su confianza.

—Me molesta que sacrifiques un toro a ese Apis, y ningún buey a nuestros dioses.

El rey sonrió y se sentó, relajado, dejando que una de sus piernas colgara sobre el brazo de la silla.

—¿Y crees que hay muchos hombres de nuestro ejército que piensan como tú?

—Si los hay, están muy ocupados entrenando para los juegos.

—Exacto. Siéntate, Filotas —dijo el rey señalando la silla que había frente a la suya. El oficial así lo hizo, con la espalda erguida, incómodo, y Alejandro prosiguió—: Sabes por tu experiencia en combate que los persas son fieros enemigos. ¿Rendir Egipto así de fácil? Sin duda, Amminapes nos ha ayudado y Mazaces seguro que está bajo su control. Pero hay otros nobles, los que viste en la ceremonia. Esos son los que querían que me preocupara por la escasez de incienso, haciendo ver que había problemas de existencias en Heliópolis para que entráramos con miedo a Menfis. ¿Te imaginas si hubiera enviado a diez hombres armados contigo? Hubiera sido fácil que los egipcios pensaran que íbamos a saquear su templo, como los persas. Y eso es posiblemente lo que anhelaban. Pero no hemos caído en su trampa. ¿Entiendes todos mis cuidados hacia su dios?

—Lo entiendo —respondió Filotas con sequedad—. Pero si hubiera una revuelta, acabaríamos con ella sin problemas. Son solo unos cuantos campesinos.

Alejandro bajó la pierna del brazo de la silla y se inclinó hacia delante para hablar como si le hiciera una confidencia.

—Egipto no es la meta de nuestras hazañas, Filotas. Es cierto que los juegos hacen que los hombres no le den mayor importancia al hecho de que su rey siga algún ritual egipcio. Pero, a la vez, son una ofrenda real en honor a Zeus. Desde la noche de la pirámide, puedo sentir la sangre de Heracles en mis venas. No estaremos mucho en Menfis, pero el grueso de las tropas pasará aquí el invierno. Necesito que se repongan. También llegarán refuerzos. Ya he mandado mensaje a

Antípatro. Nos esperan grandes cosas, Filotas, la gloria. Y ya te digo ahora que no está en Egipto. Así que ten paciencia. Ve en persona a anunciar a los hombres que los juegos empezarán mañana. Todo el ejército te adorará al recibir tan grata noticia. Te ayudará a comprenderme algo mejor.

Filotas quiso sonreír, pero renunció y se limitó a ponerse en pie. Por lo que había dicho, solo faltaba que Alejandro se considerara a sí mismo hijo de Zeus. ¿Hasta dónde iba a llegar todo aquello? ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llevar a sus hombres para poder considerarse a sí mismo un héroe de la *Ilíada?*

* * *

El vestido era amplio, el pliegue del manto simple y había prescindido de peluca. Solo le molestaba un poco el maquillaje, al que seguía sin acostumbrarse, pues sentía los párpados pesados por el *khol* y las sombras, y el carmín de los labios la envolvía en un sabor extraño. Pero necesitaba tener aquel aspecto cuando Mudads la visitara. Mientras tanto, asomada a la ventana, Asenet contemplaba el jardín. Las fragancias del jazmín se entremezclaban con el aroma de pan reciente y pescado asado, y a pesar de no haber desayunado, el olor a comida le hacía sentir náuseas. Pero su mente estaba muy lejos de aquel lugar en ese instante.

Tenía claro que debía convencer al anciano comerciante de que el encierro la había hecho recapacitar y que la creyera suya. Pero por más que le daba vueltas a la cabeza, no sabía cómo hacerlo. Una y otra vez intentaba imaginarse sumisa, pero, en su imaginación, la escena acababa con un ataque visceral en el que escupía todo su rencor. Y luego, sin aquel rencor, se quedaba vacía. Entonces pensaba en la madre de Badru. No podía ceder a sus propios deseos. Se lo debía a él. Respiraba profundamente y volvía a intentarlo. Necesitaba una estrategia para llegar a ella.

La puerta del aposento se abrió a sus espaldas y Asenet se forzó a sonreír antes de volverse. Cuando al fin lo hizo, Abasi comentó burlón:

—No hay quien se crea esa sonrisa, preciosa. Te tiemblan las mejillas. Debes practicar más.

Asenet mudó el rostro y dijo con frialdad:

—¿Te ha mandado Mudads a buscarme?

—Mudads, Mudads… El viejo se ha largado con tu mirra —respondió Abasi mientras se acercaba a ella—. Y me ha ordenado que no te deje salir de la habitación. Claro que el guarda ahora está comiendo y tú seguro que podrías convencerme para que sea bueno contigo.

El mayordomo acarició el brazo de Asenet con el dorso de la mano. Ella se apartó y se alejó de él hacia el borde de la cama mientras decía:

—No, gracias. Aguardaré aquí su regreso.

—Tardará. Ha ido a Naucratis, y seguro que Stephanós de Mileto lo entretendrá. Con lo que le gusta agasajarle, en cuanto vea la mirra… —Asenet sintió el cuerpo de Abasi tras de sí y luego el aliento del mayordomo en su cuello

—. Un paseo por el jardín cada día no te haría mal. Solo debes ser buena.

Atrapada entre la cama y el hombre, Asenet se volvió y lo empujó. Él retrocedió unos pasos.

—Aparta. Sabes que voy a ser su esposa, ¿verdad? Creo que ya te dio su merecido cuando me golpeaste.

—Por obedecerle, no lo olvides. Yo puedo ser tu aliado. Más satisfactorio que él en la cama, de eso no te quepa duda. Luego podemos compartir las riquezas del viejo.

—Deja de decir tonterías. Eres un simple mayordomo —replicó Asenet con desprecio—. Un cobarde que ni siquiera tiene el valor de rebelarse cuando lo mandan azotar.

Abasi, con el rostro desencajado, se acercó a ella con rapidez y le dio una bofetada. A pesar del ardor en la mejilla y el dolor que se extendía por su cabeza, la mano de Asenet se elevó con la intención de devolverla, pero el mayordomo la agarró de la muñeca y la frenó. Entonces Asenet le dio un puñetazo en el vientre con la otra mano. Pero fue ella la única que gimió al topar con la fuerte musculatura del mayordomo. Este rio mientras la empujaba sobre el lecho.

—¿Es así como te gusta? Pues así lo haremos —dijo mientras se tiraba sobre ella.

Inmovilizada por el cuerpo de Abasi, empleó los puños y le golpeó la espalda mientras intentaba revolverse. Él reía. Ella notaba el miembro duro del hombre sobre su vientre. El mayordomo logró agarrarle los brazos y la miró.

—¿Me vas a morder si te beso?

Ella, entonces, sonrió. Esta vez no le tembló el rostro. Estaba paralizada por el pánico.

—Inténtalo —musitó.

Él posó su boca en los labios de Asenet. Inmovilizada, seguro que estaría vencida. Ella dejó que su lengua entrara y la recorriera con avidez. Pero él no la soltaba, así que la joven respondió buscando también su lengua. Al hallarla, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas al recordar el sabor de Badru y aquella dulzura que habían compartido en el desierto. Luego, la boca de Abasi se desplazó hacia el cuello de Asenet. El olor del sudor entremezclado con un perfume de almizcle le produjeron náuseas y tuvo que reprimir los sollozos. Al fin, él liberó sus manos para estrujarle los senos. Le dolió, pero no gimió. Se forzó a acariciarle con una mano la espalda amplia y musculosa, mientras la otra se desplazaba tanteando debajo de la cama. Abasi le deshizo el nudo del manto y hundió la cabeza entre sus pechos. Entonces la halló. La mano bajo la cama se alzó mientras la otra apretaba la cabeza de Abasi contra sus senos. Y con una determinación brutal, le clavó la daga en la nuca.

Abasi ni siquiera gimió. Su lengua se detuvo. Su cuerpo quedó yerto. Asenet se sacudió en sollozos mientras la sangre, con aquel olor que lo envolvía todo, brotaba y caía sobre el vestido blanco que aún cubría su pecho. Al notar la humedad en su propio cuerpo, se escurrió como pudo de debajo del cadáver del

mayordomo. Se quitó el vestido, temblorosa, sin dejar de llorar. ¡Lo había matado! Como quien remata a un antílope herido, certera. Pero no era un animal, era un hombre, y ella… ¡Tenía que salir de allí! Se dirigió a uno de los arcones y sacó un vestido. Se cubrió la parte superior con un manto y se puso una de las pelucas negras que Mudads le había regalado. Se colgó del hombro el zurrón y tomó cuanta plata pudo cargar. No era toda la que había obtenido por el índigo, pero esperaba tener suficiente. Luego se fue hacia la puerta y cuando estaba a punto de salir, se detuvo en seco. Volvió atrás, sacó la daga clavada en la nuca de Abasi, limpió el filo en la cama y se la metió en el zurrón.

* * *

Las tiendas estaban alineadas, agrupadas por escuadrones, sin embargo el campamento había perdido la perfecta forma de cuadrícula que evocaba las ciudades griegas. Se mantenía a cierta distancia de la orilla lodosa del río, como una masa de telas y callejuelas que parecía haber asimilado la vivacidad orgánica de la urbe egipcia a cuyas puertas se apostaba. Filotas bordeó la parte más cercana a las murallas del templo de Ptah y se detuvo bajo la sombra de una acacia a contemplar el campo de entrenamiento. Este sí que se mantenía en orden, pero la actividad había menguado a medida que el sol ascendía. Los corredores permanecían en un rincón, bebiendo agua o vertiéndola directamente sobre sus cuerpos para refrescarse. El campo de lucha estaba vacío y solo algunos saltadores practicaban, además de un único lanzador de discos no demasiado hábil.

—¿No te animarás con alguna prueba? Recuerdo que de niños siempre me ganabas a las carreras.

Filotas sonrió al sentir a Leandro a su lado.

—Miraré. No quiero que me dejen ganar porque soy un oficial. Anda, ayúdame a buscar a los heraldos. Alejandro me ha dicho que anuncie el comienzo de los juegos.

—¿Ya? —se sorprendió Leandro.

—No vamos a estar mucho en Menfis.

La voz de Filotas sonaba cansada mientras daba media vuelta hacia las tiendas. Leandro lo detuvo poniéndole una mano en el hombro:

—¿Estás bien?

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

—Fuiste a ver las reservas de incienso al recinto del templo.

Filotas se volvió hacia su primo y lo miró. Este mantenía la mano en su hombro.

—¿Cómo sabes eso, Leandro? Era un secreto. ¿Me seguiste?

No podía decirle que Parmenión le había encargado protegerle, pero tampoco le mentiría, así que, mientras dejaba caer la mano acariciándole el brazo, respondió:

—Claro, ya sabes que no me fío de nadie, y no me perdonaría si te ocurriera

algo.

—Pues sé protegerme solo, gracias.

Filotas se volvió y reemprendió su camino.

—No lo dudo en absoluto —dijo Leandro apresurándose para alcanzarlo—. Pero temo por la situación. Hoy estuve hablando con un egipcio adinerado. Parecía un encuentro casual, pero no. Él sabía quién era yo, y sabía que ayer estuviste en el templo contando el incienso. Incluso mencionó que nos alojamos juntos.

Filotas se detuvo y miró a Leandro.

—¿Qué quieres decir?

—Me amenazó con una rebelión contra Alejandro. Parece que ciertos nobles están muy preocupados por la escasez, especialmente de mirra. Si llega a haber problemas para embalsamar a sus muertos…

Filotas rio y pasó el brazo por encima de los hombros de Leandro para invitarlo a andar. Le dio un beso en la mejilla, sonoro y alegre, y exclamó:

—¡Eso es perfecto!

—¿No hay problemas con la mirra?

—En absoluto.

—¿Y por qué circula el rumor contrario?

—Un golpe de efecto.

Fue entonces Leandro quien se detuvo y, en tono grave, preguntó:

—¿Y no te parece peligroso?

—Mucho, pero así es Alejandro, ¿no? Es lo que tiene ser un rey ante quienes te creen un dios. Debe reforzar sus creencias.

* * *

Lo había visto antes, por los jardines, los almacenes. Caminaba mirando al suelo mientras se comía un dátil. Era un hombre fornido, negro, que le hacía pensar en cómo fue Matsimela de joven. Pero jamás habían cruzado una palabra y, por más entrañable que le resultara, no se arriesgó, pues siempre lo había visto con Abasi. Así que se escondió bajo las escaleras. Él cruzó el zaguán para subir a la segunda planta. Temió que fuera su vigía que volvía a su puesto. ¿Cuánto tardarían en descubrir el cuerpo de Abasi? Debía salir de allí cuanto antes, pero simplemente había seguido un impulso y ahora se arrepentía. No tenía ningún plan, y no era así como su padre le había enseñado a actuar.

Permaneció oculta, pensado. Quizá Annipe la pudiera ayudar a salir por la puerta de servicio. Pero ¿cómo hallarla? Ella siempre aparecía. Decidió probar en las estancias de los criados, adyacentes al patio de la cocina. Era arriesgado, pero no tenía más opción. Se dispuso a salir de su escondite. Entonces oyó que alguien se acercaba.

—Aguarde aquí, por favor. —Los pasos se detuvieron en el zaguán—. Iré a buscar al mayordomo. Él podrá decirle cuándo se espera el regreso del señor.

El criado subió las escaleras y un hombre se quedó a la espera. Era un anciano con la cabeza rasurada y expresión triste. Asenet lo reconoció al instante, ataviado como en el taller del templo de Nefertum. Y se le ocurrió. Acuciada por el miedo, salió de su escondite para acercarse apresuradamente al hombre.

—Es usted el maestro de Badru, ¿verdad?

Teremun, atónito, no tuvo tiempo de asentir. Asenet prosiguió:

—Tengo algo que contarle, pero tenemos que salir de aquí ya.

Agarró al anciano del brazo y se apresuraron hacia el jardín. Tomaron el camino principal. No era el más discreto, pero sí el más directo hacia la salida.

—¿Estás presa?

—Estoy escapando.

—Pero querías atrapar a Badru, querías entregarlo por la muerte de tu sirviente.

—Eso fue antes de saber quién mató de verdad a Matsimela y a toda mi familia.

—¿Quieres decir que puedes quitarle de encima esa denuncia?

Desde la casa se oyeron algunos gritos y Teremun miró hacia atrás.

—Puedo —respondió Asenet sin dejar que el anciano se detuviera.

Llegaron ante el esclavo que guardaba la puerta. Este miraba hacia la casa, extrañado. Pero todo el vocerío que se extendía por el aire resultaba ininteligible.

—Perdona, puedes abrir, ¿por favor? —dijo Asenet.

El esclavo los miró, como si se acabara de dar cuenta de que estaban allí, y reconoció a la dama. La vio con el sacerdote y se extrañó:

—Pero usted no debería salir, señora.

—Viene conmigo —afirmó Teremun—. Ya sabes que Mudads me aprecia por los servicios a Nefertum.

—Abasi me ha dicho que lo acompañara. Él me vendrá a recoger al templo después —añadió Asenet.

Las voces se extendían ya por el jardín. Eran claramente una alarma por algo y el esclavo, más pendiente de ello que de otra cosa, asintió y abrió la puerta.

—¿Qué has hecho, niña? —preguntó el sacerdote cuando ya estaban fuera.

Caminaban deprisa y Asenet no podía dejar de mirar atrás.

—Me he defendido, solo eso. ¿Me ayudará a llegar hasta la madre de Badru? Le debo la verdad.

Teremun estiró de Asenet y la obligó a doblar una esquina para dejar la amplia avenida. Luego respondió:

—Te llevaré hasta él.

Asenet sintió que le faltaba el aire cuando preguntó:

—¿Está vivo?

30

Doloaspis y Petesis. Dos egipcios. Sentado en su butaca favorita, con los pies descalzos apoyados sobre un escabel, Arash de Ecbatana arrugó el papiro que le habían hecho llegar los amigos que aún le quedaban entre las clases más altas de Menfis. Alejandro pensaba reinstaurar la división del Alto y el Bajo Egipto, y aquellos dos nombres eran los que se perfilaban como futuros *nomarcas.* Todo lo que hacía el nuevo faraón parecía estar meticulosamente planificado para agradar a sus súbditos, aunque al frente había puesto a un griego llamado Cleómenes, nacido a la orilla del Nilo, en Naucratis.

Arash miró el papiro arrugado, iluminado por la luz del sol que se colaba por la ventana. Se acarició la larga barba mientras entornaba los ojos y sopesaba sus posibilidades con angustia. Resultaba imperativo hallar el incienso que Amminapes debía tener escondido, pues una rebelión era la única esperanza para poder socavar el poder de Alejandro y dar tiempo a Darío para que se recuperara. Cuanto más tardara en hallarlo, menos posibilidades tendría de maniobrar entre los nobles persas que quedaban para financiar a un grupo de mercenarios que aprovechara la oportunidad.

De pronto, la puerta de la estancia se abrió y Arash ladeó la cabeza para ver entrar a Cyra con su larga melena cayendo sobre su pecho. Las pulseras de oro brillaban en sus brazos morenos y sus ojos grandes, del color de la miel con reflejos verdes, le dieron algo de serenidad. Arash admitió para sí que debía agradecer a su hijo que los hubiera unido de nuevo, ahora que tanto la necesitaba. Cyra, antes esquiva, no había tardado en acudir en cuanto la había hecho llamar.

—¿Malas noticias? —preguntó ella.

—Doloaspis y Petesis serán los *nomarcas* elegidos por Alejandro.

—No es ninguna novedad que ponga a gente local a dirigir las satrapías que conquista. Al menos, ninguno de los dos es de la esfera de Amminapes.

—Tienes razón; les debe caer tan mal como el resto de los persas. De hecho, más allá del imprescindible protocolo como pueblo conquistado, han evitado toda cercanía con nosotros. En cambio, ahora, míralos.

Cyra se sentó frente a su esposo, se descalzó y apoyó los pies en el escabel.

—Arash, hay algo positivo en todo ello: la influencia de Amminapes sobre Alejandro de Macedonia no debe ser tanta.

—Sin embargo, esa falta de influencia también puede precipitar la necesidad de Amminapes de presentarse ante su nuevo monarca como un aliado incuestionable.

—Y ahí entra en juego el incienso. Pero has descubierto a Mudads, su pieza clave. Y mientras haya mirra para embalsamar, tú controlarás la situación.

—Me preocupa lo que se pueda quemar en la celebración que tiene prevista Alejandro. Y tampoco puedo salvar la situación como hice en Heliópolis, Cyra. No tengo poder para hacer traer incienso de las reservas que puedan quedar en otros templos del Nilo. Necesito que los egipcios nos vean como aliados.

Cyra acarició los pies del esposo mientras decía:

—En este caso te han hecho un favor, y demuestra que Amminapes no lo tiene todo controlado. Si hubieras podido traer incienso de otra ciudad, quizá hubieras acelerado una sublevación y, sin duda, te hubieran señalado como culpable con mucha facilidad. Administrar los tiempos, ahora, es lo esencial.

—No es tan fácil. Vashti presiona para irnos y los amigos de Sábaces, los mejores aliados en esto, aún recuerdan que es su hija.

—Vashti ahora no te tiene que preocupar.

—¿Por qué…?

Unos golpes lo interrumpieron y ambos miraron hacia la puerta. Esta se abrió mientras Cyra retiraba los pies del escabel. Arash los hubiera querido retener, le gustaba aquella cercanía. Pero ella ya se erguía en la silla como la gran dama persa que era cuando el mayordomo hizo una reverencia mientras decía:

—Ya está aquí, mi señor.

—Hazlo pasar.

Cyra notó que le sudaban las manos y las mantuvo en el regazo. Entró un egipcio ataviado con una sencilla túnica color marfil y saludó llevándose la mano derecha a la rodilla mientras la puerta se cerraba.

—¿Y bien? —preguntó Arash de Ecbatana.

—Mudads ha dejado la ciudad.

—¿Cómo? —se alarmó Cyra—. ¿Adónde ha ido?

—No lo sé, señora. Ha tomado un barco rumbo al delta.

—¿Iba la chica con él? —preguntó Arash.

El hombre negó con la cabeza mientras decía:

—Se ha dirigido al puerto con un cargamento de canela. Ha despachado a los porteadores y se ha ido solo con la tripulación. Ni siquiera le acompañaba su mayordomo, lo cual es muy raro.

—¿Y Amminapes? ¿No han intercambiado ningún mensaje?

—No, señor. No ha habido ninguno desde que salió de aquí. Solo ha recibido la visita de un sacerdote de Nefertum, pero él ya había partido.

—¿El sacerdote era un anciano? —preguntó Cyra—. ¿Sabes su nombre?

—Sí, el más anciano de todos: Teremun.

Al oírlo, Cyra sintió un sudor frío por la nuca y se volvió para ocultar su reacción. Aun así, Arash detectó el miedo en los ojos de su esposa y dijo:

—Mantén vigilada la casa. Quiero saber todo cuanto hace ese mayordomo.

El hombre asintió y se retiró. De nuevo a solas, Cyra concluyó:

—Si Mudads se ha ido, quizá sea porque la rebelión está cerca, más de lo que

pensamos. Él quiere mantener las manos limpias. Su mayordomo hará la entrega, de ahí la visita de Teremun.

—Advertiste a nuestro hijo, ¿verdad?

—Le envié a Samgar y habló con él en persona. ¡Pero sigue allí!

* * *

Grandes vainas marrones se amontonaban en un rincón del patio. La esposa de Teremun había regresado y Badru prefería esperar alejado de ella. Por eso permanecía al lado de la jaula de la civeta. Así podían compartir la sombra que el anciano había dispuesto para proteger al animal, pues el sol brillaba con violencia y en el patio de la casa solo había un árbol a la entrada. Entre sus manos, una de las vainas abiertas le devolvía a sus primeros trabajos en el taller de Nefertum. Badru extrajo las semillas de moringa, se las puso sobre el regazo y desechó la vaina. Luego, tomó una y empezó a pelarla. A medida que afloraba la parte blanca, percibía su textura oleosa, que le dificultaba el trabajo. Pero lo mantenía entretenido, concentrado, y por lo menos no era tan duro como prensar las semillas peladas. De ellas se extraía un aceite, base esencial para los maquillajes, aunque Teremun lo usaba para elaborar ungüentos perfumados. Mientras pelaba, Badru repasaba mentalmente la fórmula de uno contra las arrugas: aceite de moringa, ciprés, cera y olíbano… Suspiró inquieto al pensar en este último ingrediente. ¿Qué no necesitaba inciensos? Solo intentaba soportar aquella angustiosa espera. Mejor repasar un perfume: flores de alheña, trementina…

Una sombra frente a él oscureció las semillas de su regazo y una mano se posó sobre su hombro. Badru alzó la cabeza y pudo distinguir el rostro recortado de Teremun, con los finos labios apretados en una sonrisa contenida y triste a la vez.

—¿Has podido hablar con él? —inquirió el joven intentando controlar su voz.

Teremun no respondió. Se apartó de delante y Badru vio la silueta de una mujer esbelta cuya piel de ébano contrastaba con el vestido blanco que realzaba su figura. Sus ojos lo miraban fijamente, dolidos y esperanzados. ¿Eran acaso un reflejo de él mismo? Al joven se le encogió el corazón. Asenet estaba allí, hermosa, intacta, y no podía pensar que tuviera nada que ver con lo que le sucedía. Solo deseaba abrazarla.

* * *

Teremun se retiró. Ella temió que Badru no la reconociera y, en un acto impulsivo, se quitó la peluca y dejó al descubierto sus cabellos cortos, como los llevaban las mujeres de su pueblo, como él la había conocido. Los labios del joven temblaron. Era normal que le guardara rencor. Ella había sido clave para que lo

acusaran de asesinato. Él se levantó. Unas semillas marrones cayeron de su *shenti.* Se dirigió hacia ella despacio, como si su propio avance le asustara. El torso descubierto se veía más fuerte, más moreno que en la caravana. Asenet no se apartó. Tenía derecho a pegarle, a desahogarse. Solo esperaba que, después, le dejara darle una explicación. Badru se detuvo delante de ella. Asenet alzó la cabeza para mirarle a los ojos. Él parpadeó y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Luego la abrazó. Con fuerza, con desesperación.

Asenet se aferró a su cintura, se apoyó en su pecho y aspiró su fragancia, densa y cálida, dulce y acogedora. Estaba vivo y la amaba, aún la amaba. Sin ella quererlo ni esperarlo, su cuerpo se sacudió y los sollozos brotaron a la vez que las palabras:

—Lo siento, de verdad. Lo siento tanto, Badru.

Él la abrazó más fuerte.

—No digas nada, por favor.

Ella se apartó un poco y lo miró de nuevo.

—Creí que habías matado a Matsimela. Te buscan por mi culpa.

Badru deslizó sus manos por la espalda de Asenet y la mantuvo sujeta por la cintura.

—Lo sé, igual que sé que me mentiste en la caravana. Aunque debo reconocer que no me extraña que seas una princesa. Pero necesito saber por qué lo ocultabas. ¿Me mentiste en algo más?

—No, solo te oculté cosas, como tú, supongo.

Apoyada en su pecho, Asenet se dejó abrazar de nuevo. Volvía a ser su refugio, aunque ahora no la podía alejar de la sepultura en que se había convertido su pasado, pues él mismo corría peligro. Sin apartar su cuerpo de él, lo miró y se lo contó todo. El ataque a palacio, la muerte de su pueblo, el viaje en busca de la mirra, cómo él se convirtió en su única pista, la manipulación de Mudads y cómo descubrió la verdad… Todo, hasta la muerte de Abasi. Solo entonces se deshizo el abrazo. Asenet sintió que temblaba. Bajó la cabeza. No se atrevía a mirarlo. Pero su voz sonó segura cuando dijo:

—Iré donde haga falta para que te retiren la acusación. No quiero que te pase nada. No podría soportarlo.

—No es buena idea—respondió él tomándola de nuevo por la cintura. La besó con suavidad, en la frente, en las mejillas, en los ojos. Luego añadió—: Te deben de estar buscando. Abasi servía a un egipcio importante. Yo tampoco soporto la idea de que te suceda algo malo.

—¿Y qué vamos a hacer? Puedo decir que me defendía. No sé si servirá, pero seguro que las autoridades se centrarán en la mirra que había en su casa. Puede que no les importe que Mudads haya matado para conseguirla, pero sí que estuviera escondida, sin tributar…

—Excepto si Mudads trabaja para alguien influyente, Asenet. Entonces te eliminarán, no por Abasi, sino por lo que sabes. Y yo continuaré siendo una amenaza para mi propia familia. Debo enviarles un mensaje. Mi padre sabrá cómo

actuar.

* * *

El atardecer se deslizaba sobre el Nilo y Menfis bullía bajo la clemencia del sol. Las gentes se habían agolpado alrededor de la avenida bordeada por esfinges que daba al gran recinto del templo de Ptah. Todos querían ver la procesión del dios Apis. Leandro tuvo que tirar de Filotas, poco interesado en el festejo, y cuando se hizo un sitio, le costó entender lo que veía. Apis era un toro, un magnífico ejemplar, alto, de los que habían visto como animal de carga, mucho más estilizado que los toros chaparros que los ganaderos engordaban para vender como carne. Era negro, con una mancha blanca en la frente y otra en el costado con forma de luna en cuarto creciente. Sobre el lomo le habían pintado, o eso le parecía a Leandro, otra mancha blanca en forma de buitre. Llevaba un disco solar entre su cornamenta que no parecía molestarle, como tampoco le incomodaban las joyas que lucía en el cuello, doradas, azules y rojas. Caminaba orgulloso y tranquilo, entre muchachos que cantaban extraños himnos y un séquito de sacerdotes precedidos por el faraón. Alejandro iba ataviado con una elegante túnica corta, al estilo macedonio, pero totalmente blanca, y su cabello ondulado quedaba oculto bajo la doble corona del Alto y el Bajo Egipto.

—Vayámonos, Leandro. Esto es ridículo —dijo Filotas a su oído.

—¿Acaso no te importa el efecto que causa sobre los egipcios? —preguntó Leandro—. No entiendo por qué Alejandro quiere arriesgar con lo del incienso. ¡Mira a tu alrededor! No le hace falta.

Las gentes más cercanas a la avenida ponían a los niños por delante de ellos para que vieran mejor e intentaban llamar la atención del toro, que seguía su paso, acostumbrado a la multitud y a la adoración.

—Ni a nosotros tampoco. Prefiero coger sitio frente a nuestros altares para honrar a nuestros dioses.

Filotas lo agarró de la mano y tiró de él para deshacer el camino entre la muchedumbre. Leandro se dejó arrastrar, aunque por su alto rango en el ejército, el sitio lo tenían garantizado. Pero entendía por qué Filotas se sentía incómodo con todo aquello. Lo sorprendente era la despreocupación con la que había acogido la noticia de la amenaza velada de aquel anciano egipcio. Leandro la había interpretado como ironía, la misma con la que observó la tortura de Batis en Gaza, aunque su presteza para llevarlo a la tienda tras anunciar a las tropas el inicio de los juegos y el deseo travieso y revoltoso con que buscó su cuerpo le hicieron dudar. Pero la hosquedad que ahora exhibía su ceño le tranquilizaba. Aun así, Leandro preguntó provocador:

—¿Y no te disgusta la disposición de nuestros sacrificios?

Habían salido de entre las gentes que se agolpaban alrededor de la avenida y, más holgados, con los himnos y el murmullo a sus espaldas, se dirigían hacia el

campamento.

—¿A qué te refieres? —preguntó Filotas con la mirada en el suelo, sin detenerse.

—Justo después del sacrificio a Apis. Demasiado ocupadas nuestras tropas con los juegos, engalanar los altares…

—Claro, claro. Lo hace para quitar importancia a la celebración egipcia de hoy ante nuestros soldados. Así es Alejandro, ¿no? —respondió sin molestarse en disimular la amargura de su voz.

—Pero la devoción de nuestro rey por Zeus siempre ha sido incuestionable. También podría ser por eso, para que nuestros dioses no se sientan ofendidos.

—Me encantaría creerlo, de verdad, Leandro. Y seguro que antes lo habría hecho e incluso lo habría admirado. Alejandro aprovecha una oportunidad para conseguir dos cosas a la vez. Sin embargo, después de lo de la pirámide… Ya no quiere emular a Heracles, creo que va más allá. Busca su propia adoración y, ¿a costa de quién?

Unos gritos interrumpieron su conversación. Estaban a pocos pasos de la calle principal del campamento, pero la entrada quedaba obstruida por un pequeño tumulto. Varios egipcios de apariencia humilde, ataviados con túnicas marfileñas y bastas pelucas teñidas de negro, vociferaban en su idioma, increpando a unos cuantos Compañeros de a Pie que escoltaban unos borricos cargados con sacas. El ambiente era tenso, y los soldados macedonios se llevaban las manos a la empuñadura de sus espadas. Leandro hizo ademán de acercarse. Sin entender el idioma ni saber lo que pasaba, era esencial evitar la confrontación con los nuevos súbditos de Alejandro, pues todo cuanto estaba haciendo el monarca, considerado un libertador del yugo persa, podía venirse abajo.

Sin embargo, Filotas lo agarró del brazo y lo detuvo. Un sacerdote se interpuso entre egipcios y soldados, declamando palabras ininteligibles con los brazos en alto. Las voces cesaron, los egipcios se calmaron y dejaron pasar a los soldados junto a los borricos y sus sacas.

—Tenías razón respecto a los ánimos soliviantados —comentó Filotas, que ahora sonreía mientras reemprendía la marcha—. Esos borricos llevaban el incienso para nuestros rituales.

—¿Y te alegra?

—Ya ves que los sacerdotes locales mantienen el control.

—¿Hasta cuándo?

Filotas agarró a Leandro para obligarle a detenerse. Dejaron pasar a unos esclavos que portaban las andas de un gran señor.

—Hasta que Alejandro considere llegado el momento.

Leandro reconoció al noble egipcio cuando pasó ante ellos. Un anciano arrugado, de rostro pacífico, que le sonrió desde lo alto de su silla.

—¿Estás seguro, Filotas? No creo que el sacerdote los haya frenado, te lo aseguro.

—¿Era ese el noble que te amenazó?

—Debes informar a Alejandro, por favor.

* * *

La noche había caído serena y fría, y la luna creciente se reflejaba en las aguas del río. El campamento macedonio quedaba atrás y apenas oía a los soldados, aunque se celebraba un banquete con los manjares que habían sucedido a los primeros sacrificios previos a los juegos. Aun así, el lugar elegido para la reunión no le gustaba. Pero ¿qué otra opción tenían? En Menfis había demasiados ojos y oídos. Y era mejor calmar los reproches de aquellos dos hombres que ignorarlos.

—Hoy era el día, ¿por qué no ha ido a más?

—El pueblo aún no está preparado. Esto no puede ser solo cosa de los nobles — respondió con tranquilidad.

—Pero sabemos que el faraón dejará Menfis en cuanto acaben las celebraciones. ¡Debería estar aquí cuando estalle la sublevación! —intervino el otro.

—Las celebraciones no han acabado. Se quemará más incienso. No os preocupéis. No tardarán en estallar.

—Más te vale. Hemos invertido demasiado en esto. No ha sido barato desviar toda esa mercancía para aislar Egipto.

—Y seguro que quien lo ha financiado está sacando beneficios de ello en otra parte. Más me estoy jugando yo. Así que, calma. Si se va Alejandro, nos da igual. Sin él aquí, corremos menos riesgo de que nos salpique directamente.

—Tampoco tendremos ningún control.

—¿Estás seguro? Alejandro dejará gran parte de su ejército para pasar aquí el invierno. Aún hay tiempo para que el plan funcione.

—¿Y no aparecerá ningún cargamento de incienso por sorpresa? Hemos oído rumores acerca de uno de mirra. A nosotros nos tocaba aislar Egipto desde el mar Rojo. A ti te toca mantener el control en Menfis.

—Los rumores pueden ser interesados, pero no tienen nada que ver con la realidad.

Y dando la conversación por zanjada, se cubrió la cabeza y su silueta se perdió en el camino que lo llevaba de vuelta a Menfis. Había hablado con firmeza, pero aquellos dos manejaban más información que él y eso no le gustaba. Era consciente de cuánto se jugaba si el plan fallaba: seguro que a él lo utilizarían para expiar su propia culpa. Debía averiguar la verdad sobre aquellos rumores.

* * *

Al entrar en sus aposentos, Alejandro se desprendió de la capa y se sirvió agua.

El campamento por las noches le agradaba especialmente. Sobre todo en campaña, cuando después de una celebrada victoria, se iban apagando las voces, las risas y la música para dar paso a la quietud. Las calles entre las tiendas quedaban vacías, titilaban las luces de la guardia, y los gemidos quedos de los placeres carnales se entremezclaban con los ronquidos, el croar de las ranas, el canto de los grillos o el murmullo del agua. Entonces, la satisfacción emergía más allá del halago y la anécdota de quienes le rodeaban, fluyendo de su propio espíritu como algo íntimo, que le hacía creer en los dioses como si anidaran en su interior. En aquellos momentos, cuando Alejandro salía de su tienda a contemplar el cielo estrellado, sentía que todo era posible, todo era perfecto.

El escenario de aquella noche había sido similar, solo que sin la victoria en un campo de batalla. La celebración había sido en honor a los dioses, y los hombres se mostraban algo más comedidos a la espera de los juegos. Con la caída de la noche, el frío había arreciado. El aroma del incienso tras los sacrificios se había desvanecido y el olor a cordero asado se había extendido como una neblina densa. Alejandro había presidido el banquete desde su tumbona, había reído y alabado los poemas de Homero que se habían cantado. Pero a su mente no dejaba de acudir la imagen de aquel toro, fuerte, recio. A pesar de los ojos desorbitados, no había luchado. Su vida se había ahogado en las aguas sagradas del templo de Ptha. Y Alejandro se había preguntado durante toda la noche qué vislumbraba el animal: ¿muerte o destino? Los bienes otorgados y los males advertidos pervivirían en el alma de quienes le habían consultado los oráculos, de la misma forma que su cuerpo perduraría momificado, lejos de las llamas que devoraban los sacrificios griegos. Porque aquello era algo más que un sacrificio. Era la escenificación de la muerte de un dios para dar cabida a otro que los sacerdotes egipcios empezarían a buscar en cuanto acabaran los sesenta días de luto. Y aquella idea había mantenido a Alejandro toda la noche ausente, inquieto, sin entender bien la razón.

Aunque quizá aquella turbación había empezado antes, durante la noche pasada en la pirámide. Averiguar si su madre tenía algo que ver con la muerte de Filipo ya no le atormentaba gracias a lo que vio claro en la oscuridad. Sabía dónde preguntar. Y sin embargo, la sombra de su padre había crecido aún más que cuando lo sucedió en el trono. Todo lo que le había movido desde entonces había sido la necesidad de demostrarse a sí mismo que podía mantener el reino, incluso llegar donde Filipo no tuvo tiempo. La guerra era el camino. Por eso había cruzado el Helesponto dos años atrás, y por eso Egipto solo era un lugar de paso… Quizá también de respuestas. Las rutas comerciales no se podían mantener abiertas por siempre tan solo derrotando a los persas. Se recuperarían y batallarían de nuevo. Había que ir más allá, aunque ni su propio padre hubiera entendido esto, como tampoco lo entendían generales que le habían servido como Parmenión.

Pero ¿y si le pasaba como al toro o al mismo Filipo? ¿Y si sucumbía sin conseguirlo? Nombrarían a otro monarca, como se busca otro toro, pero él no perduraría como el animal. Su alma se perdería, triste sin el aliento vital. ¿Y a qué podía aspirar? ¿A los campos Asfodelos? Debía ganarse el Elíseo, y para eso

necesitaba convertirse en un héroe. Y esto no sucedería solo porque la sangre de Heracles, y a través de él la de Zeus, corriera por sus venas. No. Debía demostrarlo, como el toro con sus oráculos. Debía dejar tras de sí algo bueno, definitivo, para los que aún vivieran. ¿Podría? ¿Debería preguntar también acerca de eso? ¿Y si no le agradaba la respuesta? Angustiado, Alejandro se llevó la copa a los labios, pero ya no quedaba agua.

—¿Es por lo que te he explicado al volver del campamento? —preguntó Hefestión de pronto.

Alejandro lo miró sorprendido. Ni siquiera se había dado cuenta de que Hefestión había entrado en la habitación. Este le quitó la copa mientras le comentaba:

—Realmente pareces turbado. Y solo el encontronazo al llevar el incienso al campamento puede nublar lo que has conseguido hoy. Egipcios, nuestro ejército… Todos contentos. Solo ha sido un pequeño altercado, no deberías preocuparte así.

—Querido Hefestión —sonrió Alejandro. Su fiel amigo se había vuelto de espaldas para servirle más agua. Se sentía agradecido por no tener que hablar de lo que realmente le rondaba la cabeza—. Esa es la menor de mis preocupaciones. En cuanto dejemos Menfis, subiremos por el delta del Nilo y crearemos una ciudad en la costa. Así tendremos un puerto seguro para importar mercancías a Egipto y abastecernos nosotros de sus cosechas. Lo del incienso se solucionará por sí solo.

—Pero eso nos llevará algún tiempo. ¿Y si son los persas quienes extienden el rumor de que vamos a acabar con las reservas? —Hefestión le devolvió la copa llena—. Una sublevación egipcia les vendría muy bien para crearse una oportunidad en su favor. Sobre todo, si la apoyan con armas.

—Pero por eso tenemos dos *nomarcas* egipcios de confianza, para que controlen a su pueblo. Y dejaremos a dos de nuestros generales principales con el grueso del ejército aquí. Había pensado en Balaucrus y Peucestas.

—No sé si les agradará.

Hefestión tomó un higo seco y lo mordió mientras Alejandro respondía:

—Cuando volvamos a la lucha, les ofreceré ser los guardas de Egipto. Ocho comandantes y un almirante bajo su mando, con las guarniciones correspondientes para Pelusio, Menfis, fronteras, río… No creo que les agrade más lo que vamos a emprender. No lo entenderán.

Hefestión dejó la fruta y se acercó a Alejandro. Le puso las manos en los hombros y preguntó:

—Entonces, ¿es eso lo que te preocupa? ¿Que no lo entiendan?

Alejandro sonrió.

—Sabes que no. Me decepciona, cierto. Pero, por lo demás, es cuestión de controlarlo para evitar motines. Por eso solo tú sabes que iremos hasta el mismo corazón del reino de Darío.

—Pero tienes dudas —susurró Hefestión.

—Porque no soy un dios. A veces, temo no lograrlo.

—Por tus venas corre la sangre de Heracles. ¿Acaso dudas de eso? —Claro que

no. Pero necesito… Necesito respuestas. Por eso iremos también a Siwa.

—¿El oasis? Eso nos desvía mucho. Y puede ser peligroso.

—¡Oh, vamos! Suenas como los generales de mi padre —dijo Alejandro apartando a Hefestión con un suave empujón. Dejó el respaldo de la silla en la que estaba apoyado y, mientras daba unos pasos por la habitación, añadió—: Quiero visitar el oráculo de Zeus-Amón. ¡Oh, qué hermosa la oda en la que Píndaro nombra al dios!

—Eso sí que puede hacer que no se te entienda —respondió Hefestión—. Y más si el ambiente se enrarece aquí, en Menfis.

—Todo lo contrario, siempre que el oráculo me favorezca. No puedo explicártelo, pero de verdad que lo necesito.

* * *

Lamentaba la discusión, pero no más que aquel silencio que la dejaba a solas con su miedo. Al atardecer había entregado el mensaje al eunuco. Pero le había parecido el colmo. Miró a su esposo, sentado en el suelo, ante la mesa. Las teas recortaban su perfil. Comía el pan a pequeños bocados, sin ganas, los ojos turbados. ¿Acaso no se había enamorado de él por su bondad? ¡Cuántos años hacía de aquello! Toda un vida, y lo recordaba cada día, a cada instante que su mente evocaba al hijo muerto, el vientre yermo después… Porque Teremun siempre había estado ahí, con ella, siendo su consuelo, su sustento y su paz. ¿Cómo podía recriminarle nada? Y sin embargo, no lo podía evitar. No se daba cuenta del riesgo en el que se ponía al ayudar a Badru.

Se oyeron unos golpes en la puerta del patio y la mujer se estremeció. Badru y la joven se habían girado hacia ellos. Teremun se alzó.

—Debería abrir él —dijo su esposa—. Al fin y al cabo, se supone que nos sirve.

Teremun asintió, le dio un beso en la frente y salió portando una tea. Fuera, Badru y Asenet le aguardaban de pie, expectantes.

—¿Puede ser el eunuco? —le preguntó.

—Ha tardado. Si me hubieras dejado ir a palacio —se quejó Badru.

—Era demasiado peligroso. Mi esposa habrá levantado menos sospechas.

Teremun le tendió la lámpara de aceite y Badru se dirigió a la puerta, que sonaba de nuevo. Asenet se agachó y sacó la daga de su zurrón. Los ojos de Teremun se quedaron fijos en el arma, pero no dijo nada. Solo entrelazó las manos por delante de su cuerpo mientras Asenet se las llevaba hacia atrás. Ambos de cara a la puerta, que ya se abría.

Una silueta envuelta en un manto oscuro entró y Cyra descubrió su rostro, sobrio, frío, mientras una voz atiplada, desde fuera, apremiaba a Badru:

—Ayúdame, rápido.

Badru le dio la tea a su madre y ayudó a Samgar a arrastrar el cuerpo del

policía que guardaba la puerta. Asenet se precipitó entonces hacia la entrada y cerró mientras Teremun preguntaba:

—¿Está muerto?

—No —respondió Cyra—. Solo inconsciente. Y no ha visto venir el golpe. Era la única manera de entrar.

—Pero no hacía falta que vinieras en persona, madre. Te has arriesgado demasiado. Y pones en peligro a Teremun.

Samgar se puso al lado de su señora, mientras ella, mirando al sacerdote, preguntaba con desdén:

—¿Seguro? ¿Te esconde o te retiene?

—Me he arriesgado implicando a mi esposa. ¿Cómo puede dudar de mi lealtad?

—Justo la intervención de su mujer me ha hecho sospechar. Hay que estar muy seguro para usarla. ¿Alguien le respalda?

—La Verdad, madre.

Cyra lo miró fugazmente mientras se volvía hacia atrás. Ella no era como su padre. No le serviría aquella alusión a Ahura Mazda. Sus ojos se clavaron en Asenet, que se había quedado apoyada en la puerta cerrada, como si temiera que un viento repentino pudiera abrirla de golpe. Cyra la recorrió de arriba abajo. Fuerte, bella, con un brillo salvaje en la mirada y una daga en el cinto. Solo podía ser ella, la princesa de Punt. Por un instante la envidió por los sentimientos que despertaba en su hijo. Luego se volvió hacia él y le preguntó:

—¿Y no te parece sospechoso que ella aparezca ahora? Tu padre está poniendo cerco al plan de Amminapes. ¿No será un señuelo para retenerte?

—¡Madre!

—Quizá no lo quieres o no lo puedes ver.

Asenet contuvo la ira que le despertaba aquel comentario. Dispuesta a contar toda la verdad a aquella mujer, había dejado escapar a Mudads. Y al fin y al cabo, ella no había perdido nada. Las palabras del comerciante volvieron a su mente con tal fuerza que la rabia se tornó dolor. Entonces recordó algo, un detalle de lo que él había dicho. Con decisión, se puso al lado de Badru, miró a Cyra y preguntó desafiante:

—¿Amminapes puede darle a Mudads el puesto de Arash de Ecbatana?

—¿Cómo? —replicó Cyra desconcertada.

—Quienquiera que paga a Mudads le ha prometido el puesto de su esposo, señora. Por eso me manipuló para acusar a Badru.

—¿Madre, puede?

El rostro de Cyra cambió, de pronto desarmado. Bajó la cabeza, mirando al suelo como si buscara algo que se le hubiera perdido.

—No lo sé, pero… Me parece improbable —dijo al fin—. Los *nomarcas* que pretende nombrar el nuevo faraón no tienen nada que ver con él. No entiendo nada. ¿Quién está detrás de todo esto?

—Si no está Amminapes, y sin él, tampoco los sacerdotes, puedo ir a la Casa

de la Balanza, contar lo que sé, librarte de la acusación. ¿No lo ves?

—No —dijo Teremun con rotundidad—. A los sacerdotes no podemos descartarlos. Hay quienes guardan mucho rencor a los persas.

—Pero no tiene sentido —dijo Badru—. Egipto ya está en manos del nuevo faraón.

—Venganza, hijo, venganza —convino Cyra.

—Entonces solo hay una solución —determinó Asenet—. Mudads va camino de Naucratis con un buen cargamento de mirra.

—Es canela —interrumpió Cyra.

—Que enmascara la mirra, se lo aseguro. Iré tras él. Necesitamos saber quién está detrás de todo esto.

—¡Eso es una locura! —exclamó Badru

—Quizá sea lo mejor —terció Cyra—. Id los dos, y a escondidas. Nadie puede saber quién eres, Badru. Fuera de Menfis estaréis más seguros.

31

La luz del alba apenas iluminaba el puerto cuando Filotas llegó al embarcadero. Los trirremes macedonios se mecían sobre las tranquilas aguas del río y solo los hombres de guardia permanecían en pie, somnolientos y aburridos. Entre la flota atracada, pequeñas barcas de pescadores se deslizaban a golpe de remo, mientras que, en el muelle, los comerciantes más madrugadores empezaban a preparar sus puestos. A Leandro le hubiera gustado que el puerto estuviera más concurrido. Le hubiera facilitado el seguimiento. Filotas había rechazado compartir el lecho con él aquella noche aduciendo que debía descansar para los juegos. Pero aun así, lo había oído salir de sus aposentos, y tras el encuentro con aquel anciano egipcio, se sentía demasiado inquieto para dejarlo solo. Los vigilaban, eso estaba claro, y no se podía fiar. Ya no solo era por el encargo de Parmenión, sino por lo que él mismo sentía por Filotas.

Leandro avanzaba con cuidado de no ser descubierto, a pesar de que los almacenes ya abrían sus puertas y llegaban más comerciantes para formar el mercado. Un grupo de policías egipcios, con perros y mandriles atados, había salido de una de las calles que desembocaban en el puerto, distribuyéndose entre los tenderetes y las mercancías para los barcos de carga. Justo donde se dirigía Filotas. Este al fin se detuvo ante un hombre vestido con túnica corta, al estilo griego. Calvo, con barba negra de algunos días y piel morena, no era joven, pero sí muy fuerte, y en su brazo derecho lucía la cicatriz alargada de una vieja herida. No pudo ver más. Filotas miró a su alrededor y Leandro se vio obligado a retroceder y esconderse tras unas sacas.

Enseguida sintió la presión de una hoja afilada en sus costillas. Demasiadas batallas, demasiadas luchas: sabía que era una daga. Cerró los ojos, recriminándose la falta de precaución al haberse escondido sin mirar. La temprana hora era perfecta para los ladrones, y la entrada de la policía seguro que les había dado motivos para esconderse. Una voz masculina, en un griego cortante y duro, le ordenó sentarse, despacio. Así lo hizo, apoyando la espalda en las sacas. Entonces vio que quien empuñaba la daga era una mujer de piel oscura, la cabeza cubierta por un manto blanco. Lo miraba amenazante, con unos ojos castaños que parecían desprender destellos de la grana más oscura. Sus pómulos sobresalían, su barbilla era afilada y sus labios carnosos se mantenían tensos, mientras la punta de la daga apuntaba ahora al cuello de Leandro. Tras ella, un hombre de torso desnudo y cabello ondulado estiró la mano para que relajara la amenaza. La mujer negó con la

cabeza y dijo algo ininteligible para el oficial macedonio. Leandro dedujo que él intentaba disuadirla de hacerle daño, pero no bajaba el arma.

El hombre se retiró hacia el otro extremo del montón de sacas. Leandro no pudo ni ladear la cabeza para ver lo que hacía y se sintió humillado. ¡Una mujer lo tenía a su merced, a él, oficial de los Compañeros de Caballería de Macedonia! Aun así, procuró mantener la calma. No podía cometer ninguna locura. Al poco, el hombre hablaba en persa con un recién llegado que, de pie, mantenía la mirada hacia el frente, como si observara los movimientos del mercado. De tez lampiña como la de un niño, el hombre dijo algo como si hablara al aire. Leandro se dio cuenta de que se trataba de un eunuco, que ahora avanzaba hasta detenerse tras la mujer. Sacó su propia daga de entre los pliegues de su larga túnica e hizo un gesto con la cabeza, como si les pidiera que se marcharan hacia el río. La mujer se apartó a la vez que él alzaba el brazo armado. Leandro entendió que eran fugitivos y había invadido su escondite. No tuvo tiempo de protegerse y recibió un golpe en la cabeza, rápido y seco, con el mango de la daga.

* * *

La noche había sido larga y Cyra agradeció las primeras luces del amanecer, aunque fueran grisáceas y frías. Había intentado dormir, pero las pesadillas pronto le hicieron desistir. Así que había aguardado en vela, sentada frente al parterre donde la primavera alumbraría los lirios. Si todo había salido según lo planeado, su hijo y aquella mujer ya estarían rumbo a Naucratis, y su único consuelo era que Samgar los acompañaba.

—Por suerte, hay cosas que no cambian, ¿verdad? —Cyra se volvió y vio a su esposo, con una sonrisa melancólica, que añadía—: Tu lugar favorito del jardín.

Ella miró de nuevo hacia donde yacían los bulbos de lirio y él se sentó a su lado.

—Hacía mucho que no venías por aquí —suspiró Cyra, nostálgica.

—Demasiado.

—¿Has pasado buena noche?

—Te arriesgaste al salir en persona. Me pareció mejor evitar que Vashti siguiera tus movimientos.

Cyra miró a su esposo sin ocultar cierta sorpresa.

—¿Cómo lo has sabido?

—Samgar siempre te ha amado, lo suficiente como para advertirme de los riesgos de tu plan. Pero ambos sabíamos que iba a ser imposible convencerte de hacer otra cosa. —Él tomó la mano de su esposa—. ¿Qué ha sucedido, Cyra? ¿Dónde has escondido a nuestro hijo?

—Fuera de Menfis, Arash. Teremun no tiene nada que ver con todo esto. De hecho, empiezo a dudar que sepamos lo que realmente sucede.

—¿Qué quieres decir?

—Mudads no se fue con un cargamento de canela. Solo la usaba para ocultar mirra. La princesa de Punt lo descubrió antes de que él partiera.

Arash frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido, Cyra. ¿No será parte de la trampa?

—No. Mudads hizo matar a toda su familia para hacerse con esa mirra. Él es parte del plan. Ella y nuestro hijo han partido hacia Naucratis en su busca.

Arash se puso de pie mientras exclamaba exasperado:

—¡Eso es una locura, Cyra! ¿No lo ves? En Menfis tengo difícil protegerle, fuera…

Cyra se levantó y, con pesar, puso las manos sobre los hombros de su esposo. Él se serenó. Ella tomó su cara, hundiendo sus dedos entre los rizos de la barba que poblaba sus mejillas, y le invitó a mirarla mientras decía:

—Asenet, la princesa, le sonsacó a Mudads una confesión. Sabemos que el viejo trabaja para alguien que le ofreció, a cambio, el puesto que tú has venido ocupando.

—Amminapes podría hacer eso —murmuró él. Ella lo soltó.

—Cierto, podría. Pero si Mudads ha descubierto quiénes serán los *nomarcas,* quizá tenga dudas. A esos no les podrá convencer un persa, por mucho que haya contribuido a la rendición de Egipto.

—No sé. Poner la mirra en circulación desde Naucratis reforzaría a Alejandro. Al fin y al cabo, es una ciudad griega.

—¿Y si Mudads lo está traicionando? Si quedara algún cargamento escondido en la ciudad… Hallarlo puede ser nuestra salvación.

—Tendremos que aferrarnos a eso, Cyra. Buscaremos. Si no, todo depende de nuestro hijo, y va camino de la boca del lobo sin que yo pueda hacer nada, sin que pueda…

La voz de Arash se quebró y su esposa lo abrazó. Aquellos eran los fantasmas con los que había estado lidiando ella misma toda la noche.

* * *

Agua. Una cascada caía con fuerza sobre sus hombros. No veía nada. Intentaba caminar, pero no podía salir del agua que le golpeaba hasta que esta entró en el torrente de su respiración. No se angustió por el ahogo. Su padre lo llamaba sonriente a la puerta de su casa de Pellas. Entonces sintió una sacudida y la voz de Filotas llamándolo. Su faz apareció en el cielo, angustiada. Recordó que le habían golpeado. Luchó por alcanzar la cara de su amado y de pronto se vio a sí mismo junto a su primo, arrodillado frente a él.

—Menos mal —dijo Filotas mientras lo abrazaba.

Leandro vio a un policía con un mandril de mirada fiera sentado a sus pies. Al lado había un hombre calvo con los brazos cruzados. Reconoció la cicatriz. Y por detrás, los trirremes anclados y los soldados acercándose a los puestos del

mercado. El sol de la mañana brillaba ya. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Leandro se separó de Filotas e intentó ponerse en pie apoyándose en las sacas y en el hombro de su primo.

—¿Puede describir a la persona que le hizo eso? —preguntó el hombre de la cicatriz en el brazo. Tenía acento de Esparta.

Leandro se llevó la mano a la cabeza. Se tocó la herida y vio la sangre que había impregnado sus dedos. Pronto recordó la mirada de aquella mujer, el destello de sus enormes ojos, y se sintió avergonzado.

—Ha sido un eunuco. Creo que persa. Hablaba en persa, por lo menos —respondió.

El hombre de la cicatriz tradujo al policía y este asintió. Filotas se apresuró a señalar:

—Alejandro aún tiene que eliminar a los que se resisten a nuestra llegada, supongo. Díselo. Dile que todo está bien. Me lo llevo a que le curen esa herida.

Y agarró a Leandro del hombro para ayudarle a caminar en la misma dirección que ambos, por separado, habían seguido en el puerto. El mercado estaba ya bastante animado. Los gritos de los vendedores voceando su mercancía aturdían a Leandro. En silencio, los dejaron atrás. El recinto del templo de Ptah, con la figura colosal de aquel faraón del pasado mirando hacia el río, sobresalía en su extraña magnificencia. Parecía increíble que detrás estuviera el ordenado campamento macedonio, acogedor y familiar.

—Me seguías de nuevo, ¿eh?

Leandro miró a Filotas. No parecía enfadado.

—Si no te hubieran hecho esto, yo mismo te abriría la cabeza, te lo juro. Ahora no podré disfrutar viéndote en la competición. ¡Idiota! —dijo en un tono que simulaba dureza, mientras sonreía y le acariciaba la espalda con suavidad.

—Lo siento. Pero es que, según aquel viejo, nos siguen y yo…

—Has sido tú el que podría haber acabado mal, Leandro. No lo podría soportar. La próxima vez no me sigas a escondidas, acompáñame si quieres.

Leandro sonrió, sintiéndose de nuevo ridículo. Aun así, se animó a preguntar:

—¿Y qué hacías aquí en el puerto tan temprano? Si dejas de hacer cosas raras, me facilitarás la vida.

Filotas soltó una carcajada.

—Pues la culpa es tuya. Si ese viejo egipcio con el que te encontraste tiene espías, nosotros debemos responder igual. Ese mercenario espartano lleva años viviendo aquí.

—¿Y te fías de un espartano?

—Me fío de lo que le pago. Y Agis III está muy lejos para él. Debemos controlar exactamente qué está sucediendo. Y el ataque que has recibido hoy…

—Sí, los persas pueden estar detrás de todo —respondió Leandro sin poder evitar evocar de nuevo a la mujer.

—Quiero que me cuentes los rumores que oigas, Leandro. Sobre todo si tienen que ver con el incienso.

—¿Te ha puesto Alejandro al frente de esto? —temió Leandro.
—Si no lo controlo, me meteré en un buen lío, te lo aseguro.

32

El viaje había sido largo, sin apenas paradas, y había agradecido la noche en tierra firme sobre una verdadera cama de plumas, pero Naucratis no le agradaba especialmente. La mañana era desapacible, con un manto de nubes grises y un viento del norte que le erizaba la piel. Aun así, Mudads enfiló la calle con paso firme en cuanto dejó la casa que había alquilado en la zona sur de la ciudad, la más egipcia. Era laberíntica, como el propio delta, y se abocaba al brazo del río donde estaba erigida. En cambio, el resto aún conservaba los vestigios de las cuadrículas de calles y casas sobre las que se creó. Los barrios griegos agrupaban a los ciudadanos según su origen: Samos, Egira, Quíos, Teos, Rodas, Helicarnaso, Mitilene… ¿Qué más le daba? Mudads ni siquiera sabía dónde estaban exactamente aquellas ciudades. Para él, todos procedían del mar, ya fuera Egeo o Jónico, hablaban el mismo idioma y adoraban a los mismos dioses extraños. Les erigían templos como los de Apolo, Hera o Afrodita, que poblaban la parte norte de la ciudad, con columnas que adolecían de la majestuosidad de las salas hipóstilas egipcias. Naucratis le desagradaba, sobre todo, porque no la entendía.

Mudads alzó la vista para contemplarlo, pero no se detuvo. El Helenión era el templo griego más grande de la ciudad, dedicado a todo su panteón. Allí también celebraban sus asambleas. Les daban demasiada importancia. A él le parecían un signo de debilidad de aquellas gentes, desprovistas de un faraón que, con su sangre divina, les procurara el favor de los dioses. Pero el Helenión tenía algo más, era el depósito de mercancías, y en sus alrededores encontraría a quien había ido a buscar. Era su mejor baza si quería llevar todo aquello con discreción.

Y la necesitaba. Se jugaba demasiado. Por ello incluso había desistido de encargarle la misión a Abasi. Sabía demasiado y podría haber huido con el beneficio de toda la venta sin temor a una denuncia. Además, prefería que vigilara a Asenet. La había esperado demasiado tiempo. Por ella pagó a los mercenarios para que atacaran su palacio. Y ni aun así la consiguió. Luego, vio su gran oportunidad en la caravana. Solo debía deshacerse del joven egipcio. Ni siquiera sabía su verdadera identidad cuando modificó su plan. Al principio había ordenado que los mercenarios les siguieran para evitar que el incienso llegara al Nilo. Luego los aprovechó para enviarles una nota: Badru debía sufrir antes de morir y Mudads sería el salvador de Asenet, a quien debían secuestrar. Pero los dioses eran más sabios y trazaron otro camino que al final la dejó a su merced.

Dobló la esquina este de la muralla que protegía el Helenión y se adentró en la

bulliciosa plaza que se abría a sus puertas, bordeada por pórticos columnados. En el mercado que ocupaba el centro, puestos de grano, hortalizas y animales comprados a los agricultores egipcios se mezclaban con cerámicas que a Mudads le parecían sosas, pues, a pesar de los dibujos, solo tenían el color de la arcilla y el negro conseguido gracias al limo del Nilo, además de figurillas de terracota y lámparas que se elaboraban en la misma ciudad. Tampoco faltaban mercancías traídas de sus tierras, como los tejidos de lana, las túnicas con el más bello púrpura de Tiro, o las ánforas con aquel vino fuerte que tanto agradaba a sus habitantes, así como el mejor aceite de oliva, otrora un bien preciado para pagar el tributo al faraón. Bordeando los puestos, Mudads pasó de largo ante el propileo del Helenión y se detuvo en la primera casa de la esquina colindante.

Estaba hecha de adobe, como las egipcias, pero en lugar de un hermoso jardín protegido por murallas rodeando la casa, contaba con un patio central bordeado de dependencias al que se accedía por un pasillo cerrado al público. Sin embargo, en el extremo del edificio había una puerta abierta hacia la que se dirigió. A pesar de los años transcurridos desde su última visita, la tienda permanecía tal y como la recordaba. Las paredes blancas reflejaban la luz de las estrechas ventanas sobre los alabastrones dispuestos en los estantes. Las pequeñas botellas chatas de piedra caliza inundaban el lugar de aromas florales en una mezcla empalagosa procedente de los perfumes que contenían. Al fondo, un muchacho imberbe ataviado con una túnica corta de color azul atendía a un cliente. Su padre, vestido como el hijo, lo observaba mientras simulaba poner cierto orden en los estantes.

—Veo que los dioses te tratan bien, Stephanós —dijo Mudads a modo de saludo—. ¡Cuánto ha crecido tu chico!

El hombre se volvió y, al ver a Mudads, sonrió mientras se acercaba con los brazos abiertos. Se abrazaron, propinándose algunas palmadas en la espalda, y al separarse Stephanós exclamó:

—¡Qué grata sorpresa! Hacía mucho que no te veía. Pensaba que tus negocios fuera de Menfis los llevaba Abasi.

—Este es especial —sonrió Mudads.

El comerciante griego reconoció aquella mirada y lo condujo hacia la trastienda tras pedirle a su hijo que se hiciera cargo de todo. Aquel era un salón austero, con un elaborado fresco en la pared más larga que representaba la ciudad de Mileto, o así se lo habían contado. Ni el mismo Stephanós lo sabía con seguridad, pues aunque era el lugar de origen de su familia, tanto él como su padre ya habían nacido en Naucratis. El comerciante invitó a Mudads a tomar asiento en una de las sillas de tijera con abultados cojines. El salón tampoco había cambiado mucho. Al fondo, permanecía el estante repleto de rollos de papiro con la contabilidad y, como siempre, de la ménsula que había al lado, el anfitrión tomó una jarra de vino y lo sirvió en dos copas, mezclado con agua. Luego le tendió una a su invitado y se sentó cómodamente frente a él.

—¿Y de qué se trata?

—Tengo un cargamento de mirra.

—¡¿Mirra?! ¡Eso es imposible! —exclamó el comerciante irguiéndose en su asiento. Luego fijó sus ojos aceitunados en Mudads y preguntó con suspicacia—: ¿De dónde la has sacado?

—Te aseguro que de ningún puerto del mar Rojo. Simplemente, nadie sabe que esa mirra existe. ¿Te interesa?

Stephanós bebió y luego sonrió.

—Tentador. Solo queda la de los templos egipcios, que no es mucha. Incluso los talleres de alabastrones de Naucratis están preocupados por si decaen los encargos, pues no se venden igual los perfumes florales que los elaborados con incienso, y eso podría afectar a la demanda de recipientes. Ya sabes que es lo que más vendemos fuera de esta ciudad. La verdad es que el plan por el que nos pagaron se ha llevado a cabo a la perfección.

—Por eso resulta tan sustancioso este cargamento. No te saldrá barato, pero imagina a cuánto podrías venderlo si lo fraccionas. Y todo libre de impuestos.

Stephanós sacudió la cabeza.

—Demasiado peligroso. En cuanto se ponga un solo *deben* de mirra en circulación, llamará la atención, y mucho. Por muy griega que sea Naucratis, las leyes de comercio son egipcias, y te aseguro que estamos muy vigilados. Me temo que está a punto de cundir el pánico por si peligran los entierros a vuestro estilo. Y ese era el objetivo, ¿no? No me pienso dejarme pillar. He cobrado una buena recompensa por cumplir con mi parte del plan.

—Me decepcionas, amigo. Yo he llegado hasta aquí sin que se sospechara siquiera que esa mirra existe.

—Si ese cargamento es lo suficientemente cuantioso, incluso podría arruinarlo todo. Y si fuera tú, temería a quienes nos contrataron. Alejandro ha partido de Menfis. Se dice que viene hacia aquí, y aún no ha habido sublevación.

—Pensé que a lo mejor te interesaría evitarla, precisamente. Alejandro liberó Mileto de los persas hace algo más de un par de años, ¿no?

—Sabes que no he estado en mi vida. Este es mi hogar. Y si quienes han orquestado esto son de veras quienes creo que son, les tengo mucho más miedo a ellos. Te aprecio, Mudads, por eso te recomiendo que lo vendas fuera del Nilo.

—La verdad es que tengo prisa por volver a Menfis. Me voy a casar con una hermosa joven de piel de ébano. Y, como comprenderás, no puedo dejar esto en manos de cualquiera.

—¡Vaya, enhorabuena! Pero te recomiendo que vayas a Siwa. Hace poco vinieron unos sacerdotes desesperados por comprar. Está lo suficientemente lejos como para no interferir en el plan, y seguro que tu futura esposa agradecerá que regreses vivo.

33

Con las bolsas de plata a sus pies, se habían sentado junto a una columna, bajo el pórtico que quedaba frente al templo de Apolo. Una fina barba rizada cubría el mentón de Badru y su cabellera ondulada brillaba bajo el sol matinal. Asenet deseaba acariciarla, como había hecho más de un atardecer en el barco que Samgar había alquilado para ellos. Pero se contuvo. Estaban en Naucratis, y la duda la mantenía en tensión. Le parecía que estaban en un país muy lejos del Nilo.

El templo que tenían ante sí no se asemejaba a los que la joven había visto antes. Menos sobrecogedor que los egipcios con sus impresionantes muros, le resultaba admirable por la armonía de sus formas. Tenía un tejado a dos aguas y unas columnas acanaladas y rematadas por volutas de aspecto más ligero que las egipcias. Sobre estas se extendía una banda de bajorrelieves cuyo protagonista era un hombre desnudo, sin barba. A diferencia de las estilizadas pinturas egipcias, este estaba representado con gran realismo en el vigor de su juventud, y resultaba atractivo con el carcaj a la espalda y el arco relajado entre las manos. Pero la figura a la que miraba, aunque fuera con una expresión confiada, inquietaba a Asenet. Las patas traseras y la cola eran de león. Mas sobre su lomo se abrían dos alas doradas, las patas delanteras eran garras y poseía la cabeza de un águila. La joven temía que aquello pudiera molestar a los espíritus de los animales, más incluso que las esfinges que viera en Menfis. ¿O quizá temía ser ella la ofensora y aquella imagen solo se lo recordaba? Una cosa era defenderse, como le sucedió con Abasi. La otra, lo que ahora se sabía capaz de hacer. Aquel soldado griego… ¡Estaba totalmente dispuesta a matarlo! ¿Por qué no lo había hecho? Si los denunciaba, Naucratis era una ciudad griega: no tendrían compasión alguna con un persa buscado por la justicia.

Como si con ello pudiera ahuyentar sus pensamientos, Asenet apartó la mirada. Pero esto no la sosegó.

—Llamamos la atención —comentó de pronto, incapaz de guardar sus angustias.

Él sonrió.

—No sería así si llevaras la peluca. Simplemente parecería el esclavo de una dama egipcia.

Ella apoyó los brazos en sus rodillas y sacudió la cabeza mientras murmuraba:

—Tendría que haberlo matado.

—Mudads muerto no nos sirve de nada, Asenet —dijo Badru, observándola

con preocupación.

Ella suspiró.

—Ya lo sé. No me refería a Mudads.

—¡Oh, vamos! Sigues dándole vueltas a lo de ese soldado. —Badru alzó un brazo con la intención de rodearle los hombros, pero se dio cuenta de que fuera del barco era un peligro y desistió—. Samgar ya se encargó de él.

Asenet lo miró con tristeza.

—Lo dejó inconsciente, Badru, solo eso. Samgar sirve a la casa de Ecbatana. ¿Y si lo descubren? El griego te vio. Si lo denuncia, formamos un grupo bastante peculiar. ¿Cuánto tardarán en saber que eres el hijo de Arash?

Badru se quedó pensativo unos instantes. El viaje en barco los había acercado. En la caravana solo había podido intuir a una Asenet rodeada de un cierto misterio que lo atrajo inmediatamente. Pero el delta lo había cambiado todo. Mientras se sucedían paisajes de limo negro salpicados por los primeros brotes tras la siembra, Asenet le habló de su tierra, de su familia, de su destino, de sus pérdidas… Y a medida que la conocía a la luz de la verdad, como si el Ahura Mazda de su padre guiara sus palabras, los sentimientos que en él había despertado el tiempo compartido en el desierto enraizaron con una profundidad sobrecogedora. Y al igual que se creía capaz de hacer casi cualquier cosa por ella, se preguntaba dónde estaba el límite de lo que Asenet haría por él. Por eso le preguntó, no sin cierto temor:

—¿Estás diciendo que lo hubieras matado para protegerme?

Ella volvió la mirada de nuevo al suelo y asintió.

—Todo esto es por mi culpa, incluso todo lo que te pasa. No entiendo cómo puedes sentir algo por mí, después de todo.

—Tú no tienes culpa de que Mudads se encaprichara de ti. Y yo habría estado en esa caravana igualmente, con el incienso. Sin ti, Mudads probablemente me hubiera hecho matar en plena tormenta. ¿No te das cuenta de que me has salvado la vida?

—No es lo que me dice el corazón, Badru. —Asenet lo miró—. Devolverte tu vida creo que es lo único que me mantiene en pie, y el barco ha quedado atrás. La plata pagada nos daba seguridad. Pero ¿y si el capitán habla? Te buscarán aquí.

—Precisamente por eso ha ido Samgar solo al Helenión.

—Pero ¿te das cuenta de que mantenerlo con nosotros es un riesgo?

Badru desvió la mirada al frente. Sabía que Asenet tenía razón y, sin embargo:

—Necesitamos ayuda.

—¿Le quieres?

—Siempre ha estado ahí, Asenet, desde que era un niño. Cuando lo dejé todo por Nefertum, más de una vez lo vi a las puertas del taller. No me hablaba, ni siquiera se acercaba. Pero con una sonrisa tenía suficiente para saber que, aunque mi padre me diera por muerto, aún podía contar con mi madre y con él.

Asenet vio al eunuco acercándose desde el extremo del templo. De piel tostada y fina complexión, no se parecía en nada a Matsimela, y sin embargo, no pudo

evitar recordarlo al ver aquella sonrisa dibujada en sus labios.

—¿Y quieres ponerle en peligro, Badru? Porque eso es lo que estamos haciendo.

—El problema es que no creo que Samgar acepte otra cosa.

La joven no añadió nada más. Ella había cometido el mismo error: permitir que Matsimela la acompañara sin sopesar el peligro. Debía encontrar el modo de que Badru no sufriera lo que ella había sufrido. No podría volver a su vida si cargaba con aquella muerte a sus espaldas.

—Buenas noticias. Asenet, creo que el nombre que te dio Abasi era auténtico —anunció Samgar triunfante—. He encontrado un Stephanós de Mileto cerca del Helenión.

* * *

Después de entrar por la cocina y pasar por oscuros pasillos alejados de la zona de palacio que conocía, el hombre permanecía con la cabeza inclinada y la mirada clavada en un suelo de arenisca.

—¿Esa información es del todo segura? —inquirió Arash de Ecbatana.

—Sí, mi señor. No es que fuera mucho, desde luego no lo que Egipto necesita, dada la situación. Pero es seguro que a Gebtu ha llegado olíbano.

—¿Nada de mirra?

—Hasta ese punto no lo he podido confirmar. Pero en caso de que hubiera llegado, se la quedarán en ciudades intermedias, si es que sale de Gebtu.

—¿Y respecto a la otra búsqueda?

El hombre se puso tenso. Temía despertar la ira de Arash de Ecbatana. Sin embargo, respondió con el mayor aplomo del que fue capaz.

—Ni una pista, mi señor. Seguimos con oídos y ojos por todas partes, y la casa de Amminapes continúa vigilada, a pesar de su marcha.

—Está bien. Puedes irte.

El hombre reprimió un suspiro de alivio y se retiró.

Arash se quedó contemplando la llama de una de las lámparas de aceite, pero no halló ni un atisbo de la paz que le daba ver el fuego. Sentía demasiado alejada la luz de la Verdad de Auhra Mazda. Con la punta de los dedos, agarró el papiro que descansaba en la mesilla y lo releyó forzando los ojos en la penumbra. Aún tenía la esperanza de que la información que le acababan de facilitar le hiciera entender entre líneas algún mensaje distinto. Pero la fuerza de las palabras no dejaba lugar a dudas.

Amminapes había partido junto a Alejandro de Macedonia tras los juegos celebrados en honor de sus dioses. Pero, justo antes, le había hecho llegar aquella nota: una clara amenaza a él y a su familia si durante su ausencia se producía una sublevación en Menfis. Con desprecio, Arash la dejó de nuevo sobre la mesa. Todo el mundo sabía del ambiente enrarecido que había acompañado a las quemas de

incienso en los rituales macedonios. Pero, con la marcha del faraón, la cosa había ido a peor. Si de veras el incienso volvía poco a poco al mercado, como parecían señalar las informaciones, estaba apareciendo por la ruta contraria a la que dominaba el nuevo monarca de Egipto. Arash debería estar contento, pero no estaba preparado. Y lo peor era que, con aquella nota, Amminapes parecía querer provocarle, como si quisiera recordarle que, con él y Alejandro fuera de la ciudad, era el momento de organizar la rebelión. Una rebelión que Amminapes necesitaba para hacer aflorar la mirra que la aplacara y erigirse como un gran servidor ante su nuevo amo.

Y lo peor era que eso iba camino de suceder, sobre todo si el incienso no empezaba a fluir desde Gaza hacia Pelusio. Pero no ayudaría a los planes de Arash, aún fiel al rey de Persia. Se estaba quedando sin bazas para volver el plan de Amminapes en su contra. Alejandro había dejado al grueso de su ejército en la ciudad para pasar el invierno y era prácticamente imposible reclutar mercenarios. Los antiguos partidarios de Sábaces empezaban a desanimarse, y algunos incluso volvían a Persia, dando por perdida la satrapía. Si se producía el levantamiento sin mercenarios suficientes como para vencer al ejército de Alejandro en la ciudad, Arash sería culpado por nada. Y lo peor era que su primogénito lo estaba arriesgando todo por él y por su familia.

Se puso en pie con determinación. Aún podía tomar medidas, aún podía salvar aquello que su hijo amaba. Era hora de poner a la familia a salvo. Sería difícil convencer a Cyra, pero estaba seguro de conseguirlo si él se quedaba para aguardar al joven Arash. Si moría, no sería en balde. No lo dejaría solo en esto. Era sangre de su sangre y le ayudaría a recupera la vida que había elegido.

* * *

La alargada sombra del monumental propileo del Helenión se proyectaba sobre el mercado. Con el sol de la tarde, Asenet se había puesto la peluca azulada, que caía recta sobre sus hombros, y paseaba entre los tenderetes perfectamente maquillada, con el *khol* bordeando las sombras turquesa que enmarcaban sus ojos. Se había arreglado en una callejuela, antes de entrar a la plaza. Samgar había traído lo necesario e incluso sostuvo el espejo para que ella pudiera imitar a Annipe cuando pintaba su rostro. Aquella era la única opción que tenían para seguir la pista de Mudads: Asenet debía convertirse en una dama egipcia. Aunque le parecía que seguía llamando la atención entre las mujeres que compraban en el mercado, ataviadas con colores claros pero vivos, con una especie de vestidos sujetos a los hombros por sendas fíbulas y mantos que recubrían su cabeza y caían por la espalda para protegerse del sol.

Samgar también había cambiado su atuendo y había dejado los pantalones persas y el *kandhy.* Caminaba a su lado con una túnica corta al estilo griego y sus piernas delgadas le daban un aspecto vulnerable. Por detrás, Badru era el único que

no había dejado el *shenti.* Cargaba las bolsas de plata y un fardo con tejidos que habían comprado para disimular.

Desde que llegaron no habían parado de entrar y salir clientes de la tienda de la esquina, que vigilaban de reojo en sus idas y venidas. Y con su deambular, a Asenet le parecía que en verdad se arriesgaban demasiado. Hastiada y nerviosa, la joven se detuvo ante un puesto de cerámica en el extremo más cercano a la tienda. Mientras simulaba examinar las figurillas rojizas con que estaba decorado un jarrón, vio salir a una clienta, por lo que anunció:

—Vamos a entrar.

—Hemos quedado que cuando esté vacía —respondió Samgar con firmeza. Y con un gesto de la cabeza señaló a un hombre grueso y bajo, de nariz chata, con cuatro cabellos ondulados y grasientos por debajo de la coronilla calva. Avanzaba con cara de pocos amigos por el pórtico, seguido de dos esclavos *kushitas,* altos y fornidos.

—Llegará el anochecer y seguiremos igual, Samgar. Y en cuanto cierren…

—Pues volveremos mañana a primera hora.

Asenet miró a Badru. Permanecía a cierta distancia de ellos, con la mirada en la puerta de la tienda.

—No podemos esperar a mañana, Samgar. Él no debe esperar a mañana.

El eunuco miró al hijo de su señora. Con el cabello sin rasurar y los rizos cayendo por la nuca, le recordó al pequeño que empezaba a montar a caballo bajo la mirada de sus padres. Samgar asintió y Asenet avanzó hacia la tienda, ante la expresión extrañada de Badru, que aun así, los siguió sin mediar palabra. Subieron los tres escalones que daban al pórtico. Asenet se detuvo y se volvió hacia atrás:

—Tú espera fuera, Badru.

—Pero ese no era el pl…

—¿No has oído a las señora? —le atajó Samgar. En la puerta de la tienda permanecía uno de los esclavos kushitas, de brazos cruzados, aparentemente ajeno a todo. Pero precisamente el eunuco era experto en simular lo mismo.

Asenet no esperó a ver la expresión indignada de Badru. Se volvió de nuevo y entró en la tienda seguida de Samgar, sin cruzar la mirada con el esclavo. Una vez en el interior, Asenet se dio cuenta de que no podían haber escogido un momento peor.

—No es culpa mía. No me puedo quedar con ese pedido de alabastrones, ¿lo entiendes? —decía el dueño con desesperación.

El hombre permanecía ante él, mientras el esclavo que había entrado tenía su mano sobre una estantería, amenazando con tirar las botellas de cerámica que esta exponía. El dueño fue el primero que vio a los recién llegados y contuvo el aliento. Entonces los miró el hombre bajo y gordo y soltó un bufido de fastidio.

—La conversación no ha acabado, te lo aseguro —dijo.

Avanzó hacia la puerta haciendo una señal a un esclavo para que le siguiera y se marcharon.

—Siento la escena, mi señora. Hay muchos nervios por la falta de incienso.

—No se preocupe —respondió Asenet mirando a su alrededor—. Aun sin él, a usted parece que le va bien. Mudads no se equivocaba al alabar su mercancía. Huele como si estuviéramos en un prado repleto de flores.

—¿Mudads? ¿Conoce a Mudads? —balbuceó el hombre.

—Precisamente vengo de su casa de Menfis —respondió Asenet mientras paseaba entre los estantes—. Me dijo que venía a ver a su querido amigo Stephanós. ¿Es usted?

—Sí, claro. ¿Y usted no será…? Me dijo que se iba a casar.

Asenet tuvo que esforzarse por mantener la sonrisa cuando se volvió hacia Stephanós, que permanecía al lado de Samgar. En el rostro del eunuco no se traslució emoción alguna cuando ella respondió:

—¡Oh, vaya! Aún no es público… O eso pensaba yo.

Stephanós se relajó y se acercó a ella.

—No se preocupe. Somos amigos desde hace muchos años. Por favor, si me quiere acompañar… No puedo dejarla marchar sin invitarla a tomar algo.

—No se moleste. En verdad, quería dar una sorpresa a mi futuro esposo. Pero solo me dijo que venía a verle a usted y no sé dónde hallarlo. —Asenet bajó la cabeza, fingiendo rubor—. ¡Oh! Ya me advirtió Abasi que era una locura. Temo haber hecho el ridículo y que ya esté de vuelta. No sabemos estar separados.

—¡Mi señora, cómo lo lamento! Si hubiera llegado un día antes… Pero quizá pueda encontrarlo a las afueras de la ciudad. Se está preparando una caravana que parte mañana al oasis de Siwa. Si no está allí, seguro que ha vuelto a Menfis. Cierto es que él quería volver cuanto antes a su lado.

* * *

Los camellos pastaban y los mozos apilaban alrededor de las tiendas la carga que debía partir al amanecer. Algunas hogueras crepitaban, el olor a pan ácimo recorría el pequeño campamento formado a las afueras de la ciudad, en la zona este. Pero la mirada de Asenet iba más allá. La hierba se desdibujaba hacia el horizonte para dar paso a las arenas ondeadas y finas, alejadas de los destellos anaranjados del sol poniente. Descubrió un rencor profundo hacia el desierto, que solo le había dado dolor. La mano de Badru rozando ligeramente la suya la sacó del recuerdo de Matsimela, Mandisa, Adio y Kosei y la llevó al causante real de sus muertes.

—No hay más de cincuenta camellos —dijo Badru—. Es una caravana muy pequeña. Deberías dejar que Samgar y yo lo buscáramos.

—A ti te reconocería —respondió Asenet.

—Es mejor que vaya yo solo —intervino Samgar tras ellos.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Badru—. ¡Quizá ni esté! ¿Y si ha vuelto a Menfis a buscarte?

—No —respondió Asenet—. Lleva mirra y sabe que tu padre sospecha de él.

De ahí su marcha precipitada. Y por eso mismo, Samgar, te quedas. Eres de la casa de Ecbatana. Te hará matar inmediatamente.

Y sin dar más opción, Asenet avanzó con paso seguro hacia el campamento. Sabía lo que buscaba. El olor de aquella canela que se había mezclado con su mirra lo delataría.

34

El pasillo era estrecho y oscuro, pero las teas le dejaban ver vigorosos frescos que le recordaron sus cabalgatas por Molosia, tierra de su madre, entre montes de frondosas arboledas y valles de extensos prados. Alejandro caminaba solo, seguido de Hefestión, por lo que se permitió un suspiro. Molosia… ¿La recordaba con añoranza? No. Aquello había sido tras las segundas nupcias de su padre Filipo, cuando él y su madre dejaron Pellas. El rencor, en aquella época, era tan profundo que se sorprendió del dolor que sintió tras perder a su padre. Había sido un hombre distante, las guerras lo habían mantenido fuera de su vida demasiado tiempo, pero siempre lo amó. En cambio Olimpia, ¿había superado alguna vez aquel destierro?

Alcanzaron el final del pasillo y Alejandro recibió el sol del patio alzando el rostro hacia el cielo. Debía acabar con aquellas dudas sobre su madre. Él era Alejandro, rey de Macedonia, y no podía permitir que su pasado lo dejara a oscuras, como en el interior de la pirámide. Tenía un futuro que construir para su pueblo y para su propia eternidad. Cuando Alejandro bajó la mirada, se sintió como si estuviera en su hogar. En el centro del patio, una enorme higuera regalaba su sombra a una mesilla vacía y a dos sillas de respaldo curvo, más estilizadas que las egipcias y ricamente labradas con motivos vegetales. A su alrededor destacaban las armoniosas proporciones del pórtico, con columnas jónicas y pedestales que albergaban hermosas esculturas en honor a Dionisio. Alejandro las recorrió una a una y se detuvo ante un toro negro. Recio, de largas astas, parecía mirarlo desafiante. A la mente le vinieron los ojos desorbitados por el pánico del que murió ahogado en honor a Apis, y las dudas volvieron a él. Los egipcios ya lo consideraban un dios, pero él, ¿sería capaz de ganarse el Elíseo? El reino del Nilo era el lugar donde hallar respuestas, sin embargo, algo estaba ocurriendo, algo que se le escapaba.

Turbado, Alejandro se volvió. El anfitrión se había retirado, pero al lado de Hefestión estaba Lisímaco, vigilante bajo la higuera.

—Lisímaco, necesito que venga Filotas, por favor.

El guardaespaldas asintió con una pequeña reverencia y se retiró. Solo entonces Alejandro se permitió relajar el rostro.

—No estoy contento —dijo dirigiéndose a la silla.

—Lo imaginaba —respondió Hefestión sentándose frente a Alejandro—. Pero la casa no está nada mal. Seguro que en las habitaciones hasta hay *klinae* para podernos recostar…

—Han sido fríos en el recibimiento.

—El pueblo no.

—Sí sus mandatarios, Hefestión. He elegido a Cleómenes, uno de los suyos, por encima de los dos *nomarcas* egipcios, y les he devuelto los privilegios de los que gozaban como ciudad griega antes de la llegada de los persas. ¿Qué más quieren?

—¿Es posible que se hayan enterado de tus intenciones de crear una ciudad costera? Eso los dejaría…

—Eso favorecerá la llegada de más mercancías, y ellos serán la principal ciudad del interior del delta. De todos modos, solo lo sabemos tú y yo, de momento. Así que es imposible que esa sea la razón —rechazó Alejandro agitando la mano ante él como si espantara una mosca.

—No sé. Creo que te estás volviendo demasiado suspicaz. Hacernos con Egipto está siendo fácil. Quizá con alguna resistencia de por medio, no verías fantasmas donde no los hay.

—No es cuestión de suspicacia, sino de precaución. Me temo que…

Alejandro, de pronto, calló. Su mirada estaba fija en la entrada al patio. Lisímaco había llegado seguido de Filotas, que todavía no se había desprendido de la coraza con la que había viajado al frente de la caballería seleccionada para acompañarlos.

—Disculpa mi aspecto —le dijo inclinándose ante él—, aún no he tenido tiempo de asearme.

—No te preocupes —sonrió Alejandro con benevolencia mientras hacía señal a Lisímaco para que se retirara—. Me temo que poco tiempo te voy a dejar para disfrutar de las termas de la ciudad. Vuelvo a encomendarte una tarea que quizá esté por debajo de tu rango, pero mi confianza hacia ti me obliga, Filotas.

—Siempre que sea por el servicio a mi rey, será un honor.

—Verás, sé que en Menfis hubo un pequeño altercado por temor a que acabáramos con las existencias de incienso de sus templos y, en aquel momento, no le di mayor importancia, en gran parte, gracias a tus pesquisas. Pero ahora… —Alejandro se levantó, y con las manos a la espalda, siguió hablando mientras paseaba alrededor de la mesilla—. Tú lo has oído, estabas a mi lado cuando, en el recibimiento, un jefe de distrito me ha felicitado por el botín capturado en Gaza.

—Sí señor. Stephanós de Mileto, creo que ha dicho.

—Efectivamente. El caso es que temo sea una indirecta por los talentos que mandé a nuestra tierra. Es posible que los egipcios hayan hecho acopio del incienso, estrangulando el mercado por temor a que fuéramos como los persas. Estiman en demasía sus ritos. Y eso puede afectar a Naucratis.

—Disculpa, mi señor, pero parecía una felicitación de corazón.

Alejandro sonrió con suficiencia.

—Querido Filotas, es demasiado concreta para todos mis logros, y el recibimiento ha sido tan frío que echaba de menos mi capa de lana.

—Disculpa mi ignorancia, pero yo lo he visto correcto. Para los habitantes de

Naucratis, no eres un rey-dios, eso es todo.

—En eso tiene razón —intervino Hefestión al ver el ceño fruncido de Alejandro. El joven oficial de los Compañeros de Caballería le agradaba, pues se había ganado su puesto por algo más que ser el hijo del gran general Parmenión.

Alejandro suavizó su expresión al mirar a Hefestión, pero había cosas innegables que Filotas debía tener claro, así como todo su ejército, por lo que con la sonrisa de nuevo en sus labios, dijo:

—Es cierto, en eso tienes razón. Pero Heracles es el antecesor de la dinastía macedonia, y en consecuencia, por mis venas corre sangre del propio Zeus. Todos lo saben. ¿Cómo si no se explica que jamás haya perdido una batalla? Y si fuera de otro modo, ¿cómo podría haber liberado del yugo persa a muchas ciudades de las que sus familias son originarias, y muchas otras con las que tienen vínculos comerciales? Deberían mostrarse más agradecidos, pero hay algo que les molesta, eso lo tengo claro. Y quiero descartar los problemas en la ruta del incienso. Así que, ve a ver a ese Stephanós, Filotas. Espero la misma discreción con la que actuaste en Menfis.

* * *

Dejó la trastienda, mandó retirarse a su hijo y se dirigió hacia la puerta del comercio para cerrar. Desde la amenaza que interrumpió la prometida de Mudads, Stephanós lo hacía en persona y a solas. Pero aquel día sentía menos miedo, y se debía al faraón. Se había imaginado a Alejandro más alto, pero, por lo demás, era tal y como le habían contado. Y lo que más le agradó fue aquella altivez regia que reflejaba la seguridad de quien se sabe monarca indiscutible por su eficacia. Por eso había hecho aquel comentario y esperaba que bastara para advertir al rey. El plan era que la rebelión estallara solo en ciudades egipcias, pero temía que las cosas se les fueran de las manos, y no podía ser más directo sin poner en riesgo su propia vida y la de su familia.

El hombre cerró el portón y, cuando ya agarraba la balda interior, un empujón desde el otro lado lo tiró al suelo. Los dos esclavos kushitas entraron en el comercio y, mientras uno se apostaba en el marco de la puerta, el otro lo agarró de un brazo y estiró con fuerza para que se levantara. Stephanós reprimió un grito y ni siquiera intentó zafarse cuando vio al dueño de los kushitas ante sí.

—Tenemos una conversación pendiente. No te habrás olvidado, ¿verdad? —le preguntó. Hizo una señal con la cabeza y el esclavo lo soltó mientras él añadía—: Te quedarás con los alabastrones que me pediste. No te queda otra opción.

—¡Pero la demanda ha bajado!

—Sé que Mudads te vino a ver. Es tu proveedor principal. Siempre lo decías: ¡Trae la mejor mirra! Y se ha largado a Siwa con… ¿canela? ¡Absurdo! Ha fallado algo de lo que sabías iba a pasar, ¿no? Está bien, lo entiendo, pero no voy a pagar yo por tu error.

Stephanós palideció.

—¿Cuánto hace que me espías?

—Solo velo por lo mío.

—Está bien. Trae los alabastrones mañana por la mañana y te pagaré.

El hombre asintió satisfecho y se marchó seguido por los dos fornidos esclavos kushitas. Stephanós, sin embargo, se miró las manos, aún temblorosas mientras intentaba tranquilizarse. No podía saber demasiado, si no, hubiera sido más directo. Pero era imperativo que se lo quitara de encima. Había hecho bien, aunque le costara una fortuna. Más valía la vida de su familia y la suya propia.

—¿No me digas que ese tal Mudads se ha llevado un cargamento de mirra hacia Siwa?

Stephanós alzó la mirada, pero solo pudo ver una vieja cicatriz en el brazo que se abalanzaba hacia su estómago con el puño cerrado.

* * *

Leandro intentaba no mirar. Ahora que no tenía necesidad de seguir a Filotas a escondidas, se sentía incómodo. Las tropas griegas aliadas se habían quedado en Menfis, y eso alejaba aquellas reuniones secretas entre su primo y los mandos de Atenas y Tebas. ¿Por eso le había dejado acompañarlo? El callejón era estrecho y solitario. La esquina en la que aguardaba hedía a orín y el adobe se veía de un color más oscuro.

Una bandada de patos surcando el cielo le hizo alzar la cabeza, pero solo les oyó parpar mientras sus ojos contemplaban un trozo de cielo violáceo, tan estrecho como la calle. ¿Tan tarde era? Pensaba que la luz mortecina se debía a las sombras de los edificios. Leandro bajó la mirada cuando percibió que los patos se alejaban y, casi sin querer, vio que Filotas seguía conversando con aquel viejo mercenario espartano, el mismo que viera en el puerto de Menfis. A Leandro no le gustaba aquel encuentro, también secreto. ¿Por qué su primo tenía que recurrir a aquel tipo de ayudas? Un hombre cuya lealtad solo dependía del precio que le ofrecieran. Y aquellos encuentros, sumados a los que había mantenido con atenienses y tebanos… ¿Hasta qué punto sabía Parmenión de los extraños movimientos de su hijo? ¿Qué era lo que temía el gran general cuando le encargó vigilarlo? Leandro apartó aquellas preguntas de su mente. No le servían de nada, pues ya no cumplía la misión por su tío, sino que estaba allí por sus propios sentimientos.

El jefe de los Compañeros de Caballería del ejército macedonio le dio al mercenario un abultado saquillo. ¿Tanto valían sus servicios? Luego los dos hombres se fueron, cada uno en una dirección. Filotas pisaba con rabia el suelo al caminar, intentando disimular la expresión demudada de su rostro. Cuando llegó a la altura de Leandro, este se unió a él sin que aparentemente Filotas se diera cuenta.

—¿Te ha obligado a pagarle de más? —preguntó preocupado.

Filotas se limitó a negar con la cabeza y Leandro no pudo soportarlo.

—¿Por qué ha tenido que venir aquí también? ¡No lo entiendo, Filotas! El viejo y quienquiera que nos vigilara se ha quedado en Menfis. Y en esta ciudad no hay más persas que los que lleva Alejandro en la corte, como ese Amminapes.

—¡Ya te lo he dicho antes! —exclamó Filotas—. Alejandro me ha encomendado otra misión. ¡Por todos los dioses! Tendrías que haberle oído. Casi se considera hijo de Zeus. Pero es el rey y debo obedecer, ¿no? Ese espartano nos ha ahorrado hacer preguntas que llamen la atención. Te he pedido que vengas para que no me sigas y nos pongas en peligro a los dos. Así que ahora, camina y calla.

Sorprendido, Leandro miró a Filotas. Había hablado enfadado, pero no lo estaba. Lo conocía demasiado bien. ¿Qué le pasaba? ¿Acaso aquello era miedo? Salieron a una calle más amplia iluminada por la luz vespertina. Los carros que salían del ágora llevaban maderas y cerámicas, mientras unos pequeños asnos cargaban con ánforas y tejidos. A medida que serpenteaban entre ellos, la sorpresa dio paso a la preocupación, pero se mantuvo en silencio mientras entraban al ágora. ¿Por qué temía Filotas a Alejandro? ¿Qué le había encomendado el rey?

El mercado se recogía, una jauría de perros deambulaba entre las basuras que dejaban los puestos, y algunas gaviotas posadas sobre los tejados a dos aguas parecían aguardar que la plaza quedara desierta para tomarla. Leandro siguió a Filotas por el pórtico hasta que se detuvo ante una puerta de madera entreabierta. El jefe de la caballería la empujó suavemente, mientras su primo se llevaba la mano a la daga prendida en su cinto.

La sala estaba en penumbra, la luz de la ventana apenas iluminaba una estantería caída en el suelo encharcado, rodeada de tarros rotos que emanaban un olor floral intenso y empalagoso. Leandro sacó la daga mientras entraban en la tienda. Sus pasos hicieron crujir pedazos de cerámica. Les pareció oír a alguien y Filotas también desenfundó su cuchillo, mientras hacía señal a su primo para que se detuviera. Desde fuera les llegaba algún ladrido, algún rebuzno y el murmullo de los mercaderes despidiéndose. Al cabo de un instante, en medio del desorden se oyó un gemido.

—¿Stephanós de Mileto? —preguntó Filotas.

No hubo respuesta, y Leandro hizo señal a su primo para que, uno por cada lado, rodearan la estantería caída. Lo hicieron a la vez, dejando que la parca luz de la ventana iluminara sus siluetas, y entonces lo vieron.

En el suelo, con el rostro ensangrentado, un hombre yacía bocarriba, con las manos en el estómago como los que, tras ser heridos en la batalla, se intentan sujetar las tripas. Apenas entreabrió los ojos cuando Filotas hincó una rodilla a su lado y le empezó a limpiar la cara con su propia capa, mientras Leandro lo sujetaba de las manos y las apartaba para ver qué había bajo ellas. La túnica azul se veía arrugada pero limpia.

—Es él —dijo Filotas cuando ya le había limpiado el rostro. Tenía una ceja rota que sangraba profusamente, pero no parecía grave. Le dio unas suaves bofetadas para reanimarlo mientras lo llamaba por su nombre—: Stephanós,

Stephanós…

El hombre abrió los ojos y Filotas se detuvo.

—¿Me reconoces?

El hombre parpadeó un par de veces y luego balbuceó:

—*Compañero de Caballería…*

—¿Puedes ponerte en pie?

Stephanós intentó incorporarse. Filotas lo ayudó y Leandro miró a su alrededor. Vio una banqueta al lado de la puerta de la trastienda y se la acercó al vendedor. Este se sentó y se tocó de nuevo el estómago.

—Muchas gracias —dijo—. Solo necesito un momento para reponerme.

—¿Avisamos a tu familia? —preguntó Leandro.

—No quiero que mi mujer y mis hijos me vean así. Ahora me lavaré y ordenaré a alguien que limpie esto.

—¿Ha sido un robo? —inquirió Filotas.

—Una intimidación, más bien.

—¿Por qué motivo? —se inquietó Leandro.

—Los alabastrones. Hay mucha tensión en los talleres que los fabrican. Pretenden que compremos, porque los pedidos fuera de la ciudad han disminuido. Los perfumes se resienten por la falta de incienso.

—¿Y culpan a Alejandro de ello?

Stephanós miró a Filotas por un instante. Se le estaba hinchando el ojo.

—Más bien esperaban que lo solucionara, supongo.

—¿De ahí el recibimiento que ha tenido?

Stephanós asintió, sin apenas fuerza para hablar. Leandro miró a Filotas. ¿Era aquello lo que le había ordenado investigar Alejandro? La respuesta vino por sí sola, cuando Filotas no preguntó más y ambos ayudaron al hombre a llegar a la trastienda para que se aseara. Luego parecía tener prisa por salir de aquel lugar.

Cuando llegaron de nuevo al pórtico, Filotas sonreía.

—¿Tanto te alivia lo que te acaba de contar ese pobre hombre?

—De pobre nada. Es uno de los mercaderes más ricos de Naucratis, y los ciudadanos originarios de Mileto son los más poderosos de la ciudad. Se repondrá. Anda, vamos.

Filotas empezó a andar por el pórtico. En la plaza, las gaviotas habían aterrizado y rebuscaban entre restos de hortalizas y cereal, alzando el vuelo con graznidos desafiantes cada vez que un perro se acercaba.

—Pero ¿no te das cuenta de la gravedad de la situación? —le reprendió Leandro situándose a su lado—. ¡Sus alabastrones llegan hasta Tiro con perfumes egipcios! Si en Menfis ya teníamos problemas por esto mismo, a Alejandro no le agradará saber que Naucratis…

—¿Qué? ¿Puede sublevarse? —le atajó Filotas.

—Aquí no es un dios. Se le pedirán cosas terrenales. Y al final esta guerra era para eso, ¿no? Para asegurar las rutas comerciales.

—Nos encomendaron ese objetivo, cierto. Pero ¿estás seguro de que es lo que

estamos haciendo? La retaguardia no es tan segura como parecía. Si hubiera aceptado la paz…

—Sigo sin entender por qué te alegra.

Filotas se detuvo, se giró hacia Leandro y le puso las manos en los hombros.

—Porque quizá esto recuerde a Alejandro cuál es nuestro objetivo real. Que se deje de emular a los héroes de la *Ilíada.* Por sus venas corre la sangre de Filipo. Él lo engendró. Y su muerte…

—¡Cuidado, Filotas! —le interrumpió Leandro asustado—. No vayas por ahí.

—¿Acaso no lo has pensado nunca?

Muchos rumores habían corrido tras la muerte de Filipo, apuñalado por Pausanias, uno de sus guardaespaldas. Muchos habían hablado de una conspiración que implicaba a Olimpia, madre de Alejandro, e incluso habían puesto en duda que el primogénito no supiera nada. Pero para Leandro siempre fueron rumores malintencionados en un intento desesperado para que Alejandro no reinara. Muchos salían ganando con la muerte de Filipo, desde nobles macedonios a Demóstenes, político ateniense esencial en el levantamiento de Atenas y Tebas que acabó con la batalla de Querenoa. Y todo ello sin olvidar al mismo rey de Persia, contra el que ya preparaba la campaña en la que ellos estaban ahora.

—Espero que no te refieras a la versión más peligrosa. Quien lo ha dicho, ha muerto, y lo sabes. No estamos en Pellas, pero es nuestro rey y no solo debes obedecerle, sino…

—¿Adorarle como a un dios?

—Respetarlo.

—Y eso es lo que hago, Leandro, eso lo que hago. Le respeto e intento ayudarlo.

35

Sin mozos. Solo dos camellos, la bolsa de plata y las provisiones. No necesitaban nada más. Un techado sujeto a cuatro palos que ya estaba montado sería su refugio, además de los animales que, sentados detrás, formaban una pared junto a la que acurrucarse en cuanto el sol desapareciera del todo. Rojizo, aún se deslizaba por el horizonte hacia las entrañas de la tierra, pero aunque la arena ya no ardía, permanecía caliente y no corría ni una brizna de aire que aliviara el calor acumulado durante el día. Sin embargo, el ambiente del campamento era alegre. Asenet miró a su alrededor. Nadie les observaba, ni siquiera parecían reparar en ellos. Además de comerciantes, también viajaban peregrinos que deseaban visitar el santuario de Amón en Siwa. Ellos simplemente eran dos más, pero eso no la tranquilizaba.

Badru estaba concentrado picando la piedra para obtener una chispa que prendiera el fuego, y Asenet puso harina en un cuenco con agua sin dejar de observarlo. El primer día de viaje le había sorprendido por su pericia con los camellos y, en los que le siguieron, no podía dejar de pensar que le parecía un hombre más fuerte y seguro que el que conoció en la primera caravana. Como entonces, las noches habían venido acompañadas de conversaciones susurradas en las que él le había hablado de sus vivencias tras el ataque, de esa familia que le descubrió lo vivo que está el desierto, poseedor de voluntad propia para dar y quitar. A él le serenaba esta idea, nada podía pasarle si respetaba las arenas. A ella le inquietaba: ¿qué había hecho para que el desierto la hubiera castigado tanto? Y así, mientras Badru la abrazaba cada noche como si las hubieran compartido todas a lo largo de su vida, ella necesitaba aferrarse a él como si temiera que se fuera a desvanecer si cerraba los ojos. Con un suspiro, la joven tomó el odre de agua y miró de nuevo a su alrededor.

El fuego al fin prendió entre la luz grisácea que anunciaba la noche. Badru se acercó a Asenet y le rodeó los hombros con su brazo, pero ella se mantuvo concentrada en amasar el pan ácimo con el rostro contraído. Durante aquellos días, él había aprendido lo que significaba: no le gustaba que la viera llorar. Ahora era una mujer tan diferente de aquella de la que se había enamorado… Del misterio que la rodeaba ya no quedaba nada, y la altivez y la fuerza que lo atrajeron en el camino a Gebtu ahora se presentaban ante él en forma de coraza, la que ella se imponía para soportar su dolor. Sus noches en el desierto, pobladas de susurros y silencios, eran más íntimas, se sentía verdaderamente cerca de ella, pero a la vez,

alejado por su propia impotencia cuando Asenet se entregaba a sus brazos angustiada.

—Sabemos que el guía previsto para esta caravana los dejó tirados para irse con un comerciante que tenía mucha prisa. Es él, Asenet, y lo sabes.

—Solo estaré segura cuando lo encuentre.

Badru metió una mano en el cuenco y ella no tuvo más remedio que parar mientras él susurraba:

—¿Y por eso miras a tu alrededor constantemente? ¿O es por el temor a que nos sigan? Aquí solo somos dos recién casados que buscan la bendición de Amón. Hay muchos llamados Badru en Egipto.

Ella lo miró y sonrió con pesar.

—Lo sé. Pero estar de nuevo en el desierto me trae muchos recuerdos. Y ninguno bueno, Badru. Estamos siempre en guardia y….

Él la interrumpió poniéndole un dedo sobre la boca.

—En el desierto occidental hay más ataques, eso es todo. Pero también hay patrullas. Eso es bueno, ¿no?

—¿Y cómo hago para quitarme esta sensación, Badru? Es miedo, es dolor…

Badru no respondió. Acercó sus labios a los de Asenet para depositar un beso suave y cálido. Ella se estremeció y todas sus angustias se desvanecieron, las voces del campamento se alejaron y una suave brisa los acarició. Desde su reencuentro, se habían abrazado, pero aquello… Sus bocas se separaron mientras un hormigueo recorría el cuerpo de la joven y retornaban los bramidos de los camellos, las risas y la cháchara, hirientes como una tormenta de arena. El dolor y el miedo reaparecieron con más fuerza mientras la garganta se le resecaba como cuando estuvo enterrada.

Badru la miró a los ojos. Nublados por aquel velo opaco, sintió que la impotencia que otras veces lo invadía, de pronto era un estallido de amor que lo arrastraba hacia ella.

Asenet miró sus labios. Cómo había añorado su sabor. Se aferró a ellos con desesperación, como si pudieran calmar una sed tan antigua como la del desierto.

Sus lenguas se buscaron, se exploraron. Las manos de Badru recorrían la espalda de Asenet mientras ella le embadurnaba la túnica con la harina húmeda a medida que exploraba su torso. El campamento había desaparecido para los dos. Las ropas habían caído, la piel del uno cubría la del otro. Y de pronto, un grito estridente resonó en la cabeza de ambos. Un grito de horror, de miedo. La realidad volvió. Sus cuerpos se separaron. Un grupo de jinetes azuzando a sus camellos derribaba las tiendas de un extremo del campamento.

Les estaban atacando. Los asaltantes vestían túnicas largas e iban protegidos como cualquier viajero del desierto, cabeza y rostro tapados, ojos al descubierto.

—Buscadlo —se oyó una voz. Hablaban en griego.

* * *

Solo una tienda se alzaba en medio de la arena, pero varias hogueras crepitaban mientras la noche caía, despacio, como si el calor del día también la hubiera agotado. Mudads se sentó cerca de la lumbre y miró a sus hombres. Eran menos que cuando los contrató para hacerse con la mirra. Pero el jefe no le había querido contar qué había pasado con el resto de mercenarios. A Mudads no le hubiera preocupado si al espartano no se le hubiera agriado el rostro de aquel modo cuando lo preguntó.

Y ahora estaba allí, en medio del desierto occidental, con Siwa a pocos días de distancia, acompañado de un escuadrón de mercenarios que conocía el contenido de su valiosa mercancía. Y sin embargo, ¿qué otra alternativa le quedaba? En Naucratis solo podía acudir a aquel hombre.

Renqueante, sin duda agotado por el viaje, el jefe de los mercenarios se acercó a él. A pesar de su cojera, se acuclilló y le preguntó:

—¿Hago guardia ante tu tienda?

—¿Lo crees necesario? —respondió Mudads con suspicacia—. ¿Te fías de tus hombres?

—De todos y cada uno. Pero mejor es prevenir. Hoy el guía no ha estado muy acertado.

Mudads concentró la mirada en las llamas mientras asentía.

—Ya lo he visto. Intenta disimular, pero las estrellas asoman. Nos hemos desviado. ¿Crees que la caravana podría alcanzarnos?

—Depende de cuánto tardaran en encontrar a un nuevo guía.

—En Naucratis abundan. —Mudads entrelazó las manos y los pulgares empezaron a girar uno en torno al otro—. Escoge a cinco de tus hombres para que se queden aquí. Tú también te quedas. Al resto envíalos hacia atrás. Esa caravana no debe alcanzarnos de ninguna forma.

* * *

—Deberíamos salir de aquí —susurró Badru.

Habían logrado esconderse tras unas sacas que desprendían el aroma del lino crudo. Los atacantes, a pesar de ser pocos en comparación con la nutrida caravana, habían tomado el campamento. La oscuridad quedaba rota por las hogueras solitarias. Las mujeres y los más ricos comerciantes permanecían en el centro como rehenes, con el filo de las dagas en sus gargantas.

—Si no queréis morir en el desierto, permitid vivir al guía. Solo dejad a mis hombres actuar —decía el cabecilla ahora en un egipcio abrupto y seco.

Estaba sobre una tarima improvisada, a base de fardos, al lado de una hoguera. Mantenía al guía preso y lo amenazaba con una daga mientras algunos mercenarios deambulaban entre las tiendas, antorcha en una mano, espada en otra.

—¿Cómo escapar, Badru? ¿Dónde? —murmuró Asenet aferrada a la empuñadura de su propia arma. El vestido por la cintura, los senos al descubierto

—. Te buscan.

—¿Cómo van a saber que estoy aquí? Son ladrones. ¡Y nosotros estamos escondidos entre mercancías!

Asenet le tapó la boca con una mano. Badru había alzado demasiado la voz. O quizá solo se lo había parecido. Los mercenarios seguían recorriendo el campamento, mientras los viajeros que no eran rehenes se unían como ganado asustado, acallando gemidos y llantos. Entonces se le ocurrió.

—Sígueme, Badru.

La joven se metió la daga entre el cinturón y el vestido y avanzó agachada para intentar rodear por detrás los fardos que los escondían. Camuflarse entre la gente era su única posibilidad y, como la leona entre las matas altas, les permitiría observar mejor qué sucedía. Pero un resplandor sobre la cabeza la hizo detenerse. Notó el abrazo de Badru por detrás y, por el impulso de él, ambos cayeron de espaldas. Inmediatamente, Asenet se llevó la mano a la daga, pero no la halló donde la había escondido. El pánico la invadió. Se incorporó enseguida y entonces la vio: una espada había atravesado el fardo. El filo rasgó la saca y los tejidos que contenía quedaron expuestos. Luego la espada desapareció. El resplandor de la antorcha se movió. La espada fue a por el siguiente fardo. Asenet se puso bocabajo. Badru la imitó, y ambos, arrastrándose, retrocedieron para evitar el filo del arma. Luego, algunos fardos de tejido salieron volando. El mercenario que portaba la espada los pateaba. Badru y Asenet, con los brazos sobre sus cabezas, quedaron al descubierto. Pero el mercenario ya se había girado e iba hacia la carga del siguiente comerciante. Badru agarró a Asenet del brazo y le hizo una señal. Dos camellos, ajenos a todo alboroto, permanecían tranquilamente sentados a poca distancia de ellos. La joven asintió y ambos se arrastraron tras los animales.

Al llegar, Badru jadeó angustiado, la espalda contra el pelaje del camello. Pero Asenet se arrodilló y se asomó por encima de la giba. Él tiró de su vestido, aterrado. Si la veían así, con el torso desnudo… ¿Acaso no se daba cuenta?

Asenet bajó, se sentó a su lado y susurró:

—No están robando, Badru. Están destrozándolo todo, como si buscaran algo.

—Pero no puedo ser yo. No hacen caso a la gente.

—¿Qué está pasando?

—Y si… Si Mudads estuviera cerca…

—No sabe que le seguimos, no puede saberlo.

—Pero quizá no quiere que le alcance la caravana. Por algo salió solo. Habrá que recomponer todo esto mañana.

—Tú lo has dicho… Salió solo, Badru. ¿Y si pretende vender la mirra a espaldas de la persona que lo contrató? Si lo han descubierto, quizá no seamos los únicos que lo persiguen.

36

Tenía que concentrarse para captar el rumor del mar. Estaba ahí, a la vista, con un azul intenso moteado por agitadas crestas blancas, como si el mismísimo Poseidón les diera la bienvenida. Gaviotas, pardelas y cormoranes sobrevolaban una pequeña isla que tenían en frente, cercana a la costa, llana y plácida. Al verla, Leandro recordó aquel pasaje de la *Odisea* y entendió por qué habían acampado tan pronto. No era ni mediodía. Por detrás de él, al vaivén habitual de caballos y tiendas se añadían las órdenes de los oficiales de intendencia, que aunque normalmente se encargaban de repartir equipos y raciones, ahora estaban dedicados por completo a recoger toda la harina de cebada que tuvieran las tropas. Leandro miró a lado y lado de la costa, cerca de uno de los brazos del Nilo entregándose al mar.

—Sabía que te encontraría aquí.

No se volvió al oír la voz de Filotas. Las conversaciones no habían sido muy fluidas desde que partieran de Naucratis y la unión de sus cuerpos por las noches se había convertido en desahogo de la tensión que se había instalado entre ambos. Filotas pretendía que todo fuera como siempre y Leandro no sabía cómo hacerle entender que estaba asustado por él, por sus insinuaciones y comentarios tras el encuentro con Stephanós.

Ante el silencio, Filotas se limitó a situarse al lado de su primo. Con las manos a la espalda, estaban tan cerca el uno del otro que sus brazos se rozaban mientras contemplaban el paisaje.

—Supongo que esa es la isla de Pharos —comentó Filotas con una sonrisa, y Leandro presintió el inicio de otra discusión—. Igual a Alejandro, esta tarde, le da por montarse en una de las barcas de esos pescadores de Raukotis para poner el pie donde los dioses retuvieron al rey Menelao a su regreso de Troya.

—No veo nada de malo en ello —respondió Leandro girándose de espaldas al mar. El campamento en construcción estaba más agitado de lo normal a causa de las extrañas órdenes de Alejandro respecto a la comida—. Quizá te lleve y tengas la suerte de pisar uno de los escenarios de la *Odisea*.

—¿No tienes ganas de regresar a casa? No has visto a tu madre desde que tu padre…

Filotas calló. No quería discutir, no usando aquello. Pero anhelaba que Leandro le entendiera. Se volvió hacia él y no pudo contener su mano cuando esta acarició los hombros de su amado primo. Leandro no lo rechazó, pero su mirada seguía fija en el campamento. Sentado ante su tienda, Amminapes observaba con los brazos

cruzados y expresión de hastío. El *kandy* le caía por la espalda como una capa y se había quitado la tiara. Pero su barba lucía con brillos dorados y su tienda, casi tan grande como la de Alejandro, había sido la primera en alzarse tras la del rey. Lisímaco, guardaespaldas real, se le acercó por detrás e intercambiaron unas palabras. Leandro vio cómo se iluminaba la expresión del persa. Mientras se alejaba, metía los brazos por las mangas del *kandy.* Solo se presentaba así ante una persona, y ni reparó en que Lisímaco se quedaba atrás, oteando el campamento a su alrededor.

—No me gusta nada todo esto, Filotas. Ese Amminapes va a ver a Alejandro. Lo trata como a un amigo. Pero es un persa…

—Es el persa que intervino para que Mazaces rindiera Egipto. Y estuvo en la corte de Filipo cuando Darío lo echó de su lado.

—Pero volvió a su servicio. Y ha sido demasiado fácil tomar Egipto. Nada de resistencia. —Leandro se volvió para mirar a Filotas—. ¿No te parece obvio? Al quedarse sin ejército tras la muerte de Sábaces en Issos y sin esperanza de refuerzos porque tu padre se hizo con el tesoro real, es lógico que los persas hayan bloqueado el mercado de incienso para menoscabar la popularidad de Alejandro. Una maniobra astuta.

—¿Y qué quieres que haga?

—Seguro que Amminapes forma parte del plan. Advierte a Alejandro, como hubiera hecho tu padre de estar aquí.

—No quiere escuchar. Por eso mi padre no está aquí. ¿No lo entiendes? Él se opuso claramente cuando el rey decidió rechazar la paz que le ofrecía Darío. Podríamos estar en casa…

—¡Por fin te encuentro, Filotas! —les interrumpió Lisímaco—. Alejandro reclama tu presencia.

Filotas asintió mientras cruzaba una mirada con su primo. Este, con el rostro contraído, cruzó sus brazos sobre el pecho.

—Haré cuanto pueda —susurró Filotas antes de darle la espalda.

* * *

«Hay a continuación una isla en el mar turbulento, delante de Egipto, que llaman Pharos». Aquellos versos volvían una y otra vez a la mente de Alejandro, cómodamente sentado en su *thronos.* El respaldo sobresalía por encima de su cabeza, y mantenía las manos en los reposabrazos, decorados en el extremo con cabezas de león. Normalmente no le agradaba esperar. Pero las voces en el exterior le indicaban que se estaban cumpliendo sus órdenes. A falta de yeso, la harina no era mala opción, y aquel día se sentía dichoso de gozar de aquel tiempo para pensar.

Cinco de sus guardaespaldas se mantenían en formación tras él, con Hefestión tan cerca que podía oler su hermosa piel. El comandante de los hispapistas ya había

llegado, y aguardaba junto al de los arqueros, a un lado del trono, contemplando la *kline* del extremo opuesto, donde comía el monarca. El silencio en el interior de la confortable tienda era tal que Alejandro podía imaginar que estaba solo. O más bien fuera, cerca de la orilla, frente a la isla. Quedaría unida a la ciudad. Seguro que podía hacerse. Dinócrates de Rodas lo conseguiría. Aquel lugar no se merecía menos. Alejandro jamás hubiera pensado que la ubicación sería tan ideal. Estaba lo suficientemente cerca del río como para que las mercancías que fluían a través de él usaran el puerto de la ciudad que tenía planeada, pero lo suficientemente alejada como para evitar desagradables sorpresas con la crecida. Ya podía casi imaginar el ágora y el orden perfecto, en cuadrículas, que le daría Dinócrates. Él también sabría apreciar las posibilidades de aquella ubicación. Y encima, sería delante de la isla de Pharos. Los versos de Homero volvieron a su mente, junto con el sonido de las liras que acompañaban el recitado. Alejandro entornó los ojos y le costó salir de su ensoñación cuando Lisímaco entró para anunciar a Filotas.

Sin embargo, al ver al comandante de los Compañeros de Caballería, el rey sonrió y pidió que se diera paso a Amminapes, que aguardaba desde hacía un rato en la entrada de la tienda, mientras Filotas se situaba al lado del comandante de los arqueros.

—Más cerca, Filotas —le dijo Alejandro haciendo una señal para que se pusiera el primero de la hilera.

Este ocupó su sitio cuando Amminapes ya se postraba ante el monarca macedonio.

—A su servicio, mi señor.

Alejandro no le hizo levantar. Al principio de la campaña le incomodaban aquellas costumbres persas y si las consintió fue porque sus hombres veían así quiénes eran los vencidos. Pero debía confesarse que, ahora, además, le agradaba aquella muestra de respeto incuestionable. Ojalá antes de partir las *poleis* griegas se hubieran comportado de igual modo. ¡Cuántos muertos se habrían ahorrado!

—Amminapes, gracias por tu presteza. Lo cierto es que simplemente quería hacerte una consulta. ¿Has ido alguna vez al oasis de Siwa?

—Sí, mi señor. Me temo que soy el único persa que ha ido. Pero ya en la corte de su padre oí aquellos versos de Píndaro acerca de Amón y no pude resistirme al oráculo.

—Bien, pues ese será nuestro siguiente destino. Mas te ruego discreción. De momento, solo lo sabemos los que estamos aquí presentes. Quiero que te hagas con un buen guía y te adelantes para anunciar mi llegada.

El hombre asintió, con el rostro iluminado, pero esto no impidió que Alejandro captara una mueca de Filotas que no le agradó.

—¿Algún problema? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Mi rey… Solo me preguntaba, ¿por qué no enviar a los sacerdotes egipcios que nos acompañan?

Alejandro frunció el ceño, pero enseguida sonrió. Siempre se podía contar con la sinceridad de Filotas.

* * *

Como una mariposa ligera y risueña, Vashti había vuelto a ser la mujer que aliviaba sus noches de soledad. Y en el jardín, dichosa por marchar a una tierra que era la de su padre, le mostraba a su esposo, con gestos y palabras entusiastas, cómo lo había organizado todo. Aunque en verdad era deber de la primera esposa, Cyra se había desentendido por completo. Aquella mañana, Arash de Ecbatana la había visto salir de su habitación. Lo había mirado solo una vez, implorante, y luego se había apartado. Le dolió mucho menos la furia de su reacción cuando le comunicó que debían prepararse para dejar Menfis.

Y ahora, el entusiasmo de Vashti no lo consolaba. No escuchaba, ni siquiera veía a los esclavos atravesando el jardín con los fardos. Sentado en un taburete del pórtico, no sabía cómo decírselo. Todo estaba listo ya para la partida, pero él no acompañaría a la familia, por lo menos de momento. Si las cosas no salían como esperaba, tenía preparada su propia huida. Pero si salían mal… ¡Oh, Cyra! Jamás se lo perdonaría.

Habían empezado a llegar a la ciudad embajadas que requerían audiencia con Alejandro, atendidas ya por las nuevas autoridades. Quedaban pocos nobles persas, y aún menos antiguos partidarios de su suegro dispuestos a arriesgar su riqueza. Arash apenas tenía una guarnición de mercenarios contratados y el tiempo era como un grupo de buitres sobrevolando su cabeza. Lo necesitaba para convencerlos, pero a él mismo le costaba mantener la fe. Se sabía que el nuevo faraón había partido de Naucratis hacia la costa, ignoraba cuándo volvería, y la ruta del incienso volvía a fluir, gota a gota. Aun así, en Menfis la escasez se había agudizado, y la sublevación podía estallar en cualquier momento o quizá jamás llegara a estallar, sobre todo si Mudads hacía la entrega de su mirra en Naucratis. ¡Que Amminapes se saliera con la suya era lo peor y su mayor riesgo! Solo le consolaba alejar a su familia de aquello.

—¡Oh, querido! ¿Dónde estás? —le preguntó Vashti acariciándole un hombro —. Sé que para ti es un duro golpe, pero has hecho cuanto has podido. Si mi padre hubiera seguido vivo, sabes que Egipto no se habría rendido así.

Arash asintió, pero puntualizó:

—Aún no está del todo perdido. —Su voz le sonó extraña, ajena.

Vashti se arrodilló junto a él y apoyó la cabeza en su regazo, jugueteando con los pliegues de su camisa mientras comentaba:

—Los partidarios de mi padre que quedan no moverán un dedo, querido.

Arash enarcó las cejas. Ella no tenía por qué saber aquello. Solo había compartido sus planes con Cyra.

—¿Por qué estás tan segura?

—Lo estoy, eso es todo.

—No habrás hecho algo que yo no sepa, ¿verdad?

Ella se estremeció. De pronto, se puso en pie y exclamó:

—¡Oh, Cyra, dichosos los ojos! Pero ahora ya está todo casi listo.

El nombre de su primera esposa hizo que Arash de Ecbatana se levantara. Vio que Cyra iba acompañada de Samgar y se alarmó. Pero nada de ello traslució a su voz cuando ordenó a Vashti que se retirara.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ya a solas—. ¿Han regresado con Mudads? ¿Y nuestro hijo?

—Está bien, no te preocupes. Samgar ha vuelto solo. Parece que intentó vender la mirra en Naucratis, pero no lo consiguió.

—¿Venderla? —Arash miró al eunuco.

—Fuimos a ver a quien sospechábamos haría la entrega, un tal Stephanós de Mileto. Pero este nos dijo que Mudads había partido hacia Siwa. Por eso creemos que su intención es venderla.

—Podría ser una pista falsa. ¿Y si ha regresado?

—Lo he comprobado, mi señor, por si había burlado su vigilancia. En su casa ni siquiera han dado voz de alarma por la muerte del mayordomo. Parece que no era muy querido. Se deshicieron del cuerpo para no encontrárselo ni en la otra vida. Y siguen a la espera de Mudads.

—¿Comprendes lo que significa, Arash? —preguntó Cyra tomando a su esposo de las manos—. No tenemos por qué irnos.

—Claro que sí, Cyra. El oasis de Siwa está muy alejado de la ruta. El lugar de entrega es muy simbólico. Seguro que Amminapes hará llegar la mirra directamente a Menfis en el momento oportuno. Amón será el salvador de Egipto, y el faraón es su favorito. Sigo siendo el culpable que él ha preparado para cubrirse.

—Arash, no puedes exigirme que me vaya.

—No me perdonaría si acabaras como una esclava —dijo él apretando las manos de su esposa.

—No ocurrirá si rompemos nuestro matrimonio.

Arash soltó a Cyra y dio un paso atrás, como si le hubieran clavado una daga.

—¿Todo esto por tu hijo? ¿Quieres que se sienta culpable si no logra atrapar a Mudads?

—Es por ti, Arash. Sé que te quedas, lo sé. Si temes por mi vida, divorciémonos y déjame quedarme contigo. Aún estamos a tiempo.

Samgar vio cómo se humedecían los ojos de su señor y, con un dolor en el pecho al que estaba demasiado acostumbrado, se retiró.

* * *

Leandro hubiera preferido un baño en el mar, pero cepillar al caballo también le relajaba. Se concentró en las crines. Eran largas, sedosas al tacto, y ondeaban con la brisa marina. Sin embargo, el oficial no pudo evitar alzar la cabeza cuando, de reojo, detectó movimiento ante la tienda del rey. El secretario del ejército

aguardaba a la entrada, Lisímaco había desaparecido. Pronto, Alejandro apareció seguido de los ocupantes de la tienda. Con paso firme se dirigió hacia la orilla del mar. Allí se apilaba la harina recolectada. ¿Dónde estaba Filotas?

Se encaramó al caballo para intentar localizarlo entre los oficiales que se habían agrupado alrededor del rey. Este empezó a caminar con Dinócrates a su lado. Los dos solos. Y por detrás, los soldados iban tirando la harina al suelo siguiendo el recorrido del monarca. Leandro entendió que estaban marcando los límites de una ciudad. Pero seguía sin ver a Filotas y sentía que el corazón se le aceleraba.

—No estarías pensado en dar un paseíto por la orilla del mar, ¿verdad? Esto les llevará un rato. Que si el perímetro, el ágora, los templos… —Leandro suspiró aliviado. Filotas lo miraba con los brazos en jarras y sintió deseos de abrazarlo, pero se limitó a bajar del caballo con una sonrisa mientras este añadía—: ¡Qué desperdicio de harina!

—Se la comerán las aves. Por eso el yeso es más seguro —respondió Leandro ya ante él—. ¿Dónde te habías metido?

—Esperaba encontrar a tu palafrenero, pero me alegra que seas tú el primero en saber que nos vamos. —Filotas vio el desconcierto en el rostro de su primo y añadió—: El rey quiere ir al oráculo de Amón, en Siwa, y le ha pedido a Amminapes que vaya a anunciar su llegada.

—¿Y por qué no envía a los sacerdotes egipcios? Sería más lógico.

—Prefiere llegar escoltado por ellos. Dice que no puede permitir que les pase nada en el camino.

—¿Y manda a Amminapes porque no le importa que muera en el desierto?

—¡Exacto! Pero como no te fías, he conseguido que nos deje unirnos.

—Si llega y falta incienso para los ritos, será un desastre. Después del viaje, hasta se podría enrarecer el ambiente entre las tropas.

—Y más con una rebelión egipcia asegurada por este motivo. Porque no dudes que se sublevarían en cuanto la noticia corriera por el Nilo. Mal augurio, vete a saber. Y encima dejándolo todo en manos de un oráculo. —Filotas negó con la cabeza, preocupado—. Por mucho que Perseo y Heracles hubieran visitado ese oráculo, no se da cuenta del riesgo que corre.

—Pero ¿cómo puede no ser consciente? Siwa está alejado de la ruta del incienso. Si hay problemas en el Nilo, con más razón allí las reservas serán escasas.

—¡Ir ya es una temeridad de por sí, Leandro! En la batalla, puedo entender que se arriesgue. ¿Quién se resiste a un buen combate? Pero esto es innecesario. No está casado, no hay heredero al trono y decide mandar a Amminapes porque el camino por el desierto puede ser peligroso. ¡Está obsesionado con emular a Heracles y eso se tiene que acabar!

Leandro miró al suelo, pensativo. Alejandro había demostrado ser un general metódico y un político sagaz. Aquello no era un capricho.

—Ir a Siwa estaba planeado desde que salimos de Menfis, al igual que llegar aquí para crear una ciudad no es una casualidad —repuso—. A ojos de los

egipcios, se aleja totalmente de los reyes persas, ensalza su fe. Su popularidad crecerá, sin importar lo que tarde en restablecerse la ruta del incienso.

—Si tú lo crees… —dijo Filotas sin ganas de continuar la conversación. Leandro veía al rey como lo hacían los soldados. Pero no trataba con él, no había visto aquel brillo en sus ojos, ni se daba cuenta de que los ponía a todos en peligro cuando ya podría haber acabado con aquella campaña—. Anda, avisa a tu palafrenero. Nos iremos antes de que el sol alcance su cénit.

37

Una luz tenue anunciaba el amanecer y Mudads, con la mirada en el este, se impacientaba. Aquella hora era la mejor para avanzar, cuando el frío de la noche se desvanecía y no ardían los rayos de sol. Las sacas con la mirra entre la canela estaban cargadas, el campamento recogido y los camellos dispuestos, pero dos de sus mercenarios aún no habían regresado. Mudads se acercó al jefe. Este oteaba el horizonte, hacia el lugar que señalaban las huellas de los dos camellos en los que los vigías se habían marchado.

—Salgamos —ordenó el comerciante—. Si están sanos y salvos, ya nos alcanzarán.

Se volvió hacia su camello, pero la voz del jefe lo detuvo.

—No es prudente, señor. La caravana fue atacada hace tres noches. Si no sabemos qué produce su retraso, quizá tengamos tras de nosotros…

—¡Arena y sol, nada más! —se enfureció Mudads—. Siwa ya está a tiro de piedra. No pienso perder más tiempo. Cuanto más tarde, mayores son los riesgos que asumo. Quiero acabar con esto de una vez por todas. ¡Tengo una recompensa que cobrar!

El jefe no tuvo más remedio que obedecer y sus hombres lo hicieron a regañadientes. No les agradaba dejar a dos compañeros atrás. Aguardaron a que designara a alguien para averiguar qué había pasado o cerciorarse de que la retaguardia era segura. Pero se limitaron a partir, con el guía a la cabeza, solitario, y los camellos con la mercancía bien escoltados.

Mas a los pocos pasos, uno de ellos gritó:

—Alto, mirad allí, al norte.

Dos jinetes se aproximaban con los camellos al galope. El jefe esgrimió una de sus lanzas, atadas en un costado del animal como se haría en un caballo de guerra. Los hombres del flanco derecho le imitaron, mientras el resto hacía sentar a los camellos cargados y dos traían ya a Mudads y al guía para obligarlos a tumbarse detrás de los animales.

—Bajad las armas —ordenó entonces el jefe—. Son los nuestros.

—¿Y por qué vienen desde el norte? —preguntó Mudads.

—Ahora nos lo contarán ellos.

El jefe se bajó de su camello, al igual que el resto, cuando los dos hombres les alcanzaron. El sol regalaba ya sus primeros rayos y la luz se había tornado anaranjada. En cuanto se detuvieron, uno de los jinetes se dejó caer sobre el cuello

del animal y sus compañeros enseguida acudieron en su ayuda.

—Está herido en el brazo —anunció uno de ellos.

—No le he podido sacar la punta de la flecha —apuntó el recién llegado que lo acompañaba.

Tenía la cara polvorienta, enrojecida por el esfuerzo y la angustia.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el jefe de los mercenarios sin mirar a Mudads, aunque lo sabía a su lado, expectante.

—Los atacantes de la caravana. ¡Vienen justo detrás, directamente hacia nosotros! Nos hemos desviado hacia el norte para intentar despistarlos.

—¡Eso es imposible! No estaban en reconocimientos anteriores —se quejó Mudads—. No me habréis tendido una trampa, ¿verdad?

—Si no han encendido fuego, las dunas les habrán ocultado —repuso el jefe de los mercenarios, malhumorado, mientras miraba a su alrededor. Estaban en un enorme llano de arena y piedra, con apenas algún hierbajo mustio—. Han esperado. Ahora nosotros no tenemos dunas que nos escondan.

—¿Me has oído? —insistió Mudads agarrándole del brazo.

El jefe de los mercenarios lo miró a los ojos y se sacudió.

—Siempre he cumplido, ¿no? —repuso en tono seco—. Podría haberme aprovechado de la última misión que me encomendaste y no me hubieras visto más el pelo si me hubiera quedado con ese cargamento de incienso. Así que ahora no me vengas con dudas. ¡Podemos morir todos!

Luego se volvió para dar las órdenes necesarias. La única ventaja era que los verían llegar, pero solo si actuaban con presteza. Descargaron los camellos por si alguno huía en plena batalla. Luego los hicieron sentar en círculo, como muralla en cuyo interior quedaron Mudads, el guía y la carga.

Cuando los mercenarios subieron a sus propios camellos, ya se divisaba al sudoeste un escuadrón de una veintena de jinetes al galope. Sabía que no había más. Sus hombres lo habían comprobado al observar el ataque a la caravana desde lejos.

El jefe de los mercenarios ordenó a los suyos formar en tres bloques. Todos sabían lo que significaba aquello. Llevaban demasiado tiempo luchando juntos y no habían sobrevivido por casualidad. Tomaron las jabalinas. El jefe deseó una buena *sarissa* en lugar de aquella lanza corta, y un caballo preparado para la guerra, manejable solo con el cuerpo. ¿Cómo reaccionarían los camellos en una batalla? La tensión se palpaba en el ambiente, pero sus hombres se mantenían inmóviles, con la mirada fija en el grupo cada vez más cercano. ¿Qué más daba si podían controlar o no a los camellos? Sus atacantes estaban en las mismas condiciones.

—¡Atacad!

Los mercenarios azuzaron a sus monturas. Los tres bloques galoparon alineados, pero en cuanto la primera lluvia de jabalinas atacantes voló hacia ellos, se separaron. Uno se mantuvo cabalgando frontal mientras los otros dos se desviaban para alcanzar los flancos de su enemigo. Solo entonces lanzaron las jabalinas. Ningún jinete enemigo cayó, aunque se oyeron gritos.

La batalla se recrudeció cuando los tres bloques cayeron sobre los atacantes, que a pesar de varios giros, no pudieron zafarse y quedaron atrapados en un tumulto. Sangre, sudor, metal, bramidos, gritos… El jefe se sentía revivir en el caos. La estrategia había desaparecido. Tampoco había desierto ni sol, ni Mudads ni misión, ni pasado ni futuro. Todo se limitaba a buscar el punto vulnerable entre la coraza y las grebas, mientras frenaba contragolpes de espada, recibía patadas y las dispensaba. Hasta que un alarido coral tronó en medio de la llanura ardiente y miró a su alrededor. Ya no quedaba nadie más. Habían vencido. El jefe de los mercenarios bajó de su montura y también gritó. Aquella era la sensación que le había convertido en un mercenario, siempre en busca de guerra. ¡Estaba vivo!

Sin embargo, cuando la tensión y la euforia se desahogaron, volvió a la realidad. El sol había ascendido. ¿Cuánto había durado aquello? Miró a su alrededor y se dio cuenta del coste de la batalla.

—Buscad a nuestros heridos, a nuestros muertos —ordenó.

Aquella voz fue como un cubo de agua fría sobre la borrachera de la victoria. Estaban solos, sin médicos, sin cirujanos. Por compasión, el jefe remató a un enemigo calvo, con una vieja cicatriz alargada en su brazo, y luego se arrodilló junto a uno de sus hombres. Parte de la pierna estaba cercenada y ni siquiera lo reconoció cuando tomó su cabeza y la apoyó en su regazo. Desenvainó su daga. El herido murmuraba y sonreía. No parecía sufrir.

—¿Qué hacéis? No los rematéis, no lo hagáis —se oyó de pronto a Mudads.

El jefe alzó la cabeza y vio al viejo comerciante corriendo hacia ellos, sudoroso, medio ahogado por el calor y el peso de su cuerpo. De pronto, notó que lo agarraban del brazo y volvió su atención al herido. Este ahora lo miraba con angustia. El jefe alzó la daga, pero no fue necesario hacer más. Una última exhalación se lo dijo todo y lo agradeció a los dioses con una oración silenciosa.

—No me has oído. ¡Da la orden! —gritó Mudads ya a su lado—. Tus hombres están rematando a todo el mundo. Necesitamos a alguno vivo.

El jefe, indiferente, dejó la cabeza del muerto en la arena con delicadeza y se puso en pie.

—No queda ninguno —anunció a Mudads con frialdad.

—Pero es que, ¿no te das cuenta? No ves que no son simples ladrones. Son mercenarios como vosotros. Uno ha salido huyendo. Lo he visto cuando aún no os habíais cerrado del todo sobre ellos. ¿Quién los manda?

—Seguro que tú tienes alguna idea, ¿no?

—¿Y si vienen más? Deberías salir tras él.

—Tú lo has dicho antes, mi señor Mudads. Siwa está a tiro de piedra. Más vale que nos apresuremos a enterrar a los nuestros si quieres llegar con vida.

* * *

No eran un grupo numeroso y viajaban ligeros. El sol traspasaba el tejido de las

túnicas largas que les habían dispensado y notaban la piel ardiendo. El aire era seco, el silencio clamaba a su alrededor, como si le molestaran los pasos de aquellos viajeros. Los cascos y las corazas iban con el fardo que portaban tras las gibas, y llevaban la cabeza cubierta con un pétaso, como si fueran efebos camino del gimnasio. Aquel viaje los había vuelto a unir y a pesar de la calima nublando el horizonte, el camino les resultaba gozoso. Leandro y Filotas intercambiaban miradas cómplices y apenas podían evitar la risa. Los dos imaginaban lo mismo: Alejandro subido en una de aquellas bestias.

—Camellos y camellos cargando agua para dar de beber a *Bucéfalo*, porque él no se sube en esto, te lo aseguro —dijo Filotas, divertido.

El guía, frente a ellos, observaba el camino indiferente. Leandro sonrió y miró hacia atrás. Amminapes les seguía mientras veinte de los mejores Compañeros de Caballería de su escuadrón cerraban la marcha.

—¡Ah! No me ha oído. Sin su séquito de sirvientes y esclavos, no oye nada —comentó Filotas—. Fíjate en su cara: viaja como si estuviera recorriendo el Hades.

—Alejandro ha tomado una decisión prudente despojándolo de ellos.

—Te dije que no tenías de qué preocuparte. Quiere probarlo, por eso le hace viajar como a uno más de nosotros.

De pronto el guía se detuvo y, mientras Filotas adelantaba su montura para acercarse a él, Leandro dio el alto a la comitiva. Por delante de ellos un camello surgió de la calima. Aguardaron unos instantes, tensos, a la espera de más. Podía ser el preludio de un ataque. Pero el animal siguió avanzando solo y Filotas ordenó:

—¡Que lo traigan!

Dos jinetes salieron al galope mientras el grupo reanudaba la marcha al paso. Filotas y Leandro pudieron ver cómo sus compañeros agarraban las riendas del camello y lo frenaban. Entonces descendieron y bajaron un bulto de la montura. Al acercarse, pudieron distinguir que era un hombre. Los soldados lo tumbaron y le dieron agua. Cuando el resto de la comitiva los alcanzó, Filotas y Leandro se acercaron al desconocido, que permanecía con los ojos cerrados. Filotas se arrodilló junto a él. Tenía la cara quemada por el sol y los labios llagados. En el brazo derecho llevaba atado un trozo de tela harapiento y ensangrentado que había rasgado de su túnica, y en una de las piernas conservaba una greba.

—Está ardiendo —dijo Filotas mientras le tocaba la frente.

El hombre, entonces, agarró el brazo del jefe de la caballería macedonia y abrió los ojos.

—¿Quién te ha atacado? —le preguntó.

—¡Oh, mi señor! Todos han muerto. Llevaban la carga, seguro. Era uno de los nuestros, de los nuestros.

Leandro se extrañó. Aquel hombre hablaba griego y los restos de su atuendo no eran de comerciante. ¿Acaso era un mercenario? ¿Qué peligros les aguardaban? Se volvió hacia atrás y solo entonces se dio cuenta de que Amminapes estaba allí, observando la escena con preocupación.

38

Al fin en Siwa, aún a la espera. Desde lo alto de la azotea, con los brazos cruzados sobre el pecho, Mudads contemplaba la salida de un nuevo sol sobre el mar de palmeras. No le había costado hacerse con una casa en ese laberíntico pueblo de calles estrechas. Un pastor había desalojado a su familia con gusto a cambio del pago recibido. Era un lugar discreto, alejado del oráculo de Amón. Por mucho que el mercenario huido avisara de su presencia en Siwa, a nadie se le ocurriría buscarlo allí, y se había asegurado de que el pastor se marchara lejos del pueblo durante unos días. Aun así, el viejo comerciante miró hacia atrás con suspicacia. Se sentía vigilado por el dios desde lo alto de la roca donde se erigía su templo, pero allí, nada ni nadie se movían, excepto los peregrinos que iniciaban ya el ascenso para consultar el oráculo.

Con un suspiro, Mudads le dio la espalda. Pero no podía dejar de pensar en un Amón vigilante y, además, se sentía extraño en aquel lugar. El poblado parecía un hacinamiento de madrigueras a ojos del rico comerciante de Menfis y, aunque no los veía por las callejas hundidas entre los edificios, sabía que las gentes se entregaban al nuevo día por el polvo que se levantaba entre los saludos matinales y los balidos y los rebuznos. Más allá, como si fuera parte de otro mundo, el palmeral calmo le llenaba la vista. El lago, plateado bajo la luz anaranjada del sol naciente, era el único remanso que no invadía la espesura. Parecía imposible que estuvieran rodeados de desierto. Y a Mudads le inquietaba. ¡Siwa era toda una demostración del poder del dios Seth! Pero la gente acudía a aquel lugar por Amon-Ra, el rey de los dioses. ¿Por qué?

De pronto, sin peluca se sintió desnudo y se dirigió hacia la escalera de madera que, apoyada en una pared, descendía al pequeño patio. ¿Por qué se empeñaba en subir a la azotea cada mañana? El palmeral lo ocultaba todo. No vería su llegada. Con gusto ya hubiera hecho la venta. Ansiaba volver a su casa, reunirse con Asenet. Las cosas no serían fáciles a su regreso, pero dispondría de riqueza y más poder del que jamás había tenido. Sin embargo, para asegurárselo, la prudencia le pedía aguardar. Tanta prisa para que no los alcanzaran y ahora necesitaba la llegada de aquella maldita caravana para pasar desapercibido.

Con fastidio, Mudads puso un pie en el suelo y notó cómo crujían los excrementos secos de cabra bajo la suela de su sandalia. Los mercenarios, acampados en el patio, aún dormían. Pero ¿cuánto tiempo podría mantenerlos en calma? Solo el jefe estaba autorizado a salir, y aquel lugar era demasiado pequeño

para tantos hombres, por mucho que les brindara cerveza y la mejor comida del oasis. El guía, el único hombre despierto, había encendido el fuego del rincón donde cocinaban la familia del pastor y calentaba agua para cocer unos huevos. Mudads se acercó, pero de pronto, la puerta del patio se abrió y entró el jefe de los mercenarios. Se volvió de espaldas para mantener la puerta abierta y Mudads supo que la espera había acabado.

En el patio apareció un hombre muy delgado, de mejillas flácidas y labios pronunciados. Sus ojos estaban hundidos por el cansancio, hasta que se posaron en Mudads. Entonces su cara se iluminó y se dirigió hacia él con los brazos abiertos.

—No me lo podía creer, pero es verdad. ¡Estás aquí! —le dijo mientras lo abrazaba.

—Mi buen Sadiki, no sé cómo llevas tantos años en esta ruta. La travesía por el desierto es durísima.

—Y más si te alojas en un lugar así —respondió mirando a su alrededor—. En mi casa estarás más cómodo. ¡Y es tu primera visita a Siwa! Déjame ser tu anfitrión. Han sido muchos años de buenos negocios.

—Aunque últimamente no he podido servirte como merecías.

—El problema con el incienso parece que afecta a todo el valle, o eso me han dicho en Sais. Nos unimos a una caravana que salía de Naucratis, e incluso con todos los que éramos, nos atacaron en el camino.

—Pero ¿estás bien? —fingió alarmarse Mudads.

—Solo buscaban incienso. Nos retrasaron un poco, eso es todo.

De pronto, la sonrisa de Sadiki se borró y volvió a mirar a su alrededor. Algunos mercenarios se habían despertado y se desperezaban.

—¿Estás escondido?

—A mí también me atacaron por el camino. Sé lo que llevo, por eso iba preparado.

Sadiki sonrió de nuevo.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Ya sabes que no cuento los secretos de mi negocio, ¿no?

—¿Y por qué este viaje? Podrías haber sacado una fortuna en el valle.

—¿Más que aquí? ¿Acaso andáis sobrados? Si la ruta está mal, aquí, tan alejados, con el oráculo…

—La gente está asustada. Hace semanas que no se quema nada de *kifi* por las mañanas.

—¿Y qué tal si vas al templo, querido amigo?

* * *

Aquel sonido era un canto de los dioses. Agua, agua manando de una fuente, cristalina y con fuerza. Asenet se descubrió la cabeza y puso sus manos bajo el chorro. Dejó que el agua le llenara el hueco que había formado con las mismas y se

mojó el cabello. Los rizos chorrearon y el agua resbaló por su nuca, su cara y sus ojos cerrados. Por un instante olvidó por qué estaba allí, pero en cuanto los abrió de nuevo, vio a Badru sentado en el borde de la pila de la fuente. Se había desprendido de la túnica y se había mojado la barba por completo. El joven sonrió mientras sacaba una navaja del zurrón y ella también se sentó, con los brazos cruzados y el corazón de vuelta a la realidad. Aquello le parecía arriesgado, y lo observó pensativa.

La caravana había salido con las primeras luces del alba y habían llegado cuando el sol ya sobresalía por el horizonte. Pero nadie se había quejado por haber acampado la noche anterior tan cerca del poblado que rodeaba al oráculo de Amón-Ra. Estaban exhaustos y la entrada al oasis había sido una fresca bendición. Sin embargo, el día de camino por el abigarrado palmeral había sido tenso. Cualquier atacante podía esconderse entre las sombras. Por ello, al ponerse el sol, todos suspiraron aliviados cuando se dio la orden de acampar. La última noche de calma. Ahora, los camellos habían quedado a las afueras del poblado, solo portaban sus zurrones y la plata, y Badru y Asenet debían enfrentarse a su misión.

Cuando el joven ya se había afeitado la barba, se mojó la cabeza y se llevó la navaja al cuero cabelludo.

—Tiene que haber otra solución —estalló Asenet de pronto.

Él se detuvo, bajó el filo hasta dejar la mano caída sobre su regazo y la miró.

—Sabes que no la hay. Tenemos que acceder al templo. Por su reserva de mirra sabremos si Mudads ya la ha vendido.

—¿Y no puedes inventarte otro nombre?

—No puedo mentir ante el rey de los dioses, Asenet. Como Badru llegué a Nefertum, y así es como me presentaré ante Amón-Ra.

—Pero precisamente por ese nombre hemos huido, por ese nombre estamos buscando a Mudads.

—Temes que le estemos dando alguna pista. Ni siquiera sabe que sigo vivo.

—¡No es por él! —se indignó Asenet—. Es por ti. No quiero que te pase nada. No podría soportarlo. Y si entras solo, no podré ayudarte.

Badru sonrió. Se puso en pie y se sentó frente a ella para tomarle las manos.

—No creo que aquí hayan llegado los funcionarios de la Casa de la Balanza. Ya has visto lo peligrosa que es la ruta y la dureza de este desierto. No somos tan importantes, mi amor. —Le tendió la navaja—. ¿Me ayudas?

Ella le acarició el suave mentón y asintió con resignación. Luego tomó la navaja y se puso en pie para rasurar sus hermosos rizos. Pero su desazón no desapareció.

Al acabar, Badru le tendió uno de los ungüentos que portaba y ella se lo aplicó. El aroma a aceite de palma y almendras se llevó sus temores por un instante, y sus manos y todo su ser se entregaron al tacto suave de la piel de Badru. Sin darse cuenta, de la nuca bajó hacia los hombros descubiertos del joven. De pronto tenía la necesidad de acariciarlo, de sentir su cuerpo cercano, de fundirse con él igual que en las últimas noches. Tras el ataque, había descubierto que así desaparecían el

pasado y el presente y solo quedaba el placer de compartir jadeos, susurros, fragancias y caricias y gemidos en una unión que jamás había imaginado que fuera posible. ¿Y si era la última vez que lo veía? Cuando ya llegaba a su pecho, Badru tomó sus manos y las frenó. Se puso en pie, se volvió hacia ella y Asenet lo abrazó buscando su boca. La pasión se vio correspondida por la ternura. Sus labios se separaron. Él agarró la bolsa de la plata, ella su zurrón y se perdieron entre las callejuelas estrechas.

Alcanzaron la avenida del oráculo, la misma por la que habían entrado. El sol ya calentaba, pero su poder no era el mismo que en el mar de arena. Aquella era la única calle ancha del lugar, bordeada de casas grandes y lujosas, de cuyos patios sobresalían palmeras altas y esbeltas, frágiles fuera de la espesa arboleda que los rodeaba. Asenet y Badru, siempre de la mano, tuvieron que serpentear entre los camellos de la caravana. Los que ya habían sido descargados aguardaban al resto, mientras los mozos se apresuraban a transportar sacas y las gentes se arremolinaban para curiosear.

Pero al ir avanzando, la avenida se tranquilizó, y cuando llegaron a la base de aquella montaña rocosa, apenas algunos viajeros ascendían por el camino. Este era abrupto y la roca resbalaba, alisada por el paso de peregrinos desde tiempos inmemoriales. Asenet y Badru se soltaron las manos y aminoraron el paso, seguros, mientras el sol empezaba a arder a su espalda. Al llegar arriba, la joven quedó impresionada, no por el templo, pequeño comparado con los que había visto en Menfis, sino porque al estar en la cima de aquella enorme roca, parecía dominarlo todo con la mirada, tanto a su pies como más allá, por encima del palmeral, hacia las dunas. Por primera vez se sintió intimidada por un dios egipcio y entendió por qué Badru no estaba dispuesto a mentir en el lugar donde Amón-Ra daba sus respuestas.

—¿Estarás bien? —susurró Badru a su espalda.

El aroma a almendras del ungüento le llegó con la fragancia amaderada propia de él. Ella no se volvió.

—Soy yo quien debería hacer esa pregunta.

—No me pasará nada. Los dioses me protegen. ¿No lo han hecho hasta ahora?

Asenet sonrió y esta vez se giró con la intención de besarlo. Él la detuvo con suavidad, le tomó la mano y se la besó. Luego dijo:

—Es mejor que no te quedes en la puerta. Si por casualidad Mudads viniera…

Ella asintió y se fijó en el patio abierto que precedía al templo. Algunos sacerdotes atendían a los recién llegados, por delante del gran santuario, flanqueado al este por una sala pequeña y al oeste por otra más grande. La humildad del espacio de nuevo la sobrecogió, pues el lugar, labrado de jeroglíficos de colores descascarillados sobre la piedra caliza, parecía encerrar misterios de la mismísima diosa de la mirra, aunque de allí solo emanara un suave aroma frutal. De pronto tranquila, Asenet dejó la mano de Badru y se alejó hacia la esquina, protegida del sol.

Observó cómo el joven entraba en el recinto. Luego su mirada se perdió sobre

los dominios de Amón-Ra hasta que vislumbró su propio hogar en época de lluvias, las praderas, las gacelas, los leones y, sobre las laderas escarpadas, los árboles de mirra, nudosos, con las copas abiertas en un abrazo al cielo. Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. Por primera vez desde su partida sentía su hogar cerca a pesar de la distancia, y no lo recordaba con los charcos de sangre, los gritos y los muertos. Pero ¿volvería alguna vez allí? ¿Lo deseaba?

Como si fuera una señal, un suave efluvio le trajo el aroma de su amada mirra, sutil y lejano, pero claro y estremecedor. Demasiado para ser un simple recuerdo. La joven salió de pronto de su ensoñación y ladeó la cabeza. Un hombre muy delgado de cara risueña salía acompañado por otro mucho más fornido y expresión hosca, que caminaba renqueante.

—¡Alegra esa cara, hombre! —decía el primero. Asenet observó un abultado paño entre sus manos. ¿Acaso venía de ahí el olor?

—Solo quiero largarme de este lugar —respondió el otro.

Asenet se estremeció. Había hablado en egipcio, pero aquella voz… Jamás la olvidaría. Era él. Lo oyó en el desierto occidental, lo oyó en su aldea. ¡El mercenario de Mudads! El miedo la paralizó por un instante, pero no podía haber reconocido a Badru dentro, pues no saldría tan tranquilo. Aun así, en cuanto se hubieron alejado hacia el camino, la joven se escurrió hacia el templo con ansiedad. Su corazón apenas se calmó al ver a Badru en el patio, hablando con un sacerdote que estaba de espaldas a la entrada. Él la vio, ella reconoció la alarma en el rostro del joven. Asenet se giró. El mercenario y su acompañante habían desaparecido ladera abajo. No era prudente que Badru les siguiera. Debía hacerlo sola. Pero ella misma había sido un objetivo para aquel hombre por orden del viejo comerciante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Badru detrás de ella.

—Sé cómo podemos encontrar a Mudads.

* * *

Aquello estaba mucho mejor. La casa de Sadiki en Siwa era de estilo egipcio, con un amplio jardín, fresco y bien cuidado, una parte del patio donde había una cocina de verdad, esclavos haciendo el pan, habitaciones repletas de flores y hasta el baño con agua cristalina en la cestilla que ahora caía sobre su cabeza, mientras aquella preciosa esclava le frotaba el cuerpo con saponaria. Desde luego, no era tan hermosa como Asenet, pero era joven y apetecible, y Mudads no podía evitar que su miembro reaccionara. Pero antes, quería aliviar su apetito con comida de verdad. Mandó a la esclava a buscarla y él salió al dormitorio. Aspiró la fragancia de la mirra. La habían despojado de todo disfraz de canela y allí estaba su tesoro, en sacas nuevas y relucientes. De pronto la puerta se abrió y Mudads no pudo evitar relamerse. Pero no era la chica con las viandas quien entraba.

—¡Pagarán lo que has pedido! —comentó Sadiki en tono triunfal—. Tendrías

que haber visto la cara del sumo sacerdote cuando ha visto la muestra. ¡Dice que Amon-Ra ha escuchado sus plegarias! No les quedaba ni una lágrima que quemar. Pero antes quieren ver la mercancía. Vendrán esta tarde.

—¿Has dicho que no les queda nada? —preguntó Mudads serio—. Vuelve al templo. Retrasa el encuentro.

—Pero ¿por qué?

—¿Y si su intención es requisarnos la mercancía en el nombre de Amón? Necesito recuperar a mis mercenarios. Y te aseguro que no estarán sobrios.

39

Habían llegado sin problemas y el guía no dejaba de hablar del nuevo faraón, cuyo poder divino les había protegido en su camino por el desierto. El oasis había aparecido como una señal de los dioses, poderoso y exuberante, pero el frescor de las palmeras no había devuelto a Filotas el buen humor que lo había acompañado hasta que hallaron a aquel mercenario. Tras enterrarlo en el desierto, Leandro lo sintió distante y malhumorado. Ni siquiera sonrió ante aquella amplia avenida que conducía al oráculo. Los habitantes del poblado los miraban con curiosidad y Leandro entendió que imaginar el desfile de Alejandro, triunfal como dios en la tierra, dirigiéndose al templo erigido sobre aquella impresionante roca, no ayudaría a mejorar el humor de su primo.

—Vamos a dividirnos —dijo Filotas deteniendo su camello.

Leandro hizo la señal de alto. Luego se acercó a él para recibir las órdenes mientras se quitaba el pétaso, a pesar de que el sol estaba en su cénit.

—Que diez hombres se queden aquí con los animales. Llévate una buena escolta, digna del rey de Macedonia, al templo. Acompañarás a Amminapes. Mantente a su lado constantemente y que el guía te haga de traductor.

Filotas se volvió y Leandro no pudo evitar que su brazo se alargara para detenerlo. El comandante de la caballería se giró y lo miró con frialdad.

—¿Y tú adónde irás?

—Tranquilo, no iré solo —respondió Filotas mientras su mirada se tornaba más dulce y volvía a ser él mismo.

—Pero eres el oficial de más rango de nuestro rey. ¿No deberías anunciarlo tú ante los sacerdotes del santuario?

Filotas se acercó a su primo. Sus corazas se rozaban y Leandro se sintió incómodo. Pero de soslayo vio que los soldados habían bajado de los camellos y estaban demasiado ocupados refrescándose con el agua de sus odres.

—Estoy convencido de que el hombre que enterramos en el desierto era un mercenario —susurró Filotas—. Y dijo «era uno de los nuestros».

—¿Crees que fue atacado por otros mercenarios?

—Piénsalo bien, Leandro. Es posible. Y si es posible, también lo es que el enfrentamiento fuera porque no querían ser descubiertos en su camino a Siwa. ¿Y si son parte de una trampa a nuestro rey?

—Pero ¿cómo iban a saber que Alejandro tenía intención de venir?

Filotas miró hacia Amminapes, que los observaba con expresión hosca y

desafiante.

—¿Crees que a Alejandro se le ocurriría venir aquí por sí mismo? ¡Es un riesgo! ¿Y qué sabemos de esos sacerdotes egipcios?

—¿Que odian a los persas?

—¿Estás seguro de que no aman más el oro y las riquezas? Tú no viste su recinto sagrado por dentro.

Leandro recordó la cara de preocupación del persa cuando encontraron al mercenario. Podía ser que hubiera pagado a los sacerdotes, a los mercenarios, pero…

—¿Y qué hacía el grupo del muerto? ¿Quién los pagaba y por qué estaban en estas tierras tan apartadas?

—Solo hay un modo de averiguarlo, Leandro.

—Entonces llévate a todos los hombres.

—No sabemos si están en el santuario. No te envío a una misión fácil.

* * *

El sol se dirigía hacia el oeste y en breve sus espaldas arderían. Deberían moverse, pero Badru vio que uno de los guardas miraba a Asenet y se sentó en un muro bajo, semiderruido, invitándola a ella con un gesto. La joven así lo hizo y él sacó del zurrón un pedazo de queso y una hogaza de pan. Comieron sin perder de vista la puerta principal y aquel día, por lo menos, se habían podido colocar al amparo de la sombra.

Habían seguido al hombre y al mercenario hasta aquella hermosa casa, por detrás de la avenida del oráculo. Y al principio, Badru albergó dudas. Sin embargo, los hombres que empezaron a llegar, en su mayoría borrachos o resacosos, hablaban en griego y, aunque no era raro encontrar viajeros del Egeo en el oasis, todos venían para consultar al oráculo, no a disfrutar del vino o la cerveza. El segundo día de vigilancia, el sumo sacerdote de Amón entró por la puerta principal seguido de su séquito. La puerta la abrieron los hombres totalmente serenos, ataviados con corazas y armados con espadas. Entonces ya no les cupo ninguna duda. Allí dentro estaba la mirra y, con ella, Mudads. Un sacerdote menor que había ido varias veces desde entonces se lo acabó de confirmar. Su última visita había sido la tarde anterior.

Pero aquel era el tercer día que habían pasado vigilando la casa y, desde la marcha del sumo sacerdote, las puertas habían permanecido con guardas. La principal, con dos centinelas, la trasera con uno. Llevaban túnicas sobre la coraza, pero esta se intuía cuando se movían, así como el filo de sus espadas.

—¿Y si la han vendido por la noche? —susurró Asenet con una sonrisa forzada.

—Imposible. Lo hubiéramos visto. Mudads debe tener miedo a que se la requisen, por eso los mercenarios y los sacerdotes están desesperados. Pagarán,

pero a la luz del día.

—Entonces, ¿por qué no han hecho la venta ya?

—¿En Punt no se regatea?

Asenet no pudo evitar sonreír de verdad ante el comentario de Badru, que ahora se metía un trozo de queso en la boca. Sin embargo, el joven dejó de masticar y su mirada se quedó fija en la puerta. Asenet depositó el pan al lado, se puso en pie por detrás del murete y se acercó a Badru para acariciar sus hombros, mientras disimuladamente miraba en la misma dirección que él.

La puerta se había abierto y los mercenarios del interior salían en tropel, entre risas y palmadas en la espalda. Badru elevó la mirada. Se cruzó con los ojos de Asenet. Sin mediar palabra, ambos asintieron y él recogió las viandas con calma mientras ella bordeaba el murete. Luego, los dos avanzaron hacia el callejón de la puerta de servicio, en dirección contraria a los mercenarios.

—Te dije que no desesperaras —le susurró Badru al oído—. Tantos hombres no pueden permanecer encerrados muchos días. Mudads sabe que se pueden convertir en un peligro.

—Y más esos —murmuró Asenet entre dientes.

—El sacerdote de ayer debió de acordar algo definitivo. Se debe sentir más seguro —señaló Badru mientras doblaban la esquina.

Entonces aminoró el paso. En la puerta de servicio seguía habiendo un guarda.

—Puedo encargarme de él, Badru. Quédate en la esquina.

El joven la agarró por el brazo que ella ya estaba metiendo en su zurrón y la atrajo hacia él. La arrinconó contra la pared y le dio un beso en la boca, duro, desesperado.

—Es demasiado arriesgado, Asenet. Hemos de seguir esperando.

—¿Hasta cuándo? Tú mismo has dicho que el último sacerdote…

Una sonora carcajada la hizo callar y ambos miraron hacia la puerta de servicio. Estaba abierta. Salía una muchacha de piel oscura con la ropa rasgada. El guarda, riéndose, tiró de los restos de su vestido. La dejó completamente desnuda mientras ella intentaba huir. Entonces pudieron ver que de sus labios brotaba sangre, como si la hubieran abofeteado. Fue apenas un instante, pues el guarda, raudo, sacó su espada, la estiró hacia los pies de la joven y la hizo caer.

—¿Qué miráis? ¡Anda, largaos! —les espetó agitando la espada.

Badru y Asenet se volvieron. Ella sacó la daga de su zurrón y miró a Badru. Él no dijo nada. Se oían los gritos acallados de la joven, el forcejeo y alguna bofetada.

Asenet se giró. El mercenario estaba sobre la muchacha, con la túnica levantada hasta la cintura. No se percató siquiera cuando el filo del cuchillo se clavó en su nuca. Cayó muerto sobre ella, que la miraba con ojos desorbitados. Asenet tenía en su mente a Mandisa, su expresión cuando la rescataron. Recuperó el arma. La sangre brotó en abundancia, impregnándolo todo de aquel olor metálico y duro. Intentó levantar el cadáver, sujetándolo por los hombros, pero pesaba demasiado. De pronto, sintió que alguien la apartaba. No era Badru, no su olor. ¿Quién era? Levantó la daga aún ensangrentada y se volvió, pero la mano de

Badru la detuvo y fue como si saliera de una ensoñación. Ante ella había un joven negro, alto y espigado como los de su aldea, que la miraba con ojos húmedos.

—Gracias por salvar a mi hermana —musitó.

Sin mediar una palabra más, ayudó a Badru a liberar a la chica mientras Asenet guardaba el arma y se quitaba el manto que llevaba sobre los hombros. Se lo tendió a la joven, que lo tomó, por primera vez con un destello de entendimiento en los ojos.

—¿Ha sido Mudads? Dentro de la casa… —preguntó Asenet.

La mirada de la muchacha lo dijo todo mientras su hermano la cubría con el manto.

—¿Dónde está? —preguntó Badru.

—En la segunda planta, la habitación frente a la escalera —respondió ella.

Badru y Asenet si dirigieron hacia la puerta de servicio.

—Espera —oyeron tras de sí.

Se detuvieron. Era la chica, que de pronto corría hacia ellos. Los alcanzó y los acompañó hasta la entrada. Allí, un hombre ataviado con una fina túnica estaba postrado al lado de una mesa, con la vajilla rota a su alrededor, mientras una mujer lloraba en un rincón, junto a un fuego donde un cabrito al espetón se quemaba.

—Padre… —dijo la muchacha. El hombre levantó la cabeza. La mujer dejó de llorar y los miró—. Ella me ha salvado. Acompáñalos a su habitación, como si fueran una visita.

—¿Y tu hermano?

—Fuera.

El hombre asintió y se puso en pie. Era alto y fornido, como lo fue Matsimela. Dejaron atrás el patio de la cocina y lo siguieron hacia la escalera de servicio. Ya arriba, se detuvo ante una puerta cerrada. A Asenet se le encogió el corazón. Tomó la mano de Badru. El olor a mirra le llegaba con intensidad. El hombre se hizo a un lado y preguntó con la voz hueca:

—¿Lo van a matar?

—No —respondió Badru—. Lo llevaremos a Menfis, a la Casa de la Balanza.

—Les esperaré en la habitación de al lado, por si necesitan ayuda al salir.

Asenet asintió y el hombre se retiró. Luego miró a Badru, ambos tomaron aire y ella empujó la puerta con decisión.

Mudads, en la cama, desnudo, sin su peluca, se sobresaltó al verla.

—¿Asenet? —preguntó incrédulo.

Ella dio unos pasos hacia él mientras Badru entraba y cerraba la puerta.

—¿Y ese?

—Lo creías muerto, ¿verdad, Mudads? —respondió ella mientras sacaba de nuevo la daga de su zurrón. Se detuvo. Ya había matado dos veces, y la repulsión y el dolor eran tan grandes que sabía que esta vez no le costaría acabar con él. Solo el deseo de ayudar a Badru la mantenía quieta en aquella habitación.

—Pretendías usarme para inculpar a mi padre de una conjura contra Alejandro.

—¡Ah! ¿Eso? Surgió sin quererlo. Los dioses te pusieron en mi camino —

comentó Mudads con ironía. Luego cambió la expresión. Convertido de pronto en un viejo patético e indefenso, miró a Asenet y añadió—: ¿Lo amas? ¿De verdad lo amas?

—Somos nosotros quienes hacemos las preguntas —respondió ella con rabia —. ¿Quién te pidió que bloquearas la ruta del incienso?

—No me lo pidieron a mí solo —comentó Mudads—. Esto es mucho más grande de lo que imagináis. Mejor sería que dejaras a ese hombre y vinieras conmigo, Asenet. Entra en razón.

Badru se acercó a Mudads y lo abofeteó. El viejo indefenso rio y reapareció el comerciante engreído y burlón.

—¿Te sientes inseguro? Tranquilo, ya me cubro —dijo mientras estiraba la mano hacia la cabecera de la cama, donde reposaba el *shenti* arrugado.

—¿Fueron los sacerdotes de Apis en Menfis quienes urdieron el plan? —insistió Badru—. ¿O quizá Amminapes? ¿Él te ha prometido el puesto que ocupaba Arash de Ecbatana?

El viejo de pronto tiró el *shenti* a la cara de Badru y, con una rapidez inusitada, metió la mano bajo un cojín y sacó una daga. Asenet solo tuvo tiempo de ver el filo alzándose en el aire. Sus piernas reaccionaron sin que ella se diera cuenta y de pronto se vio empujando al anciano. ¿O fue ella quien recibió el empujón? La daga brilló, Badru gimió y cayó al suelo mientras Asenet quedaba tendida en la cama y Mudads luchaba por mantener el equilibrio. Un sonido metálico retumbó. La joven se dio cuenta de que se le había caído el arma justo cuando el anciano se giraba hacia ella con la daga en la mano.

—¿Qué le has hecho? —gritó mientras intentaba incorporarse.

Un golpe seco en el vientre se lo impidió. Asenet se retorció de dolor en el mullido lecho.

—No te dejarás domar, ¿verdad? Él me interesa vivo. Entrada triunfal del gran Mudads, al servicio de Egipto. En la Casa de la Balanza me van a adorar. Pero tú… Perderás la cabeza como tu padre y así no podrás reencontrarte con él en la otra vida.

Pero, de pronto, la puerta se abrió. Mudads se volvió. Asenet recordó al padre de la joven en la habitación de al lado. Esperanzada, se sobrepuso al dolor en el vientre, pero cuando se alzó, solo le dio tiempo a ver a Mudads atravesado por una espada, sus piernas vencidas, la daga en el suelo. La espada se liberó, y mientras el cuerpo aún se sostenía en el aire, el filo voló y le arrancó la cabeza de un tajo limpio. El cuerpo de Mudads cayó con un sonido sordo, mientras la sangre lo salpicaba todo. Pero esta vez, su olor no la llevó de nuevo al horror de su palacio. ¿Quién era aquel hombre que sonreía con la espada en la mano?

40

La ventana oeste, flanqueada por los grabados de Onuris y Tefnut, iluminaba los papiros distribuidos con delicadeza en los estantes. El dios estaba representado con una corona de cuatro plumas, y la diosa con su cabeza de leona afable. Al sumo sacerdote de Amón-Ra siempre le habían parecido la representación perfecta del poder del oasis de Siwa: Onuris, la fuerza creativa del sol; Tefnut la fertilidad del rocío. Ambos, gracias a aquella ventana, iluminaban incluso el santuario cuando la puerta quedaba abierta. Y ahora, el sumo sacerdote esperaba una señal de alguno de los dos. Pero no la hubo y fue incapaz de disimular su desazón. ¡Solo le faltaba aquello! Ante sí, el anuncio de un sueño hecho realidad: el faraón en el oráculo. Sin embargo… Dejó caer los brazos, se volvió hacia la comitiva, tomó aire y se atrevió a hacer una pregunta. Después de todo, quizá aquello era una señal.

—¿Trae el venerado protector de Egipto, amado de Amón, elegido de Ra, algo de incienso para ofrecer al oráculo?

Leandro clavó la mirada en Amminapes, que fruncía el ceño con desagrado.

—Su presencia es un regalo —respondió el persa—. ¿Acaso niegas al faraón, tu sumo sacerdote, su derecho a hacer uso de las resinas perfumadas del templo?

El hombre bajó la cabeza. Vestía de un blanco inmaculado, incluso las sandalias de palmera trenzada eran blancas y, sin embargo, Leandro pudo ver cómo enrojecía. Su humildad nada tenía que ver con los sacerdotes que acompañaban a Alejandro, que lucían lujosos pectorales y se hacían acompañar por esclavos que los atendían a todas horas. Aquella sala era austera y el templo en sí medía poco más de diez *orygyia* por siete de ancho. Leandro dudaba de que Alejandro supiera que emprendía un viaje por el duro desierto para llegar a tan modesto lugar. Pero lo que sí sabía era que el tono de Amminapes, altivo y pretencioso, no sería del agrado del rey de Macedonia en una situación como aquella. Por ello, el oficial intervino conciliador:

—Me consta que no negarían incienso al faraón si no fuera por un buen motivo. ¿Acaso tienen problemas con sus reservas?

—No tenemos reservas —respondió el sacerdote, que ahora alzaba la cabeza con mirada angustiada—. Nos queda algo de olíbano, pero la mirra… Hace tiempo que se acabó. Un comerciante ha traído un buen cargamento desde Naucratis, pero la guarda protegida por mercenarios. No puedo requisarla. Y el pago… Estamos intentando reunir cuanto podemos, pero…

—¡Oh, vamos! —le interrumpió Amminapes—. Este oasis es rico, por lo tanto,

también el templo. ¿Cómo es que no ha pagado ya?

—No puedo reunir esa cantidad. Estallaría una rebelión. Hay tesoros que podemos usar, pero lo que es sagrado…

Leandro clavó una mirada furiosa a Amminapes. El sacerdote había entrecruzado las manos y humillaba su cabeza de nuevo, por lo que le interrumpió:

—No se preocupe. Hallaremos la solución. Ahora están aquí los soldados del faraón. Indíqueme cómo hallar a ese mercader y se lo comunicaré a mi superior.

—Mi pupilo les acompañará. Ha ido a menudo para intentar conseguir una rebaja razonable, sin demasiado éxito, la verdad.

—Le esperaremos en el jardín —concluyó Leandro.

Aguardó unos instantes a que Amminapes saliera por delante de él y lo siguió. Sus hombres esperaban fuera del recinto. Desde allí podía ver que mantenían la formación. Se habían desprendido de la ropa de travesía y vestían la túnica corta, con las corazas cubriendo el pecho y las *sarissae* alzadas.

—Sé que el rey te ha mandado para que anunciases su llegada, pero era innecesario hablar de esa forma al sacerdote —le recriminó Leandro a Amminapes. ¿Era eso lo que había venido en realidad a asegurar, un cuantioso pago?

El persa se detuvo, se puso la tiara y se volvió hacia el oficial macedonio.

—Llevas poco tiempo en Egipto. No deberías dejarte engañar por los sacerdotes de Amón-Ra. Son ambiciosos, sedientos de poder… Supongo que por eso el rey me ha elegido para esta misión.

—Lo creo en Menfis o en Heliópolis. Pero ¿aquí, en medio de la nada? Sabemos que hay problemas con la ruta del incienso. ¿Cómo no iban a afectar a este lugar tan remoto?

—¿Lo sabéis? ¿Quiénes? ¿El rey lo sabe?

Leandro se sorprendió ante la expresión de Amminapes. De pronto, reflejaba miedo.

—Por supuesto. Alejandro lo sabe todo.

El persa se quitó la tiara y la arrugó entre sus manos mientras murmuraba:

—¡Ese Arash! Pensé que estaba todo solucionado.

—¿Arash? —preguntó Leandro.

—No creí que le quedara poder para tanto, la verdad.

—¿A qué te refieres? Sé claro…

—Observé el mismo problema en Menfis. Pensé que podía ser una conjura de algunos nobles persas. No todos estaban de acuerdo con rendir Egipto a Alejandro. Supuse que querían menguar su fama, provocar una rebelión del pueblo y aprovechar la oportunidad para alzarse también.

—¿Y por qué no se lo comunicaste a Alejandro o a alguno de sus generales?

—No tengo pruebas. Ninguna. Amenacé a Arash, a su familia, y lo dejé bajo vigilancia. Además, me consta que una de sus esposas, la hija del anterior sátrapa, pidió algunos favores a los amigos de su padre. Quería ir a Persia. Así que di por hecho que Arash planeaba marcharse. Sin aliados, ¿qué puede hacer?

—Y los egipcios no aman a los persas…

—Nunca los preferirían por encima de Alejandro. Por eso me costó tan poco convencer a Mazaces de que la rendición era lo mejor. Hubiéramos tenido dos frentes, y sin apenas ejército. Después de los de Issos, nadie hubiera venido de Persia a ayudar.

—Y si no han sido los persas, ¿quién puede haber tras todo esto? —murmuró Leandro.

—¡No lo sé! Quizá me equivoqué. Y si el gran faraón llega y no puede ofrendar mirra… ¡Oh! Todo el Nilo lo interpretará como un mal augurio. Su poder divino quedará en entredicho.

Aquella última frase espoleó los pensamientos de Leandro. No podía ser. No. Solo conocía a una persona que odiara el poder divino que los egipcios concedían a Alejandro. El sumo sacerdote ya se acercaba a ellos con su acólito caminando unos pasos tras él. Leandro los veía como si estuviera en un sueño, mientras a su mente acudían aquellas reuniones clandestinas: Tebas, Atenas, resentimiento contra Alejandro. Y el contacto con aquel mercenario, en Menfis, cuando aquella mujer le impidió ver lo que pasaba, y luego el mismo hombre en Naucratis, cuando él aguardó sin escuchar la conversación, en la misma ciudad de la que procedía la mirra que ahora estaba en Siwa. Tenía que salir de dudas. ¿Dónde estaba Filotas?

* * *

—Así que aquí está ese dichoso cargamento de mirra —dijo Filotas en griego —. Demasiada ambición rompe el saco.

Sin entender lo que aquel hombre decía, Asenet se deslizó con sigilo hasta Badru mientras el hombre se paseaba por la habitación, rajando las sacas y sonriendo ante su contenido.

—Por suerte, he llegado a tiempo.

Badru respiraba, aunque se le empezaba a hinchar una parte de la cara. Con su propio vestido, Asenet limpió la sangre que manaba de una ceja. No era ni un corte. Probablemente había recibido un golpe con el mango de la daga de Mudads. Lo acarició con suavidad mientras murmuraba su nombre. Los párpados se movieron. Ella lo besó en la frente y volvió a llamarlo. Badru al fin abrió los ojos.

—¿Estás bien? ¿Y Mudads? —preguntó mientras se incorporaba con demasiada rapidez.

Asenet se volvió para mirar la sangre que lo había salpicado todo y Badru no pudo reprimir el horror al ver el cuerpo decapitado a poca distancia.

—¡Vaya! Pensaba que solo tendría que encargarme de ella —dijo Filotas, con el filo de la espada en el cuello del joven.

Este alzó las manos y dijo en griego:

—Puedes quedarte con la mirra. Nosotros no queremos nada.

—Ya somos dos. Esta mirra no debería estar aquí. Yo tampoco. He de eliminar cualquier testigo. Lo siento, no es nada personal.

Al ver la expresión de Badru, Asenet entendió que no estaban ante una amenaza, sino en verdadero peligro. Pero su daga, perdida en la lucha con Mudads, había quedado bajo la cama.

—Aunque no te voy a matar mientras estés en el suelo. No soy un asesino a sueldo —dijo Filotas.

El filo de la espada pinchó ligeramente el cuello de Badru y este se puso en pie despacio mientras preguntaba:

—¿No perteneces a la guardia de Mudads?

Asenet no se movió. Permaneció arrodillada, rogando porque Badru pudiera mantener la conversación un poco más. No veía al griego, Badru lo tapaba, por lo que quizá él tampoco la veía a ella.

—¿Mudads? ¡Ah! Te refieres al muerto, claro. Tenía una misión que cumplir y no era esta, te lo aseguro. Se han pagado muchos talentos para bloquear la ruta del incienso. Aunque no estaba planeado que todo estallara en Siwa, claro. Eso debió pensar, el pobre.

—Así que tú trabajas para Amminapes.

Filotas no pudo evitar una carcajada. El persa había sido muy útil para desviar la atención de Leandro. Cuánto le hubiera gustado compartir con él su plan. Pero las dudas eran demasiadas y, si salía mal, no quería ponerlo en peligro. Ahora que el éxito era seguro, quizá se lo dijera cuando regresaran a casa, obligados a aceptar el tratado de paz de Darío ante una retaguardia no tan segura. Sin embargo, no le iba a contar todo aquello a aquel desconocido, por mucho que estuviera al borde del Hades.

—¿Macedonios y persas? ¿Acaso no has oído hablar de la guerra en Asia? —respondió Filotas sin dejar de reír.

No le hacían caso. Asenet había llegado bajo la cama y tenía ya la daga entre sus manos.

—Al menos, no me cortes la cabeza. Déjamela para que pueda ir a la otra vida.

El hombre asintió y Asenet sintió un escalofrío. La espada se separó del cuello de Badru. ¿Qué estaban diciendo? El brazo del griego se fue hacia atrás y Asenet supo que iba a clavarle el arma en el estómago. La joven se levantó.

Filotas vio el movimiento por el rabillo del ojo y se volvió justo a tiempo de frenar a la mujer que se abalanzaba sobre él blandiendo aquella daga. Se cubrió con la misma espada y los brazos y la empujó con fuerza. Ella cayó hacia atrás. Se dispuso a rematarla, pero entonces sintió un golpe en los riñones que le hizo hincar las rodillas en el suelo. No llevar la coraza había sido un error. Pero era un oficial del ejército macedonio y el dolor no lo detendría. Mas cuando se volvió con la espada alzada, dispuesto a defenderse, vio a su atacante con el cuello atrapado entre los fuertes brazos de Leandro.

—¿Qué haces aquí? —exclamó Filotas incrédulo, sin poder evitar una sonrisa de alivio, mientras aún de rodillas, se apoyaba en su espada como si esta fuera un bastón, intentando recuperar el aliento por el golpe recibido.

—¿Qué es lo que has hecho tú, Filotas?

Leandro no daba crédito a aquella macabra escena. Un viejo desnudo, decapitado, y su primo atacando a una mujer.

—¿De qué hablas? He encontrado a los mercenarios que había aquí instalados.

—¿Cinco? Ya he visto sus cadáveres en el patio.

Asenet no entendía lo que estaba sucediendo. Los griegos parecían discutir, sin embargo, el recién llegado amenazaba con estrangular a Badru. No podía permitirlo, por lo que decidió arriesgarse. Se incorporó con sigilo y puso la daga en el cuello del griego arrodillado en el suelo a la vez que daba una patada a la espada. Esta cayó de la mano del guerrero.

Leandro la reconoció de inmediato. Por un instante, la vergüenza afloró a sus mejillas. La mujer lo miraba sin parpadear y sabía por experiencia que podía ser peligrosa. Actuó por intuición. Despacio, soltó al hombre que había inmovilizado mientras decía.

—No le voy a hacer nada, retira el arma.

Badru pidió calma a Asenet y tradujo lo que había dicho aquel griego. Ella también lo reconoció. Y no era un mercenario. ¿Le guardaría rencor por lo del puerto? Quizá, como soldado no todo valía. Al fin y al cabo, servía al nuevo faraón y Mudads estaba muerto. Aún llena de dudas, la joven retrocedió un par de pasos con la daga todavía en las manos. Tendría tiempo de reaccionar si las cosas se torcían.

—Ahora, vamos a llevar esa mirra al templo. La necesitan para la llegada del rey —dijo Leandro—. Nos iremos y aquí no habrá pasado nada.

Badru, simulando que traducía, apenas tuvo tiempo de decirle a Asenet que aquel hombre debía saber quién estaba detrás de todo aquello, cuando una exclamación furibunda lo interrumpió:

—¡Imposible!

—¿Por qué, Filotas?

—Ese no es el plan.

Asenet miraba a Badru, y este, con los ojos, parecía pedirle calma.

—¿El plan de quién? ¿De Atenas y de Tebas? ¿Ellos han pagado los problemas en la ruta? Te has dejado utilizar, Filotas.

—¡No! He utilizado yo sus talentos. ¿No querías volver a casa?

—Así no. ¡Esto es traición! Y sabes lo que significa, ¿verdad? Morirás tú y todos los hombres de tu familia, incluido tu padre, incluido yo. ¡Es la ley!

—Pero no tiene por qué saberse.

—¿Y quién te asegura que no te denunciarán? Es un plan brillante para quitarse a uno de los mejores generales de Alejandro de encima y debilitar el poder de Macedonia, impedir que crezca.

—Por eso no te lo conté, precisamente por eso. Ni tú ni mi padre me entendéis. ¡No veis en lo que se está convirtiendo Alejandro! ¡Se acabará creyendo un dios!

—¿Lo sabía Parmenión?

Filotas sonrió con amargura. Asenet se mantenía tensa pero inmóvil. ¿Tenía algo que ver aquel hombre con lo sucedido en su aldea?

—Me tomó por loco. Pero mira, no lo estoy. Casi lo he conseguido.

Leandro por primera vez entendía la verdadera naturaleza de la misión que le había encomendado Parmenión.

—Vamos a llevar la mirra al templo ahora mismo —concluyó Leandro mientras avanzaba hacia las sacas.

Filotas se lanzó en busca de su espada. Ya convencería a Leandro. Solo tenía que dejarlo sin conocimiento y luego encargarse de aquellos dos. Sin embargo, cuando ya la tenía entre sus manos y se volvía hacia su primo, sintió un golpe seco en la nuca y se desplomó.

—¿Qué has hecho? —gritó Leandro desenvainando su espada.

—Defenderte —respondió Badru interponiéndose entre el griego y Asenet—. Por esa mirra mataron a toda su familia.

41

Las palmeras se agitaban con la brisa, las aves volaban entre las copas, el ganado campaba a sus anchas por los pastos e incluso alguna cabra correteaba por las callejuelas. Las gentes estaban demasiado excitadas, las historias corrían de boca en boca y Asenet oía fragmentos a cada paso que daba: que si había llovido por el desierto, que si dos serpientes habían guiado al faraón por el mar de arena enviadas por la diosa Uadyet… Pero, a pesar de todo, no podía contagiarse de aquella alegría que parecía agitar el oasis.

Alejandro había llegado la tarde anterior. Entró con sus hombres, regio con su coraza dorada y la capa al viento. Sonreía y saludaba con la mano a la muchedumbre, como si los ocho días por el desierto no hubieran sido nada para él. Se detuvo a los pies de la montaña del oráculo y descendió de su brioso caballo para para avanzar entre las dos hileras de los primeros soldados enviados. Al final de la formación aguardaba el sumo sacerdote de Amón-Ra, flanqueado por Filotas y Leandro. Asenet no se sentía impresionada. El faraón no era muy alto, sus ojos estaban demasiado separados y su boca, aunque carnosa, resultaba pequeña. Un hombre corriente que se movía con gallardía, nada más. Pero por él había perdido a toda su gente. No lo culpaba. Mas le había dejado un vacío en el pecho que perduraba al caminar entre las calles del poblado bajo un nuevo amanecer.

La joven sintió que Badru le tomaba la mano. Ella se aferró.

—No estés nerviosa. Ya ha acabado todo.

—No lo estoy, Badru. Solo que ahora… No tengo vida.

Badru la obligó a detenerse. Le puso una mano en el hombro y la miró con seriedad mientras le acariciaba la mejilla.

—Estoy yo —musitó.

—Sí, lo estás —sonrió ella—. Y ahora podrás volver a tus perfumes, con Teremun. Creo que debo devolverte eso, y se hará realidad en cuanto lo veamos.

—Crearemos una vida juntos.

—¿Dónde, Badru? Yo no puedo quedarme y no quiero que renuncies a aquello que amas. Ya te has visto obligado a dejar demasiadas cosas. Por lo menos, te quedará la tranquilidad de que en Persia tu familia estará sana y salva.

Asenet lo besó con suavidad en los labios y reemprendió el camino. No. No podía vivir en un lugar donde un simple mortal podía ser considerado un dios. Pero ¿separarse de Badru? Él la siguió recriminándose no haber sido más claro durante aquellos días de espera. Ahora entendía la pasión inusitada con la que se le había

entregado. No era sosiego ni paz. Era una despedida que llenaba su vacío.

Leandro aguardaba en la puerta de la mejor villa del lugar, tal y como les había prometido. Los recibió con un saludo cordial, pero no hubo intercambio de sonrisas. Asenet sabía cuánto le pesaban las consecuencias de lo sucedido con la ruta del incienso. Habían tenido oportunidad de hablar durante aquellos días. La guerra lo había mantenido lejos del lecho de muerte de su padre, como a ella la habían mantenido alejada la brutalidad de los mercenarios y el amor de Matsimela. Se parecían, y Leandro se sentía tan atormentado por lo sucedido como ella misma. Después de todo, Mudads había pagado por sus crímenes. Él era el verdadero culpable del ataque a su aldea natal. Pero quién estaba detrás de todo aquello… En las miradas de Leandro, Asenet había entendido cuánto amaba a Filotas.

—Os aguarda en el jardín. He pensado que te sentirías más cómoda al aire libre —dijo Leandro.

Cuando Badru se lo tradujo, ella sonrió. El oficial macedonio hizo un gesto a los dos soldados apostados a la puerta de la muralla y abrieron. Leandro precedió la comitiva y, antes de dar el primer paso, Asenet se volvió a aferrar a la mano de Badru.

El rumor del agua envolvía el jardín mientras recorrían un camino bordeado de tamariscos. La gran casa, al fondo, quedaba oculta por palmeras. Los arbustos se abrieron y, bajo una higuera, al lado de una fuente de la que brotaba agua, lo vio sentado en una silla de madera cuyos reposabrazos estaban rematados por cabezas de león.

Leandro se inclinó para saludar, mientras Badru hacía lo mismo tocándose la rodilla en señal de respeto. Asenet, sin embargo, se quedó mirándolo. Sin la coraza dorada, de cerca, ni la gallardía lo ensalzaba. Tras la silla, siete hombres armados eran lo único que denotaba su alta dignidad. A un lado permanecía Filotas, con la mirada en el suelo. Mientras Leandro los anunciaba, Asenet advirtió el gesto de Badru y se dispuso a hacer una reverencia.

—No.

Alejandro se levantó de su *thronos* y se dirigió hacia aquella joven. La tomó de las manos. Eran ásperas y fuertes, y Asenet se estremeció mientras la voz, dulce pero segura del rey macedonio, decía:

—Yo debería inclinarme ante ti.

Tras oírlo a través de Badru, Asenet tuvo el impulso de apartarlas. Leandro le había dicho que había razones políticas tras aquella conjura, que habían utilizado a su primo. Badru le contó que también había miedo en Filotas, miedo porque aquel hombre se creyera un dios. ¿Cómo eran posible, entonces, aquellas palabras? Fue él quien la soltó. Pero no se movió, y a Asenet le dio la sensación de que estaba demasiado cerca.

—Sé todo lo sucedido —Alejandro hablaba haciendo pausas para que Badru tradujera—. Os debo mucho, más de lo que podéis imaginar. Para mí, es muy especial haber llegado a Siwa. Badru, puedes estar tranquilo. La Casa de la Balanza no solo sabrá de tu inocencia, sino también de tu valía y el afecto especial que te

profesa el faraón. Y tú, Asenet… Es imposible compensarte. Lo que vale esa mirra te será dado, pero espero que te ayude más saber que Adrastos de Atenas y Laertes de Tebas serán castigados con una muerte sin honor. —Asenet vio, de reojo, cómo Leandro miraba dolido a Filotas, mientras Alejandro añadía—: Y os pido por favor que os unáis a mi séquito, pues cuando consulte al oráculo, partiré a Menfis. Quiero asegurarme de que llegaréis seguros a vuestro destino.

—Muchas gracias —dijo Asenet. Badru tradujo y agradeció en nombre de los dos—. Pero mi destino no está en Menfis.

El joven se la quedó mirando con el corazón encogido.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Alejandro. Badru, sin dejar de mirarla, se lo comunicó—. ¿Y cuál es, entonces?

Ella se encogió de hombros.

—Entiendo. Mi padre también fue asesinado y que los culpables no hayan pagado me persigue —dijo el monarca—. Pero eso ya acabó para ti. Ya acabó. Es importante liberarte de esas sombras para ver tu camino con claridad. ¿Amabas a tu padre, él te amaba?

Asenet asintió con el pesar en sus ojos.

—Pregúntate qué hubiera querido él para ti y empieza a caminar.

Asenet no pudo contener las lágrimas. Alejandro había dicho aquellas palabras, pero ella las había oído por boca de Badru, y aquello separaba sus destinos.

—No estarás sola, Asenet. Reconstruiremos tu hogar en Punt y lo haremos nuestro. No existe la renuncia. El destino es fruto de lo que escogemos.

Badru sonrió. Si su padre oyera aquello… Ahura Mazda, en quien le enseñaron a creer de pequeño, había fluido así de sus labios.

Alejandro no necesitó entender las palabras de Badru para comprender, por las miradas de ambos, que su destino era estar juntos.

—Dejémoslos solos —dijo.

* * *

La vía del oráculo estaba tomada por los hombres de Alejandro, que formaban un largo pasillo mientras el monarca se dirigía hacia la gran roca sobre la que se erigía el templo. En nada le había desagradado su modestia, tal y como temió Leandro. El rey de Macedonia se había desprendido de toda coraza y caminaba liviano, con una sencilla túnica corta tan blanca como la del sumo sacerdote. El séquito egipcio estaba al principio del camino; sus hombres de confianza, al final, entre ellos, Filotas y Leandro. Todos iban desarmados, sin grebas ni corazas ni nada que indicara que eran soldados. Aun así, la solemnidad se reflejaba en cada una de aquellas caras y el silencio crepitaba bajo el rumor de las palmeras. Pero Filotas apenas podía resistirlo y no pudo contenerse más.

—¿Me odias? —le susurró a Leandro.

—Me gustaría.

—Dicen que el odio es lo más cercano al amor. —Leandro no respondió ni movió un solo músculo—. Y la indiferencia lo contrario.

Alejandro pasó ante ellos y los siete guardaespaldas rompieron la formación para acompañarlo en el ascenso. Leandro los siguió con la mirada mientras murmuraba:

—¿De verdad lo que más te preocupa soy yo?

No podía creer que ni el trato que el rey de Macedonia había dispensado a Asenet y Badru permitiera a Filotas apreciar a la persona a quien debía lealtad. Leandro quería creer lo que decía Sócrates: el malo lo es por ignorancia, y se cura de ello con la sabiduría. Pero en los días pasados no había observado signos de recuperación en su primo.

—Mi padre te encomendó vigilarme y protegerme. Quizá para ti nuestra relación ha sido parte de tu misión, pero yo te amo.

Alejandro se perdió de vista en la cima de la roca y la formación empezó a romperse. Leandro se volvió a Filotas sin poder ocultar una expresión de dolor.

—¿Y yo no? Ese es el problema, Filotas: ¿era por ti por quien sentía ese amor? No sé quién eres. ¿Cómo has podido actuar con la cabeza tan fría? —Leandro miró a su alrededor. Los hombres hablaban entre murmullos, formando pequeños grupos a la espera de su señor—. No dijiste nada a Alejandro sobre cómo estaban las cosas en Menfis cuando te hablé de aquel viejo. Sé que la ruta la bloquearon Adastros y Laertes, y su vida será el precio, pero con su dinero fuiste tú quien pagó los servicios de aquel mercenario y su tropa para que siguieran el rastro de la mirra de Mudads. No se equivocó aquel pobre moribundo en el desierto cuando te llamó «mi señor». Porque cuando fuimos a ver a Stephanós en Naucratis, ya sabías que esa mirra existía. Eso fue lo que hablasteis en el callejón.

—Y no te lo he ocultado después, Leandro. ¿Por qué no me has denunciado?

—Si me hubiese pegado una coz un burro, ¿lo denunciaría?

—¡Deja a Sócrates de lado! —gritó Filotas.

Leandro lo agarró de los hombros y lo empujó hasta el muro más cercano, alejado de todos. No lo soltó. Filotas quedó contra la pared, indefenso, y en su mirada se reflejaba un ruego. Deseaba besarlo, pero solo dijo:

—Tienes una oportunidad. Eres un gran oficial, puedes llegar donde quieras. Pero aprovecha la sabiduría de quienes te rodean y te aman.

—¿Te refieres a ti o a mi padre?

Leandro lo soltó y bajó la cabeza para ocultar sus ojos humedecidos.

—Volveré a casa, Filotas. Alejandro me ha prometido lo que quiera por salvar la situación en Siwa. Ven conmigo.

—¿Y perderme el nacimiento de un dios?

Un *salpinx* sonó en lo alto del templo y Leandro volvió a su posición.

—Lo siento —susurró Filotas a su lado.

—No estaré la próxima vez. Solo te pido que recuerdes que si traicionas al rey, morirán todos los hombres de tu familia. Si de veras me amas, sálvame.

* * *

Caminaba con los ojos cerrados, pero sus pasos eran seguros, poderosos. La mirra impregnaba su túnica e incluso su piel con aquel aroma dulce y fresco. En su mente se recreaban las volutas de humo mientras el oráculo le hablaba, le elegía. Sus palabras aún resonaban en sus oídos cuando la brisa acarició su rostro y se supo fuera del templo. Los culpables de la muerte de Filipo habían sido castigados, todos y cada uno de ellos, y su verdadero padre le reclamaba para cumplir con la misión. Zeus-Amón lo había hecho nacer para que se adueñara del mundo: el inicio de una nueva época.

El *salpinx* sonó y Alejandro abrió los ojos. Vio sangre, vio lucha y un palacio con salas de cien columnas, colosales cabezas de leones, terrazas y color, mucho color, y a sí mismo entre miles de hombres postrados que lo veneraban a su paso. Luego la luz del sol irrumpió en su visión, el palmeral lo saludó y, más allá, el mar de arena se agitó. Era el hijo de Zeus-Amón, y así haría que le llamaran a partir de aquel momento. Para acordarse siempre. No podía fallar a su verdadero padre y no lo haría. Gracias a él, el Elíseo estaba asegurado. Alejandro sonrió y emprendió el camino.

Nota de la autora

La ruta del incienso es una novela basada en dos realidades históricas. Una es la importancia del incienso en la Antigüedad, móvil de la trama, y la otra la llegada de Alejandro Magno a Egipto en el 332 a. C.

La palabra incienso procede del verbo latino «incendere», que significa quemar o encender. Hoy día, incienso se refiere a un compuesto de resinas vegetales aromáticas a las que a menudo se les añaden aceites para que el humo desprenda fragancias. Aunque en cada lugar se ha elaborado incienso con diferentes elementos, en la novela se emplea la palabra incienso para referirse, sobre todo, a olíbano y mirra, aunque en la época no existiera la palabra como tal.

De hecho, los hebreos se referían al incienso como *lebonah* y los griegos lo llamaban *libanos,* lo cual significa «leche» por el aspecto de la resina al brotar de los árboles del género *Boswellia* del que se extraía. De entre estos, la especie *Boswellia Sacra* es la que se conoce vulgarmente como olíbano, y era uno de los principales inciensos de la Antigüedad (según el evangelio de Mateo, olíbano fue lo que llevaron los Reyes Magos a Jesús, junto al oro y a la mirra). Los actuales Yemen y Omán eran los principales productores de olíbano, aunque también se podía encontrar en Somalia y Etiopía.

A su vez, la mirra es una resina aromática, en este caso procedente del árbol *Cammiphora Myrrha.* Aunque también existe la mirra arábiga, procedente de Yemen y Omán, dicha especie de árbol es originaria de Somalia, donde podía situarse el país de Punt, descrito en jeroglíficos egipcios. De hecho, se conservan grabados de antiguas expediciones egipcias, entre ellas la enviada por la reina Hatshepsut. Aunque son referencias mucho más antiguas que el periodo que cubre la novela, se ha optado por mantener el nombre de Punt para referirse a Somalia, lugar de origen de Asenet.

De estos puntos parte la ruta del incienso alrededor de la cual gira la novela, y son reales las referencias geográficas que se hacen a ella, centradas sobre todo en el mar Rojo hacia Gaza y Egipto, aunque también discurría por la Península Arábiga hacia Persia y por el mar hacia la India.

A su vez, los usos de olíbano y mirra que se mencionan en *La ruta del incienso* son reales, ya que, en la época, no solo se quemaban en rituales, sino que se empleaban como base de perfumes, desodorantes, medicamentos, etc. Esto da una idea de la importancia capital tanto de la ruta comercial como de las resinas, lo cual ha sido la base para crear el argumento de la novela a partir de una pregunta: ¿qué pasaría si de pronto faltara el incienso?

A esta cuestión cabía añadir un elemento de particular interés histórico: la llegada de Alejandro Magno a Egipto. Las referencias que aparecen en la novela son reales, desde los hechos del pasado del personaje hasta su visita a Siwa,

pasando por las batallas nombradas, sus acciones en Tiro o Gaza, la oferta de paz de Darío, la creación de Alejandría o el recorrido y los cargos nombrados en Egipto. También son reales las alusiones a la muerte de su padre y los rumores que corrieron acerca de Olimpia y la implicación del propio Alejandro, empleados para construir al personaje de la novela desde una perspectiva emocional.

En cuanto al entorno de Alejandro Magno, cabe señalar que Leandro es un personaje ficticio, así como Adrastos de Atenas y Laertes de Tebas. Pero el resto de los personajes griegos con nombre propio son reales. Sin embargo, hay que tener en cuenta que, aunque Filotas era hijo de Parmenión, su recorrido en la novela es fruto de la licencia literaria. Se sabe que Filotas en realidad dirigió la caballería pesada de los Compañeros de Caballería en la batalla de Gaugamela (331 a. C.). Al igual que su padre, que no entendió el rechazo a la paz ofrecida por Darío tras la derrota de Issos, Filotas no estaba de acuerdo con la campaña que se extendía hacia los actuales Afganistán, Irán e India. Un año después, Filotas fue juzgado por participar, directa o indirectamente, en una conspiración para acabar con el rey. Fue ejecutado, y Alejandro también ordenó la muerte de Parmenión, entonces en Ecbatana, pues la costumbre conducía a la muerte de todo aquel que pudiera vengar al ejecutado. Estos hechos, posteriores al periodo que cubre *La ruta del incienso,* son los que han inspirado el recorrido de Filotas en la novela, perfilando al personaje en el que luego se convertiría.

De entre los persas, a su vez, además de las menciones a Darío III y otros reyes, son reales los sátrapas mencionados, así como Amminapes. Si bien su interacción con Arash de Ecbatana es ficticia (como el mismo Arash), no lo es su exilio en Macedonia. Hay fuentes que lo sitúan luego en Egipto, donde arregló la rendición persa a la llegada de Alejandro. En el 330 a. C., el rey macedonio lo recompensó con la satrapía de Hircania.

Además de los hechos históricos entremezclados con la trama ficticia, *La ruta del incienso* también hace un recorrido costumbrista basado en la realidad cotidiana de tres culturas históricas: griega, persa y egipcia. En esta última, sin embargo, se ha optado por el nombre griego de algunos dioses egipcios, pues resultan más conocidos para el lector (por ejemplo, Isis en lugar de Ast, Hathor en lugar de Hut Hor, etc.), aunque existen excepciones, como Ra, que corresponde al nombre egipcio. Por la misma razón se ha mantenido el nombre del río Nilo (en lugar de *iteru*, que era como lo llamaban los egipcios y que significa literalmente «río») y Egipto, procedente del griego *Aigyptos* (en lugar de *Kemet*, literalmente «tierra negra», en contraposición a *desheret*, la tierra roja y árida que los rodeaba).

Glosario

Ahura Mazda. Principal dios persa del mazdeísmo o zoroastrismo (por el profeta Zoroastro o Zarathusta). En idioma avéstico, Ahura significa «ser alto», y Mazda, «sabiduría», y según el mazdeísmo, Ahura Mazda es el principio y el fin, el creador de todo y la verdad única. Es un dios abstracto, sin imagen concreta, y tanto la luz como el fuego son manifestaciones del mismo. El mazdeísmo presenta la vida como una batalla por acercarse o alejarse de la luz, el bien y la verdad. Rechaza la predestinación y, por lo tanto, las personas son libres de elegir y responsables de sus elecciones. Aunque convivía con otras religiones, durante el Imperio aquémenida o persa (550 a. C. a 331 a. C.), muchos reyes persas mostraron su devoción a esta deidad.

Ameo: en referencia a *ammi majus,* planta herbácea de la familia de las Apiáceas. Originaria de Egipto y extendida por la cuenca mediterránea, las raíces de esta planta eran masticadas por los egipcios para protegerse del sol.

Anj. También conocido como cruz ansada. En el antiguo Egipto el *anj* era símbolo de vida y renacimiento y, como amuleto, otorgaba aliento vital. A la vez, como jeroglífico, *anj* significa «vida».

Ares. Dios griego de la guerra que representa el espíritu de la batalla, la brutalidad y sus horrores, en contraposición a su hermanastra Atenea. Ares es hijo de Zeus y Hera y suele representarse con coraza y casco, escudo, espada y lanza.

Asfodelos, campos. En la mitología griega, primera región del inframundo, donde moraban los muertos que habían llevado una vida equilibrada entre el bien y el mal, y que, por tanto, no habían sido ni especialmente buenos ni malos. Se describen estos campos como una pradera de la planta perenne de la que recibe el nombre *(Asphodelus ranmosus),* y en ellos, los muertos vagan en la monotonía.

Atenea. Diosa griega de la guerra que representa la estrategia, la habilidad y la justicia. También fue considerada diosa de la razón o la sabiduría y patrona de las artes. Como diosa de la guerra, fue protectora de héroes como Heracles, Aquiles, Perseo, Odiseo, etc. En este sentido, se la representa con una coraza de piel de cabra (égida) y una vara dorada.

Atum. Itemu en egipcio. En el mito solar, el dios Atum se identifica con el sol de poniente, que se dirige hacia las entrañas de la tierra para renacer al amanecer.

Ba. Parte del espíritu del ser humano que, al fallecer, marcha al reino celestial para regresar al cuerpo del difunto por las noches. En el caso de los dioses, el Ba se manifiesta en encarnaciones terrenales a través de animales. Para los egipcios, el espíritu humano estaba formado por cinco partes: además de Ba, Ib (corazón, donde reside la conciencia y aspectos asociados hoy día al cerebro, como pensamiento, memoria, etc.), Ka (parte inmortal del espíritu, que podía permanecer en el cuerpo del difunto si se embalsamaba), Aj (cuyo concepto varió a

lo largo del tiempo), Ren (nombre de la persona) y Sheut (la sombra de cada ser humano).

Bastet. Se representaba como una gata, o como una mujer con cabeza de gata o de leona, y era la guardiana del hogar y defensora de los hijos, además de representar la abundancia y el placer. En este sentido, las prostitutas podían llevarla tatuada. En el 525 a. C., el rey persa Cambieses II combatió contra el ejército del faraón Psamético III en la batalla de Pelusio. Los persas llevaban imágenes de la diosa Bastet en sus escudos, de modo que los egipcios no se atrevieron a pelear y los atacantes pudieron mermar una buena parte del ejército. El faraón ordenó la retirada a Pelusio, y entonces Cambieses ordenó lanzar gatos, que provocaron la huida del ejército que quedaba, pues no entendían que la diosa Bastet permitiera tal acción contra el sagrado animal.

Casa de la Balanza. Institución de la que dependían los órganos judiciales del Antiguo Egipto. La Casa de la Balanza estaba presidida por un consejo de diez altos funcionarios expertos en leyes, que las redactaban e integraban el más alto tribunal.

Casas de cerveza. Eran una especie de tabernas donde egipcios y egipcias acudían a conversar, beber y flirtear. Las mujeres que acudían eran solteras.

Casas de la Vida. Instituciones del antiguo Egipto ubicadas dentro de los recintos de los principales templos. Eran centro de enseñanza, biblioteca y taller de copia de manuscritos. En ellas se compilaban textos sobre los diversos conocimientos de la época: religión, astronomía, matemáticas, medicina, etc.

Codo. En la novela se refiere al codo egipcio introducido en período saíta (a partir del 600 a. C.), que equivalía al codo real, de algo más de 53 cm.

Compañeros de Caballería. Alusión al término griego *Hetairoi,* que significa «compañeros». En la novela se añade el término «de caballería», puesto que los *hetairoi* eran el cuerpo de caballería de élite del ejército macedonio. El caballo era de propiedad de cada compañero y no empleaban silla de montar. Sus armas eran lanzas de entre tres metros y medio y cuatro metros *(xyston)* y una espada de un único filo de unos 48 centímetros *(kopis).* Se protegían con coraza y casco. Alejandro se llevó a unos 1.800 Compañeros de Caballería, divididos en ocho escuadrones *(ilai),* uno de los cuales era el que defendía al rey cuando combatía a caballo, y posiblemente estaba formado por cortesanos y miembros de la aristocracia.

Compañeros de a Pie. Traducción del término griego *pezhetaioroi.* Eran la infantería básica que componía la falange. Su arma principal era la *sarissa,* y como auxiliares llevaban lanza corta y espada. Empleaban un pequeño escudo para protegerse el hombro izquierdo.

Dárico. Moneda de oro persa introducida por Darío I, común durante el Imperio aqueménida hasta que fue reemplazada tras la conquista de Alejandro Magno.

Deben. Unidad de peso del antiguo Egipto. El *deben* equivalía a unos 91 gramos. Dado que los camellos pueden transportar unos 200 kg de carga, en la

novela se redondea la cifra a cerca de 2.200 *deben* de cobre, pues la referencia del *deben* se medía en cobre. Sin embargo, según el valor de la materia, también se usaban como referencia los *deben* de plata (1 *deben* de plata equivalía a 100 *deben* de cobre).

Eidolon. Especie de doble fantasmal de la persona difunta que se formaba tras ingresar en el Hades. Los griegos consideraban que la *psyqué* era el aliento vital que escapaba de la boca del moribundo con su última exhalación. Al morir, la *psyqué* funcionaba independientemente del cuerpo y entraba en el Hades, donde pervivía como un ser fantasmal, un *eidolon.*

El que recibe a muchos. Referencia al dios Hades. A menudo, los griegos se referían a este con eufemismos (*ver* Hades en este mismo glosario).

Elíseo. También conocido como Campos Elíseos o Isla de los Bienaventurados, en la mitología griega es la parte del inframundo donde moran los héroes, los guerreros destacados y las almas especialmente virtuosas. El Elíseo se describe como un lugar paradisíaco que proporciona una vida feliz y placentera.

Guardia de diez mil hombres (Inmortales). Se refiere a un regimiento de infantería pesada de élite de la guardia real persa reclutado entre la nobleza. Cuando fallecía o faltaba uno, se reponía para mantener siempre el número de 10.000, por lo que «nunca morían». De ahí que Herodoto los denominara Inmortales, nombre por el que son más conocidos hoy día.

Hades. Dios griego del inframundo, hijo de Cronos y Hera, hermano de Zeus y Poseidón, con los que se repartió el mundo tras vencer a los Titanes. Hades significa «el Invisible», y guarda el reino de los muertos, sin permitirles volver. Como dios, raramente era mencionado y se aludía a él con eufemismos. A su vez, el Hades hace referencia al inframundo en sí mismo, al reino de Hades. En este sentido, básicamente está formado por los campos Asfodelos, los Elíseos y el Tártaro, lugar donde se castigaba a los que habían llevado una vida vinculada al mal.

Halis, río. Nombre griego del río turco que actualmente se conoce como Kizilirmak. Nace en lo que era la satrapía de Capadocia y desemboca en el mar Negro.

Hathor. Hut Hor en egipcio. Su nombre significa «La Casa de Horus», ya que es su madre y a veces su esposa. Entre otros simbolismos, es una diosa asociada al amor y al placer sexual que los griegos asimilaron a Afrodita.

Héroe. En la mitología griega, los héroes eran hijos de un dios y un humano, por lo cual eran mortales, pero poseían rasgos sobresalientes que les permitían realizar grandes hazañas, aunque no necesariamente eran modelos de conducta. En la mitología griega, le época de los héroes finaliza poco después de la Guerra de Troya.

Hetera. Damas de compañía o prostitutas de alto nivel en la antigua Grecia, mucho mejor consideradas que las prostitutas comunes. Eran mujeres cultivadas culturalmente que no solo ofrecían servicios sexuales puntuales. A diferencia del resto de mujeres griegas, eran independientes y podían administrar sus propios

bienes.

Hipaspistas. Soldados de infantería de élite del ejército macedonio, expertos tanto en tareas de falange como en escaramuzas rápidas. En asedios a ciudades, como Tiro o Gaza, solían ser los primeros en entrar y abrir camino al resto de las fuerzas. Empleaban el mismo equipamiento que los Compañeros de a Pie y constituían la guardia de Alejandro cuando este luchaba sin caballo.

Hippikon. Medida griega que equivale a algo más de 769 metros. Las largas distancias se medían por múltiplos de la unidad denominada estadio (que equivalía a 600 pies, algo más de 174 m). En la novela se elige el *hippikon* por ser la medida más cercana al kilómetro, y hace referencia a las necrópolis de Menfis, que incluye Guiza, Abusir, Saqqara y Dahshur, ocupando una extensión de 40 km.

Isis. Ast en egipcio. Era la gran diosa madre, recuperadora del cuerpo de Osiris, al que recompuso tras ser asesinado por Seth, por lo que también se la conoce como la Gran Maga. En este sentido, domina todos los sortilegios. Según el mito de Osiris, tras recuperar su cuerpo, Isis concibió con él a Horus niño y lo protegió hasta que este pudo luchar por sí mismo. Por ello se la consideraba diosa de la maternidad, protectora de las madres, los hijos y la familia en general. A su vez, como embalsamadora de Osiris, junto a otras diosas, también es guardiana de los muertos. Su morada era la estrella Sotis (actual Sirio).

Iteru. Unidad de medida de longitud egipcia equivalente a unos 10 km. La unidad básica de medida tras el 600 a. C. (período saíta) era el codo reformado (*ver* codo en este glosario), tras el cual le sigue el *khet* o *jet* (vara de cuerda), equivalente a 100 codos (52 m) y luego viene el *iteru,* que equivale a 20.000 codos.

Eudemona Arabia. Significa Arabia fértil y se refiere a la denominación griega de los territorios de los actuales Yemen y Omán, de donde procedía el incienso.

Faetón. Hijo de Helios, dios griego del sol. Helios hacía el recorrido del astro con un carro. Según la mitología griega, Faetón intentó conducir el carro de su padre y, tras subir demasiado y enfriar la tierra, bajó demasiado y la quemó, dejando desértica gran parte del África conocida por los griegos.

Falange macedonia. Creada por Filipo II, padre de Alejandro Magno, estaba formada por infantería ligera de piqueros que, agrupados en formación rectangular y con la inclinación variable de la pica (sarissa), adquirían forma de «erizo». Esta formación resultaba prácticamente invencible en terrenos llanos sin obstáculos y en ataques frontales. Alejandro Magno utilizó más de una vez la táctica del martillo y el yunque, en la que la falange retenía al enemigo y los Compañeros de Caballería atacaban por detrás o por los flancos, empujando a sus adversarios hacia las picas.

Hapi. Hep en egipcio. Dios del Nilo que personificaba su crecida, por lo cual se le solía representar con una bandeja o una mesa de ofrendas que simbolizaba los bienes de la crecida. También podía llevar dos vasos que representaban los dos Nilos. Como dios del Nilo en el Alto Egipto, llevaba un papiro en la cabeza, y como dios del Nilo en el Bajo Egipto, un loto.

Kandy. Especie de sobre túnica típica de la indumentaria persa que se solía

llevar como capa, por encima de la camisa, excepto cuando el rey pasaba revista. Entonces se llevaba con las mangas puestas.

Kifi o kiphi. Fragancia con base de olíbano cuya composición solo conocían los sacerdotes. Al olíbano se le podían añadir otras sustancias, como mirra, canela, enebro, romero, salvia, cálamo aromático… A nivel ritual, al parecer los sacerdotes egipcios quemaban kifi al anochecer. Pero también tenía otros usos, como perfume o en pastillas para la halitosis.

Kite. Unidad de peso egipcia equivalente a 9,10 gr (una décima parte de un *deben*).

Kline. Especie de diván empleado en banquetes griegos y helénicos, podía tener apoyabrazos y cabecera. El armazón estaba tapizado y se usaban cojines para acomodarse.

Kushita. Perteneciente al reino de Kush, situado en el valle del Nilo, entre el sur del actual Egipto y el norte del actual Sudán. Kush es la palabra egipcia para referirse a Nubia.

Liga de Corinto. Fundada por Filipo II, tras su victoria contra Atenas y Tebas en la batalla de Querenoa (338 a. C.), la Liga de Corinto estaba formada por la totalidad de las ciudades-estado griegas de la época, a excepción de Esparta. El consejo de representantes (Sinderión) se reunía en Corinto. Con el objetivo de preservar la paz, la Liga garantizaba las leyes de sus miembros y actuaba para prevenir la sublevación de los mismos o las agresiones. Entre estas agresiones figuraba la del Imperio persa. La Liga mantenía un ejército compuesto por las ciudades estado en proporción a su tamaño. El comandante de dicho ejército era el Hegemón, cargo que ocupó Filipo y, tras su muerte, Alejandro Magno.

Maat. Representada con una pluma de avestruz en la cabeza, es la diosa egipcia de la justicia, la verdad y el equilibrio cósmico, político y social. Es la guardiana suprema del orden universal. A su vez, *maat* se refiere al concepto abstracto de la armonía cósmica que ordena el mundo y que se debe conservar.

Mago. Inicialmente, los magos eran miembros de una de las seis tribus medas que, con el Imperio aqueménida, fueron asimilados como sacerdotes del mazdeísmo (*ver* Ahura Mazda en este mismo glosario). Su poder se vio reducido por diversos reyes persas, pero siguieron desarrollando funciones religiosas. Además, los magos eran a menudo los encargados de enseñar a leer y escribir a los hijos de las familias nobles.

Malao. Antiguo puerto somalí que luego se convirtió en la ciudad de Barbera. Aunque es nombrado por primera vez en el siglo I a. C., se incluye en la novela como puerto de referencia para Asenet por su ubicación en la ruta del incienso.

Min. Menu en egipcio. Su culto se remonta a la época predinástica, y estaba asociado a la fertilidad y la fuerza generadora de la naturaleza. Nacido en Gebtu (también conocida como Coptos), era señor del desierto oriental, y entre otros aspectos, se le consideraba protector de los comerciantes y de las caravanas que viajaban en la ruta terrestre que unía Gebtu con el mar Rojo.

Morada Venerable. Salas de audiencias donde se impartía justicia en el

Antiguo Egipto.

Nefertum. Dios egipcio cuyo nombre significa «Atum el bello», ya que inicialmente estaba asociado a Atum niño. Entre otros aspectos, era considerado el dios de los perfumes, y en este sentido se hace referencia a él en el Libro de los Muertos: «la flor de loto que está en la nariz de Ra». A partir del Reino Nuevo, en Menfis, se le consideró hijo de Ptah.

Nomo. *Hesp* o *sepat* en egipcio. Inicialmente los nomos eran las superficies cultivables de cada territorio, pero ya en el periodo Arcaico acabaron convirtiéndose en provincias o divisiones administrativas del Antiguo Egipto. El Alto Egipto contaba con 22 nomos, mientras que el Bajo Egipto estaba formado por 20.

Nomarca. Dirigente de un nomo.

Nuu. Especie de policía que patrullaba el desierto libio con perros especialmente adiestrados para controlar a los nómadas que hacían incursiones hasta el Nilo.

Ojo de Horus. Se identifica con la luna. La doctrina antigua decía que Horus tenía por ojos al sol y a la luna, pero los sacerdotes de Heliópolis adjudicaron el sol a Ra. De este modo, el ojo de Horus quedó como la luna.

Olíbano. Árbol que recibe el nombre científico de *Boswellia sacra*. Presente en los actuales Yemen, Omán, Somalia y Etiopía, la resina del olíbano era la base del incienso en la Antigüedad, además de emplearse para otras funciones cosméticas e incluso medicinales.

Onuris. Anhur en egipcio. Dios encargado de capturar y matar a los enemigos de Ra, era símbolo del poder creativo del sol. A menudo se le representaba con un tocado de cuatro plumas y una lanza.

Origyia. Los griegos median en función de partes del cuerpo (pies, dedos, etc.), y la *origyia* es un múltiplo del pie que equivale a 6 pies. En el sistema métrico, una *origyia* son 1,92 m.

Osiris. Asar o Usir en egipcio. Marido de Isis y padre de Horus, hijo de Geb y Nut. Era el dios de la resurrección y la renovación, pues él mismo moría en la estación seca y renacía tras la crecida, cuando ya se retiraban las aguas y se renovaba la vida en el valle del Nilo. En este sentido, era un dios agrario que conllevaba la victoria de las tierras fértiles sobre las desérticas, dominadas por el dios Seth. Por ello se le representaba de color verde como la vegetación, o negro como el limo. A su vez, Osiris fue considerado un rey mítico del antiguo Egipto que enseñó a los hombres la agricultura, las leyes y la religión. Y en este sentido, es el antepasado directo de la realeza egipcia. Osiris murió como humano y resucitó como inmortal gracias a Toth, por lo cual también era el dios que emitía veredicto sobre las almas de los fallecidos. Fue la primera momia, y por ello, como dios del más allá, se le representaba momificado. Su hogar celeste estaba en Orión.

Pharos. Isla de la costa egipcia, frente a Alejandría (isla de Faros). En la *Odisea*, Homero la menciona cuando el rey Menelao de Esparta, esposo de Helena, se detuvo en ella durante su viaje de regreso de Troya. Según la leyenda, cuando

Menelao preguntó por el dueño de la isla, le contestaron «el faraón». Menelao entendió *pharos* (manta en griego), y de ahí el nombre de la isla sobre la cual, en el 279 a. C., se construyó el famoso Faro de Alejandría por orden de Ptolomeo I.

Poleis. Ciudades estado griegas.

Prodromoi. Caballería macedonia al margen de los *hetairoi* o Compañeros de Caballería. Realizaban misiones de reconocimiento y ejercían como vigías y tiradores cuando el ejército estaba en marcha. En la batalla del Gránico (334 a. C., anterior al periodo que cubre la novela), actuaron en la vanguardia del asalto.

Punt, país de. En la novela se refiera a Somalia, por el nombre que recibe esta en fuentes mucho más antiguas a los sucesos de la novela, de la época de Hatseput, en que se menciona el país de Punt como una de las zonas de donde procedía la mirra.

Queronea, batalla de. Tuvo lugar en el 338 a. C., cerca de la ciudad de Queronea (Beocia). Fue una batalla decisiva entre el ejército de Filipo II de Macedonia y fuerzas principalmente tebanas y atenienses. El enfrentamiento se produjo porque Atenas y Tebas, así como otras *poleis* griegas, consideraban una amenaza la supremacía de Macedonia, que había ampliado su reino y contaba con numerosos recursos y un gran ejército. Durante esta batalla, Filipo II colocó a su hijo al frente del ala izquierda del ejército, y el joven Alejandro Magno, que entonces contaba con dieciocho años, consiguió derrotar al ala enemiga. Los ejércitos tebano y ateniense fueron derrotados totalmente en esta batalla, lo cual puso fin a la guerra contra Macedonia y dio pie a la creación de la Liga de Corinto (*ver* en este mismo glosario).

Quliarquía. Formación del ejército macedonio correspondiente a unos 1.024 soldados.

Ra. Dios egipcio que representa al sol en su máximo esplendor. Se solía representar con cabeza de halcón coronado por el disco solar. Antes del desarrollo de la religión osiriaca (*ver* Osiris en este mismo glosario), era el juez de las almas de los muertos. En la mitología egipcia, Ra apareció sobre la colina primigenia y repelió el caos mediante la luz. En este sentido, hay tradiciones que lo hicieron creador de hombres y dioses.

Salpinx. Instrumento de viento de la antigua Grecia que solía tener un uso militar, para dar señales o hacer llamadas.

Sarissa. Pica macedonia de unos seis metros de largo con cuchilla de bronce de unos cincuenta centímetros y unos topes en la parte inferior por si había que plantarla. Arma principal de la infantería de la falange.

Secretario. Traducción del término *grammateus.* Eran los secretarios en campaña, encargados de controlar los registros de efectivos de las diferentes unidades, las posibles redistribuciones, los pagos a los soldados, la distribución de equipamiento, etc. Había un *grammateus* por sección, y respondían al *Grammateus Basiliskos.*

Sejmet. Representada a menudo como mujer con cabeza de leona coronada por el disco solar, entre otros muchos aspectos, era la diosa patrona de médicos, y sus

sacerdotes eran sanadores. Sejmet fue enviada por su padre, Ra, para castigar a los seres humanos por dejar de rendirle culto, pero ante su ferocidad, Ra la embriagó para frenarla. En este sentido, Sejmet era portadora de enfermedades, fruto de las aguas estancadas antes de la crecida del río, pero, a la vez, Sejmet ayudaba a frenarlas, pues su regreso se interpretaba como la inundación del Nilo.

Senet. Juego de mesa del antiguo Egipto para dos personas formado por un tablero rectangular de treinta casillas distribuidas en filas de diez. El número de fichas por jugador fue variable a lo largo del tiempo, pero lo más habitual eran siete para cada uno. Las fichas podían tener diferentes formas: desde peones a formas humanas, pasando por animales y dioses. Las piezas se distribuían en las primeras casillas del tablero y, en lugar de dados, empleaban palos arrojadizos con determinadas marcas o astrágalos para llevar las fichas hasta el final del recorrido en «ese» del tablero, pasando por casillas de buena o mala fortuna. Todo ello con el fin de sacar del tablero las fichas propias antes que las del contrincante.

Seth. Suti o Sutej en egipcio. Su morada estaba en la Osa Mayor y, entre otras cosas, era dios del desierto y la sequía, pero también del trueno, la violencia y las tinieblas. Geb, padre de Osiris y Seth, le dio al primero el valle del Nilo y al segundo el desierto. Celoso de Osiris porque este reinaba en tierra fértil, Seth lo asesinó y lo cortó en pedazos. Es por ello que la lucha entre Osiris y Seth representa la lucha entre el bien y el mal, la tierra fértil y el desierto. Como señor del desierto, Seth protege a las caravanas, pero, a la vez, es quien provoca las tormentas de arena. A pesar de ser dios del mal y todo lo que representa (sequía, hambre, esterilidad, violencia…), en las tierras áridas era adorado porque dirigía el futuro de quienes cruzaban el desierto. De hecho, en el Reino Nuevo se lo consideró un dios benévolo, entre otras cosas, patrón de la producción de los oasis.

Shenti. Prenda de vestir masculina del antiguo Egipto que consistía en una especie de falda que se ceñía con cinturón.

Sotis. Actual estrella Sirio, en la Osa Menor. Además de ser la morada de Isis, esta estrella determinaba el inicio del año egipcio. Cuando Sotis aparecía por el horizonte en el momento de la salida del sol (amanecer helíaco de Sotis), empezaba el año, que solía coincidir con la crecida del Nilo. Los egipcios tenían un calendario solar de 365 días más cinco epagómenos. El año estaba dividido en doce meses de tres semanas (cada una de diez días). Estos meses estaban agrupados en tres estaciones: Ajet (inundación), Peret (germinación) y Shemu (cosecha).

Talento. Unidad de medida monetaria que se empleaba en el Mediterráneo en la Antigüedad. Con el peso de agua necesario para llenar un ánfora como referencia, el talento griego se correspondía a unos 26 kg.

Tefnut. Diosa egipcia. *Tef* significa «humedad», y *Nut*, «cielo». Tefnut era la diosa de la humedad, y personificaba tanto el rocío que da vida, como todo proceso corporal que genera humedad. Se la solía representar como mujer con cabeza de leona coronada por el disco solar.

Thronos. Asiento griego, de respaldo alto, con reposabrazos, que se solía decorar con labrados o tallas de elementos animales (león, cisne, carnero…) y/o

vegetales.

Uadyet. Diosa cobra, se la representaba como una cobra sobre un cesto con la corona del Bajo Egipto, entre otras. Era diosa protectora del Bajo Egipto (la cobra aparece en la corona del mismo), además de señora del cielo que simbolizaba el ardor del sol y del fuego, entre otros aspectos.

La autora

EMMA ROS (Montgat, 1975) estudió Periodismo en la Universidad Autónoma de Barcelona. Tras trabajar como cocreadora y guionista de las series infantiles *El planeta de Pipsqueak* y *Pipsqueak y los deportes*, escribió cuatro libros infantiles con el personaje de las series como protagonista. En 2007 publicó su primer libro para adultos como coautora: *Para adelgazar utiliza tu cerebro. Historias para no engordar*. Apasionada lectora y enamorada de la historia, ha publicado tres novelas históricas: *En tierra de dioses*, *La sacerdotisa de la luna* y *La compositora*.